

CO

st  
8











**LA CONJURACION DE MÉJICO,**

Ó LOS HIJOS

**DE HERNAN CORTES.**

MÉJICO.—1850.

IMPRESION EN LOS ESTADOS UNIDOS Y EN MÉJICO.

EN LA TIPOGRAFIA DE DON JUAN DE ALBA, EN MÉJICO.

AST R 2238 (2)

LA CONJURACION DE MEXICO

ó LOS DIOS

DE HEREDIA GONZALEZ



# LA CONJURACION

## DE MÉJICO,

6

### LOS HIJOS DE HERNAN CORTÉS.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

EN EL CUAL SE ESPLICA COMO D. ALONSO DE AVILA NI AUN CER-  
RANDO LOS OJOS ACERTABA A NO CREER LO QUE HABIA VISTO; Y  
SIN EMBARGO TUVO QUE DARSE POR VENCIDO.



BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCOLA PIA  
CATALUNYA

MADRID.—1850.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ANDRES Y DIAZ.

Plazuela del Duque de Alba, núm. 4.

LA CONJURACION

DE MÉJICO,

LOS HIJOS DE HERNAI CORTEZ.

BOYSA HISTORICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.



BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCOLA PA  
CATALUNYA

MADRID.—1850.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ARDRES Y DIAZ.

Plaza del Dose de Alba, núm. 4

# LA CONJURACION DE MÉJICO.

Ó LOS NIJOS

## DE HERNAN CORTÉS.

---

### PARTE SEGUNDA.

#### CAPITULO I.

---

EN EL CUAL SE ESPLICA COMO D. ALONSO DE AVILA NI AUN CERRANDO LOS OJOS ACERTABA Á NO CREER LO QUE HABIA VISTO; Y SIN EMBARGO TUVO QUE DARSE POR VENCIDO.



RISTÓBAL, enterado á fondo de la situacion efectiva de todos los personajes del drama que vamos poniendo en escena con el posible esmero para solaz y entretenimiento de nuestros lectores, teniendo en su feliz desenlace interesados, ademas de su buen corazon, los ardientes deseos de utilizar á D. Alonso y á su *amochiquito* en la realizacion de su idea fija: la independendencia de Méjico; y habiendo conquistado, por consecuencia natural del acierto de Poyahuitl en la cura de Avila, un influjo en

aquella reunion de nobles personas muy superior al que de su humilde estado pudiera prometerse: Cristóbal, decimos, tuvo discrecion bastante para no desvanecerse con el triunfo, y aprovecharlo, sin embargo, en todo y por todo.

Cualquiera emocion violenta ó profunda en aquellos primeros momentos y durante algunos dias mas, podia provocar en el herido una crisis que al sepulcro le condujese: eso todos lo comprendian con claridad evidente; pero donde los pareceres discordaban era en los medios de evitar la catástrofe, sin que para ello se retardase mucho el enterar á D. Alonso de lo que convenia supiera.

Doña Elvira no queria ni oír hablar de que se difiriese una conferencia, para ella importantísima, entre su marido y D. Martin Suarez de Monroi, y eso no por impaciencia ó capricho, sino con harto fundadas razones, que vamos á indicar sumariamente. La violencia del carácter de Avila, en primer lugar, no permitia ni la hipótesis de que, así que el estado de su salud lo consintiera, dejase de tomar una providencia, y esa severa y estrepitosa, contra su muger, á quien con sobrado fundamento creia culpable; y una vez dado el escándalo, aún suponiendo, que era mucho suponer, que la persona de Elvira saliese de la tormenta indemne, ¿Cómo reparar la brecha por él abierta en la buena fama de la ilustre señora? Mas, á mayor abundamiento, dado que, por un milagro del cielo, D. Alonso se mostrase tolerante y sufridor de su agravio, eso mismo ofrecia para Elvira un riesgo gravísimo; porque no habiéndose prestado Suarez á revelar el secreto que aún nosotros ignoramos, sino con extrema repugnancia y cuando se vió reducido á optar entre ceder de su propósito ó sacrificar á la bella desconsolada, parecia probable racionalmente, ó era, cuando menos, muy de temer que, aprovechase la ocasion de no mostrarse el marido demasiado violento, para

guardar en el pecho el importante arcano. En tal caso, doña Elvira, conociendo muy á fondo á su esposo, sabia que la esperaba, ó una vida por continuos desprecios é incesantes sarcasmos amargada, es decir: la muerte á fuego lento; ó al cabo de semanas, sino meses, el perecer asesinada por el implacable encono del que ofendido se creia. Ni uno ni otro extremo eran de su gusto: queria, ademas, de una vez y para siempre, fijar su posicion con respecto á D. Alonso, y nunca mejor que entonces, nunca con mas motivo que al entrar en profundas y definitivas esplicaciones con su esposo.

Del mismo parecer estaba Fr. Diego de Olarte, aunque por diversos motivos, pues para el santo Provincial era caso de conciencia, como debia serlo, el restablecimiento de la paz doméstica en aquel matrimonio, por tantas y tan hondas causas entonces desunido.

D. Martin, hombre de escasas palabras y de frio aspecto, estimando poco á D. Alonso, hablaba del negocio lo menos posible, y bien quisiera, á costa de cualquier sacrificio por grande que fuese, no hallarse en aquel empeño; mas habíalo contraído, y en su mente no podia ni aparecer siquiera la idea de faltar á su promesa.

¿Y Fernando?—Fernando queria cuanto Elvira quisiese, y anhelaba la satisfaccion de su amigo á mayor abundamiento; porque en aquella alma noble y candorosa, en que ni el egoismo ni la maldad tenian cabida, la pasion misma que la muger le inspiraba, aunque ardiente, abrasadora, indomable, no bastaba á sofocar las generosas inspiraciones de la sincera amistad.

Como de la ligera reseña que acabamos de hacer se desprende, todos nuestros personajes, cada cual por su razon especial, estaban de acuerdo en un mismo fin, á saber: el de conciliar los miramientos debidos á la situacion delicadísima del herido, con la pronta y completa rehabilitacion de su esposa; pero todos tambien dife-

rian en cuanto á los medios que habian de adoptarse para llegar al objeto comun de sus deseos, y solo Cristóbal era quien desapasionadamente, ó al menos no tan apasionadamente como los otros, consideraba el negocio. Cristóbal, pues, el hombre frio y hábil entre los apasionados y por tanto no diestros, era, como el *Deus ex machina* de las tragedias griegas, quien habia de preparar convenientemente el desenlace de aquel drama parcial, parte integrante del que desenvolvimos; y su mision tanto mas difícil, cuanto que, por preocupaciones de casta y por lo humilde de su posicion social, considerábase él y considerábanle los mismos á quien tenia que manejar, como inferior á ellos en todos conceptos. No le era lícito mandar como al leon en virtud de su fuerza, sino que habia de conseguir el logro de sus designios á fuerza de astucia, cual la raposa; y nunca le fueron más necesarias que entonces las dotes á que en su juventud debió el nombre de *Serpiente de Tlaxcala*.

Eso supuesto, comprenderáse ya bien que despues de pasado el primer instante de sincero y profundo gozo que en todos causó el fausto, terminante pronóstico de Poyahuítl con respecto al seguro restablecimiento de la salud de D. Alonso, todos tambien, sin desplegar los labios, se miraron unos á otros á la cara, como diciéndose: «Y bien: ya llegó el instante crítico. ¿Qué haremos ahora?»

Si Fr. Diego se hallase presente, como no se guiaba por consideraciones sociales, sino por la inspiracion religiosa en su mas ascético sentido, es probable que cortase aquel nudo instantáneamente, yéndose al herido, haciéndole una fervorosa plática, y presentándole en seguida á su esposa; pero Fr. Diego estaba ausente, y entre los circunstantes no habia ninguno á quien particulares circunstancias no impusiesen la ley de obrar con mas que prudente reserva.

Elvira , palpitando de temor y de esperanza , cruzadas las manos y pálido el semblante, no osaba alzar del suelo los ojos; D. Martin, en actitud de meditar profundamente, no apartaba , sin embargo , los suyos de Elvira ; y Valdestillas, mirando alternativamente á su amada y á D. Martin , tampoco osaba tomar en casa ajena y tan grave asunto la iniciativa.

En tanto Cristóbal, de pie y en actitud humilde, colocado en un rincon de la sala , dejaba errar en sus labios una sonrisa de orgullosa satisfaccion , y con atencion intensa seguia los movimientos de los demas , adivinándoles en la espresion de la fisonomia los íntimos pensamientos.

Tal situacion no podía prolongarse: el jóven Valdestillas , mas bien por instinto que por reflexion, volvió los ojos á su criado, á quien, como sabemos, profesaba desde la cuna particular cariño , y cuyos recientes importantes servicios en las dos noches anteriores y en el momento mismo , no podian menos de haber hecho honda impresion en el ánimo del amante de Elvira.

Esperaba el indio con seguridad aquel momento , y para él estaba convenientemente preparado ; y así , á la mirada de *amo chiquito* , que era con evidencia equivalente á esta pregunta : «¿ *Qué debo hacer?* » Contestó fijando sus ojos en la puerta de la alcoba de D. Alonso, con tal espresion , que no habia medio de no comprender qué significaba : «*Entrad á ver al herido y tratad de preparar el terreno como conviene.*»

El consejo era bueno : contra Fernando no tenia don Alonso prevencion alguna desfavorable , sino muy al contrario; D. Fernando era , pues , quien primero debia verle ; y el jóven Valdestillas, como iluminado súbitamente por la mirada de Cristóbal , solo se detuvo el tiempo necesario para decirse : «¿ *Cómo es posible que antes no se me haya ocurrido esta idea?* »

Hecha esa reflexion , echó á andar deliberadamente para entrar y entró, en efecto, en la alcoba de su amigo.

Elvira y D. Martin le miraron hacer sin desplegar sus labios; mas la primera, para quien, á la cuenta y á pesar de tener los ojos bajos , no pasó desapercibida la pantomima entre D. Fernando y el indio , lanzó á éste una benévola mirada de aprobacion indudable.

Don Alonso que, al oirse decir por Poyahuitl: «*Vivirás, castellano!*» recapacitando interiormente, se habia puesto á reunir y ordenar sus confusas ideas, y que al cabo llegó á comprender que, herido en el combate de la noche del 23 de abril, estaba en poder de un curandero indígena, cuando vió entrar á su amigo y segundo en la lucha experimentó una plácida sensacion, análoga á la que causa en un preso incomunicado la inesperada visita de cualquiera de los que en su suerte se interesan.

—«¡D. Fernando! exclamó haciendo un esfuerzo, porque la debilidad de su pecho no le consentia hablar fácilmente. ¡Lado sea el Señor! Vos al menos salisteis felizmente del combate!!!»

—No habéis, por el cielo santo, D. Alonso (replicó el jóven), y ademas no penseis que me tengo yo por feliz mientras en vuestro actual estado os vea.

—Este buen indio dice que viviré; repuso el herido con cierto aire de desprecio á la vida, que se revelaba en su habitual irónica sonrisa.

—Vivirás, dijo gravemente Poyahuitl, si en morir no te empeñas, castellano. El reposo del ánimo, y el silencio te son tan necesarios como el jugo de las yerbas salutíferas.

—Ya lo oís, amigo mió, exclamó entonces Fernando; ya lo oís: reposo del ánimo y silencio son condiciones esenciales para vuestra curacion.

—¡Reposo del ánimo! Contestó con amargo acento D. Alonso.



—¡Por vida mia, que no arriesgueis inútilmente la vuestra, D. Alonso! Le replicó con calor el jóven. No habéis y escuchadme. Quizá logren mis palabras calmar un tanto vuestro espíritu.»

Clavó entonces los ojos D. Alonso en los de su amigo con una intensidad tal, que á tener el último propósito de engañarle, ni aún por su bien mismo acertara á intentarlo siquiera: pero como D. Fernando era la lealtad personificada, prosiguió sin turbarse:

—Vos, Avila, me teneis por caballero, y por tan vuestro amigo, que me habeis confiado secretos que ni á vuestro hermano mismo revelárais....»

El herido miró con inquietud á Poyahuitl, como temiendo que Valdestillas revelase en su presencia el terrible secreto de su deshonor: Fernando, comprendiéndole en el acto, se apresuró á decir:

—«No temais que diga mas; no es necesario, ni aunque lo fuera, pronunciarían mis labios una sílaba en la materia sin vuestro espreso mandato.»

«Pero, en fin, lo que importa es que, creyéndome vos, y siendo yo, como lo soy gracias al cielo, tan caballero como amigo vuestro, mis palabras han de mereceros fé, aun cuando os digan cosas al parecer inverosímiles, y cuya esplicacion no consiente ahora vuestro estado.»

La fisonomía de D. Alonso espresaba tal ansiedad, mezclada á su crónico profundo escepticismo, que si á D. Fernando no animase un sentimiento sincerísimo, quizá vacilara en su propósito: pero como el jóven tenía fé y amor ademas, prosiguió impávido y con acento de íntima convicción, de esta manera:

—«Los sentidos, D. Alonso, nos engañan con frecuencia, á cada instante y en todo: y anteanoche nos han engañado á entrambos; sí, nos han engañado: yo os lo juro por mi honra!»

El amor habia hecho de Fernando un creyente de esos que voluntariamente ciegan: pero D. Alonso, que no estaba enamorado de su muger y sí de su honra, dijo allá en sus adentros:—«¡Pobre niño! ¡Cómo te han engañado! No es fácil, sin embargo, que de mí consigan otro tanto.» En tal sentido y á pesar de las prohibiciones y funestos pronósticos de Poyahuitl, se preparaba á replicar, importándole poco una vida que el vacío de su corazon le iba haciendo, por el fastidio, insoportable: pero apenas despegó los labios, cuando su amigo que de vista no le perdía ni un instante, le puso la mano en la boca y le interrumpió diciendo:

—«No habéis, no habéis, D. Alonso; y oídme aún un momento. Mi amistad no exige, y tal vez exigirlo pudiera, que mi simple palabra os baste, no: todo lo que en vuestro propio interés, y en nombre de la honra que tanto amais os pido, redúcese á que suspendais el juicio por el tiempo, que espero en Dios sea breve, necesario para que cobreis las fuerzas suficientes á entrar, sin riesgo de la vida, en las esplicaciones que este negocio exige. Ellas serán completas; y si mi garantía no os bastase, puedo ofreceros otra que seguramente no recusareis. Fr. Diego de Olarte, el venerable Provincial de San Francisco, vuestro confesor y amigo, os dirá, don Alonso, lo mismo que de deciros acabo. ¿Dudareis todavía?»

Avila cerró los ojos para recoger su espíritu, no muy capaz todavía entonces de profundas meditaciones. El nombre de Fr. Diego hizo en su alma grande impresion, porque, como á su tiempo lo dijimos, el esposo de doña Elvira era libertino, gran pecador, pero buen creyente y sinceramente cristiano; y el Provincial de S. Francisco era tenido por sus contemporáneos en opinion de santo. No obstante, el escepticismo no se daba aún por vencido: «Fr. Diego no quiere engañarte (decía el dia-

»bólico espíritu de la negacion de D. Alonso): pero él  
 »mismo puede muy bien estar engañado. Cuanto más  
 »santo le supongas, menos entiende de las femeniles as-  
 »tucias. ¿Qué mucho que la que á tí, hombre de mundo,  
 »y burlador de oficio, te tuvo tanto tiempo alucinado,  
 »alucine á un ascético fraile y á un niño candoroso? La  
 »muger que no da lugar á sospecha, suele ser culpable:  
 »¿Qué será aquella de quien casi has visto la culpa?»

A decir verdad, en la posicion de D. Alonso cual-  
 quiera hubiese vacilado, porque sus ojos habian visto,  
 sus orejas oido, y en su pecho la inflamacion de la he-  
 rida era un testigo, ademas, de irrecusable fé contra El-  
 vira. La idea, pues, de que esta fuese inocente, no po-  
 dia penetrar sin dificultades inmensas en la imaginacion  
 del doliente caballero; pero en cambio Valdestillas ha-  
 bia apuntado una consideracion, para Avila de gran pe-  
 so, á saber: que en los intereses mismos de la honra de  
 su amigo estaba el evitar todo escándalo en tan delicado  
 asunto.

—«En efecto, ¿Qué puedo hacer ahora en el estado  
 »en que me encuentro, que dar un escándalo inútil no  
 »sea? Si mando arrojar á la pérfida de mi casa, á la me-  
 »dia hora lo sabe todo Méjico, en una semana Nueva  
 »España entera, á los tres meses Castilla; y soy la fá-  
 »bula, el escarnio de España y de sus Indias. Si la man-  
 »do matar, no faltará quien entre su pecho y el puñal  
 »de mis bravos se interponga, y cuando no, seré tenido  
 »por un cobarde asesino á sangre fria; porque lo que  
 »ejecutado por mi propia mano seria justo desagravio  
 »de mi mancillada honra, pasará por alevosía si á mer-  
 »cenarios lo confio. Conservar á Elvira en mi casa y  
 »prohibirle la entrada en mi estancia, es revelar á los  
 »criados que mi deshonra conozco, y ¡vive el cielo! que  
 »hasta que me vengue nadie ha de saberlo.—Lo mas  
 »cuerdo aquí es aparentar que me rindo á las razones

»de este mozo, recibir á Elvira, pasar por engañado á  
 »los ojos de todos, y esperar á que con las fuerzas del  
 »cuerpo recobre mi espíritu las necesarias para poner  
 »en claro las cosas, y darle á cada cual su merecido.»

Mientras de esa manera raciocinaba interiormente D. Alonso, con los ojos cerrados y apariencias de dormido, Fernando le contemplaba ansioso, por una parte, de saber su respuesta; y sin atreverse, por otra, á ostigarle; y Poyahuitl, cruzados los brazos y sobre el pecho inclinada la cabeza, parecia entregado esclusivamente á sus propias meditaciones; pero en realidad prestaba atencion suma á lo que en su presencia acontecia.

Elvira, que no perdió una sola sílaba de la conversacion de los dos amigos, por una parte hallaba en la generosa confianza que Fernando prestaba á sus palabras un bálsamo reparador para las heridas de su alma; y por otra en la incredulidad de su marido, que de las frases de Valdestillas se deducia claramente, un nuevo motivo de congojas y sobresaltos.

Don Martin Suarez, encogiendo de cuando en cuando los hombros, como persona obligada á escuchar sinrazones que le impacientan, prosiguió en lo demas mudo é impasible; y Cristóbal, habituado á lo que él llamaba la violencia de los castellanos, esperaba confiadamente que D. Alonso habia de rendirse á las súplicas de *Amochiquito*.

En todo caso Avila sacó á todos prontamente de dudas, pues apenas hubo llegado á la conclusion de su mental raciocinio, cuando, sin que fueran bastantes á estorbárselo las súplicas de su amigo, dijo en voz, aunque muy débil, para todos inteligible:

—«Dejadme hablar, D. Fernando; interrumpirme serviria solo de aumentar mi fatiga inútilmente. Es preciso que os hable, lo he resuelto, y lo haria aun cuando supiese espirar pronunciando la última palabra de aquellas

que me propongo deciros.—No estoy ahora para discutir, ni aún para pensar lo que creo ó lo que dudo: dejemos al tiempo el cuidado de aclararlo: pero entre tanto, teneis razon, un escándalo nos perjudicaria á todos.—Decid, pues, en mi nombre á quien es inútil nombrar, que obre como si mi herida.... En fin, como si yo fuese tan creyente como vos lo sois ó quereis parecerlo. Yo por mi parte salvaré las apariencias.»

Poyahuitl, para quien las últimas palabras de don Alonso fueron un rayo de luz, y que á consecuencia de su conversacion de la noche anterior con Cristóbal, dejaba germinar en su espíritu las semillas de un plan vastísimo y de trascendentales consecuencias, comprendiendo que en aquel momento su presencia en la alcoba era embarazosa para todos, incluso él mismo, levantóse y dijo:

—«El castellano por ahora no ha menester del auxilio del indio; y el indio ha menester dar una vuelta á su Chinampa. Cada dos horas una taza de esta bebida; reposo del ánimo; silencio profundo; eso basta. Antes de que el sol se oculte, Poyahuitl volverá al lado del herido.»

Dicho eso, sin esperar respuesta, salió de la alcoba; en la sala habló algunas palabras en el idioma indígena mejicano con Cristóbal, y saludando gravemente á doña Elvira y D. Martin, desapareció por el momento de la escena.

Libres de aquel testigo, extraño á su casta y civilizacion, respiraron todos, incluso Cristóbal, y D. Fernando dijo á su amigo:

—«Doña Elvira no se ha separado de la cabecera de vuestra cama ni un solo instante en estas treinta y seis últimas horas; sin sus cuidados, sin su resolucion, sin su esmero, ya acaso no existiérais.»

—¡No sabeis vos lo útil que es un marido! Contestó D. Alonso con su irónico acostumbrado tono.

—Por el Cielo santo, que no habéis así, Avila: ni en vuestra situación es propio, ni decoroso que doña Elvira oiga tales palabras.

—Dejadle, decir, D. Fernando, interrumpió la dama, presentándose inopinadamente á los pies de la cama de su marido; dejadle decir: mi conciencia está tranquila, y eso me bastaría para morir serena y satisfecha, cuando las irrecusables pruebas que de estar inocente puedo presentarle, no bastasen á convencer á D. Alonso de que no hay en mí otra culpa que la de haber nacido desdichada.»

D. Alonso escuchó á su esposa como quien oye una relación de comedia bien declamada, admirando el arte, mas sin prestarle fé: contentóse, pues, con mirarla una vez, como él sabia mirar á las mugeres convictas aunque no confesas de infidelidad, encogerse de hombros, y cerrar luego desdeñosamente los ojos.

Admirable y completamente comprendió Elvira el sentido y significacion de aquel mímico lenguaje; mas tampoco se dignó contestar á él de otro modo que encogiéndose de hombros, como quien dice: «Veremos quién es mas altivo y mas terco.»

Fernando no osó tomar parte entre los dos esposos por temor de ofender al marido ó á la muger, si no á entrambos, que es lo que suele acontecer á los que en tales lances median; mas aunque hablar quisiera fuérale por el momento imposible, porque D. Martin Suarez apareció súbito en la alcoba y dijo:

—«Señor D. Alonso: mis años y mi carácter, supongo que no me harán sospechoso á vuestros ojos.—Yo os juro por mi honra, y por la fé católica, apostólica romana, en que por la misericordia de Dios he nacido, vivo, y morir espero, que doña Elvira está inocente.—Solo por consideraciones á vuestro actual estado difiero daros de ello pruebas irrecusables. Mientras llega el instante de

las esplicaciones creed en la palabra y juramento de un caballero cristiano.»

Dejamos á la consideracion del lector el efecto que en un herido , débil de cuerpo y de espíritu entonces, y apenas arrancado á la agonía, debió producir la súbita, y para él inesperada presentacion en la escena de un hombre como D. Martin, tenido en Méjico por una especie de misionero de capa y espada, personaje misterioso á par que respetable y exento de toda sospecha de galantería ó libertinage, aún de parte del mismo Avila, que en nada ni en nadie creia.

¿ Qué lazo podia mediar entre Elvira y D. Martin que en concepto de D. Alonso, ni aún en visita hasta entonces se habian visto? ¿ Por qué aquel casi anciano modelo de prudencia, de reserva, y hasta entonces de cautela en su habitual conducta, se mezclaba así en asuntos de familia, y en asuntos en que el parentesco mismo no autoriza á tomar parte sin invitacion de los interesados?

Esas y las consiguientes reflexiones trastornaron de tal modo el cerebro del maltrecho caballero, que palideciendo aún mas de lo que lo estaba, perdió el sentido y cayó en un síncope, á los ojos de Elvira y de D. Fernando, precursor acaso de la muerte. Arrojábanse, pues, á él simultáneamente mas bien para abrazarle que para socorrerle, puesto que su estado no sabian, cuando don Martin, conteniendo á cada uno de ellos con una mano, exclamó al mismo tiempo:

—«Aquí, Cristóbal : ahora la bebida!»

No se hizo la interpelacion á sordo ni á tullido : el bueno del tlaxcalteca entró en la alcoba con tanta mas prontitud, cuanto que en la prevision de que en ella habia de ser necesaria su presencia ó para satisfacer su curiosidad, que no sabemos lo cierto, ya de antemano se habia acercado todo lo posible á la puerta.

Mas como quiera que fuese, entró apenas llamado, corrió á la taza de coco que contenia el salutifero bregage, y asiéndola al mismo tiempo que la caña que de pistero habia servido la noche anterior, hizo seña á su amo de que abriese la boca de D. Alonso, verificado lo cual, hizole tragar la medicina.

A los dos ó tres minutos, recobrado D. Alonso, aunque sumamente débil, hizo seña de que le dejaran solo, y obedecida que fue aquella órden, sin mas escepcion que la de D. Fernando, que se obstinó en permanecer en la alcoba, tardó poco en dormirse tranquilamente.

Cristóbal al salir á la sala miraba fijamente á D. Martin, con cierto aire entre la admiracion y el respeto, á que el bueno del caballero contestó con su melancólica ordinaria sonrisa.

El asombro del indio procedia de que habiéndole Poyahuitl prevenido en el idioma del pais lo que debia de hacer, en el caso que ocurrió, en efecto, como hemos visto, de que el herido se desmayase, lo hubiera D. Martin comprendido tan bien como él mismo. La sonrisa de Suarez significaba, «¿Por dónde te figurabas tú que yo no sabia la lengua de Motezuma?»

Mientras tales cosas acontecian en casa de Avila, sus amigos y enemigos en Méjico se agitaban comentando su estado, pronosticando, ya feliz, ya infelizmente, en cuanto al éxito de su curacion, que por el momento no se sabia corriese á cargo de Poyahuitl, y sobre todo inventando cada dia una nueva historia sobre el origen y circunstancias del famoso combate.

Las dos tapadas y los mensajeros de las otras dos mas cautas ó menos libres damas que por conducto de D. Fernando habian escrito á Avila, impacientábanse ya los dos primeros dias con no recibir respuesta á sus epístolas: figúrese el lector qué contentas y satisfechas estarian pasándose tres largas semanas en igual estado.



La cura de D. Alonso, en efecto, con ser para la gravedad de su herida maravillosamente rápida, no le permitió en siete ú ocho dias ni variar de postura en la cama, ni dejarla hasta pasado el tiempo que hemos dicho. Levantóse entonces: pero tan débil, tan estropeado, que al mirarse por vez primera en un espejo, no pudo menos de esclamar en su tono burlesco hasta consigo mismo:

—«¡Ay, D. Fernando de mi vida, cual estoy! Mas de cuatro maridos conozco que al verme van á entonar gozosos la ¡Aleluya!, y mas de cuatro damas, y esto es lo peor, que han de negarme que soy D. Alonso de Avila, ó pretender que he muerto, y soy mi propia sombra!»

—«A propósito de damas, contestó el jóven Valdestillas que se habia constituido en perpétuo enfermero de Avila; desde el dia siguiente al de vuestra desgracia tengo en mi poder nada menos que cuatro billetes de otras tantas *pecadoras* que por vos penan. ¿Creeis estar ya en estado de ocuparos en tales negocios?»

—No, pesa mi vida. La maldita espada de mi desconocido contrario, parece que al salir de mi pecho se me llevó consigo, ademas de las fuerzas del cuerpo, hasta el recuerdo de mis galanteos. ¿Quereis creer, D. Fernando, que en todos estos dias no se me han venido las nocturnas aventuras ni una sola vez á las mientes?»

—Algo sacariamos en limpio, si la herida os convirtiese.

—¡Convertirme! No amigo, no: en punto á fé, gracias al Cielo, tengo la de un buen cristiano: mi naturaleza es frágil, voluptuosa, el placer me arrastra; y digo mal diciendo el placer, que en los primeros años pudo ser él mi incentivo, mas de algun tiempo á esta parte... De algun tiempo á esta parte me aburro, me fastidio; en los brazos de esas *pecadoras*, como vos las llamais, siento un hastio invencible; ni el corazon, ni la cabeza aciertan á ocuparme.

—Pues á eso llamo yo vuestra conversion.

—Siendo asi dadme por tan convertido como á San Pablo.

—¿Con qué en restableciéndoos, segun eso, renunciareis al juego, á los galanteos, á vuestra antigua vida, en una palabra?

—¿Quién ha dicho tal, mancebo entusiasta, ni cómo es posible que eso suceda?

—Vive el Cielo, que sois siempre para mí un logogrifo animado.

—¡Válate Dios por muchacho, que á veces parece una monja! ¿Qué quereis que yo haga si no riño, juego y galanteo? Todo eso comienza á aburrirme, es verdad, Fernando; el placer ha huido de mis sentidos; mi corazón es un desierto: pero, ¿Qué he de hacer, vuelvo á preguntaros?—Dios no me hizo para logrero, ni aún para labrador; la vida del tratante me repugna, la del campo es buena para Juan Ponce de Leon que se estasia delante de una flor, y se pasma al ver una calabaza. Los estudios no se emprenden á mis años; el beaterio no está en mi carácter; las gentes de forma me huyen; las mugeres que pasan por virtuosas me temen; en resúmen: fuera de vos, no tengo trato que superficial no sea, con hombre que no profese el libertinage, ni con muger que no lo practique. Sacadme, pues, de casa, cuando Dios fuere servido de que la salud recobre, y si lo hago con el propósito de mudar de vida, vereis que no me queda otro recurso que el de irme á los montes con los salvages *Chichimecas*. D. Fernando amigo: estoy condenado irrevocablemente, y ahora mas que nunca, á vivir encenagado en los vicios.

—Si no os conociera, horrorizariame el oiros hablar asi; pero yo sé que no sois tan malo como quereis parecerlo.

—Quizá; pero nadie es mas ni menos de lo que parece,

y yo, vuelvo á decirlo, estoy irrevocablemente condenado á ser lo que parezco... Dos veces en mi vida pude salir de la sima en que me agito.... dos mugeres han podido rendirme, ninguna lo ha querido.

—Catalina, sin duda.

—Sí, Catalina, que tiene un alma, que á ser buena, fuera la primera de cuantas Dios ha enviado á cuerpo de muger alguna. Altos pensamientos, audacia para acometerlos, tenacidad en el propósito, fuego en la pasion, todo lo tiene, todo le sobra, todo: pero su orgullo no le consiente amar mas que al que domina como á esclavo; su terquedad se irrita de suerte ante los obstáculos, que el dia en que algun hombre lo sea invencible á sus designios... Dios me perdone... Pero la creo capaz de llegar al asesinato. Fue mi primer amor, Fernando: sincero, entusiasta, puro, un destello del fuego del cielo... Ya lo conoceréis por esperiencia cuando llegueis á amar, y por cierto que me admira que ya no ameis!»

Ruborizóse D. Fernando hasta el blanco de los ojos; pero Avila, preocupado con sus recuerdos, sin echarlo de ver ni esperar respuesta, prosiguió:

—«Amábala como no he vuelto, ni es posible que vuelva á amar: era su esclavo... Pero exigió de mí... Básteos saber que me propuso cosa que un caballero aceptar no podia, y á mi primera vacilacion despidióme sin misericordia... En fin, ella es la causa quizá que hizo de mí lo que soy.

—Sospecho, sin embargo, que no le sois del todo indiferente.

—No puede perdonarme que me haya consolado de perderla. Las mugeres son asi: ni al hombre que desairan ven con gusto á los pies ó en los brazos de otra.

—No puedo luchar con vos en la materia; pero si quereis enteraros de los billetes que aquí tengo, qui-

zá encontrareis alguno que os dé luz en la materia.

—¿Pensais que Catalina me haya escrito?

—Pienso mas ; y es que ella misma en persona me ha buscado para entregarme su carta. Reflexionando estos dias en la brevedad del acento, lo imperioso de las frases, y lo osado de las predicciones de una de las dos tapadas que por vuestra cuenta me acometieron, me inclino á creer que fuese doña Catalina.

—De todo es capaz; pero mucho dudo...

—Nada mas fácil que salir de dudas : aquí tengo los billetes...

—No: guardadlos hasta otro dia.

—Dejad que me asombre vuestra obstinacion, que no comprendo.

—Voy á esplicárosla, Fernando ; que los servicios, el cariño que os debo, acreedores son á que con vos no tenga secretos.

—No, D. Alonso, yo no quiero penetrar misterios...

—Y yo debo y quiero confiaros todos mis secretos, como á mi único amigo, como á mi segundo hermano... Y á propósito de hermano, el mio, Gil Gonzalez de Avila, se ha puesto en camino para Méjico apenas supo mi herida, y llegará de un momento á otro; quiero que seais amigos, y os advierto que es un mozo tan de provecho, como yo un casado mala cabeza.

—Hermano vuestro y amigo mio son y serán siempre una misma cosa.

—Eso : la escuela pura castellana, cortés y discreta de vuestro escelente padre; pero vamos al negocio. ¿Os asombra mi obstinacion en no tomar los billetes de las ninfas? Pues mas va á asombraros el oir que en realidad no dejo de estar curioso de saber su contenido, y sobre todo desde que me habeis dicho que puede haber entre esas cartas una de Catalina.

—Pues entonces...

—Entonces , un escrúpulo de conciencia no me permite leerlas hoy.

—¡ Vos escrúpulos de esa especie!

—No estan en mis hábitos, lo confieso; pero ¿Qué diríais del juez que antes de sentarse en el tribunal, para juzgar á un ladron, cometiese él mismo un hurto?

—Diria... ¿Mas qué diablos tienen que ver aquí jueces y ladrones?

—D. Fernando: hoy, dentro de algunos instantes, voy yo á sentarme en el tribunal y á juzgar, tal vez á condenar, á ejecutar si condeno.

—¡Qué decís, D. Alonso! ¿Y á quién vais á juzgar?

—A mi muger, á doña Elvira.»

Al pronunciar el nombre de su esposa tomó la fisonomía de D. Alonso una espresion siniestra de amarga cólera , tanto mas terrible cuanto mas estraña á su carácter y costumbres. Avila era valiente , audaz , camorrista , pero no cruel , y menos rencoroso : para que tal especie de sentimientos abrigase su corazon, fue necesaria causa tan grave como la afrenta que creia haber recibido.

Valdestillas, consternado ante la espresion del rostro de su amigo, hubiera deseado que la tierra se le tragase vivo á él mismo antes de oir tales palabras ; pero dominando como pudo su profunda emocion , replicó con entereza :

—Doña Elvira está inocente.

—Ya otra vez me lo habeis dicho, y sé que no lo diríais ninguna, si no lo creyérais sinceramente. Mas ¿teneis pruebas?

—Su palabra y juramento.

—¿Palabra y juramento de muger, y de muger acusada , imaginais que prueban algo, D. Fernando? Muy mozo sois, pero tanta inocencia no es ya ni con vuestros años compatible.

—Doña Elvira no es, Avila, una muger vulgar.

—No ciertamente, y ella es la segunda de las que antes os hablé: tambien hubiera podido salvarme, convertirme, como vos decís, y no ha querido tampoco. Su frialdad, su orgullo, su impenetrable reserva me rechazaron...

—¿Y por qué os casásteis con ella?

—Por despecho; y esa es mi culpa. Me era preciso castigar á Catalina: Elvira mas hermosa que ella; Elvira, hasta entonces, de una conducta irreprochable; Elvira, sorda y ciega á los suspiros y galanteos de todos, incluso los míos, me pareció la única muger capaz de humillarla. Pedí su mano: otro hubiera retrocedido, ó ante la declaracion esplicita de no ser amado que me hizo la doncella, ó ante misterios de otra especie, de que ahora es inútil hablar. Yo atropellé por todo, por vengarme de Catalina.

—¿Con que doña Elvira os declaró que no os amaba?

—Sin rodeos, en menos palabras que vos acabais de decírmelo; y sin embargo hice la locura de casarme, esperando que no iba á tropezar con la única muger predestinada á resistirme. Engañéme en eso; y engañéme tambien en creerla impecable.

—Os digo que es inocente.

—Para creerlo necesito pruebas muy claras; y dentro de breves instantes podrá presentármelas, si las tiene.

—Esplicaos de una vez.

—Mi *dulce esposa*, á quien, como sabeis, veo solo dos veces al dia desde recobré el sentido, y eso cuando, tan de ceremonia como á casa del Arzobispo pudiera, viene á informarse del estado de mi salud, no me ha favorecido esta mañana con su presencia, pero en cambio me ha escrito: ved su billete.

Tomó D. Fernando, disimulando á duras penas su

turbacion, un papel que su amigo le alargaba, y vió que decia de este modo:

«Si el estado de vuestra salud lo consiente, como lo espero y deseo, tiempo es ya de que mi honra quede en el lugar que le corresponde; á medio dia iré á vuestra estancia con los testigos de mi inocencia, á menos de que otra cosa me prevengais.—Guárdeos el Cielo.—Doña Elvira.»

—Poned en lugar de *doña Elvira*, D. Juan ó D. Pedro (dijo Avila, terminada que fue la lectura), y ese billete será un verdadero cartel de desafio. Preciso es confesar que me ha cabido en suerte una muger como hay pocas.

—La hora de la cita se acerca; voy á dejaros.

—No hareis tal, si no quereis enojarme: yo deseo que *mi hermano* asista al juicio, para que vea que el juez podrá ser severo, pero no parcial.

—D. Alonso, permitid que me ausente: yo estoy de antemano convencido de la inocencia de vuestra esposa, y no quiero saber el secreto que para probárosla á vos supongo que va á revelaros, ni que *doña Elvira* presuma que una vez dada mi palabra de creer en su virtud, la eludo yo buscando pruebas, para mí innecesarias.

—¡Bravo, mancebo! Amadis de Gaula se queda en mantillas comparado con vos en materia de galanteria; y vive el cielo, que fé tan robusta me hiciera sospechar, á no haberme vos acompañado en la funesta noche, que érais vos mismo el amante y amado galan. Pero hablando de otra cosa; ¿No habeis podido saber qué fue del hombre á quien acomodásteis poco mas ó menos como á mí nuestros contrarios? ¿No conjeturais siquiera quién aquellos fuesen?

—Nada sé, nada conjeturo: el mas impenetrable misterio reina en todo este negocio; y ni el Alcalde, ni los Oidores estan mas adelantados que nosotros.»

Cuando aquí llegaban de su conversacion los dos

amigos, oyéronse pasos en la antecámara, y apresuróse D. Fernando á despedirse: al salir se halló con D. Martin Suarez y Fr. Diego de Olarte, que con Elvira se encaminaban á la estancia del convaleciente. Tendióle Suarez la mano, besó el mancebo la del Provincial, y la dama, llevándole al alfeizar de una ventana, le dijo:

—«¿Os ha revelado D. Alonso?...»

—Todo, señora; respondió él.

—¿No os ha invitado á oír.....?»

—Sí señora.

—¿Y por qué os vais entonces?»

—Porque yo para creer en vuestra virtud, ni quiero, ni necesito pruebas.»

Elvira, por no venderse, renunció á contestarle con palabras, y se limitó á envolverle, por decirlo así, en una mirada de esas que abrasan, pero que equivalen á un siglo de bienaventuranza.

Cuando al dia siguiente fue D. Fernando á ver á don Alonso, díjole el último apenas le vió:

—«Mi muger es una santa, y yo el mas atolondrado de los mortales. Os diria cómo he abierto los ojos; pero no quiero quitaros la satisfaccion, el justo orgullo que debéis tener por haber adivinado lo que yo ni concebía que existiese.»



## CAPITULO II.

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA ATAR UNOS CABOS Y SOLTAR OTROS.

ACIA el final del capítulo sexto de la primera parte de la curiosa y verídica historia de que nos hemos hecho fieles coronistas, despues de haber puesto en escena en las casas del Marqués del Valle á varios interesantísimos personajes, recordará el lector benévolo que íbamos á referirle cierta notable conversacion entre el Marqués ya citado, D. Martin Cortés su hermano, el Dean don Juan Chico de Molina, Suarez de Monroi, D. Luis de Castilla y D. Bernardino Pacheco de Bocanegra. Tratóbase del suceso ocurrido aquella misma noche á don Alonso de Avila, y del aparato de fuerza que en conse-



cuencia desplegaran el Alcalde ordinario Manuel de Villagas, y el Alguacil mayor de la ciudad Juan de Samano, de acuerdo con los Oidores, los cuales, aprovechando aquella ocasion, quisieran descargar un buen golpe sobre el bando al suyo contrario: mas como ya sabemos, habiéndose estrellado sus piadosas intenciones en el invencible escollo del misterio profundo que encubria el origen y fautores del lance en cuestion, hubieron luego de resignarse á dejar correr el tiempo y los sucesos, con la esperanza de que la fortuna les deparase en adelante algun motivo, ó siquiera pretesto, para cebarse en sus enemigos. La conversacion, pues, á que aludiamos y que de referir nos abstuvimos á su tiempo, para enterar al lector de las aventuras de D. Fernando de Valdestillas, doña Elvira, D. Alonso de Avila, y demas personas con ellos intimamente relacionadas, carece ya para nosotros de interés bastante á exigir que con todos sus pormenores la reproduzcamos ahora; y, sin embargo, tiene el necesario para que no esté de mas dar de ella una cabal aunque sucinta idea.

Una vez solos, completamente solos, los caballeros y el eclesiástico que hace poco enumeramos, cerradas las puertas del salon, dada orden á un criado de confianza de estar en vela para que nadie pudiese interrumpirles, y reunidos en grupo para mayor seguridad en el estrado, bajo el retrato de Hernan Cortés: el heredero del título de éste, que como ha podido ya verse, si aceptaba con placer los privilegios de Gefe de partido ó *Bando*, como entonces se decia, rehusaba tambien obstinadamente las cargas y riesgos á tan elevado puesto anejas, dió rienda suelta á su exacerbado egoismo, y con frases duras echó en cara á los presentes «que siempre le comprometian con sus imprudencias,» declarándoles por milésima vez, que estaba resuelto á abandonarlos á las consecuencias de su loca temeridad, porque él

*era un vasallo leal y sumiso á su Rey y á cuantos en su nombre ejercian la pública autoridad.»*

El efecto de tal arenga , si hombre de otro carácter la pronunciase , no pudiera menos de ser la disolucion del partido, ó la eleccion de nuevo Gefe en reemplazo del que tan inferior se mostraba á las obligaciones de caudillo: pero como del Marqués lo único importante para su bando era el nombre, y ese de su persona inseparable; y como ademas los que le escuchaban tenían sobrada costumbre de oirle hablar en momentos dados, exactamente lo mismo que acababa de hacerlo, y obrar, sin embargo, poco tiempo despues en sentido contrario, resignáronse cuál con mas, cuál con menos trabajo, á sus inevitables vacilaciones.

Don Luis de Castilla, mordiéndose el bigote, dió de codo al Dean; éste le contestó con una sonrisa entre burlona y colérica; Bocanegra suspiró; D. Martin Cortés ruborizóse; y Suarez, mirando al Marqués como con lástima, fue quien tomó la palabra, para esplicarle que en el lance de que se trataba podia haber habido y habia en efecto desdicha, mas no imprudencia, ni mucho menos designio de comprometer á *su señoría*, enteramente ageno á cuanto ocurría. Y así era la verdad, no estando en manos de nadie el evitar que los Oidores y sus parciales se empeñasen en sacar partido de todo, muchas veces á despecho del sentido comun, pero siempre en contra de los descendientes y parciales del inmortal Conquistador. Lo que de tal conducta se desprendia con evidencia, segun Suarez, era que la Audiencia se habia propuesto perder al Marqués y á sus amigos, ora diesen motivo, ora como cartujos se condujesen; y la cuestion quedaba, por consiguiente, reducida en sus mas simples términos á este dilema: «O dejarse impune y pasivamente aniquilar, ó defenderse como parecia exigirlo la razon natural.»

Apoyado con calor por Castilla, con exaltacion poética por Bocanegra, con astucia y agudeza por el Dean, y con un simple, pero espresivo movimiento de cabeza, por su tocayo D. Martin, sin que el Marqués, conmovido por el unánime parecer de todos sus consejeros, se sintiese con fuerzas para contradecirles, prosiguió Suarez su razonamiento, afirmando y demostrando la urgente necesidad de que el Bando atendiese á su propia defensa con vigor y energía. Sentada esa proposicion fundamental, como inconcusa, sin grande esfuerzo dedujo de ella el misterioso caballero, que la defensa requería, en primer lugar, organizacion; y luego que para la organizacion era indispensable entenderse y obrar de acuerdo todas las personas de cuenta de la parcialidad del Marqués, siempre bajo *la direccion, auspicios y autoridad del Marqués mismo*, sin el cual todo paraba en el viento.

Si cualquiera osara decirle al heredero del vencedor de Méjico que entrase en una *Conjuracion* contra la Audiencia, lo que equivalia á conspirar contra el Rey, pues que los Oidores representaban en Méjico completa y exclusivamente la autoridad y soberanía de Felipe II; si tal, decimos, osara cualquiera proponerle, crudamente y con la palabra propia, al Marqués del Valle de Guaxaca, la respuesta, cuando menos, hubiera sido arrojarle de su presencia, y muy probablemente tirar la espada; pero D. Martin Suarez de Monroi, como hombre hábil que era, le fue llevando poco á poco y dando vueltas al terreno que á sus designios cuadraba, y el bueno del gran señor tuvo que convenir en que necesitaba atender á su defensa, y para ello ponerse de acuerdo con los que por cabeza le reconocian y acataban. ¿Qué cosa mas natural, justa é inocente? Y véase como palabra mas, palabra menos, basta á veces para que nos creamos irrepreensibles ó culpables.

Suarez iba á proseguir, nada menos que para probar que, supuestas las confesadas premisas de lo indispensable de la defensa y lo útil de la organizacion, forzoso seria estender esta hasta que abrazase en sus términos, no solo á la nobleza castellana pura, á la mestiza, y á la de origen mejicano, sino ademas á los pecheros de las razas española é indígena, muchos en número y todos descontentos, por el rigor con que los tributos se les exigian los últimos, y por la dureza del mando de los Oidores los primeros: pero atajóle la palabra el Dean, conociendo que por aquella noche llena estaba suficientemente la medida de la resolucion del Marqués, y, por otra parte, temiendo que por mucha que fuese la pobreza de espíritu de aquel señor, no podia menos de comprender á donde iba con sus proyectos el bueno de D. Martin, esto es: que se trataba nada menos que de un alzamiento general del reino de Nueva España. Porque, en efecto, ¿Para qué organizar Nobleza y Plebe, sino para emplear su fuerza una vez organizada? ¿Y para qué ni cómo emplearla, sino para subvertir el gobierno existente y reemplazarle con otro cualquiera? En resúmen, todo habia de venir á parar en un alzamiento contra la Audiencia, alzamiento que seria una *rebellion* contra el monarca; y esa *rebellion*, so pena de nacer ya vencida, ¿Qué objeto podia proponerse que no fuese la emancipacion del reino de Nueva España?

En todas épocas y circunstancias semejante designio es un pensamiento colosal. ¿Qué de esfuerzos heróicos, de perseverancia y de fortuna no requiere siempre de parte de un pueblo, aunque homogéneo, compacto y en posesion de su individualidad reconocida, el mantenimiento de su independendencia!

Dígalo la lucha feliz, pero sangrienta, tenaz, esterminadora, que España sostuvo al empezar este siglo. Y si esa independendencia una vez se pierde, ¿No es el recobrarla

casi imposible? Respondan por nosotros la Polonia, la Lombardia, Venecia y los Húngaros. Vanos han sido sus esfuerzos; en vano prodigaron la sangre de sus mejores hijos; en vano acometieron y llevaron á cabo hazañas que inmortalizan sus nombres: hoy son esclavas; y si nuestra fé, honda al par que humilde, en la justicia de la divina Providencia, nos hace esperar que un dia serán quebrantados sus hierros, ensalzados los hoy en el polvo sumidos, y en polvo para siempre desechos los que alzan ahora las altivas frentes sobre los cadáveres de sus víctimas, ¿Qué de años, que de luchas, qué de sangre no serán todavía necesarios para que tal suceda?

Asombra, pues, que en el Nuevo Mundo y en el siglo XVI hubiera quien la independencia de Nueva España osara concebir como posible; y sin embargo, Suarez no solo la concebía, sino que de los cincuenta ó mas años que contaba de vida, llevaba consagrados los dos tercios á prepararla sorda y laboriosamente, sin que los obstáculos le arredrasen, los desengaños le entibiaran, ni los riesgos pusiesen temor en su enérgico espíritu.

La perspicacia del Dean, hombre de estremada sutileza de ingenio, comprendió primero que nadie la profundidad de miras, la resolución irrevocable que Suarez ocultaba, en general, bajo un manto de frialdad metódica, bastante á deslumbrar al observador superficial. ¿Asustó aquel hombre á D. Juan Chico de Molina?—No por cierto: nuestro eclesiástico era de aquellos mortales á quienes nada asombra, que todo lo oyen serenos, que jamas se dejan dominar tan hondamente por una primera impresion que pierdan la brújula. Molina tenia ambicion, mucha ambicion, una ambicion sin límites: desde el dia en que, tonsurado, revistió el hábito de San Pedro, fijó sus ojos en el canonicato; canónigo, quiso ser dignidad; ya Dean aspiraba á la Mitra y al Capelo; y es pro-

bable que, si llegara á obispar, la Tiara sola le contentase.

Mas no era de los ambiciosos arrojados é imprudentes: ni economizaba el tiempo, ni le arredraban las dificultades; los malos pasos los andaba despacio, el buen camino sin apresurarse; preferia siempre al vado la puente; y en vez de escalar las montañas, indagaba el curso de las aguas que de ellas descendian, para seguirlo y evitar asi las fatigas de una ascension peligrosa y los riesgos de los precipicios.

Asi, pues, adivinando á Suarez, pareciéndole su pensamiento digno, grande, elevado, y viendo en su realizacion un medio de llegar á sus particulares fines, nuestro Dean, que se proponia ayudarle siempre que le fuese posible, pero sin mancomunidad en los riesgos de la empresa, adoptó el término medio de jugar reservándose un triunfo; queremos decir: se abstuvo de darse á las claras por entendido de lo que sabia, y al mismo tiempo indirectamente contribuia siempre á empuñar al Marqués en la senda que Suarez deseaba. Por eso, y para evitar que por querer mucho se perdiese el terreno ya conquistado, terció en la conversacion cuando presumió que no podia soportar aquel mas carga de la que llevaba.

Sintiéronlo Castilla y Bocanegra: el primero porque su carácter impetuoso, sus humos aristocráticos, y su ódio á los Doctores le tenian impaciente de emprender la lucha; el segundo porque lo ardiente de sus pasiones, y el interés de una que el lector sospecha ya tal vez, y de que nosotros hablaremos á su tiempo, tambien le hacian desear con ansia el momento de que se rompieran las hostilidades.

En cuanto á D. Martin Cortés, su posicion de *Seide* de su mayor hermano, franca y sinceramente aceptada, su fanatismo de familia, y lo que de la sangre mejicana llevaba en las venas, le hicieron llevar con resignacion,

si no con gusto, que el Dean le atajase la palabra á Suarez.

El Marqués fue quien respiró á sus anchas con el nuevo giro que se dió á la conversacion: estaba en ascuas el pobre, y el Dean le pareció un ángel que del suplicio le arrebató.

Volvióse, pues, al punto de partida: á la desdichada aventura de Avila, de la cual parecia Suarez tener completo conocimiento, y en la que todos los demas, esceptuando á D. Bernardino, dieron muestras de interesarse sinceramente.

D. Alonso era persona simpática por sus defectos mismos para todos los que de ellos no fueron víctimas; y D. Alonso, ademas, burlábase tanto y tan sin misericordia de los Oidores, del Alcalde, del Alguacil mayor y de su ronda, á la cual sea dicho de paso, se complacia en apalear casi diariamente, que no podia menos de ser bien visto en casa del Marqués del Valle.

Verdad es que con el esposo de doña Elvira, por lo estragado de sus costumbres y la ligereza de su carácter, no contaban las personas formales del bando, para el Consejo; verdad que, considerándole los de la Audiencia como enemigo, él ignoraba completamente cuanto tramaban los que debieran ser sus amigos: verdad, en fin, que la posicion del caballero que nos ocupa era lo mas anómala y singular posible, colocado, como estaba, entre dos parcialidades, de las cuales una le hacia cruda guerra, y la otra le abandonaba á su destino; pero sus riquezas, su valor, su popularidad entre los bravos, aventureros y demas gente desalmada de la plebe europea, le daban alta importancia á los ojos de la mayor parte de las personas cuya conferencia vamos relatando.

Así, cuando el Marqués, queriendo dar á su vez una muestra de energía, en compensacion de las muchas anteriores de flaqueza que aquella misma noche habia da-



do, propuso con aire triunfante ir á visitar á D. Alonso, luego que visible estuviese, con la Marquesa y su hermano D. Martin, aplaudieron todos los circunstantes, siempre esceptuando á Bocanegra, tan buen propósito.

D. Martin Suarez mismo que, como ya por su conversacion con doña Elvira, al ir desde Tlatelolco á casa de esta, ha podido comprenderse que miraba á Avila con no muy buenos ojos, alentó al Marqués á que su plan realizara; pero, en honor de la verdad, cúmplenos decir que lo hizo mas porque el heredero de Hernan Cortés se comprometiese hasta cierto punto con la visita pública y solemnemente hecha, que por consideracion al herido.

Apretóle á Suarez el Marqués para que le esplicase lo sucedido aquella noche; pero el misterioso caballero esquivó la cuestion hábilmente, limitándose á decir que *por una casualidad* sabia que D. Alonso, por efecto de su habitual imprudencia, tuvo un encuentro con personas que ni le buscaban ni ofendian, resultando del combate la desgracia que todos deploraban.

Terminada asi la conferencia á hora muy avanzada de la noche, despidiéronse todos del Marqués y de su hermano, y en la puerta del palacio Castilla y el Dean tomaron una direccion, y Suarez con Pacheco la opuesta.

Ambas parejas, cada cual por su camino, marchaban en profundo silencio; porque si los Oidores entendian poco del manejo de la espada, en compensacion eran hombres de grande habilidad en disponer el espionage contra sus enemigos, ó como hoy diríamos, en *hacer la policia* constante y aprovechadamente. Nunca, ó muy pocas veces á lo menos, podian los del Marqués considerarse seguros de los esbirros y delatores; solo en la casa de aquel, donde desde el primero hasta el último de los criados pertenecian, por decirlo asi, en cuerpo y alma á la familia; solo en campo abierto y de

dia claro les era lícito hablar con libertad, si esponerse no querian á que sus palabras fuesen repetidas y adulteradas ademas, como de tiempo inmemorial á nuestros dias, lo acostumbran los polizontes.—Y aún en los salones de las casas de Hernan Cortés, aún en la campiña, sabíanles que estaban reunidos, y quiénes eran, y cuánto tiempo duraba la conversacion, y qué semblantes tenian, y qué direccion tomaba cada uno al separarse de sus amigos.

Una visita hecha ú olvidada, un paseo á caballo, una comida ó una cena, un saludo, un gesto, el aspecto alegre ó triste de los que por parciales del Marqués pasaban, daban pábulo á interminables partes de los espías, y mas interminables conferencias de los Oidores, las cuales á su vez producian vejaciones en Méjico, y apasionados informes que alarmaban al Rey prudente.

En tal estado de cosas no es de estrañar, por consiguiente, que en la oscuridad de la noche juzgasen oportuno las cuatro personas de que tratamos guardar profundo silencio, como en efecto lo observaron, Castilla y el Dean hasta separarse para ir cada uno á su destino; Suarez y Pacheco hasta la casa del último en que entraron ambos.

Aguardábanles en el zaguan dos embozados de los cuales uno al *¿Quién va?* de D. Martin, respondió: «*Hernando y Méjico.*» Palabras á la cuenta convenidas de antemano, pues sin dar mas respuesta que pronunciar el bocablo: «*Mártir*» metiéronse todos cuatro en la posada de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, quien á pesar de tener en Méjico hermanos, vivia solo y retiradamente.

Sigámoslos hasta una estancia sencillamente amueblada, cuyo mas notable adorno eran las ricas y escelentes armas ofensivas y defensivas, blancas y de fuego, que sus muros entapizaban, y oigamos un momento la conversacion que entablaron, sentados los dos caballeros, y de pie, en actitud respetuosa, y con las gorras en la

mano, nuestros dos desconocidos: *Absalon*—*Felipe*, y el terrible *Almanegra*; porque ellos y no otros eran los dos embozados que en el zaguan hemos visto.

*Absalon*, en la modestia de su compostura, pudiera pasar por un beato, si no llevase impreso en la fisonomía el sello de la mas hipócrita perversidad; por lo que respecta á *Almanegra*, la dureza de sus facciones, la impasibilidad de sus músculos, y la ferocidad de sus miradas, templábalas apenas el respeto que á los dos caballeros profesaba.

*D. Bernardino*, conservando su aire melancólico y de profunda preocupacion, no se dignaba siquiera mirar á los dos bravos; *D. Martin*, frio é impasible como siempre, observábalos con ojos mas de juez que de otra cosa, y al parecer su mirada escudriñadora penetraba en lo mas recóndito de aquellos lóbregos empedernidos corazones.

Esplicadas asi las actitudes y situaciones respectivas, refiramos la conversacion ofrecida.

D. MARTIN.

¿Y bien, *caballeros*, se han ejecutado mis órdenes?

ABSALON.

Puntualmente.

D. MARTIN.

¿El confesor?

ABSALON.

Un dominico, como nos lo previno useñoría.

D. MARTIN.

Yo he dicho muchas veces que no soy título, que no tengo señoría...

ALMANEGRA.

Quien puntual y generosamente paga es para nosotros el mayor príncipe de la tierra.

D. MARTIN.

Bueno está : ¿ Con que decís que llevásteis al cabo un dominico?

ABSALON.

Sus trabajillos hubo para llevarle ; el bueno del padre era asustadizo ; mas con un poco de dulzura y otro poco de...

D. MARTIN.

¡ Supongo que no habreis osado maltratar á un sacerdote !

ABSALON.

(*Con aire devoto.*) ¡ Jesus ! ¡ El Señor me preserve de tal desdicha ! Pecador soy , pero á los ministros de Dios...

D. MARTIN.

Basta , Absalon : ¿ Háseos olvidado que nos conocemos desde Flandes ? Habla tú , Almanegra , que no sabes mentir.

ALMANEGRA.

No , pesia mi vida , no sé , y háme ya costado caro mas de una vez ; pero , en fin , Dios ó el Diablo me han hecho asi.

D. MARTIN.

Acabemos : ¿ Qué pasó con el fraile ?

Don Martín, conociendo la gente de quien se servía, no se sorprendió con  
**ALMANEGRA.**  
 En el camino nada sé: él llegó algo azorado y no mas. Ya en la casa quiso subírse nos á las barbas; fue menester enseñarle los dientes y se le enseñaron.

**D. MARTIN.**  
 Por el alma de mi padre, que si le habeis.....

**ABSALON.**  
 El reverendo Fr. Domingo se encuentra ahora durmiendo tranquila y pacíficamente en su celda: todo se quedó en amenazas; pero su persona fue escrupulosamente respetada.

**ALMANEGRA.**  
 Algun dia podrá pesarnos á todos.

**D. MARTIN.**  
 ¡Cómo! ¿Habrà sido tal vuestra torpeza que el fraile pueda reconocer vuestras personas ó la casa en que ha estado?

**ABSALON.**  
 Tranquílcese *useñoría*, entró y salió en la casa con los ojos muy bien bendados; y no ha visto el rostro de Almanegra ni el mio.

**D. MARTIN.**  
 ¿A quién ha visto, pues?

**ABSALON.**  
 A la Garduña y al pobre Garcí-Perez.

**ALMANEGRA.**  
 Lo que es á ese ya puede buscarle, que para tiempo tiene.

D. MARTIN.

¿Qué dices, Almanegra?

ALMANEGRA.

Que Garci-Perez descansa en paz, dos varas bajo tierra en el patio de la Garduña.

D. MARTIN.

¡Pobre Escudero! ¡Tantos años de buen servicio han venido á parar.....

D. BERNARDINO.

(*Melancólicamente.*) En lo que pararemos todos, amigo mio. ¡Dichoso él que ya está libre de las asechanzas de este mundo! ¡Dichoso él, una y mil veces!

D. MARTIN.

Hace mas de veinte años que me servia con celo y fidelidad, y esta misma noche habeis visto que era un valiente.

ALMANEGRA.

Cierto: y parece imposible que haya muerto como un cobarde.»

Aquí el bravo, preguntado por Suarez, refirió á los dos caballeros la muerte del desdichado escudero, tal como nuestros lectores la conocen, sin omitir pormenor alguno á pesar de las señas de Absalon, que no veia la necesidad de que su compañero fuese historiador tan fiel y escrupuloso. Pero Almanegra, digno en todo de su apodo, aborrecia y desdeñaba á un tiempo la mentira: cuando decir la verdad podia traerle graves daños, callaba obstinadamente; mas resuelto á hablar, decíala en toda su crudeza.

Don Martin, conociendo la gente de quien se servia, no se sorprendió con la relacion que le hicieron; y Boca-negra, distraido como siempre, oyendo algo, y dejando de oir mucho, se hizo apenas cargo y muy en globo del suceso.

Suarez volvió despues de algunos instantes de reflexion á entablar la plática diciendo:

—«No creia yo que tan pronto muriese!»

ABSALON.

La estocada era atroz, le pasaba de parte á parte. ¡Para ser de mano de un niño es famosa!

ALMANEGRA.

Si conviene, yo me obligo á pagarle en la misma moneda al tal niño.

D. MARTIN.

No por cierto : os prohibo intentar cosa alguna contra ese mancebo; os mando respetarle.

ALMANEGRA.

Bueno; por mi parte, bueno. Lo decia porque como el señor queria tanto á Garci-Perez.....

D. MARTIN.

Su muerte es una gran desdicha: pero no será la única, desgraciadamente, que ocurra en el discurso de nuestro camino. Lo que ahora me atormenta es ese fraile.....

ALMANEGRA.

Si Absalon me hubiera hecho caso, no nos atormentaria el tal fraile á estas horas, ni nunca.

Don Martin, conociendo la gente de quien se servia, no se sorprendió con la reacción que le hicieron; y Boca-

D. MARTIN.

¿Pues cómo, Almanegra?

ALMANEGRA.

Los muertos no hablan.

D. MARTIN.

¡Miserable! ¡Asesinar á un sacerdote!

ALMANEGRA.

Y á doscientos, cuando se trata de salvarme á mí y á los míos. El puñal es el único remedio en ciertos casos.

D. BERNARDINO.

(Con exaltación). ¡Verdad! Verdad, Almanegra!

ABSALON.

(Hipócritamente). Si hubiera sido un seglar.... No digo.—Pero un sacerdote.... Y además ¿Qué puede decir el fraile?

ALMANEGRA.

Lo que Garci-Perez le haya revelado en la confesion; y Garci-Perez sabia mas que tú y que yo, que sabemos bastante para entregar al verdugo mas de cuatro cabezas.

D. MARTIN.

Pudieras tener razon.

ALMANEGRA.

¡Vaya si la tengo! Pero á tiempo estamos, y si el fraile no ha hablado esta noche, mañana yo respondo...



D. MARTIN.

No, y mil veces no: basta y sobra de sangre. Sea lo que Dios quisiere, y no se hable mas del negocio.—Tomad este bolsillo (dándoles uno lleno de oro) y retiraos.

ABSALON.

¿Mañana?

D. MARTIN.

Donde siempre, y como siempre. El brazo pronto y la lengua muda.

ALMANEGRA.

Ya se sabe lo que somos. ¿A qué es hablar?

ABSALON.

¿Quién no ha de servir con el alma y la vida á tan generoso Príncipe?

D. MARTIN.

Bien está: retiraos. ¡Ah! Os recomiendo á la Garduña: no la perdais de vista.

ABSALON.

Yo respondo de ella; mi persona no le es indiferente, y.....

ALMANEGRA.

Y si se le desliza la lengua, la aplasto como á un sapo bajo la planta del pie.

D. MARTIN.

Idos ya.»

Terminada así la conversacion y retirados los bravos, quedáronse solos y en silencio D. Martin y Pacheco durante algunos instantes, al cabo de los cuales dijo el primero al segundo:

—«Muchos sacrificios tengo hechos y estoy haciendo, amigo D. Bernardino, para llegar á un fin, quizá imposible, por lo menos incierto: mas hecha escepcion del de *mi Elvira*, ninguno para mí tan difícil como el de hallarme en contacto continuo con miserables tales como los que de aquí salen.

—¿Y qué quereis, D. Martin? Replicó Pacheco melancólicamente; la vida es así; el oro se halla envuelto en cieno: entre renunciar á su posesion, ó resolverse á ensuciarse las manos, no hay arbitrio.—Mas dejemos eso y retiraos á reposar.

—¿Creéis que morirá D. Alonso?

—Terrible estocada recibió, y al caer en tierra no daba señales de vida.

—No me digais eso, no me lo digais, si no quereis que pierda el juicio.

—¿Y por qué, D. Martin? ¿Qué se pierde con la muerte de Avila? Un libertino desenfrenado, que no ve muger que no pretenda, que no pretende dama que no deshonne si la consigue, que no calumnie si le desaira. Si mi brazo no estuviera encadenado, dias hace que él ó yo... Pero esto no importa ahora, sino que os consoleis vos, amigo mio. ¿No es ese hombre el que hace la desdicha de vuestra Elvira?

—Sí, Pacheco, sí es: y su matrimonio la única cosa hecha en obsequio de mi gran designio de que acaso me arrepiento.

—¿Pues entonces!

—Es su esposo al cabo; y yo.....

—No hableis de eso; quizá no muera; y si muere, vos no le buscásteis.

—Pero le di ocasion; como marido tenia derecho.....

—A nada, D. Martin, á nada. ¿Quereis que baste ser marido para exigir de una pobre muger, bella, sensible,

y desdeñada sin embargo, y unida á un sér que no la comprende y la maltrata.....?

—¿Qué estais diciendo, D. Bernardino? Vuestra clara razon os abandona en este momento. Los vicios de los maridos son una desdichada tentacion para sus esposas, pero no disculpan sus extravios.... No, Pacheco, no los disculpan. Bueno fuera que cada vez que en el sendero de la vida hallásemos un tropiezo, hiciéramos de él ejecutoria de nuestras flaquezas. La virtud no es virtud sin que pase por el crisol de las tentaciones, como la espada no se da por buena hasta que contra bien templada coraza se prueba.

—Hablais como un hombre de cincuenta años.

—¿Y creeis que nunca tuve menos? Mozo he sido, y ardiente y apasionado, y.....

—¿Y nunca amasteis?

—¿No conoceis á Elvira?

—Cierto; y bien ¿Por qué tan severo os mostrais ahora?

—Porque, si como frágil que soy, peco y pecar puedo, no hago por eso la apologia del pecado. Creedme, don Bernardino: lo que en sí es malo, no hay circunstancias, no hay pasion que basten á hacerlo bueno.

—Eso es hablar de la mar desde la orilla.

—Esto es advertiros, á fuer de amigo, que correis á un precipicio sin fondo, D. Bernardino. Por Cristo, que no me interrumpais; quien tales secretos como los míos confió á vuestro pecho, derecho tiene á sondearlo, y obligacion de aconsejaros. Mirad mis canas, y autoricen ellas mis palabras. Pacheco: con vuestro ardiente corazon, con vuestra exaltada fantasia, con ese amor que se os ha entrado por el alma y enseñoreado de toda ella, con la muger temible á quien amais, todo es posible, *todo*, en un momento de delirio—Guardaos de él, no sea que un dia os halleis delincuente y deshonorado. Adios, Pa-

checo, medítad lo que os digo. Mañana en S. Francisco.»

Quedóse D. Bernardino como petrificado al salir de su casa D. Martin Suarez de Monroi, cuyo enérgico lenguaje produjo en su espíritu honda impresion.

Dominábale, en efecto, una pasion desesperada, y las palabras de su amigo fueron como luz fosfórica que, iluminando por un instante los ojos de su alma, le hizo entrever, entrever no mas, el *abismo sin fondo*, como D. Martin decia; pero entreverlo bastó para que horrorizado exclamase, dejándose caer en su asiento:

—«¡Dios mio! ¡Dios mio! Ten misericordia de este desdichado!!!»

En tal situacion y como anonadado, permaneció aún algun tiempo, hasta que dos horas antes de la aurora entró en la estancia un su criado, diciéndole:

—«¿Se acuesta vuesa merced, ó va á salir?»

Vuelto en sí con aquella interpelacion D. Bernardino, recapacitó un minuto, y exclamó luego:

—«A salir, Chacon, á salir: la espada, la rodela, ármate y sígueme.»

Y en efecto salió de su casa como lo decia, siguiéndole el criado á cierta distancia.

## CAPITULO III.

EN EL CUAL VUELVE EL AUTOR AL TERRENO HISTORICO, PARA DAR  
IDEA DE LOS PRINCIPALES ENTRE LOS ENEMIGOS DEL MARQUES  
DEL VALLE.



En el discurso de la primera parte de esta curiosa, verídica é interesante historia, hemos consagrado nuestro ingenio á poner de bulto y caracterizar, hasta donde nos fue posible, á personajes pertenecientes todos, mas ó menos directamente, al bando del Marqués; y si alguna vez hicimos mencion de los del contrario, atuvimos á considerarlos muy de paso, bajo su aspecto general, en conjunto y sin descender á individualidades. Tampoco hemos hecho mas que indicar somera y generalmente las causas que la ciudad y reino de Méjico tenían en

aquellas dos parcialidades divididas, y parécenos que la claridad, la lógica, y hasta la ley de la variedad á los libros de pasatiempo impuesta, exige que suplamos ahora lo que entonces omitimos, no por descuido, sino por evitar complicaciones al lector penosas.

Y sin embargo de la *Introduccion* que suponemos por los que con su atencion nos favorecen ya leida, forzoso será que nos permitan volver aquí al terreno histórico: de otra manera nuestro cuento fuera ininteligible.

El establecimiento en Méjico de una *Audiencia*, mas que de plan deliberado de gobierno, procedió de embarazo ó pasion en el de España; y siendo tal su origen, natural es que la institucion misma se resintiese durante muchos años de aquel pernicioso achaque. Gobernar con pasion no es, en efecto, *gobernar*, sino *mandar* y las mas veces *oprimir*; pero ocupémonos en la relacion de los hechos que es lo importante.

Apenas habia Hernan Cortés regresado á Méjico de su espedicion de las Hibueras, y comenzaba la ciudad á sosegarse de los alborotos y trastornos padecidos bajo el tiránico poder del factor Salazar, presentóse en Nueva España el licenciado Luis Ponce de Leon á residenciar al Conquistador, como ya sabemos. Hernando dobló la cabeza ante la voluntad del monarca, y Ponce de Leon fue por él puesto en posesion del poder supremo. Mas los trabajos de la navegacion, los ardores del clima, y quizá los escesos del regalo, origináronle al licenciado la muerte pocos dias despues de su entrada en Méjico. Acusaron á Cortés sus enemigos de haberle envenenado; pero, sin la deposicion jurada en que los médicos declararon natural la muerte de Ponce de Leon, la inutilidad del crimen le justificara de tan horrenda calumnia. Si, en efecto, hubiera atosigado al visitador, ¿Con qué fin lo hiciera? O para recobrar el poder, ó para escusar la residencia; pues ni al mando quiso volver, ni á ser residenciado se

opuso; antes, consintiendo que Ponce testase del gobierno de Méjico como de cosa propia, sometióse á la jurisdiccion del licenciado Marcos de Aguilar, por aquel nombrado *in articulo mortis* para sucederle. Dos meses y medio despues que el primero espiró tambien el segundo visitador, dejando el poder en herencia al tesorero Alonso de Estrada, colega que fue de Salazar en los primeros tiempos del gobierno de aquel; y tambien á Estrada obedeció Hernan Cortés, á pesar de que uno de sus primeros actos fue poner en libertad y hasta asociarse con el Factor asesino de Rodrigo de Paz.

Estrada era tan digno de su antiguo compañero y reciente amigo que, estando Cortés en Méjico, hizo, sin forma de proceso, cortar la mano izquierda á un criado del Conquistador, por la del verdugo; y llevó la audacia hasta proveer auto de destierro contra la persona misma de aquel Héroe invicto. Exaltados los ánimos, primero con el bárbaro improvisado suplicio del servidor de Hernando, luego con el destierro de éste, indios y castellanos iban á lanzarse armados á la calle para acabar con el tiránico poder del Tesorero; mas Hernando, á duras penas conjurada la tempestad, salió á mayor abundamiento de la ciudad á cumplir el destierro que sin causa, razon ni justicia se le imponia. Es de notar que despues de hechos tan escandalosos, y no ignorándolos la corte, fue Alonso de Estrada confirmado en el absoluto supremo gobierno de Nueva España.

Sin embargo, fueron tantas y tales las vejaciones de aquel poder á un tiempo cruel y débil, suscitaronse tan repetidos conflictos, y surgieron riesgos tan inminentes en Nueva España, que llegando al cabo el eco de los clamores de los oprimidos hasta Castilla, pensóse y era razon, en poner remedio radical á dolencia que amenazaba con sintomas de muerte.

Entonces por vez primera se imaginó y acordó enviar á

Méjico, que no establecer todavía, una Audiencia de Nueva España; pero no se crea que para castigar los excesos del Factor, del Tesorero y sus cómplices, fautores y agentes. Nada de eso: la Audiencia se creó, nos dicen los historiadores contemporáneos, *porque no se creía que ya ningun ministro solo seria poderoso para proceder contra el poder de D. Fernando Cortés.*—¡ Singular temor el que podia inspirar el poder de un hombre, á quien se le ajusticiaban los criados por mano del verdugo, se le vendia la hacienda en público mercado, se le tomaban cuentas, se le hacian cargos, se le prodigaban calumnias, se le desterraba del teatro de su gloria, todo impunemente, todo disponiendo él (si quisiera) de la fuerza popular como de la milicia, todo sin mas armas que algunos autos por inermes alguaciles notificados. Verdaderamente asombran, tanto la longanimidad y paciencia de la víctima, como el encarnizamiento de sus verdugos, y mas aún la ceguedad ó la estupidez, por no decir la perfidia, de los ministros que tan mal servian al Rey y al Estado.

En fin, nombróse la Audiencia compuesta de cuatro Oidores, y eligióse para su presidente á Nuño de Guzman, gobernador á la sazón de Panuco, y enemigo, por de contado, de Hernan Cortés; que sin esa prenda no obtuviera él cargo tan importante. Tambien á esos nuevos perseguidores les hizo el Héroe buena acogida, consintiendo hasta que le ocupasen su casa; mas entonces, vista la perseverancia de sus enemigos, fue cuando resolvió su viaje á España.

Quede, pues, sentado, porque importa grandemente al propósito de este capítulo, y es verdad probada á mayor abundamiento, que la Audiencia se creó en odio del Marqués del Valle, que en odio del Marqués comenzó á funcionar, y que, por tanto, desde los primeros tiempos de su institucion, decir en Méjico que un hom-



bre era de la *Audiencia*, equivalia á llamarle implacable enemigo de Hernan Cortés. Mas no fue solo ese, aunque poderoso, el gérmen de discordia que los primeros Oidores de Nueva España llevaron consigo al recién conquistado reino: la codicia individual y la tendencia de toda corporacion á ensanchar sus atribuciones y poderío á espensas de los agenos, contribuyeron tanto, sino mas que su odio á Hernan Cortés, á que de dispensadora de la justicia que debiera ser, se convirtiese en causa de civiles contiendas.

Entre las tristes inevitables consecuencias de la conquista para todo pais conquistado, contábanse dos bárbaras costumbres en Nueva España: una la esclavitud de considerable número de indios; y otra el servicio personal, gratuito y obligatorio, que á todos los plebeyos de aquella raza se imponia, ya en beneficio de los encomenderos de ciertos pueblos, ya en el de los propietarios de minas, ya en fin para el de los funcionarios públicos en todas sus gerarquías. Para que se comprenda bien todo lo odioso, brutal y repugnante del tal servicio, diremos que se estendia á hacer de los indios, con el nombre de *Tamenes*, el mismo uso que hoy todavía se hace en España de las caballerías ó *bagages* con que asisten los pueblos al ejército.

En los primeros tiempos de la conquista, sin embargo, pudieron tales abusos de fuerza esplicarse, si bien nunca á nuestros ojos á lo menos, justificarse, alegando, en primer lugar, que la esclavitud de los vencidos y el servicio personal de los pecheros, eran costumbres de los mejicanos independientes; y en segundo, ya la dureza de los hábitos militares, en la época generales, ya la necesidad de recompensar los extraordinarios servicios de los conquistadores, completamente desatendidos por su gobierno. Aún así, repetimos, eran bárbaras costumbres: mas al cabo Hernan Cortés con su

tacto esquisito y su gran fuerza moral, enfrenando las demasías de sus subordinados, hizo tolerables durante su breve gobierno tales calamidades. Salió, empero, la autoridad de sus manos para pasar á las de rapaces intrigantes, y puede decirse que entonces la generalidad de los indios quedó reducida á ser un rebaño, destinado á entretener, que saciar era imposible, la codicia de Factores, Tesoreros, Veedores, Contadores, Corregidores, Escribanos y Alguaciles, y la de las hechuras de ellos, y la de los parciales de sus hechuras.

Contra aquella plaga no encontraron los infelices mejicanos mas amparo que el de los frailes de S. Francisco, que pobres por instituto, demócratas por la esencia misma de la religion que predicaban, y cuyo hábito vestian, y viviendo con los oprimidos, apreciaron sus males, trataron de aliviarlos, y levantaron la voz pidiendo pronto, eficaz y radical remedio, sin detenerse hasta llegar al trono mismo, y sin contemplacion de ninguna especie igualmente.

El Consejo de Indias consultó y el Rey acordó sábias leyes emancipando á los indios, y su ejecucion fue confiada á la nueva Audiencia; pero ni á su Presidente ni á los Oidores acomodaba tan saludable necesaria reforma; porque sin la esclavitud, sin el trabajo gratuito y forzado en las minas, sin el sudor de los *Tansenes*, ¿Cómo habian, por una parte, de enriquecerse rápidamente, y por otra de contar con el apoyo de los enemigos del Marqués, que eran precisamente los mas interesados en la continuacion de los abusos?

Prosiguieron, pues, las cosas como estaban y peor que estaban antes: en vano *Fr. Juan de Zumarraga*, religioso de S. Francisco, y primer Obispo de Méjico, con el carácter de tal y el especialísimo de *Protector de los indios* que el Rey le habia dado, requirió con firmeza la aplicacion inmediata de las nuevas leyes: la

Audiencia, sorda á toda voz que no fuese la de la codicia, permaneció impasible en su sistema. ¡Su sistema! ¡Era por cierto digno de jurisconsultos que debieran dar el ejemplo de la moderacion y de la equidad! Absorviendo en sí todos los poderes, daban y quitaban á su arbitrio los cargos públicos, ya de gobierno, ya municipales; repartian tierras y hombres; hacian caballeros y títulos, sino en el nombre, en la renta y jurisdiccion, tanto que, segun la espresion enérgica y candorosa de un cronista: «*Si el Rey daba un título en un año, aquellos MINISTROS doce al mes, dando repartimientos y provincias, de doce y veinte y treinta mil vasallos.*»

Asi en breve fue la Audiencia detestada de los Conquistadores, porque en la persona de Hernan Cortés los menospreciaba, y ademas les escatimaba el premio de sus servicios; de la nobleza, porque prodigaba cargos y distinciones á miserables aventureros y rapaces curiales; de los indios, por los insoportables vejámenes á que los sometia; y de los religiosos, primero por cuanto dicho queda, luego por el desdén con que sus justas reclamaciones escuchaba. Tal fue el origen de los dos bandos, tal su índole desde el primer momento: con la Audiencia las aves de rapiña; con el Marqués la aristocracia del nacimiento y de la espada, la democracia popular oprimida, la democracia religiosa, entonces y allí liberal y civilizadora.

Sin embargo, con el trascurso de los años ambas parcialidades fueron modificándose, y á medida que la dominacion española en Méjico echaba raices, templábanse los ánimos, rectificábanse las ideas, y sucedia la marcha regular de un gobierno, aunque no perfecto ni mucho menos, á los sacudimientos de la mal segura posesion de tan vastos dominios.

Relevada la primera Audiencia entera en 1531, por la que presidió D. Fr. Sebastian Ramirez de Fuen Leal,

Obispo de Santo Domingo, comenzaron á ponerse en ejecucion las leyes beneficiosas á los indios, y estos, aunque ya mas que diezmados, tanto por las viruelas, como por el mal gobierno, á respirar con algun sosiego.

Despues el paternal Vireinato de D. Antonio de Mendoza, hermano del Marqués de Mondejar, que no duró menos de diecisiete años consecutivos, fue adelantando considerablemente la obra de la civilizacion; y en fin, al fallecer el segundo Virey de Méjico D. Luis de Velasco, de la casa del Condestable de Castilla, el año de 1562, los odios de bando á bando, fundándose esencialmente mas bien en tradiciones que en causas del momento, hallábanse mucho menos exacerbados que en los primeros tiempos.

Era, no obstante, la division profunda, la aversion pronunciada, y no le faltaban motivos, sino tan graves como los antiguos, al menos suficientes para traer desasegados los ánimos, y en vela las ambiciones.

Don Luis de Velasco, persona de origen aristocrático, y de probidad y firmeza de carácter, al mismo tiempo que conciliador y tolerante, contuvo durante su gobierno á la Audiencia dentro de los justos límites de su autoridad. Bien quisto por su cristiana vida del clero en general, contó siempre con el apoyo de los Obispos, del Cabildo catedral y de los regulares, sobre todo de los franciscanos; por manera que tambien era entre los indios popular, porque á la órden seráfica estaban moral y voluntariamente sometidos los indígenas.

Mas sin duda la paz de que en Méjico se disfrutaba, y los progresos que aquel Reino hacia en su material bienestar, alarmaron á los cortesanos de Madrid, pues que sin ocurrir trastorno, queja, ni suceso alguno importante, enviaron á Nueva España el año de 1563 al licenciado *Valderrama*, Consejero de Indias, en calidad de Visitador de la tierra, Vireinato y Audiencia, y con to-

das las omnimodas facultades que á los tales Visitadores generales se atribuian en aquella época.

Cosa de unos tres años antes habia la Audiencia entablado contra el Vireinato y el pais una guerra de exposiciones y quejas, que produjo para los Oidores en España ópimos frutos. Primeramente mandóse al Virey que en las cosas de gobierno, en vez de proveer por sí como hasta entonces lo hacia, y antes que él lo hizo su antecesor D. Antonio de Mendoza, hubiese de proceder siempre de acuerdo con la Audiencia; de donde resultó, como dice *Torquemada*, «que comenzaron á salir las cosas de sus quicios, y á andar el gobierno con mas tajos y reveses que hace en su esgrima un maestro de armas.»

Dado ese primero é importante paso, que tanto robustecia la autoridad del Tribunal cuanto debilitaba la del Virey, con facilidad consumó la Audiencia otra usurpacion. Consignarla en pocas palabras bastará para dar idea de su importancia y trascendencia.

Las causas criminales de los indios, cuando no importantes, fenecian en sus alcaldes ordinarios, lo mas en los corregidores de sus distritos; y otro tanto acontecia, con mucha mayor razon, con respecto á los pleitos civiles. La Audiencia, llamando á sí procesos y litigios, hizose por una parte señora y árbitra de las personas, por otra de las fortunas, pues que las costas en casi todos los pleitos importaban casi siempre mucho mas que el valor de lo pleiteado. Mas aún: la intervencion de la Audiencia era funesta á todas luces, pero constante, obstinada y ruinoso en las contestaciones de pueblo á pueblo sobre términos de sus respectivas jurisdicciones y aprovechamiento de las aguas, negocio vital en aquellos climas, y negocio cuya decision exige siempre brevedad y economía por una parte, mas equidad y natural por otra, mas conocimiento de la topografia y costumbres que erudicion leguleya.

Por fin , la prepotencia de los Oidores habia á tal punto llegado , que los indios mismos , menospreciando la autoridad de los Vireyes , solo á ellos temian , solo á ellos inclinaban la cerviz , si bien los odiaban mortalmente.

En tal estado de cosas enviaron las órdenes religiosas sus comisionados á España en 1561 , para pedir remedio á los males que sumariamente hemos apuntado ; mas por entonces , á pesar de la diligencia de todos los procuradores , y singularmente del P. Bustamante , Comisario general de la órden de S. Francisco en las Indias , no se logró providencia alguna importante.

Lejos de mejorarse la situacion del pais con la visita de Valderrama , empeoróse notablemente ; porque el bueno del Licenciado , en vez de dolerse de las vejaciones que los indios padecian , y aliviar su mala suerte templando los rigores de la Audiencia , tuvo la funesta idea de aumentar el tributo , ya sobrado oneroso , que á la sazón pagaban , y de exigírselo á los naturales y vecinos de Méjico , desde tiempo inmemorial exentos de semejante gabela. Era , en efecto , verdad que durante la monarquía mejicana los vecinos de la metrópoli estuvieron exentos asi del tributo ó capitacion como de servicio personal ; y Hernan Cortés , político sobrado profundo para chocar de frente con los hábitos del pueblo conquistado , respetó aquella exencion , sin embargo de haber ganado la ciudad por asalto. La única carga que le impuso , y aun esa á medias con los pueblos comarcanos , fue la de conservar y reparar los puentes y calzadas que , atravesando las lagunas , las unian á la tierra firme.

Ninguno de los gobernantes que desde la conquista se sucedieron unos á otros , harto rápidamente , hasta el establecimiento del Vireinato , ni tampoco los Vireyes , ni las Audiencias mismas , osaron hasta el año de sesenta y tres , hacer variacion alguna en materia de

tributos con respecto á los mejicanos : la gloria de tal vejámen estaba reservada para Valderrama, que conquistó con ella el poco envidiable, pero universal renombre de *Afligidor de los indios*, que le quedó en aquella tierra.

En resúmen, al morir D. Luis de Velasco el año 1564, hallábanse en pugna en Méjico la autoridad de los Vireyes con la de la Audiencia ; esta con la nobleza y descendientes de los conquistadores ; los franciscanos á la cabeza, por decirlo así , de la oposicion razonada y pacífica; los indios mal contentos, y solo por el ascendiente moral de los misioneros contenidos ; y el Marqués del Valle, que desde dos años antes del fallecimiento de Velasco residia en la metrópoli del Anahuac , considerado por unos como esperanza suprema, por otros como bandera y caudillo de la sedicion futura.

Porque es de notar que Hernan Cortés , aún desde el fondo del sepulcro, aterraba con la memoria de sus hazañas á los que en vida le persiguieron encarnizadamente , y con la aureola de su gloria inmortal daba prestigio y fuerza al heredero de su título y blasones.

Presidia á la sazón la Audiencia, y era por tanto cabeza del gobierno de Méjico , el Doctor *Francisco de Ceinos*, quien siendo en Castilla fiscal del Consejo de Indias , fue nombrado Oidor de Nueva España en reemplazo del Licenciado Martin Ortiz de Matienzo , el año 1530. Residia, pues, en aquel pais desde el siguiente en que tomó posesion de su encargo la segunda Audiencia, presidida por el Obispo de Sto. Domingo, y contaba nada menos de treinta y cinco años de judicatura en Indias. Práctico en los negocios, avézado á las luchas, tradicion viva de las discordias de los primeros tiempos de Nueva España, campeón en las cruzadas contra Hernan Cortés, cuya gloria y poder deslumbraban aún sus ojos, y endurecido por los años y el hábito de juzgar y condenar criminales, tanto en sus personales preocupaciones como

en el desprecio de la agena vida , el Doctor Ceinos , era el hombre del mundo mas á propósito para provocar una sedicion, y castigarla severa y aún cruelmente si á vencerla llegaba, y el que menos podia conciliar los ánimos y traer los negocios á una solucion pacífica. Para mayor desdicha estaba Ceinos tan de buena fé en sus errores, que creia servir á Dios y al Rey persiguiendo encarnizadamente al Marqués y sus parciales, y que al inmolar á un desdichado en el suplicio , ó hacerle destrozar los miembros en el potro , imaginaba ejercer un acto de caridad cristiana, segun aquello de que

«Arrancar la yerba mala  
»Es hacer crecer la buena.»

Seguíale en antigüedad , y no le cedia en celo contra los que llamaba *rebeldes* , el Doctor *Pedro de Villalobos*, fiscal que fue de la Audiencia misma establecida en 1531; anciano tambien, y duro y fanático, con mas violencia, aunque no con igual firmeza que Ceinos.

Por último , completaba aquel triunvirato señor de vidas y haciendas en Nueva España, el Doctor Gerónimo de Orozco , mas jóven , mas activo , mas intrigante , no menos ambicioso , fanático y encarnizado que sus dos colegas.

Tenian los Oidores en su apoyo la fuerza legal, que es siempre inmensa; el interes de Escribanos, Relatores, Procuradores , Porteros , Alguaciles , Oficiales Reales, como entonces se llamaba á los empleados de Hacienda; y hasta el de esa raza vil que corroe todas las sociedades, que hoy apellidamos *agentes de la policia secreta*, y el vulgo entonces distinguia con el significativo nombre de *soplones*. Sus agentes principales en la ciudad eran: *Manuel de Villegas*, por ellos nombrado Alcalde ordinario, hombre sin importancia ni gran talento , pero flexible, acomodaticio , y con los vencidos implacable siem-



pre, así como con los vencedores docilísimo; y *Juan de Samano*, Alguacil mayor, cargo importantísimo, porque era el jefe de la fuerza municipal al propio tiempo que el director de la policía. Especie de gran Preboste, el Alguacil mayor en aquella época, reunía en su persona, además de los dos formidables cargos que hemos dicho, el de velar en la ejecución de todas las ordenanzas municipales, acuerdos del Concejo y sentencias de los tribunales. Juez y ejecutor á un tiempo en las materias que comprende el modernísimo diccionario de la policía urbana y correccional, fácilmente se alcanza cuán pesada debía de ser su vara para los indios, y aún para el común de los castellanos en Méjico avecindados ó transitoriamente residentes; cuán poderosa su coercitiva influencia para todos aquellos á quienes el nacimiento ó la riqueza no eximían de ella.

Y Juan de Samano era en su esfera, como el doctor Ceinos, el hombre de los ódios heredados, de la tradición hostil á Hernán Cortés y su familia, el instrumento, en fin, que las circunstancias y el propósito de la Audiencia habían menester para la ruina del bando del Marqués del Valle.

Soldado aventurero, y más especulador que soldado, Samano acude á las Indias muy desde los principios de su descubrimiento, y se da á conocer primero en la Española trabajando oscuramente, ya en apoyar disensiones, ya en comerciar con los indios y su trabajo. Pasa después á Nueva España, donde se adhiere desde luego á la parcialidad de *Nuño de Guzman*, hombre incapaz, brutal, cruel y enemigo implacable de Cortés. Con aquel toma parte en la deplorable expedición á la Nueva Galicia y provincias adyacentes del Reino de Méjico, avezándose allí al incendio, al saqueo, á la crueldad sin límites; y cuando su patron y capitán, es al cabo llamado á dar cuentas de su mal gobierno, Samano le abandona, por de-

contado, en la desgracia, y quédase en la ciudad reina del Anahuac, esperando mejores tiempos. No se le tardaron estos: sus perversos antecedentes mismos le sirvieron de recomendacion, y la vara de Alguacil mayor de Méjico se le entregó para que fuese azote de los indios y palanca destructora de la casa del Marqués del Valle.

En expectativa de los sucesos, neutral, moralmente hablando, si bien dispuesto en caso extremo é inevitable, á pronunciarse por la autoridad legal, estaba D. Luis de Velasco, hijo del Virey difunto, caballero desde sus primeros años hábil en las políticas artes, y tanto por naturaleza como por la educacion y ejemplo de su padre, para el gobierno á propósito. Seiscientos hombres de guerra habia reunidos y dispuestos, á la muerte de don Luis el primero, para emprender jornada á las Islas Filipinas; y no se admire el lector de que en aquel tiempo se llamase ejército á tan reducido número de soldados, y se diera título de Capitan general á su gefe, pues ya sabe que quinientos castellanos conquistaron el imperio de Motezuma; y ahora le diremos, á mayor abundamiento, que durante largos años se emprendieron en ambas Américas espediciones á lejanas tierras y contra numerosos enemigos, con cuerpos de cien infantes y veinte ó menos ginetes españoles.

D. Luis de Velasco, pues, sucedió á su padre en el cargo de Capitan general de aquella espedicion, y quedó siéndolo de hecho en Méjico, porque los Oidores trataron de conservar á su lado aquella fuerza.

Nótese, y es curioso, que al mismo tiempo que la Audiencia le halagaba y detenia, los frailes de San Francisco, evidente y declaradamente parciales del Marqués del Valle, representaban á Felipe II, solicitando que se le nombrase Virey en reemplazo de su padre: lo cual prueba que el tal D. Luis, aunque no viejo, conocia

ya lo que en lenguaje comun se llama la *aguja de marear*, y la conocia muy á fondo.

Otro elemento de fuerza y poder para la Audiencia nos queda por analizar, y no gastaremos en ello mucho tiempo, porque ya en la primera parte tuvimos ocasion de llamar sobre él la atencion de nuestros lectores.

Referímonos á los frailes dominicos, que por la originaria índole de su instituto, perseguidor y fanático normalmente, y por su rivalidad con los franciscanos, eran tan enemigos del Marqués como parciales de los Oidores.

Nada mas fácil de explicar: el pensamiento de Santo Domingo al fundar la Orden que lleva su nombre, fue un pensamiento agresivo, no una idea de caridad, ni siquiera de simple ascetismo. ¿Para qué se fundaron los dominicos? Para perseguir las heregias, para esterminar á los hereges: menos la nobleza de los sentimientos, menos el caballerismo del instituto, fue aquella un elemento de guerra como las órdenes Militares; solo que en vez de la espada se valió Sto. Domingo del potro, solo que sustituyó los guerreros con los verdugos. Sin acepcion de individuos, respetando la buena fé de los mas y las virtudes de muchos, puede considerarse, en cuanto tribunal, como una verdadera plaga de la humanidad la tal religion: mas lo que aquí nos importa es consignar de nuevo que, al paso que los franciscanos eran escudo de los indios, y bien vistos de los castellanos y estrangeros, los dominicos que deseaban y procuraban la introduccion del *Tribunal del Santo Oficio* en Méjico, no podian menos de ser considerados como enemigos del sosiego público é individual. Abundaban en Nueva España los indios apóstatas, los judios errantes, los luteranos y calvinistas proscritos en Europa. ¿Cómo no habian de temblar con la vista sola de aquel hábito que podia pasar por engendro, ya que no generador de las hogueras inquisitoriales?

Y temblaban, en efecto, y huían de los dominicos; y ellos con sus proyectos y viéndose rechazados, enconábanse y encendíanse naturalmente; y en resúmen, la guerra entre ambas comunidades era y fue natural, lógica, inevitable.

Sin embargo, bueno será advertir, siquiera para los jóvenes que por su dicha han abierto á la luz los ojos no habiendo ya frailes en España, que los religiosos no se hacían la guerra abierta, declarada y estrepitosa, sino en los casos extremos. Cada bando procuraba minarle el terreno al contrario; la difamacion sorda, pero continua, era el arma favorita; y no por eso perdía el Diablo nada de sus derechos en la contienda.

Y ahora que ya tenemos trazado, con la rapidez posible y con cuanta exactitud se nos alcanza, el cuadro general de los enemigos del Marqués y sus parciales; ahora que en bosquejo hemos retratado á los principales personajes del bando de la Audiencia, tiempo es de ponerlos en escena, como lo haremos desde el próximo capítulo, y lo verá el lector, dado que se preste á seguirnos todavía, como de su indulgencia lo esperamos.

## CAPITULO IV.

---

**DE COMO EL BANDIDO ALMANEGRA, SIN PERJUICIO DE SER UN GRAN CANALLA, ESTABA DOTADO DE SUMA PREVISION EN LOS NEGOCIOS HUMANOS.**



ERIAN las siete y media de la mañana del 24 de abril del año de 1566, es decir: del dia siguiente á la desdichada aventura de D. Alonso de Avila, cuando se presentaron en la casa del doctor Ceinos, Presidente de la Real Audiencia, dos religiosos de la órden de Predicadores, solicitando hablar inmediatamente al grave y entonces poderoso jurisconsulto. En la antecámara del Doctor hallaron á un negro esclavo, á un indio *herrado* en el rostro, á un estudiante, su page, y á un portero de estrados del tribunal.

Aquellos cuatro heterogéneos personajes representa-

ban los *atributos* ó mas bien las diferentes jurisdicciones y señoríos, públicos y privados, de Ceinos. En el negro veíanse á un tiempo la muestra de la opulencia del Doctor y el resultado de los estraviados sentimientos filantrópicos del Padre Las Casas, que fue el inventor de la importacion á América de la raza africana en clase de esclava, y para suplir el trabajo de los brazos libres; en el indio *herrado*, es decir: marcado el rostro con un hierro, como si fuera bestia que su dueño señala para que en ningun caso pueda la posesion disputársele, reconocíase un deplorable vestigio del abuso de la fuerza de los Conquistadores, mandado en vano reprimir por las leyes: el Page, mancebo imberbe, con el trage escolar, y bajo de él con un aire revoltoso que sin fruto procuraba ocultar su naciente hipocresía, era el signo inequívoco de la aristocracia de la toga; y el portero de estrados, en fin, simbolizaba la autoridad que el Doctor ejercia.

Rico, pues que tenia esclavos negros; señor de vasallos ó mas bien de siervos, como lo acreditaba el indio herrado; jurisconsulto de alta esfera y grande estado, de lo cual daba fé la presencia del page; y en fin, varon en autoridad constituido, cual se desprendia de la sola vista del portero en su antecámara, ya se deja conocer que Ceinos no seria entonces persona de fácil acceso, y como precisamente á las ocho de la mañana, sorbido á espacio y con mesura el recién inventado chocolate, vestido y peinado, salia infaliblemente á oír misa en la Iglesia mayor para irse desde allí á ejercer su oficio, los visitantes llegaban en el peor momento posible. Sin embargo, el hábito religioso en el siglo XVI era una gran recomendacion en todas partes, y mas en Méjico, y mucho mas aún el de Santo Domingo en casa de un magistrado de Nueva España, en las circunstancias que atravesando vamos con nuestra historia. Asi, pues, aun-

que el portero de estrados se escusó de tomar cartas en el negocio, alegando que en el hogar doméstico no ejercia sus funciones; y el negro se cruzó de brazos, declarando que no le tocaba pasar los recados; y el indio, limitándose á no despegar los labios, de hecho se puso fuera de combate; el pagecillo, que afectaba y no del todo sin fundamento, ciertos aires de privado en aquella casa, y la echaba ademas de inteligente, instruido y práctico en el trato de las gentes, saludando respetuosamente á los frailes, díjoles:—«Su merced, el señor Doctor acaba de estudiar un pleito importante que hoy ha de fallarse, y va en seguida á salir á misa: pero como sé su aficion á los reverendos Padres de Santo Domingo, creo poder aventurarme á interrumpirle. Entren vuestas reverencias en esta primera sala, y tomen asiento, que pronto volveré con la respuesta.»

Entraron, en efecto, los dominicos en una sala á la antecámara inmediata, y ya dentro, dijo uno de ellos al page:—«Decidle, mancebo, al Sr. Doctor, que el Prior indigno del convento de Santo Domingo, y otro religioso de la misma órden, suplican á su merced se sirva darles lugar para enterarle de cosas importantes que atañen al servicio de Dios y del Rey.

—Repetirélo como vuesa paternidad lo dice, Padre Prior, y de la cristiandad de mi amo y señor espero que no tardará en recibirle.»

Encantado el reverendo Prior del despejo y buena voluntad del muchacho, dióle con la mano uno ó dos golpes suaves y cariñosos en la mejilla; el page en agradecimiento besóle la mano, y recibida la bendicion, partió con la presteza de un gamo á desempeñar su comision.

No era esta tan fácil como en la presuncion de su valimiento la habia imaginado el mancebo. Ceinos, por su edad, riquezas, profesion y autoridad, tanto ó mas

que por carácter, creíase con derecho al universal respeto, y de parte de sus dependientes y criados á una obediencia sin límites. Era preciso ejecutar sus órdenes á la letra para ser de él bien quisto; é inevitable provocar su cólera contrariando en lo mas mínimo sus hábitos, compasados y regulares como el movimiento de un péndulo.

A la verdad el page se habia dejado arrastrar por cierta propension á *inventar* (vulgo: á *mentir*), que le aquejaba ordinariamente, diciendo que el Doctor estudiaba un pleito cuando llegaron los frailes; lo que hacia era estarse muy cómodamente repantigado en el fondo de su gran sillón, aguardando que llegara la hora de la misa, y saboreando á puerta cerrada..... Casi no nos atrevemos á estamparlo: pero la fidelidad histórica es antes que todo: saboreando, en fin, cierta droga *pulveriforme* que por las narices se aspira, y que, atacando con sus acres alcalinas exhalaciones la membrana interior de aquel órgano del sentido del olfato, produce en los novicios una série mas ó menos dilatada y estrepitosa de estornudos. La tal droga, que no pasaba de ser lo que hoy se llama *rapé*, ó tabaco en polvo, era aún entonces para los europeos novísima, pues que de la fecha de la invencion de las Américas databa solo su conocimiento; y su uso, así en la forma dicha, como en la que se distingue con el nombre de *tabaco de humo*, aunque se difundió con rapidez suma, halló sin embargo terribles obstáculos.

Concebimos algunos de ellos fácilmente; porque bien se deja entender que los hombres pulcros repugnasen el espectáculo poco limpio que los tomadores de *rapé* suelen ofrecer á la vista; y mucho mas natural aún era que el bello sexo condenase el tabaco en polvo, y sobre todo el que se fuma, porque el olor nauseabundo que despide, el humo que exhala, no son por cierto pro-



pios para cautivar los sufragios de graves matronas, bellas damas, y garridas doncellas: á las dueñas solas se concibe que sedujera.

Lo que no comprendemos es que llegase la intolancia hasta el punto de que el Vaticano fulminase el rayo de sus censuras mas terribles contra los pobres fumadores y los sucios *polvistas*. Sin embargo, es cierto que lo hizo, aunque tambien verdad que, cuanto mas en Roma se escomulgaba á los *tabaquistas*, tanto mas en el mundo entero, musulman y cristiano, herege y católico, nuevo y antiguo, se quemaba el tabaco y se aspiraba su polvo.....

Pero dejando aparte esa breve digresion para volver á nuestro propósito, el hecho es que en la época á que nos referimos y aún en Méjico, todavía el uso del tabaco estaba considerado, sobre todo entre gente española y machucha, como prueba de cierta despreocupacion, cuando menos sospechosa de falta de juicio, y que si el consumo de aquella hoja era grande, público, y frecuente entre soldados, bravos, marineros y maleantes, los hombres de seso se abstenia, al menos donde ser vistos pudiesen, asi de fumar como de tomar polvo.

Por desgracia el doctor Ceinos padecia (á su decir) un crónico obstinado *Romadizo*, que obstruyéndole las narices, le producía fuertes dolores de cabeza, para aliviar los cuales no habian los médicos hallado mas remedio que el uso del tabaco en polvo. A la sazón contaba ya la obstinada dolencia mas de treinta años de fecha, durante los cuales el paciente, con admirable perseverancia, se encerraba en su estudio dos ó tres veces al dia, sin mas objeto que aplicarse el medicamento, del cual solia tambien hacer uso copioso antes de dormirse y apenas despertaba. La historia del tal romadizo sabianla solo sus íntimos y familiares, mas ni aún de estos le agradaba ser visto cuando se medicinaba; tales eran

su pudor y respeto á la opinion pública..... En materia de tabaco, se entiende.

Asi, pues, como el Page tuvo la torpeza de entrar en el estudio del Doctor precisamente cuando aquel se aplicaba á la abertura de las narices una dosis abundante del americano específico, contenida entre los dedos índice y pulgar de su mano derecha, Ceinos le recibió ni mas ni menos que una coqueta de cuarenta años para arriba al que en los misterios del tocador la sorprende, es decir: con todo el enojo imaginable.

—«¿Qué viene á buscar el atreviduelo? (Esclamó temblándole de ira la ya cascada voz, mientras sacudia la walona salpicada por los restos del tabaco.) ¿Qué viene á buscar á estas horas? ¿No sabe que no gusto de que me importunen cuando estudio? ¡Váyase en mal hora ó voto..... y no digo mas.....!»

Habituado á tormentas de aquella especie y práctico en sus consecuencias, bajó el muchacho los ojos al suelo, cruzó sobre el pecho los brazos, y en actitud reverente, pero no sin observar al soslayo la fisonomía y movimientos de su amo, esperó á que el Doctor desahogase por completo la cólera.

—«En fin (prosiguió Ceinos) ¿A qué viene? Hable de una vez y acabemos.

—A decir á vuesa merced que solicitan verle.....

—¡Pesia mi vida! ¿Con esas se me viene? ¿Pues no sabe que no quiero litigantes en mi casa? Vayan al tribunal que hartas horas paso en él.

—Si vuesa merced me lo permitiera, le diria que no son litigantes.

—¡Pobres tal vez! Buenos estamos para limosnas: dígame que ya doy lo que puedo, que el año es malo... y déjeme en paz. Déme la gorra que ya es hora de misa.

—Señor, los que esperan á vuesa merced son dos....

—Aunque fueran mil, no he de verlos.

—Son dos religiosos.

—¡Hum! ¡Hum! Si empezara por ahí, ahorráramos palabras.

—Vuesa merced no me ha dejado.

—¡Y como el muchacho es tan apocado, no se atrevió! Ya sabe que le conozco las maulas. ¿Qué es lo que quieren ahora los buenos de los padres? Bien pudieran elegir hora menos intempestiva.

—Señor Doctor, son dominicos.

—¿Dominicos dice? Ya eso varia de especie. ¿Conoce á alguno de ellos?

—A entrambos.

—¿Quién son?

—Uno el reverendo Prior; el otro Fr. Domingo de la Anunciacion.

—Hágalos entrar, hágalos entrar al momento, el torpe, el inconsiderado pagecillo..... ¡O por vida de mi abuelo!»

Y diciendo y haciendo el Doctor empujaba á su paje como si este hubiera menester violencia para hacer precisamente lo que airoso y triunfante le dejaba.

Pocos instantes despues, y trocados los cumplimientos de costumbre, se veia en el estudio del Doctor á éste gravemente sentado en su sillón, y procurando ocultar su impaciencia bajo el aspecto de la mas ceremoniosa cortesía; á su derecha al Prior de Santo Domingo, religioso grave, de rostro impasible, penetrantes miradas é inflexible severidad; y á la izquierda á nuestro conocido Fr. Domingo de la Anunciacion, á pesar de su obesidad, inquieto en su asiento, mirando alternativamente al Prior y á Ceinos, y dejando traslucir en sus ojos un pronunciadísimo deseo de hallarse en cualquiera otra parte que aquella estancia y compañía no fuesen. Creíanse solos, y lo estaban los tres importantes personajes, cuyas actitudes de describir acabamos; mas cúmplenos decir que,

si, en efecto, de nadie eran vistos, el bueno del page, curioso como su profesion lo exigia, juzgó oportuno establecerse en la puerta del estudio, y aplicar el oído á ella de forma que ni una sola sílaba de cuanto dentro se hablase pudiera escapársele.

Y supuesta esa circunstancia, que acaso en tiempo oportuno nos sea útil recordar, estampemos lo mas notable de la conversacion, notabilísima en nuestro cuento, que tuvo lugar entre Ceinos y sus dos visitantes.

EL DOCTOR.

Reverendos Padres: ruégoles que abrevien, pues he de oír misa y pasar luego al tribunal; y por mucho que yo estime sus personas y su carácter respete, mas estimacion y respeto les debo al Rey de Reyes, y al que le representa en la tierra.

EL PRIOR.

No esperábamos nosotros menos que tan cuerdas palabras de la cristiana condicion de vuesa merced; pero el negocio que nos trae no interesa menos á Dios y al Rey, que los que al señor Doctor le esperan.

FR. DOMINGO.

(*Timido y balbuciente.*) Sin embargo, Reverendo Padre, y salva la santa obediencia, el Doctor no ha oído misa, nuestro negocio da tiempo, y como el adagio dice: «*Por oír misa y dar cebada...*»

EL DOCTOR.

La verdad es que apenas tendré ya tiempo de llegar á la Iglesia....

EL PRIOR.

(*Frunciendo el ceño y lanzando á Fr. Domingo*

*una mirada que le obligó á bajar humillado los ojos.*) La verdad es que lo que al Doctor debemos decir no consiente dilacion alguna; y que el santo sacrificio mismo de la misa interrumpiera yo para revelar tal secreto á quien puede aplicar remedio al mal que nos amenaza.

EL DOCTOR.

*(Alarmado.)* Diga, padre Prior, diga: que por vida mia, me tiene ya lleno de susto y sobresalto.

EL PRIOR.

Y no sin causa, Doctor, pues que á un tiempo peligran en Nueva España la Iglesia de Dios y los dominios del Rey.»

Al escuchar tales palabras dió Ceinos un salto en su sillón como si un alacran le picara; acomodóse el peluquin, calóse los espejuelos, y encarándose con el Prior, ni mas ni menos que solia con los acusados hacerlo para escudriñarles con los ojos hasta el fondo del alma, exclamó:

—«La Iglesia de Dios y los dominios del Rey peligran en Nueva España! Pues, viven los cielos, padre Prior, que como vuesa Paternidad me suministre de ello algunas pruebas, no tardarán mucho las cabezas de los traidores en figurar colgadas de los balcones de las casas del cabildo!

EL PRIOR.

*(Con gran serenidad.)* La caridad cristiana no me permite desear la muerte del pecador, pero á la justicia toca hacer su oficio.

EL DOCTOR.

Y lo hará, Padre, lo hará severamente. Pero espíquese de una vez. ¿De qué se trata? ¿Qué riesgo nos amenaza?

EL PRIOR.

En Méjico, señor Doctor, se refugia muchedumbre de hereges, de judíos y de todos aquellos á quienes el Santo tribunal de la Inquisicion, de que soy indigno ministro, no permite en Castilla emponzoñar á los fieles.

FR. DOMINGO.

Y no se comprende cómo tan mala semilla se consiente en los dominios de nuestro católico Monarca..... Todos ellos son unos desalmados, que ni las personas de los religiosos respetan...

EL DOCTOR.

¿Qué quieren, padres, que yo les diga á eso? El mal es antiguo, procede del primer Marqués del Valle, de aquel hombre que si ganó á Méjico, tengo para mí que fue mas que con la ayuda de Dios, con la de Satanás en persona. El acogia á la escoria de Castilla; él se empeñaba en tratar á los indios como á racionales; él, en fin, sembró en esta tierra la semilla de la rebelion que sus hijos cultivan..... Despues los Vireyes no han seguido mucho mejor camino, á pretesto de política razon de Estado. Hoy, á Dios gracias, los tiempos son ya otros: la Audiencia gobierna ahora sin embarazos, y las mas altas cabezas serán tambien las que mas pronto caigan.

Pero volvamos al caso presente: deciais, padre Prior.....

EL PRIOR.

Decia, que hereges, judios y bandidos se congregan y confabulan en Méjico, tienen un caudillo, y caminan á un fin, que no puede ser otro que la ruina de la Iglesia y la rebelion contra el Rey.

EL DOCTOR.

¡Dios nos asista! ¿Y quién es ese hombre que acaudilla á los bandidos? ¿El Marqués sin duda?

EL PRIOR.

Ignoramos su nombre.

EL DOCTOR.

Sabreis, al menos, sus señas.

EL PRIOR.

Ni eso, Doctor.

EL DOCTOR.

¿Pues qué sabeis entonces? ¿Cómo os consta que hay tal hombre, y que ese hombre es cabeza de los traidores?

EL PRIOR.

Eso, el hermano Fr. Domingo de la Anunciacion es quien va á explicároslo, que él solo puede.

FR. DOMINGO.

(*Para sí.*) Pues señor, ya estamos en el momento crítico. ¿Quién me meteria á mí en venir á Nueva España? ¡Aquellos bribones de anoche me asesinan infaliblemente, apenas sepan que los he denunciado!»

Mientras el fraile hacia mentalmente tan amargas reflexiones, Ceinos entreviendo en el horizonte la luz que en vano buscaba años hacia, ó mas bien que luz, la incendiaria tea de que necesitaba para reducir á cenizas el edificio del poder y gloria de la familia de Cortés, vaciló un instante en lo que hacer convenia.

Hombre de fórmulas, juez antes que todo, y gobernante por el momento, en los tres conceptos con-

cebia difícilmente que asunto tan grave y trascendental se tratase confidencial y familiarmente; en consecuencia lo primero que se le ocurrió, llegada la conversacion al punto en que escribirla hemos interrumpido, fue prender á los dos frailes, encerrarlos en sendos calabozos, convocar la Audiencia, y comenzar en seguida un proceso de Estado segun todas las reglas y trámites de la jurisprudencia entonces corriente, que no pecaban de blandos en manera alguna.

Reflexionando, empero, que prender á aquellos dos individuos de la Orden de predicadores, sobre escandalizar á Méjico, y enagenarle para siempre la voluntad de institucion tan respetable, seria tal vez, espantando la caza antes de tiempo, privarse de los medios necesarios para descubrir por completo la trama de que los religiosos, al parecer, poseian un hilo importante, resolvió por entoncés seguir la conversacion en la forma comenzada, y dijo al atribulado fraile:

—«Y bien, Fr. Domingo: siendo cierto, como no puede menos de serlo, cuanto vuestro prelado me dice, ya que tenéis noticia de los criminales propósitos del traidor Marqués, vais á tener la dicha de ser el instrumento elegido por la Divina Providencia para redimir á Nueva España.

FR. DOMINGO.

(*Entre dientes.*) ¡Redimir! ¡Redimir! Bien pudiera ser y tambien que me *crucificasen* por ende.

EL PRIOR.

(*Severamente.*) Fr. Domingo: la obligacion de todo cristiano, y mas la de un religioso, y todavía mucho mas la de un religioso de la Orden de predicadores, ministro del Santo Oficio, es no mirar al riesgo de su persona cuando del servicio de Dios se trata. Recuerde, hermano, mil santos ejemplos que citarle pudiera, y entre todos el



del glorioso mártir *Pedro de Arbués* (1), que prefirió morir en Zaragoza á manos de los hereges y judíos, á cejar un punto en la santa severidad de su ministerio!

FR. DOMINGO.

(*Algo mas que mohino.*) Padre, la vocacion del martirio es un don especial que Dios no concede á todos sus siervos, y yo á la verdad.....

EL PRIOR.

(*Cada vez mas severo.*) Dios concede á sus verdaderos siervos cuantas dotes han menester para servirle y glorificarle...

EL DOCTOR.

(*Comprendiendo que ya su intervencion era necesaria.*) Permítanme, padres, que les interrumpa, porque el tiempo vuela, y el negocio requiere mas diligencia que razones. El reverendo Prior, lleno de santo celo, presume que todos los corazones son, como el suyo, incapaces de temor alguno...

FR. DOMINGO.

Cabal, señor Doctor; y yo precisamente tomé el hábito para escusar riesgos...

EL PRIOR.

¡Que tal óse decir un dominico!

FR. DOMINGO.

La piel de un dominico, padre Prior, se taladra facilísimamente, y...

(1) Aunque desde su muerte se le llamó mártir en Zaragoza, y ya en 1537 se recibieron informaciones sobre sus milagros en la misma ciudad, no fue S. Pedro Arbués beatificado hasta el siglo XVII en tiempo de Alejandro VII.

EL DOCTOR.

Eso no es del caso ahora...

FR. DOMINGO.

Perdóneme vuesa merced que le diga que es *del caso*, y muy *del caso* ahora precisamente, porque *el caso* es este: á mí se me ha revelado un secreto en confesion...

EL DOCTOR.

¿En confesion?

FR. DOMINGO.

Y en confesion *in articulo mortis*.

EL PRIOR.

Pero el penitente os otorgó facultad de revelar la confesion.

FR. DOMINGO.

Cierto, padre, mas á condicion de absolverle; y no le absolví.

EL PRIOR.

No le absolvisteis *formal y materialmente* porque la fuerza os lo impidió.

FR. DOMINGO.

¡Y qué fuerza! Aquel réprobo tenia el puño como una tenaza de fierro.

EL PRIOR.

¿Vuestra intencion era absolverle?

FR. DOMINGO.

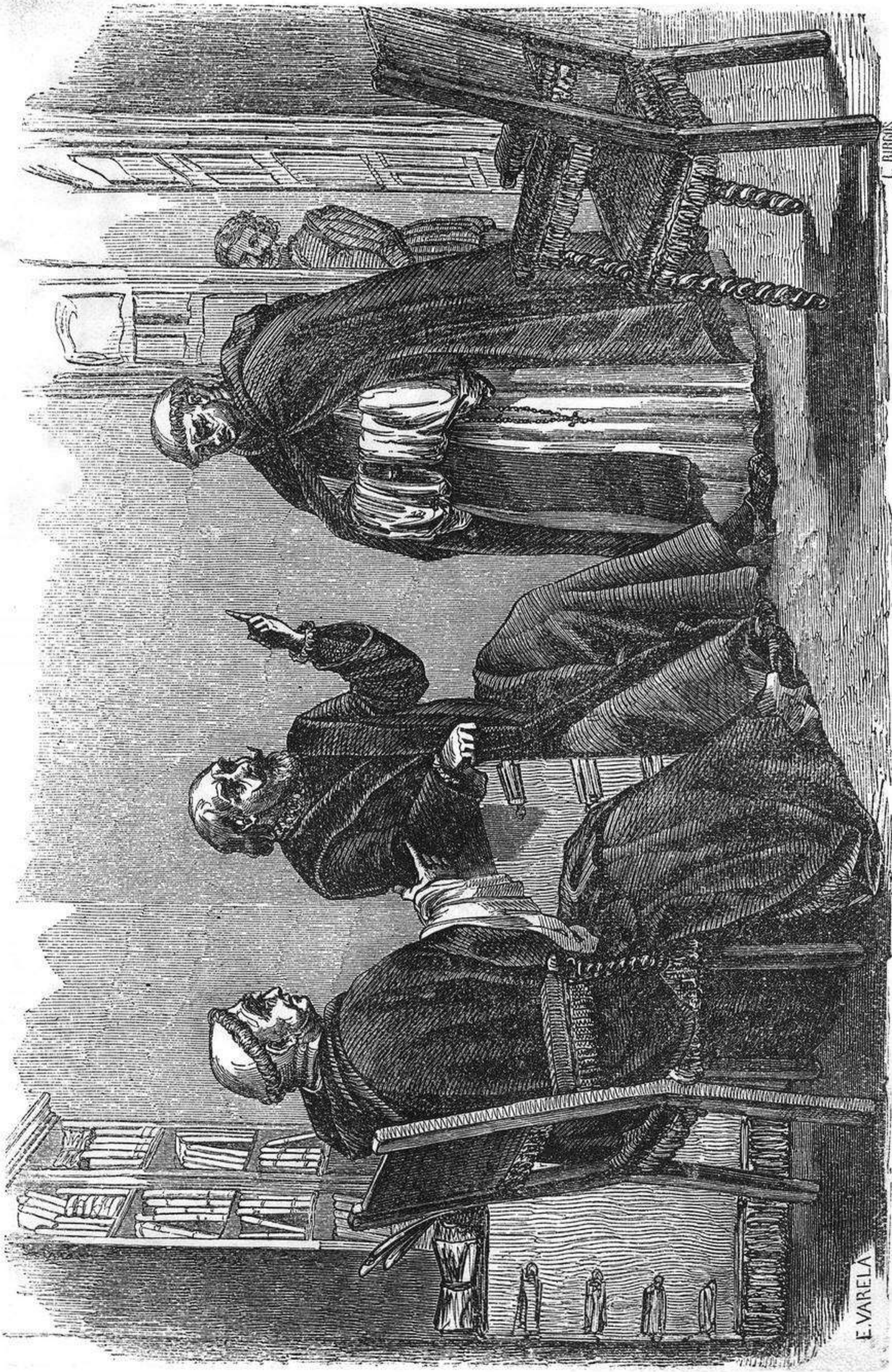
Si tal; mas...

EL PRIOR.

Pues tuvisteis la intencion y la fuerza sola os impidio



LA CONJURACION DE MÉJICO.



E. VARELA

L. BURGOS

Delacion de fr. Domingo.

llevarla á cabo, es como si le hubiérais absuelto; y, por tanto, podeis y debeis revelar la confesion.

EL DOCTOR.

No tiene réplica la argumentacion de vuestro reverendo prelado, Fr. Domingo; y yo por mi parte añado, que no solo pecareis mortalmente, sino que incurrireis en *delito de traicion* callándonos un secreto que interesa á la Iglesia nuestra Madre y al Rey nuestro Señor.

FR. DOMINGO.

Todo eso está muy bueno, señor Doctor; vuesa merced es un gran jurista, y el padre Prior un teólogo consumado; pero yo tengo sobre mi cabeza pendiente la cuchilla de los Filisteos; y las cosas se miran de muy distinta manera cuando pelagra la propia persona que cuando solo de la agena se trata.

EL PRIOR.

(Indignado.) Vergüenza me causa oiros, Fr. Domingo; sois...

EL DOCTOR.

Permitidme, padre, que otra vez os interrumpa: este negocio ya incumbe mas á la autoridad temporal que á la eclesiástica. Fr. Domingo exagera, sin duda, los riesgos que le amenazan.

FR. DOMINGO.

¡Que exagero, Santo Dios! ¡Que exagero, dice vuesa merced! «Aunque nunca me desnude la casulla, ni viva mas que en el altar, puedo estar seguro de que alli me arrancarán la lengua y me sacarán el corazon por la espalda. ¿Estamos?» Eso es lo que me han ofrecido si revelo una sola palabra....

EL PRIOR.

El glorioso *Pedro Arbués*...

FR. DOMINGO.

Murió á manos de los asesinos; y á mí Dios me manda conservar la vida, padre Prior.

EL DOCTOR.

Vamos, Fr. Domingo, vamos; que esas, amenazas son y no otra cosa; y del dicho al hecho...

FR. DOMINGO.

Si vuesa merced, señor Doctor, hubiera visto jugar á los dados su propia vida, no diría que los desalmados que tal hicieron, no serán capaces de todas las atrocidades imaginables.

EL DOCTOR.

En todo caso podeis contar con el amparo de la justicia.

FR. DOMINGO.

Con todo el respeto que debo y profeso al Rey y á su justicia, señor Doctor, la verdad es que en Méjico el puñal y la espada alcanzan á todas partes. Anoche, sin ir mas lejos, un caballero como D. Alonso de Avila.....

EL DOCTOR.

Mire, padre, que la justicia intervino...

FR. DOMINGO.

Sí, cuando ya estaba herido D. Alonso; y en el lance del que, por desdicha mia, tuve yo que asistir, no ha intervenido ni á tiempo ni tarde.

EL PRIOR.

Hermano, de lo que aquí se trata es de que revele al señor Doctor, como á Presidente de la Real Audiencia y Gobernador de este Reino, lo que por boca del moribundo sabe.

FR. DOMINGO.

Ya lo entiendo, padre Prior; pero como, si hago tal revelacion, es casi evidente que moriré asesinado, y correr ese riesgo seria pecar contra la *caridad bien ordenada*, la cual, segun S. Agustin, comienza por uno mismo.....

EL DOCTOR.

Mire lo que dice, Fr. Domingo; porque si en hablar corre riesgo, callando se hace cómplice del delito que oculta; y como ya la justicia tiene de aquel conocimiento, forzoso será que haga su oficio.

FR. DOMINGO.

¡Madre Santísima del Rosario, amparadme! ¿Qué quiere decir vuesa merced?

EL DOCTOR.

Quiero decir, que si, lo que no temo, se obstinase el P. Fr. Domingo en callar, la justicia tiene medios para compelerle á que hable.

FR. DOMINGO.

¿Lo ve vuesa Paternidad, padre Prior? Cuando yo decia que lo mas cuerdo era estarnos en nuestro convento, y dejar correr al mundo como pueda! Pero vuesa Paternidad se ha obstinado, y ahora soy yo quien lo pagará con las setenas.

EL PRIOR.

He cumplido con mi obligacion: cumpla el hermano Fr. Domingo la suya, y deje lo demas á la mano de Dios.

EL DOCTOR.

Eso será lo mas corto y lo mas cuerdo, Fr. Domingo. Si buenamente me revelá cuanto sabe, en obediencia de su prelado y satisfaccion de lo que debe á Dios y al Rey, quedaráse todo entre nosotros. La justicia, sin necesidad de comprometer al padre, tomará sus providencias, y los culpables serán, como merecen, castigados. Ahora, si cediendo á la mala tentacion que le aqueja, se obstina en el silencio, duéleme decírselo, pero me veré precisado á hacerle sentir la vara que empuño.

FR. DOMINGO.

¡A un Religioso!

EL DOCTOR.

*Acuña* era obispo, Fr. Domingo, y sabe como le trató *Ronquillo*.

FR. DOMINGO.

¡Misericordia, Dios mio, misericordia!

EL DOCTOR.

¿Con que habla, ó llamamos al portero de estrados...?

FR. DOMINGO.

(*Aterrado.*) Hablaré, hablaré. ¡Señor, por qué habré yo venido á esta maldita Nueva España!

Verdaderamente para un hombre del carácter meticoloso, irresoluto y egoista de Fr. Domingo, que habia, como nos lo ha dicho él mismo, tomado el hábito



sin mas vocacion que la de vivir en la holganza y al abrigo de los riesgos materiales del mundo , la situacion en que se hallaba era horrible , sus tribulaciones harto justificadas. Pero , en fin , entre el *tormento* seguro si á Ceinos no obedecia , y el puñal de los asesinos , peligro aunque grave al cabo contingente , la eleccion no podia ser dudosa. Decidióse , pues , á espontanearse , aunque maldiciendo en sus adentros el instante en que en tal berengenal habia entrado , la severidad implacable de su prelado , y la terrible jurisdiccion del doctor presidente.

Hasta el momento de quedarse á solas el confesor con el moribundo , nuestros lectores saben , no solo tanto , sino mas que el fraile , pues conocen los nombres del herido escudero y los de los bravos que le asistian ó custodiaban , y Fr. Domingo los ignoraba completamente.

Garci-Perez , trastornado el cerebro por las angustias de la muerte , atormentado ademas por la idea de la miseria en que dejaba á sus hijos , habidos en una manceba , y por consiguiente á hurto de su amo D. Martin Suarez , que no hubiera conservado ni un solo dia á su inmediato servicio á quien á sabiendas suyas tan mal viviese ; Garcí-Perez , decimos , calló todos los nombres propios , aún cuando reveló secretos que con él morir debieran.

A la verdad fue su relacion confusa , inconexa , llena de vacíos en los puntos mas importantes , mas no por eso dejó de servir de base y fundamento á procesos y ejecuciones que á su tiempo veremos desarrollarse ante nuestros ojos.

He aquí en resúmen la delacion de Fr. Domingo , que tal debemos llamar á su relato.

Segun el moribundo (ya muerto cuando el fraile declaraba) existia en Méjico organizada una vasta conju-

racion para levantarse con aquel reino, erigiéndolo en monarquía independiente, regida por el Marqués del Valle. Centro y alma y jefe de la conjuración era un hombre llamado el *Mártir* entre los adeptos, el cual, con incansable actividad, talento y cautela sumas, trabajaba años hacia, tanto en Europa como en América, en disponer los hombres y las cosas como á sus fines cuadraba. Dueño de inmensas riquezas, cuyo origen ignoraba el confesante, pero que por lo inagotable parecía que debian de ser procedentes, ó bien de dones de muchos conjurados, ó bien de algun *tesoro* ocultado por los antiguos monarcas *aztecas* y descubierto por el *Mártir*, este enganchaba y seducia á los hombres de dos maneras: ó teniéndolos á sueldo; ó con generosas limosnas y bien calculados beneficios. Por el primer método habia conseguido reclutar en todo el universo y ya reunir en Nueva España, tan crecido número de bravos y proscritos de diferentes países y religiones, que ellos solos bastaban para poner la ciudad en combustion, y aún entrarla á saco en caso necesario. Las limosnas y los beneficios le habian hecho tan popular entre los indios, y sobre todo con los de *Tlatelolco*, que estos sin conocerle personalmente aún, le consideraban como á Genio bienhechor, y estaban prontos á cuanto les mandase. De los mercaderes y tratantes de corto caudal era señor por medios análogos; y con la descontenta nobleza, así indígena como castellana, estaba en íntimas relaciones. Lo mas singular en el tal personage era que le conocian y poquísimas personas; que vivia oscuro é ignorado entre los mismos que de instrumento le servian; y finalmente, que de tal modo tenia organizada la Conjuración, que aún descubriéndose una parte de ella, ni las otras corrieran riesgo, ni su persona podia ser conocida. Convinó el moribundo en que al *Mártir* conocia, mas resistióse á todos los esfuerzos del fraile para que su nombre le

revelase, diciendo que habia jurado no hacerlo, sobre la salvacion de su alma.

Garci-Perez, pues, haciendo con sus revelaciones un daño gravísimo al propósito de la conjuracion, dado que la hubiese, no comprometió á conjurado alguno, al menos directamente; y el doctor Ceinos en realidad no adelantó gran cosa por el momento con la declaracion del fraile.

Este ignoraba, ya lo dijimos, calle, casa, y nombres de las personas que en su triste aventura intervinieron; solo pudo repetir un apodo que habia oido: el de la tia *Garduña*.

Consignada por escrito de propio puño del Doctor, y firmada por Fr. Domingo y por el Prior la declaracion que en extracto hemos reproducido, despidió Ceinos á los religiosos encomendándoles inviolable sigilo en todo aquel negocio; y tomó la gorra para irse en derecha al tribunal, acompañado por su curioso page.

No creyendo necesario el presidente de la Audiencia enterar entonces á sus compañeros de la escena que dejamos referida, limitóse á anunciarles de una manera vaga, que tenia noticia, y esperaba tener pronto mas, de una conspiracion *dirigida por el Marqués del Valle*, y con la cual se enlazaba sin duda la pendencia de la noche anterior en que resultó gravemente herido don Alonso de Avila. Los tres doctores convinieron en que lo mas cuerdo era hacerse por el momento los engañados, para que sus enemigos se comprometiesen de modo que, al descargar la *justicia* sobre sus cabezas el golpe de gracia, no hallaran ni pretextos con que defenderse.

Ya sabe el lector que mientras la Audiencia tomaba ese acuerdo, á Juan de Samano le inspiraba igual pensamiento su instinto de polizonte, por manera que, cuando el Alguacil mayor envió á proponer á Ceinos que se le autorizase á dejar en plena libertad á D. Alonso, y des-

ocupar su casa, se disponia ya el presidente á mandarle que lo hiciese.

En tanto *Almanegra*, que no podia consolarse de haber tenido la *debilidad* (decia él) de consentir en que saliese el fraile vivo de la casa de la Garduña; y que, acusado por sus presentimientos, desde poco despues de amanecido rondaba en compañía de *Felipe—Absalon* la mansion de Ceinos, viendo primero entrar en ella y salir luego á los dos dominicos, dijo á su digno colega:

—«Esa visita costará algunas cabezas.

—Temo, contestó *Absalon*, que no te engañes. Despachemos esta noche á ese fraile.

—¿A qué? (Repuso el previsor bandido.) Para precaucion es tarde; para venganza pronto.»

## CAPITULO V.

QUE EL PAGE DEL DOCTOR CEINOS, SIN EMBARGO DE SER EXCELENTE LÓGICO, SIRVIÓ DE CORREO Á LA ESPOSA DEL DOCTOR SUSODICHO.



ORTUN (tal era el nombre del page de Ceinos) estaba con el sorprendido secreto como los glotones después de hartos, lleno de inquietud y zozobra por las consecuencias que producir pudiera en su sobrecargado estómago (estómago moral se entiende) tan pesado alimento. — «Yo sé (decía para sí) un secreto importante, que casi todo Méjico ignora; ¿Pero de qué me sirve saberlo? Las gentes pasan hoy á mi lado lo mismo que ayer, sin sospechar siquiera lo que en importancia he ganado, que es todo lo que el secreto vale, pues que yo lo poseo. Ahora bien, mientras no se sepa que sé lo que los

» demas ignoran, no paso de ser *Fortun el page*, un  
» mancebo galan, discreto, favorecido del doctor Ceinos  
» su amo; pero al cabo no mas que un *rapaz* sin impor-  
» tancia, y por consiguiente he perdido el tiempo escu-  
» chando al Doctor y á los frailes. Perder el tiempo es  
» mal pecado, segun todos los teólogos y filósofos gentiles  
» y cristianos; *ergo* debo tratar de aprovecharlo. Para  
» aprovechar el tiempo, en el caso presente, preciso es  
» que la posesion del secreto acreciente mi personal im-  
» portancia; *sed sit est*, que mientras no se sepa que sé el  
» secreto, me estaré como ayer me estaba; *ergo* es preciso  
» que se sepa. Sentada esa proposicion, arguyo de este  
» modo: para que las gentes sepan que sé lo que sé, pre-  
» ciso será que alguien lo diga; pero es asi que no hay  
» nadie que pueda decirlo mas que Fortun, luego Fortun  
» tiene que decirlo. Esto no admite duda, pasa en autori-  
» dad de cosa juzgada, como dice el Doctor; pero al mis-  
» mo tiempo, en el momento en que yo confie el susodi-  
» cho secreto á tercera persona, racionando esta como  
» acabo de hacerlo, bascará otro confidente, el cual á su  
» vez querrá desahogar su pecho con algun amigo, y asi  
» de confianza en confianza, correrá el secreto la ciudad  
» y sus arrabales en poco tiempo. Entonces, sin recurso,  
» volverá á los oidos del Doctor—Presidente, y como su  
» merced averigüe, que sí averiguará, porque es un huron  
» en lo buscavidas y una raposa en lo astuto, que su page  
» es el origen de la revelacion, indudablemente salgo bien  
» librado con cien azotes y diez años de galeras. Su  
» merced, Dios se lo pague, me ha honrado muchas  
» veces ya con la promesa de colocarme al servicio de  
» S. M. á las órdenes de un cómitre, por negocios de me-  
» nor importancia. Nada, Fortun, tienes que embucharte  
» el secreto, y cuando mas, como el pagano *Midas*, depo-  
» sitarlo en la tierra.—¿Pero no ha de haber un medio  
» que concilie los dos extremos que evitar me conviene?

»¿No he de hallar rumbo entre *Scila y Caribdis*?—¡Sí,  
 »pesia mi vida! Le hay, y ya le tengo.—Mi señora, la  
 »bella doña Beatriz, esposa jóven del Doctor anciano, y  
 »que hasta ahora no se ha dignado mas que burlarse de  
 »mis ojeadas, suspiros y discretos requiebros, es la  
 »persona ante cuyos ojos á mí mas me importa aparecer  
 »como *todo un hombre*; confiaréle el secreto... ¡Guarda  
 »Pablo! No, Fortun, no: hay otra cosa mejor que hacer  
 »que ir á vaciarte asi de buenas á primeras como un  
 »saco. Escita su curiosidad, que ella es hija de Eva y  
 »quizá, como á su madre, le baste el deseo de saber lo  
 »que no le importa, para antojársele comer del árbol  
 »*prohibido*... ¿Y no ha comido ya doña Beatriz del ve-  
 »dado fruto en algun otro árbol?... ¡Hum! ¡Hum! No sé  
 »que diga... Las rejas se abren solas mientras el Doctor  
 »duerme la siesta, y despues que se recoge por la noche;  
 »á mí á tales horas me encierran con llave en mi cuarto,  
 »á pretesto de que me tomo libertades con las criadas, y  
 »de que osé una tarde contemplar á la señora misma en  
 »ligerísimo trage... ¿Qué significa todo esto?—Significa  
 »que, teniendo con que amenazar, por una parte, y con  
 »que cebar, por otra, la curiosidad de mi señora, soy  
 »mas torpe aún de lo que me cree el doctor Ceinos, si su  
 »esposa... En fin, á Dios rogando, etc. Manos á la obra  
 »que *audaces fortuna jubat*.»

Como por el anterior monólogo puede el lector cono-  
 cerlo, el page con no pasar de los diez y seis años, era  
 un estudiante aprovechado en la dialéctica, amante de  
 su personal importancia, cuidadoso de su cuerpo, afi-  
 cionado á la propiedad agena, en punto á faldas se en-  
 tiende, y no mal calculista en la materia. Verdad es  
 que el Doctor con su ejemplo y buenos consejos era ca-  
 paz de formar una generacion entera de egoistas argu-  
 mentadores, euanto mas un solo page; y verdad tambien  
 que la señora doña Beatriz, bella mejicana que á la sa-

zon pasaba ya del trigésimo año de la vida, sin que nadie pudiese decir cuánto le faltaba para llegar á la funesta *cuarentigia edad*, como Lope de Vega llama al ocaso de la belleza; la señora doña Beatriz, decimos, jóven comparada con su marido, y conservando aún magníficos y bien cuidados restos de una hermosura que siempre perteneció al abultado género que los turcos aprecian, era un verdadero bocado de page, apetitoso, escitante, y tentador por extremo. Asi Fortun, á quien el marido aleccionaba en la sutileza y egoísmo, y la muger tenia en perpétua alarma, formábase tan precoz y rápidamente, que era á los diez y seis años capaz del complicado, artificioso y trascendental discurso con que este capítulo encabezamos.

Proyectar, empero, es mucho mas fácil que poner en práctica los proyectos, y por eso el Page al intentar la ejecución de sus bien pensados designios, esclamó con razon: «*Hoc opus, hic labor est!*» frase latina que equivale en romance á decir: «¡Esta es la obra, este el trabajo!»

Cabizbajo, pues, y pensativo, regresó Fortun al hogar doméstico, acompañando como siempre á su amo desde el Tribunal; y pensativo tambien y cabizbajo, sirvió á la mesa al Doctor y á doña Beatriz, que nunca ofrecian á los ojos de sus criados, justo es decirlo, el espectáculo profano de exageradas caricias, y ni siquiera de caricias por exagerar; pero en el dia á que nos vamos refiriendo, llevaron la reserva y economía del conyugal amor que no se profesaban, hasta el punto de no pronunciar mas palabras durante la comida que las del *Benedicite* al comenzarla, y al concluir las indispensables para darle

«Gracias al que nos envia

»El sustento cada dia.»

Las cavilaciones del Doctor comprendialas perfectamente el Page, por lo que á él le estaba pasando. «El



» secreto le abrumba (decíase Fortun); y hasta que dé tor-  
» mento y ahorque siquiera á una docena de traidores,  
» no podrá sosegar el buen señor!»

Pero ¿por qué estaba, no solo callada, sino triste, profundamente triste, llorosa, y con ojeras su bella señora? El fatal secreto no podia saberlo: primero, porque lo que en el estudio del Doctor se decia solo desde el observatorio por Fortun elegido podia oirse; segundo, porque doña Beatriz habia salido á *Misa* á las siete de la mañana, y regresado á su casa (segun al Page se lo dijo reservadamente una criada entre Dueña y Camarera, que con particular predileccion le miraba) hasta las once, es decir, sola una hora antes de la comida de mediodia, y por tanto no pudiera el mismo Doctor, aunque quisiera, revelarle el arcano; y tercero, porque aun cuando en casa se halláran los dos esposos, atendido el aislamiento é independencia en que ella se habia constituido, y el mal humor que en él engendraba tal conducta, estaba fuera de toda probabilidad que tal confianza le hiciese Ceinos á su costilla.

¿Por qué, pues, estaba triste?—En vano se hizo mil veces el Page á sí mismo esa pregunta; en vano se lanzó á las mas temerarias conjeturas y descabellados raciocinios; cada vez lo entendia menos, y hubo de confesarse que ni rastro por donde penetrar tal misterio divisaba, cuando recogido el Doctor segun costumbre, se retiró él tambien á su cuarto para pasar, que no dormir la siesta.

Arrojóse vestido, como estaba, sobre el lecho, y con ánimo resuelto de cavilar hasta volverse loco ó dar con la causa de la tristeza de su Señora; porque el muchacho era terco como buen montañés: mas como al cabo la naturaleza triunfa siempre, dieron en inquietarle mas que aquella curiosidad otros pensamientos tambien á doña Beatriz relativos, pero de distinta y tan peligrosa

especie, que el lector llevará á bien observemos con respecto á ellos la mas completa reserva. En cuanto á las lectoras, dirémosles solo que, si son bellas á la manera de la esposa del doctor Ceinos, por caridad con el prógimo deben evitar el mucho trato con los jóvenes de diez y seis años, si no quieren causarles desvelos y agitaciones continuas.

Ello es que Fortun, no solo velaba, sino que se revolvia en el lecho como un energúmeno, y que tuvo al fin que levantarse para procurar con el movimiento el equilibrio de la sangre. Su primer impulso fue dirigirse á la puerta de su reducidísima estancia: mas detúvose diciendo: «Me habrá encerrado como de costumbre.....» Mas, ahora que lo pienso, no he oido dar la vuelta á la llave. ¿Si se le habrá olvidado encerrarme.....? Probemos.»—Y en efecto, la puerta estaba franca, circunstancia notable, porque á consecuencia ó bajo el pretesto, como ya sabemos, de ciertas libertades de Fortun, no solo con las criadas, sino con la señora misma, esta desde un mes, poco mas ó menos, á aquella parte, tomábase el trabajo de ir todas las tardes y todas las noches personalmente á poner á buen recaudo al señor Fortun.

—«Honda, pensó este, es la causa de su tristeza cuando en libertad me deja; mas sea como quiera, aprovechemos esta calva ocasion de tomar el aire; y mientras Dios dirá.»

Formada tan cuerda resolucion, tomó el Page su bonete y echó á andar con ánimo de irse á la plaza á dar unas vueltas, en tanto que el Doctor despertaba; mas al salir del dintel de la puerta de su estancia, dejóle como petrificado la aparicion (que por tal la tuvo en el primer momento) al extremo del callejon sobre que aquella se abria, de la bella Beatriz que, con cautelosos pasos, se le acercaba, indicándole con un

dedo puesto en la boca, que callase y no se moviera.

Precaucion inútil: Fortun al verla, sino se habia convertido precisamente en estatua de sal, ni en estatua de cosa alguna, como la imprudente esposa del Patriarca de Sodoma, experimentó tan honda conmocion y asombro tan grande, que no se daba cuenta á sí mismo de su persona; mas no duró mucho su enagenamiento. Hábiale dotado la naturaleza de una dosis superabundante de suficiencia, y ningun favor de la fortuna le parecia, por tanto, escetivo para su mérito.—«Doña Beatriz, se dijo, cansada de encerrarme y acaso de aburrirse ella misma á solas en su estancia durante la siesta, viene á buscar compañía en mi humilde tugurio. ¿Qué cosa mas natural? Ella es hermosa, yo no mal parecido; el Doctor viejo y gruñon, yo jóven y complaciente. ¡Qué diablos! Seria forzoso no tener ojos en la cara para vacilar entre ambos!»

A todo eso, ya doña Beatriz era llegada á donde su Page, bonete en mano, y en la mas elegante postura que acertó á recordar de las que habia observado en los caballeros mas galanes de Méjico, la esperaba con cierto aire entre humilde y triunfador, tan cómicamente fátuo, tan cándidamente fanfarron, que arrancó una sonrisa á la tristeza misma de la esposa de Ceinos, que en realidad estaba sincerísimamente afligida. Pero aquella muestra de burla ó de lástima que le arrancó, como deciamos, la debilidad de Fortun, y que este, por de contado, interpretó favorablemente á su persona, fue pasajera como las apariciones del sol en el opaco cielo del invierno: doña Beatriz, grave otra vez y siempre sin despegar los labios, entró en el cuarto del Page, hizole seña de que le imitase, y luego de que cerrara la puerta, todo con aplomo y serenidad bastantes á convencer á cualquiera, menos *lindo D. Diego* que nuestro bienaventurado mancebo, de que no la llevaban allí amorosos designios,

so pena de que fuese en lo impúdica superior á la misma Mesalina.

No obstante, Fortun, atendiendo mas á la propia estraviada inspiracion, que á la actitud de su señora, arrojárase resueltamente á sus pies apenas cerrada la puerta, si ella, que ni estaba para burlas, ni queria tampoco romper abiertamente con el petulante rapaz, no le contuviera con una de esas miradas que solo existen en el arsenal de las mugeres *equinocciales*, y que enfrenan la audacia sin acabar con la esperanza. Quedóse, pues, Fortun á medio camino, y en equívoca postura, entre si doblaba la rodilla ó de pie permanecia; abierta la boca para pronunciar alguna frase sentimental, y heladas las voces en su garganta; la espresion de la fisonomía tierna aún y almibarada, mas con la vista fija en doña Beatriz como si le dijera—«¿Si no venís á buscar una declaracion, qué puede traeros á la estancia humilde del pobre Page?»

A esa mental pregunta, ella, como si le leyera el pensamiento, que en realidad se lo leia, respondió virtualmente diciendo:—«Fortun, *hijo*, siéntate y escucha.»

Por el tono en que fueron pronunciadas tales palabras, tanto como por su literal sentido, bastaron ellas solas para destruir instantáneamente el quimérico edificio de las ilusiones del Page: aquel *hijo*, dicho al parecer con naturalidad, encerraba, sin embargo, toda una declaracion formal, toda una definicion, mas bien, de las respectivas situaciones. Fortun volvía á ser el *criado*, el *niño*; doña Beatriz no descendía de su altura de muger mas que formada y de ama de su casa.

«¿Pero á qué viene, señor, á qué viene entonces?» No cesaba de repetir mentalmente el desorientado Fortun, mientras que su señora, reconociéndose un instante, ó para ordenar sus propias ideas, ó para darle tiempo á él de sosegarse, dilataba algunos segundos aún el en-

tablar el diálogo, que lo hizo al cabo de este modo:

—«Ya sabes, Fortun, que siempre te he tratado mas bien como á hijo que como á criado. En los tres años que há viniste de la montaña (súplase de Santander) para servir al Doctor, son muchas las veces que te he libertado misericordiosa de la pena que tus travesuras merecian y mi esposo te impuso. Recientemente no he querido darle cuenta de tus demasías con mis criadas, que si el Doctor las supiera, te costaran muy caras; y escuso decirte que, si á su noticia llegase lo que yo quiero olvidar, y á tí espero que no volverá á ocurrírsete, es seguro que á estas horas estaria tu cuerpo como el de un S. Lázaro, supuesto que no en la sepultura.»

Escuchaba el Page con grande atencion y no mucho placer tan singular exordio, mas al llegar doña Beatriz á la última trasparente alusion á la audacia del Page con su propia persona, puso una cara tan compungida, dolorosa y avinagrada, que, comprendiendo la dama que acaso habia ido mas allá de su propósito, apresuróse á añadir, como por via de correctivo:

—«Recuérdote todo eso, hijo mio, no por afligirte, ni echarte en cara mis beneficios, sino para que lo pasado te esplique la singular prueba de cariño y confianza que voy á darte; que como tú correspondas á ella, yo sabré tambien ser agradecida y generosa.

—Vuesa merced sabe, señora mia (respondió el Page comenzando á recobrar su sangre fria), que no quedará por mí la prueba de cuanto respeto y amo...

—Bien, Fortun; sé que me quieres como buen criado y mancebo agradecido; y en esa confianza vengo á buscarte. No me interrumpas, que no tenemos tiempo de sobra, ni mucho menos.

—Diga vuesa merced, que la escucho con toda el alma.

—¿No has oido decir, Fortun, allá en el Tribunal

cuando con tu señor fuiste, si ha ocurrido en Méjico alguna cosa extraordinaria la noche pasada?

—¡Oh! (Esclamó en sus adentros el Page.) También mi Señora está mordida de la vívora. ¿Apostemos á que tiene alguna noticia del gran secreto, y cuando yo creí que el amor la traía, es la curiosidad la que á mi estancia la arrastra?»

En seguida y contestando á doña Beatriz, dijo:

—«Sí señora, algo he oido hablar de novedades, pero vagamente; y si he de decir á vuesa merced lo cierto, como tales cosas interesan poco á un *rapaz* como yo, no puse grande atencion á lo que en el tribunal se contaba.»

Aquí el page, puesto en su natural terreno y recordando las lecciones del Doctor, aplicábaselas sin misericordia á la Doctora; mas ella que podia darle *quince y falta* á los jugadores mas diestros, prosiguió, como si la treta no entendiera, diciendo:

—«De algo te acordarás, Fortun, que no eres ya tan rapaz que no puedas llevar el vestido de tafetan negro, ¿Sabes? Aquel que por angosto casi no ha estrenado tu señor, y yo quiero que el sastre te acomode para el próximo San Juan. Con que vamos, escudriña la memoria y dime,

—Lo que en el tribunal se decia... Pero ¿Cree vuesa merced, que podrá acomodárseme el vestido de tafetan?

—Y que has de estar con él galan como un mayo, picaruelo!

—¡Ah, si yo lograra parecerle galan á mi señora!

—Silencio en eso y deja correr al tiempo, Fortun. Con que decias que en el tribunal...

—En el tribunal, señora, se contaba que D. Alonso de Avila, un caballero muy malquisto del Doctor y de los demas señores de la Audiencia; pero de quien dicen que es el mas estimado de las damas de Méjico... ¿Conócete vuesa merced?

—Apenas ; héle visto una ó dos veces , y lo que de su fama llegó á mi noticia , no me hace desear su trato : ¡Dios me libre de tal hombre ! Mas prosigue tu relacion.

—Pues decíase , y es cierto , que le hirieron malamente ya pasada media noche...

—¿Malamente , dices ?

—Y tanto que hay quien asegura que no llegará á mañana con vida.»

Palideció horriblemente doña Beatriz al escuchar tan funesto pronóstico ; mas ocultando el rostro con el pañuelo para que su turbacion no advirtiese el page , y ahogando un sollozo que ya á los labios se abria camino , reunió fuerzas para decir :

—«¿Y no se habla de la causa de esa desgracia ? Será sin duda alguna mugercilla , porque el tal D. Alonso...

—Todos decian que es en efecto un gran libertino ; pero por esta vez parece que no son las mugeres la causa de su desdicha.»

Esa respuesta de Fortun fue para el llagado corazon de la esposa del Doctor un poderoso lenitivo , merced al cual se sintió capaz de proseguir el diálogo sin vender los secretos de su alma. Repuso , pues , ya serena :

—«¡Qué me dices ! Entonces serán cosas del juego , ó altercados en la *conversacion* , que á eso van allá los hombres.

—No señora ; y á vuesa merced no tengo dificultad en decirle que los señores de la Audiencia ( Fortun no lo sabia , pero lo adivinaba ) atribuyen ese lance á cierta *conjuracion*....

—¡Conjuracion , Dios mio !

—Sí señora , y hace vuesa merced muy bien en asustarse , porque es una cosa horrible , un riesgo tremendo el que nos amenaza.

—¡Vaya , Fortun , tú sueñas !

—¡En tal caso sueña la Audiencia. Le digo á vuesa

merced que hay una conjuracion ; que anoche no solo fue herido D. Alonso , sino que asesinaron á otro desdichado ; que el *Marqués* acaudilla á los conjurados.....

—¿Y D. Alonso , dices , que está complicado en esa soñada conjuracion?

—¡Oh! sin duda alguna ; y no es sueño , señora ; si alguien sueña son los conjurados , y á esos ya los despertará el Doctor por medio del verdugo.

—¿Pero hay pruebas de esa maldad?

—Las habrá , señora , no se inquiete vuesa merced por eso: ya *tenemos* testigos , y abonados.

—Pero , Fortun , si todo eso se decia allá en el tribunal públicamente , repetirás pronto en la plaza y llegará, sino llegó ya, á noticia de los conjurados, que una vez advertidos...

—No, señora mia, no: los conjurados se creen seguros, y lo que yo confio á la mucha discrecion de vuesa merced , lo *sabemos* , muy pocos.

—¡Hola! ¿Con que lo sabeis muy pocos?

—Tan pocos, que como el Doctor no sea...

—¿Y podrás esplicarme, Fortun, cómo ha llegado á tu noticia secreto tan importante? Por que no sé yo que mi esposo te haya elegido hasta ahora por confidente.»

La vanidad del page le hizo caer en un lazo que no advirtió hasta hallarse ya en él enredado y sin fuerzas para romperlo, al paso que mejoró notable é inesperadamente la posicion de su señora.

Confesemos en honor de la verdad y descargo del pobre mancebo , que al mas hábil le acontece otro tanto si se deja llevar del calor de la conversacion con una muger ; porque en ellas el talento de lo *imprevisto* , y el tacto para aprovechar las ocasiones y convertirse de *reos* en *actores* , como diria Ceinos , son ingénitos, perspicaces y casi infalibles.

Como quiera, Fortun estaba en la trampa antes de



advertirla, y completamente á discrecion de doña Beatriz, que momentos antes no sabia ella misma como salir del paso, y llegar á su objeto sin grandes sacrificios ó pecuniarios ó de amor propio.

No siendo, sin embargo, su ánimo abusar de la victoria, sino aprovecharse de ella, despues de gozarse un momento en la confusion del atribulado mancebo, dijole entre benigna y severa:

—«La curiosidad indiscreta, seor Fortun, es en un hombre vicio feo, que á él ha de costarle cara sino se enmienda.

—Yo, señora....

—Tú has escuchado á la puerta del estudio de tu señor, como sueles haerlo.... No mientas: te he visto yo mas de una vez. Por esta quiero perdonarte, mas á condicion de que me obedezcas sumiso, y fiel me sirvas.

—Sin eso, ya sabe mi señora que soy todo suyo.

—Bueno está, Fortun: obras son amores.....

—¡Ah! Si como el amor han de ser las obras, las mias...

—¿Quiere que añada ese capítulo mas á su relacion de méritos para con el Doctor? Fortun, sepa, pues que lo ignora, y ya que los mandamientos de la ley de Dios no bastan á enfrenar sus antojos, que antes de osar decirles una sola palabra de galanteo á mugeres de mis prendas, es preciso servir las meses y años, con fé y sin esperanza. ¿Lo entiende?»

Si el pobre D. Alonso de Avila, á la sazón todavía casi cadáver, pudiera oir las razones de la *Doctora*, que así solia él llamarla, difícilmente contuviera la risa: mas para Fortun eran *dinero contante*. ¡Dichosa la juventud que en todo cree!—Respondió, por tanto, el Page á su señora:

—«Mande vuesa merced, disponga de mí como un esclavo, que solo espero á oir sus mandatos para ejecutarlos puntualmente.

—Y no te pesará, Fortun, hacerlo así. Oyeme: he venido á buscarte, porque una amiga mia, doncella y recatada, pero no insensible, que tuvo la debilidad, antes de que D. Alonso se casara, de recibir de él algunos papeles y darle respuesta tambien por escrito, que es lo peor del caso, teme con razon que, si ese caballero fallece (lo cual Dios no permita), ó su dolencia se prolonga, puedan sus billetes caer en tales manos que le cuesten á ella la honra. La tal mi amiga, Fortun, que vive tan guardada que no es señora ni de una sola de sus acciones, rogóme esta mañana en misa, con tales veras y tan tiernas lágrimas, que la sirva en esta su necesidad estrema, que haciendo mio su dolor, confiésote que estoy tan desasosegada é impaciente, como si de mí se tratara. No quiero, sin embargo, comprometer en el lance mi fama hasta hoy ilesa, que sin esa consideracion fácil me fuera hacer yo lo que á tí voy á rogarte que hagas.

—Ya he dicho á vuesa merced, que á todo estoy dispuesto por servirla.

—¿Te encargarás de llevar un billete de mi amiga?...

—¿A D. Alonso?

—Nó, pues que en tan mal estado se halla.

—¿A quién, pues?

—¿Conoces á un caballero que llaman D. Fernando de Valdestillas?

—Sí tal; muy galan, aunque todavía, como yo, casi rapaz: hijo de un viejo, de quien el Doctor dice que no le hay mas peligroso en Nueva España, fuera del Marqués del Valle.

—Poco me importan el anciano y la opinion que de él tenga el Doctor; lo que hace al caso es que D. Fernando tiene estrecha amistad con D. Alonso, y á él es á quien debes de entregar el billete que te daré.

—¿Llevaréselo á su casa?

—No, Fortun, que el padre del mancebo ó alguno de sus criados pudiera conocerte y creer que yo..... No: lo que hay que hacer es, que despues de vísperas te vayas á la plaza mayor.....

—Comprendo, señora.

—Y si no, mejor será todavía y menos ocasionado que le esperes cerca de casa de D. Alonso: siendo tan su amigo, no dejará de ir á visitarle.

—Tiene vuesa merced razon, como siempre.

—No vayas hasta la caida de la tarde.

—¿Y si á la hora del rosario no hubiese despachado mi comision, qué dirá el Doctor?

—No se me habia ocurrido tal dificultad.

—Diga lo que quiera; acharé la falta á cualquier devaneo, y si me castigare, sufrirlo hasta con deleite, por amor de mi señora.

—Si asi prosigue el Pagecillo (esclamó entonces doña Beatriz un tanto enternecida por la caballerosa réplica de Fortun), dentro de poco no será cuerda la que á solas le busque. ¡Lástima que le entierren entre Bártulos y Procesos!

—¡Ah! (Prorrumpió á su vez entusiasmado el Page, y arrojándose sobre la diestra de su señora con tal presteza que no tuvo ella tiempo de retirarla.)— Si yo supiera dar gusto á vuesa merced de ese modo, presto trocara los libros por la espada, y el balandran por el colete.»

Mientras asi decia, casi de hinojos á los pies de Beatriz, besábale tan ardientemente la mano, y con tal fuego la miraba, que le fue preciso á la dama apartarle de sí, no sin alguna violencia, exenta empero de enojo; y ponerse de un salto en la puerta de la estancia, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Ah Fortun, Fortun! ¡Siempre abusais de mi indulgencia! Yo me tengo la culpa.

—Perdone, señora mia....

—Basta, y tenga entendido que le haré despedir de casa si otra vez....

—¡Despedirme! Por el Cielo santo que mas quisiera vivir en galeras que lejos de vuesa merced.

—Pues modérese el Page, si han de consentirle que aquí viva.

—¿Y el billète, señora?

—Venga dentro de media hora á buscarle á mi estancia con cualquier pretesto. Yo le diré al Doctor que le he enviado á buscar unas conservas al convento de las Agustinas.

—¿No me deja enojada, señora mia?

—Enojaréme si volvemos á las andadas.

—¡Es vuesa merced tan bella!

—No hay con su locura mas recurso que el de no escucharle.»

Y en efecto, la esposa del Doctor se retiró á su estancia; mas por el camino íbase diciendo: «Este Fortun es ya casi un hombre, y á fé que, á parte su buen parecer, los hay barbados y muchos, que no le igualan ni en discrecion ni en ternura. ¡Si no fuera un simple Pagecillo, y si no anduviese por el mundo D. Alonso! ¿Quién sabe lo que suceder pudiera?»

Mientras Fortun, que aunque inesperto y como tal todavía inhábil, tenia escelentes y felicísimas disposiciones, sino para el estudio de las leyes que le repugnaban hasta el extremo, sí para ser en su dia uno de los mas favorecidos galanes de las bellezas próximas á su ocaso en la modesta clase media de la sociedad, no ocultándosele del todo la impresion que habia en su señora producido, *monologuizaba* (páseseme el verbo) de esta suerte:

—«Doña Beatriz me elige por su confidente: luego me estima.

19 «Doña Beatriz me huye: luego me teme.

«Pues digo que, si una vez estimado y temido, no acierto á hacerme amar, soy el mas desdichado ó el mas torpe de todos los Pages presentes, pretéritos y futuros.—Empecemos por hacer méritos: á su tiempo exigiremos la recompensa.—Ahora á llevar el billete de su amiga..... ¿Será ella misma la tal amiga? Bien pudiera ser: mas ¿Para qué tal engaño, pues goza libertad bastante para hacer cuanto se la antoja, y no es muger que tratándose de su gusto se para en barras? El billete no es suyo, y si lo fuere que lo sea; que al cabo dentro de casa me quedo, y como dice no sé que autor profano, sino es sagrado: «del enemigo doméstico ¿Quién se libra?»

Volvemos á repetir que nuestro Page era habilísimo en la dialéctica, cuyas lógicas deducciones, al asunto en cuestion aplicadas, le condujeron como por la mano á ser correo de doña Beatriz, aumentar el número de las misivas que para D. Alonso recibió el jóven Valdostillas, y sobre todo á asegurarse por el momento la proteccion de su señora, preparándose para mas tarde (asi lo creia) un porvenir de mas íntimas y halagüeñas relaciones.

Por lo que respecta á la esposa del Doctor, el que con atencion y buena memoria haya leído la primera parte de esta verídica historia, recordará que del nombre de Beatriz hizo mencion D. Fernando en el diálogo que refiere el capítulo III, al enumerar las damas de Avila de que él tenia noticia.

Tres semanas contaba de fecha aquel galanteo el 25 de abril, tiempo para D. Alonso mas que sobrado á cansarle, no de una, sino de tres Doctoras; pero que á la interesada parecia brevísimo plazo, sobre todo para que una espada homicida le arrebatase el galan, sin darle á ella siquiera el tiempo necesario á tener un consolador preparado.

Atribulóse, por tanto, y sincerísimamente cuando el 24 por la mañana, despues de esperar en vano durante tres eternas horas al apuesto seductor D. Alonso, supo por la voz pública la desgracia á aquel ocurrida la noche anterior.

Pasada empero la impresion primera, el demonio de los celos suscitó en su alma la idea de que D. Alonso habria sido herido á causa de cualquier otro de sus muchos galanteos, y en tal persuasion se decidió á valerse de Fortun, tanto para averiguar la realidad de sus temores, quanto para hacer llegar á manos del galan un billete agri-dulce, de los que las mugeres escriben para que ni lo amoroso desvanezca, ni el desden aflija á quien los recibe.

Mas con las revelaciones, en realidad importantes que debió á la irreflexiva vanidad del curioso Page de su marido, variaron completamente á sus ojos las condiciones, circunstancias y probables consecuencias de aquel desventurado lance. Y en efecto, siendo verdad lo que Fortun decia, amenazaba la muerte á D. Alonso de dos maneras: inminente la una; mas remota, pero tal vez no menos segura, y positivamente mas terrible la otra. Malo seria que á consecuencia de su herida falleciese: peor que sanando de ella, la Audiencia le sacrificase á la vindicta pública, ó á odios de partido, con motivo ó so pretesto de la conjuracion, verdadera ó supuesta, de que hablaba el Page.

En tal situacion la muger galante cedió instantánea y completamente el puesto á la humana y caritativa criatura: alegróse ciertamente al oir que para nada intervino el amor en la desdicha de Avila; mas luego que supo que el Doctor y sus colegas le amenazaban con sus jurídicas formidables armas, diérase por contenta, á trueque de salvarle de tal riesgo, con ver á D. Alonso en brazos de una rival preferida. ¡Pobres mugeres! Si

no les pidiéramos imposibles, la mayor parte serian en todo tan buenas como son de humanas y compasivas.

En fin, ello es que doña Beatriz, y por eso en vez de entregarle á Fortun el billete que á prevención llevaba escrito, le mandó pasar á su cuarto pasada media hora, formó la resolucion de avisar á D. Alonso de lo que pasaba, y lo hizo, en efecto, como resuelto lo habia.

¡Cuántos desastres, cuántas lágrimas hubiera acaso, y sin acaso, economizado la lectura del billete de doña Beatriz en tiempo oportuno! Pero sea que no se llega siempre á buen fin por malos medios, sea que el Diablo lo enredase, ó que no estaba en el signo del infiel esposo de la bella doña Elvira hacer las cosas como los demas hombres, ni apartarse de la senda en que una vez entraba, el hecho es que durante semanas estuvo incapaz de leer escrito alguno; que cuando Valdestillas, viéndole ya levantado y convaleciente, le instó para que se enterase de los cuatro consabidos billetes, rehusó hacerlo por el primer escrúpulo de conciencia que hasta entonces en tales asuntos le asaltara; y que despues, depositadas aquellas misivas en cierto escritorio, solo una quiso abrir, y esa fue precisamente la que obrando con juicio debiera dejar intacta.

Verdad es, y sea dicho en su abono, que en los sobrescritos de los tres billetes á perpétua prision en el escritorio condenados, fundó tan dura sentencia, por reconocer en el primero la letra de *Beatriz*, que á fuerza de ternura le tenia empalagado; en el segundo la de la hija de otro Doctor (de Inés), á quien por *culta* no podia ya tolerar; y en fin, en el tercero los caractéres de *Leonor*, la cual, como en su tiempo nos dijo él mismo, inspirábale cierta especie de aprension muy parecida al miedo.

Mas tarde veremos de quién era y qué contenia la privilegiada carta que abrió y leyó D. Alonso, bastándonos por ahora haber consignado la historia del importantísimo escrito de la sensible y mal correspondida doña Beatriz, con lo cual damos fin al presente capítulo.



## CAPITULO VI.

**CONSAGRADO Á DAR CUENTA DE CIERTAS AVENTURAS DE DOÑA CATALINA PONCE DE LEON, D. BERNARDINO PACHECO DE BOCANEGRA Y DON ALONSO DE AVILA.**



i como, gracias al Cielo, hemos nacido católicos apostólicos cristianos, naciéramos gentiles, diríamos que la fortuna tiene dias destinados á urdir la trama de ciertos sucesos, á tender las redes para determinados mortales, y á ahondar las profundidades en que á otros sepultar se propone; y dijéramos eso á propósito del 23 de abril de 1866, dia que la mayor parte de los personajes que hasta ahora llevamos puestos en escena, debieran en sus fastos marcar con piedra negra.

Pero como segun el *catecismo* no nos es lícito creer en agüeros, hechicerías, ni cosas supersticiosas, pre-

ferimos á la teoría del fatalismo, la mucho mas consoladora de atribuir á las impenetrables profundas miras de la Providencia lo que el pagano llama fatalidad, y casualidad el escéptico : supuesto lo cual, procederemos de nuevo á continuar nuestro complicado relato, consagrándoles especial y determinadamente algunas páginas á personas de que solo hemos hecho hasta ahora mencion incidentalmente.

Sigamos, para empezar, al melancólico exaltado caballero D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, á quien dejamos no ha mucho saliendo de su casa, armado de espada y rodela y en compañía de Chacon, su lacayo.

Amo y criado atravesaron plazas y corrieron calles en profundo silencio, hasta llegar á una harto distante del centro, y frente á la mas notables de sus casas, cuyo aspecto, por lo severo y destartalado, mas era de palacio encantado que de aristocrática mansion. Bocanegra dijo á su criado:

—«Retírate, Chacon, á aquella esquina, y si alguien se acerca haz la señal convenida.

—Mire vuesa merced, replicó el lacayo, que ya el dia comienza á despuntar y es fácil que alguien nos vea.

—La muerte de Garci-Perez, repuso melancólicamente D. Bernardino, te trae sobresaltado, pobre Chacon, y no sin motivo. Recógete, pues, á casa, que no es razon que paguen los criados las desdichas de sus amos.

—Vuesa merced, insistió el tenaz servidor, se engaña si cree que por miedo le advierto la próxima venida del dia; poco importa que á mí se me vea ó no, á esta ó á otra hora, aquí ó fuera de aquí; pero á vuesa merced...

—Bien, Chacon, bien: te agradezco la buena intencion; pero ya tú sabes que no está en mi mano sustraerme á los decretos del Destino. Retírate, pues, como te he dicho á aquella esquina, y no perdamos hablando el poco tiempo que ya esta noche me queda.»

Obedecida por Chacon la órden de su amo, acercóse este á una reja de la casa que rondaba, reja saliente de las que tienen dos cuerpos, de los cuales el superior se abre como ventana, y cierra con candado y llave; y reja toda ella interiormente revestida, por decirlo así, de una tupida celosía, en la cual con el pomo de la daga dió D. Bernardino hasta tres golpes compasados, silbando despues para completar, sin duda, la seña. Pocos instantes despues abrióse cautelosamente la ventana interior, y un acento femenino, preguntó:

—«¿Sois vos, Bernardino?»

—¿Y quién sino yo, alma de mi vida (respondió el caballero), pudiera ser á tales horas y de esta manera? Por Dios, Catalina mia, que no vuelvas á hacerme tal pregunta, que con ser como involuntaria en tí, enciende en mi corazon, sin que remediarlo pueda, la llama de los celos.

—No seas desconfiado, repuso Catalina (que doña Catalina Ponce de Leon era la muger á quien Pacheco idolatraba con ciego frenesí); no seas desconfiado, Bernardino. Si no te amase ¿Te hubiera hecho el sacrificio de mi honra, por ventura? ¿Si no te amase, Bernardino, imaginas que correria, cada noche y aún cada dia el riesgo á que me espongo? Tú no conoces á Juan Ponce, que si le conocieras, no dirias que su muger no te ama, cuando por tí se espone á ser su víctima.

—¿Su víctima tú, bien mio! No lo digas, no lo imagines siquiera, ó por lo menos que yo no lo sospeche; porque...

—¿Y qué has de hacer, Bernardino? Juan Ponce es mi marido; y castigando á su esposa infiel haria justicia y no mas que justicia.

—¿Catalina! ¿Catalina! ¿Quieres volverme loco? ¿No te he dicho mil veces que si ese hombre osara amenazarte siquiera?...

—¿Qué habias de hacer, vuelvo á preguntarte, Bernardino?

—Matarle, Catalina.

—¿Serias capaz de eso? ¿Me amas hasta ese punto?

—Mil veces te lo he dicho, y sin que yo te lo dijera, demasiado lo sabes tú, mi dulce dueño. Te amo con delirio, todo mi sér se emplea en adorarte, no tengo un pensamiento que para tí no sea.

—¿Ni las ambiciosas aspiraciones, Pacheco?

—No, Catalina; ni esas tienen tampoco otro fin en mi pecho que el de servirte y engrandecerte. Si me he lanzado á cuerpo perdido en la audaz empresa de don Martin Suarez, ¿Por qué, para qué ha sido, desde el primer momento, y será hasta el último de mi vida? Porque tú, mi Dios en la tierra, lo quisiste; porque en el triunfo libro la esperanza de poder consagrarme á tí pública y exclusivamente, de poseerte, en fin, solo, sin obstáculo ninguno.

—No delires, Bernardino: aún cuando ese plan vasto, inmenso, grandioso, que como á tí me ha seducido, llegase un dia á realizarse, ¿Dejaria yo de ser la esclava de Juan Ponce?

—¡Otra vez, Catalina! ¡Siempre lo mismo! ¿No me has dicho tú misma que *ese hombre* nunca será de los nuestros?

—Sí te lo he dicho y vuelvo á repetírtelo: mi marido es amigo del *Marqués*, pero nunca, estoy de ello segura, nunca tomará parte en lo que él llamaria una *traicion al Rey*. Cuando alguna vez, á pesar de lo poco que nos hablamos, se ha tratado entre nosotros de los bandos que á Méjico dividen, ¿Sabes lo que me ha dicho? »Los del *Marqués* pueden llevar razon en algo, pero la »pierden exagerando las quejas, y produciéndolas con visos de sedicion; los de la Audiencia abusan de su poder, pero ese poder es, al cabo, el legítimo; porque el

» del Rey representa; y si por desdicha se llegare á las  
 » manos, obligacion será de todo aquel que de leal se  
 » precie, ponerse de parte de quien bajo el pendon real  
 » milite.»

—Pues bien, Catalina idolatrada, en eso precisamente estriba mi esperanza. Juan Ponce no es cobarde; cuando á las armas se acuda, y ese dia no está lejos ya, él irá á alistarse só el pendon real de Castilla; tu amante, vida mia, militará bajo la imperial enseña de Méjico. Entonces ¡Ah! ¿Por qué no es hoy ya ese entonces? Entonces yo te aseguro que él y yo nos encontráremos en campo abierto, y que la espada decidirá nuestra contienda.

—¡Bernardino mio, me hielas la sangre en las venas! Tú eres valeroso y diestro; pero la fortuna caprichosa, y ella sola decide de la suerte de las armas. ¡Si Ponce triunfara!

—Y cuando á sus manos perezca, ¿Piensas tú que no es preferible la muerte al suplicio en que vivo? ¡Ah, Catalina, Catalina! Si amases como yo te amo, comprenderias lo que padezco, y quisieras antes verme en la tumba que en el potro en que agonizo. Los celos me devoran.

—¡Celos! ¿Y de quién? ¿Pues acaso miran mis ojos á otro hombre que á ti?

—Tus brazos, Catalina, se abren para otro.

—Bernardino, ó perdiste el seso, ó me ultrajas indignamente.

—No, mi bien, no; no me comprendes.

—Espílicate, pues.

—Es inútil.

—Te lo ruego.

—Hablemos de otra cosa.

—Lo exijo, Bernardino.

—Y bien, cruel, ¿No es *ese hombre* tu marido? ¿No tiene derechos?—¿No...

—¡Y de él tienes celos!

—Continuos, ardientes, devoradores, Catalina.

—¿De mi marido?

—Por eso, porque sé que no puedes sustraerte á sus caricias.

—¡Oh! ¡Ese es mal inevitable!

—Lo sé Catalina; pero por lo mismo mi paciencia no basta á sufrirlo. Si no te amase de tal modo que tu amor y mi existencia son una misma cosa, mil veces hubiera huido de tí, y huido para siempre. Mi conciencia se revela contra el papel, indigno de un caballero, que aquí estoy desempeñando; mi altivez no se aviene con el engaño de que vivo; cada vez que á Juan Ponce encuentro en la calle el rubor me abrasa la frente y la cólera me arrebatada; la presencia de ese hombre es para mí, como noble, un vivo remordimiento, como amante, un buitre que sin cesar me roe las entrañas. No es posible que así prosigamos; no es posible, te lo juro por tus divinos ojos, que son la luz de los míos. El ó yo debemos desaparecer pronto de la tierra; y así será: á fé de caballero lo prometo.»

Mientras con frenética, sombría exaltación, hablaba de esa suerte el delirante Bocanegra, Catalina le escuchaba tras de su celosía, con una sonrisa en los delgados labios, con un gozo en la ardiente mirada, con una espresion, en fin, de la cual solo formará idea quien conciba la actitud y porte del príncipe de las tinieblas, cuando á fuerza de artificios consigue precipitar al sér formado á imágen y semejanza de Dios en el abismo insondable del eterno llanto.

Fácilmente habrá penetrado el lector que todo el sistema de la pérfida esposa de Juan Ponce de Leon consistia, con respecto á su enamorado, en ponerle siempre, y de continuo, y de relieve, ante los ojos la persona del marido, poco dispuesto en verdad á tolerar que le infamasen; pero al mismo tiempo, ya por su método

de vida, ya por su falta de práctica en la sociedad, y hasta por la aversion que á sus usos profesaba, poco á propósito tambien para estorbar los desórdenes de Catalina.

¿Cual era, pues, la causa del infernal propósito de aquella mala hembra? Precisamente una á que ni remotamente aludia: Juan Ponce, caballero de raza, pero labrador por inclinacion y trabajador por hábito, detestaba el lujo, era amante del orden y la economía, y jamás hubo medio de que consintiese á su muger el fausto y disipacion en que ella vivir quisiera, y que fue ademas el cebo que á casarse la condujo.

Juan Ponce de Leon era hombre bien acomodado, rico, si se quiere, para su época, pero la fama le suponía opulento como á Cresos; y Catalina, criada en la escasez de la casa de un pobre hidalgo, anhelaba desde sus primeros años ser opulenta; «porque una vez que yo lo sea (se decia), belleza y discrecion tengo para que conmigo no luche muger alguna.»

Asi pensaba ya Catalina cuando era una niña, en la edad de las ilusiones, en la época en que las almas bien templadas no comprenden siquiera el significado de las palabras: *codicia*, *ambicion*, *cálculo*. Mas no se crea que, cándidamente precoz en cálculo, ambicion y codicia, revelase al mundo aquella nativa lepra de su alma; no; Catalina nació artificiosa y falsa como nace feroz la hiena. Verdadero tipo de esos humanos sepulcros blanqueados, de que tan poéticamente nos habla el Evangelio, ó para valernos de mas profana comparacion, como las visiones de las leyendas del Norte, que bajo la figura de una jóven cándida y pura, ataviada cual la vírgen más inocente al acercarse á los altares, y de blancas rosas coronadas, atraen á sí al fascinado protagonista, para trasformarse súbito en horribles esqueletos, y ahogarle entre sus descarnados brazos; Catalina, decimos, se-

pulcro blanqueado, esqueleto con mentidas vestiduras engalanado, carecia de corazon y era rica en todo género de gracias, amen de seductoramente bella.

Tal la conoció D. Alonso de Avila en los primeros años de su mocedad y cuando, aunque ya lanzado en la carrera de la disipacion, porque su índole y la falta de sérias ocupaciones por tan mal camino le llevaron desde luego, no tenia, sin embargo, aún completamente gangrenada el alma.—Galanteaba ya entonces á las mugeres todas, pero sin otra malicia que la de la mariposa al libar cuantas flores encuentra, porque tal era su instinto; mostrábase inconstante, mas sin designio, solo porque la última impresion producía en él mas efecto que todas las anteriores; sus continuas infidelidades á la que por el momento amaba, consistian en que, cuando á una dama prometia lo que á cumplir no acertaba, el primero y mas engañado era él mismo. En resúmen: podia y debia llamarse á D. Alonso un *calavera*, de ningún modo un seductor de oficio, un *Lovelace* de sus tiempos, un D. Juan Tenorio de los antiguos, cuando Catalina y él se conocieron.

Para regenerar á un hombre cual era entonces Avila se necesitaba una muger con la belleza, gracias y talento de Catalina, pero tambien con la buena fé, con la rectitud de intenciones, con la moralidad, en fin, de que aquella carecia. Desdicha fue de D. Alonso y desdicha grande, irreparable, encontrarse con tal criatura, y que ella tuviese las apariencias de un ángel, siendo en realidad un diabólico espíritu, precisamente en esa época decisiva en la vida del hombre, en la cual, pasando del periodo de la primera juventud al de la virilidad completa, entramos los mas en la senda que hemos de correr durante el resto de nuestra peregrinacion en este valle de lágrimas. *Asi estaba escrito*, diria un mahometano; *asi sucedió*, y no mas podemos decir nosotros.



Catalina, aunque pobre, era la doncella mas hermosa, mas en voga allá en Méjico al regresar D. Alonso de Castilla, á donde para que estudiase le habia enviado su padre, vivo á la sazón todavía. Digamos de paso que el bueno del rapaz no quiso pasar del *quis vel qui*, pero en cambio volvió á su casa gran tirador de barra, diestro en la esgrima, airoso y ligero en la danza, gine-te como un Centauro, sabiendo escribir un billete con pésima ortografía y seductor voluptuoso estilo, audaz como un page, sereno en los lances difíciles como una muger de mundo, gastador como el hijo pródigo, capaz de perder al golpe de un dado todo el imperio mejicano sin que la color se le mudase siquiera, y pensando solo en acometer una diablura cuando de otra salia apenas, bien ó mal, segun la fortuna lo ordenaba. Tales prendas fueron tan poco del gusto del anciano Avila, que para evitar que del hijo mayor se propagasen al segundo, hizo que este, llamado Gil Gonzalez, saliese inmediatamente de Méjico, y se pusiera al frente de la labor de la casa; tales prendas, repetimos, poquísimo á propósito para cautivar á un padre, hechizaron sin embargo al bello sexo mejicano, haciendo de D. Alonso el hombre á la moda, el galan predilecto de las bellas, la abominacion de las abominaciones á los ojos de las castas esposas, prudentes madres, reverendas dueñas y celosos maridos.

Sus primeras campañas fueron, sin embargo, como las de todos; creíase conquistador cuando era conquistado; tomaba con frecuencia las *ventas* por *castillos*, y solia afanarse por lograr lo que con estarse quieto consiguiera fácilmente. Su prodigalidad degeneró en ocasiones en sandez, sirviendo para alimentar á tahures y rufianes; su valor, en otras, le hizo temerario; y en fin, antes de ser realmente *original*, triste privilegio de que la fortuna es avara, pasó por extravagante. Con la experiencia y el tiempo sus facultades fueron equilibrándose,

y al entablar sus relaciones con la que hemos conocido ya esposa de Juan Ponce de Leon, hallábase, como apuntamos arriba, en el crítico punto que marca los inciertos límites entre la juventud propiamente dicha y la virilidad, en esa época en que el hombre frisa en la madurez sin *dejar aún de ser joven*.

Catalina habia puesto los ojos en D. Alonso desde que aquel apareció en la escena del mundo : pero el recato, ó mejor dicho, reclusion claustral en que su anciano padre la tenia, y la falta de medios para brillar, á mayor abundamiento, fueron muchos meses obstáculos invencibles á la realizacion de sus planes.

Por otra parte D. Alonso estaba en todas partes cuando no se le buscaba, en ninguna para quien hallarle queria. Ya en el juego de la pelota, ya en la plaza; tan pronto acaballo en el campo, como á pie haciendo terreno; ora en la *conversacion* con los caballeros sus iguales, ora, en fin, con los mas pobres indios en sus chozas. Alguna vez herido, muchas mas retraido en alguna iglesia, mientras su padre á costa de sacrificios pecuniarios, concertaba con los por él maltratados que de su justa *querella* desistiesen, desaparecia Avila por temporadas forzosamente, y por su voluntad tambien cuando en pos de alguna bella aldeana corria los campos ó se avecindaba en alguna alquería. Para una doncella, pues, que si podia engañar y engañaba la vigilancia de un padre mas severo que avisado, hasta el punto de *pelar la pava* durante algunas horas de la noche, ó de dar oídos á su galan al ir ó volver de la iglesia, merced á la habitual complacencia ó complicidad de las dueñas, no alcanzaba sin embargo libertad suficiente para correr la ciudad, sus arrabales y cercanías, encontrarse con don Alonso, solo de la casualidad podia ser obra.

Pero la casualidad en tales asuntos suele ser menos

rebelde á los votos de los humanos de lo que generalmente se cree.

Sucedió, al año poco mas ó menos de su regreso á Méjico, que Avila fue sorprendido á deshora y á solas con una bella Portuguesa, por el marido de esta, *Fidalgo* muy *finchado*, pero menos finchado que valiente, y mas aún que valiente celoso. Arrojóle de su patria el temor á la Inquisicion, que trataba simplemente de *tosarle* con toda solemnidad, por el delito enorme de haber oido cantar (muy mal por cierto) en un malhadado banquete, á que le convidó cierto rico judío de Lisboa, una copla no muy ortodoxa sobre la venida del Mesías. Milagrosamente y perdiendo su hacienda y caudal, acertó salvar de las garras del Santo Oficio su persona y su muger, morena picante, que, segun voces, no disgustaba á uno de los señores Inquisidores; fuese á Méjico en busca de la fortuna, y su mala suerte le deparó, en vez de los tesoros que buscaba, un enjambre de galanes codiciosos de la hermosura de su consorte. Creia el buen fidalgo hasta entonces haberse libertado de una desdicha, merced á su esquisita vigilancia; y al convencerse por el testimonio irrecusable de sus propios ojos, de que D. Alonso se tomaba la libertad de afiliarle en la cofradía del señor san Marcos, ó mas bien, segun la enérgica espresion del inmortal *Quevedo*, *le convertia en fiero atril de San Lucas*; apenas vió al galan caballero en la estancia de su esposa, tiró la espada y acometióle denodadamente

¿Qué habia de hacer Avila?—Defenderse, aunque muriéndose de risa; porque no podia remediarlo: la cólera de un marido infeliz era para él espectáculo el mas cómico posible; y el Portugués, ademas, pequeño de cuerpo, vano en consecuencia, y reventando de cólera, proferia tales denuestos y tales contorsiones hacia, que de verle se riera la tristeza misma.

Sin embargo, aquel *maridillo* manejaba la espada con mas destreza y alientos que muchos otros *maridillos* de gran talla y magestuoso continente, y un puntazo, por dicha no profundo, recibido en el pecho, hizo comprender á D. Alonso de que su risa era por lo menos intempestiva.

—«¡Ola! (Esclamó.) ¿Con que va de veras, señor mio? Pues ya que vuesa merced lo quiere, guárdese que allá voy yo.»

Y acompañando la accion á las palabras, tomó tan vigorosamente la ofensiva, que á pocos lances dió con el Portugués á sus plantas.

Durante el combate, la linda Portuguesa se habia puesto en salvo, por manera que Avila, ya sin mas cuidado que el de su persona, juzgó oportuno, por si su contrario habia muerto, que tal parecia, tomar el camino de costumbre, es decir, el de una iglesia; que por aquella vez fue la de S. Francisco.

Deciamos que aquella vez se fue á tomar iglesia en el convento de la Orden seráfica, y debemos añadir que á ella se encaminó solo por ser apurado el lance, la hora ocasionada, y no haber templo mas inmediato al lugar de la escena. Sin tales circunstancias hubiérase abstenido, como hasta entonces, de refugiarse en aquel monasterio; porque de sus frailes habia recibido la primera educacion, de su iglesia era mas devoto que de ninguna, y no quisiera que ni ellos le sorprendieran en flagrante calaverada, ni ante las imágenes que le oyeron tartamudear casi en las faldas de su madre las primeras oraciones que pronunció su labio, presentarse como culpable.

¡Singular conjunto de contradicciones es el corazon humano!

El libertino era creyente, aunque sin discernimiento: el pendenciero á la luz del sol sin escrúpulo alguno,

aterrábase ante una imágen devota, como si Dios no asistiese igualmente en todas partes.

Mas D. Alonso era así, y así le pintamos.—Es de advertir que Catalina, habiendo averiguado, á fuerza de paciencia y de habilidad, que Avila solia frecuentar mas la iglesia de que tratamos que otra alguna, la habia escogido tambien para oír en ella misa diariamente; por manera que al cabo logró lo que deseaba, que era hacerse con el galan famoso la encontradiza.

La *casualidad* se le mostró propicia: la herida del Portugués fue grave aunque no mortal, el hombre estaba furioso, la muger no parecia, ni era fácil, porque se embarcó para Europa en compañía de un *Tudescó*, pretendiente á sus encantos, que como muger previsora, tenia en reserva para un lance apurado, y se hallaba á punto de partirse ya bien acomodado.

La conciliacion, pues, era difícil, y á pesar de los esfuerzos del anciano Avila, el retraimiento de D. Alonso se alargó hasta seis semanas, durante las cuales diaria y forzosamente se vieron los dos jóvenes.

Y como para él ver á una muger hermosa era equivalente á enamorarse de ella, y ella estaba rabiando por dejarse conquistar; sobraron tres semanas de las seis para que se pusieran ambos completamente de acuerdo, y tan completamente, que cuando el convaleciente Fidalgo se avino á aceptar la pérdida de su muger, y cien castellanos de oro, amen de la cura pagada, en compensacion de la sangre que habia perdido y de los adornos frontales que habia ganado, ya D. Alonso, escalando casi todas las noches las tapias de la huerta del convento, iba á pasarlas al pie de la reja de Catalina.

Esta, sin embargo, conociendo que es mucho mas difícil aún conservar que adquirir, iba recogiendo velas á medida que Avila se engolfaba; y así al cabo de no mucho tiempo, D. Alonso era completamente su esclava.

vo, D. Alonso la amaba, y amábala sincerísimamente. ¡Oh, si las mugeres pudiesen ó quisieran comprender el daño que á la sociedad y á su mismo sexo preparan engañando las esperanzas, destruyendo las ilusiones, emponzoñando sin misericordia el corazon de un hombre! ¿Mas por qué acusarlas á ellas solas? ¿No somos nosotros tan culpables, mas acaso que ellas, por lo mismo que la naturaleza nos hizo mas fuertes?

En ese círculo fatal y vicioso en que giran las pasiones humanas, quizá mirado en conjunto las culpas y las decepciones se compensan; acaso el que hoy engaña fue ayer engañado, como el que es engañado hoy, engañará mañana. Lo triste es que las mas veces pagan inocentes por pecadores.

Mas como quiera que sea, el primero, el único, el sincero y profundo amor de D. Alonso, fue Catalina. Hasta conocerle habia apenas libado la copa del placer, interesándose solos sus sentidos; ella, ella sola acertó á absorverle, por decirlo asi, en su voluptuosa atmósfera, y á encadenar aquella voluntad que indomable parecia.

¿Amábale ella en recompensa? No hallamos fórmula concisa y clara para responder á esa pregunta. Si ama á un hombre la muger que le prefiera á los demas, porque le considera mas galan, mas valeroso, mas fuerte que á todos; si es amor el fuego carnal, si prueba pasion el abandono: amaba á D. Alonso, amor tenia, apasionada estaba Catalina. Mas si por amor se entiende el sentimiento sublime que enlaza con fuertes nudos á dos corazones puros; que hace unisonas dos almas; que espiritualiza la voluptuosidad; que hace voluptuosos los sacrificios; que, en fin, escluyendo hasta el egoismo, nos conduce á respirar exclusivamente por el objeto amado, entonces Catalina no podia amar á hombre alguno.

Don Alonso, porque en él procedia la disipacion de exceso de vida, de sobra de expansion en el alma, de pre-

dominio del sentimiento sobre el juicio, amó de veras; y Catalina, cuya conducta hasta aquella época parecia irreprochable, siempre corrompida en frio y *á priori*, ni le amó ni amarle podia.

No obstante Avila fue su preferido; ningun hombre antes ni despues la conmovió como él.

Supuestos tales antecedentes, razon tendrá el lector en preguntarnos ¿Por qué no se casaron?—Porque, respondemos, Catalina preferia á D. Alonso, mas no le amaba, y de amar á preferir hay distancia inmensa.

Espliquémonos: el padre de Avila vivia, y aunque inmensamente rico, siendo su caudal fruto de su fortuna en la conquista, de su industria despues, y de su arreglada conducta siempre, podia disponer de él como mejor le pareciese. Por el momento, pues, D. Alonso era un *simple hijo de familia*, atenido á la generosidad del autor de sus dias, generosidad de que usaba y abusaba tan sin medida, que en mas de una ocasion hubo de acudir á los usureros para salir de apuros.

En tal estado, calculó Catalina muy cuerdamente que no consentiria el anciano Avila gustoso en que su hijo se casase con una muger como ella, hidalga lo bastante no mas que para no ser de familia *pechera*, y con caudal que apenas llegaba á redimirla de la miseria. De casarse, por tanto, habia de hacerlo contra la voluntad del suegro, de lo cual se seguiria que el viejo dispusiese tal vez en vida, por medio de una donacion, de la mayor parte de su caudal en favor de Gil Gonzalez de Avila, el hermano menor de D. Alonso.

—«¿Qué importa eso? Decia este á su amada. Yo trabajaré, mi Catalina, para sustentarte. El amor suplirá lo que nos falte. Ademas que yo sé quién es mi hermano, y que no me dejará ser pobre cuando él sea rico.

—¡Tú trabajar! (Contestaba ella.) El buen deseo te engaña; á tí te hizo Dios, Alonso, para la holganza y

los placeres, para el amor y las armas, como á mí para la voluptuosidad y la grandeza. ¡Pero trabajar nosotros! Delirio es imaginarlo, cuanto mas creerlo. Me dices que tu hermano partirá con nosotros su riqueza: no quiero yo que tu vivas de *limosna*, ni ser esposa de quien á espensas ajenas se mantenga. Esperemos á mejores tiempos.»

La alta corrupcion, la inmoralidad profunda tienen la pérfida dote de revestir las fórmulas de la mas escrupulosa delicadeza, envolviendo en ellas esas razones de sentido comun que pudieran llamarse el *egoismo* de los pueblos, y que producen sobre el ánimo poéticamente exaltado un efecto análogo al del apagador sobre la llama de una antorcha: extinguir la luz y ennegrecer el combustible.

¿Qué habia de replicar Avila á tan nobles pensamientos y tan cuerdas reflexiones?

Por otra parte Catalina habia dispuesto las cosas de manera que no le fuese sobradamente penosa á D. Alonso la necesidad de diferir su enlace; y así, en efecto, resignóse á esperar durante dos años consecutivos. En tan largo espacio de tiempo no hubo entre aquellos dos amantes ni el mas leve disgusto: él, renunciando por completo á toda sociedad que la de Catalina no fuese, llegó por lo ejemplar de su vida á alarmar á su padre, que le creyó enfermo; ella era citada como una de las mas recogidas y recatadas doncellas de Méjico.

Avila se conceptuaba, ya no solo por su pasion, sino tambien por deuda de caballero, irrevocablemente unido á su amada: Catalina en sus entrevistas y en sus cartas mismas le llamaba siempre *esposo*: la consagracion, pues, de la Iglesia faltaba sola al enlace de los dos amantes, cuando inopinadamente estalló la tormenta que debia destrozarle el corazon al futuro esposo de doña Elvira, lanzándole ademas en el camino de la perdicion.



Cierta noche al ir á entrar D. Alonso, como las mas, en casa de su amada, merced á una llave maestra y á la connivencia de una dueña, detúvole Catalina, llamándole desde la reja y diciéndole:

—«No entres: padre está desazonado esta noche, no duerme y pudiera oírte; quizá es una temeridad la que cometo en este momento, vete.»

Con dolor, pero resignado, íbase ya D. Alonso despues de estampar amorosamente los labios en la mano de su adorada; mas ella llamóle otra vez, y sin exordio, sin preparativo de ninguna especie, descerrajó sobre el atónito mancebo á boca de jarro esta frase fulminante:

—«Alonso; pídele á tu padre licencia para casarte conmigo; y no vuelvas á verme sin traer una respuesta definitiva.»

Acabando de hablar cerró Catalina su ventana; mas bien pudiera permanecer asomada un cuarto de hora sin que ese tiempo le bastase á su amante para dominar el asombro, la estupefaccion que tales palabras le causaron.

Que Catalina quisiera casarse, nada mas natural; pero que en tan intempestiva ocasion y en forma tan gratuitamente hostil, tan insólita y brusca, significase su deseo, no como tal, sino como mandato, ó mas bien como declaracion de guerra, y eso á un hombre con quien en tan íntimas y antiguas relaciones se hallaba, ¿Cómo lo habia de comprender el enamorado caballero?

Hé aquí la esplicacion de tal misterio. Habíasele antojado á Juan Ponce de León, Encomendero de Acama, como sabemos, y rico propietario además, para redondear una magnífica hacienda de que, á ocho ó diez leguas de Méjico, era dueño, adquirir la pequeña tierra que constituia sola, con algun dinero puesto á rédito, el patrimonio del padre de Catalina. El arrendador que la tal tierra cultivaba y á quien Ponce se dirigió primero,

envióle al propietario ; y como el Encomendero no era hombre que gustaba de perder tiempo en los negocios, en vez de escribir una carta, montó á caballo y fuese en derecha al viejo. Cuando este vió que Juan Ponce estaba antojado , propúsose hacerle pagar caro el antojo : pero el hidalgo labrador entendia de tratos, y la batalla se trabó en regla hasta el punto de que , levantando los contendientes la voz , alborotaron la casa, que era chica. Catalina al oír las voces acudió presurosa al cuarto de su padre, y con verla solo calmóse la cólera del Encomendero.

En resúmen, Juan Ponce pagó, no por la tierra, sino por dos ó tres sonrisas de Catalina , y la licencia de visitarla, cuatro veces el valor de lo que compraba. Quince dias despues hizo una segunda visita; entre esa y la tercera medió sola una semana; y á la cuarta pidió, segun todas las reglas del ritual , la mano de la doncella á su padre y señor. El pobre viejo creyó volverse loco de alegría al considerar el bien que por las puertas se le entraba; porque lo era, en efecto, un yerno rico, caballero y señor ademas de una Encomienda. Sin embargo, antes de resolver quiso consultar á la interesada , circunstancia que prueba ternura y bondad, tratándose de un siglo en que los padres pretendian que su voluntad fuese siempre la regla absoluta de la conducta de sus hijos. Hoy , para enmendar aquel error , se ha dispuesto que el padre sea simple tesorero de su familia ; y váyase lo uno por lo otro. Poco ó nada sorprendió á Catalina la comunicacion de su padre : antes que el mismo Ponce adivinó ella el efecto que desde el primer instante produjo en aquel hombre leal á par que rudo , de índole tan noble en el fondo como en las formas poco simpático.

—«Pronta estoy , respondió, á obedecer á vuesa merced , padre mio : mas pues á mi arbitrio lo deja, concédame una semana siquiera para pensarlo.»

El padre y el novio aceptaron el plazo, yéndose el último al campo á devorar su impaciencia é incertidumbre, que era precisamente lo que Catalina habia previsto y deseaba para realizar el plan que combinando tenia.

De todo estaba ignorante D. Alonso, asi como Ponce de Leon de los derechos de aquel, si derechos hay en materias de amor; el sistema de la vida social en la época que pintar procuramos, esplica suficientemente como dos hombres podian ser pretendiente el uno, y poseedor el otro de la misma muger, sin saber respectivamente la existencia el uno del otro. En el siglo XVI no se visitaban las casas como hoy, á todas horas, sin mas causa que la ociosidad y la galantería; D. Alonso no habia menester rondar la calle ni hacer terrero, poseyendo una llave maestra de la casa de Catalina; Ponce, que no habitaba en Méjico, ni de galanteos entendia, pidió la mano de la que amaba antes aún de declararla su amor: nada mas obvio, por tanto, que el fenómeno, casi imposible en nuestros tiempos, de no sospechar siquiera ni él ni D. Alonso la rivalidad en que estaban.

Avila, no obstante lo singular de la notificacion recibida, obedeceéndola puntualmente, aquella misma noche pidió licencia á su padre para unirse con Catalina. Oyóle el anciano con asombro, mas no con disgusto, pareciéndole buen síntoma que su hijo quisiera casarse; porque ordinariamente se imagina que el matrimonio enfrena las pasiones y las mocedades termina; pero si la idea, en general, mereció su aprobacion, no asi la persona elegida, y eso por causas diversas y no infundadas. La desigualdad de las familias, porque los Avilas presumian de rancia nobleza, y la de las haciendas ademas, bastaran y aún sobrarian para esplicar la oposición de un padre de aquel tiempo, pero á mayor abundamiento el de Avila era un hombre que no pagándose de apariencias, ni dejándose por el sentimentalismo arrastrar, gustaba poco

de la muger que para nuera se le proponia. Informado de mucho tiempo atrás, por habladurías de los criados, que todo lo escudriñan y todo lo comentan, de las íntimas relaciones de su hijo con Catalina, pensaba el viejo Avila que no seria muy escrupulosa de casada la que doncella entregaba la llave de su honra y casa á un galan; y á mas, uno de esos sentimientos no razonados, y por lo mismo invencibles, le hacia detestar de todo corazon á la que D. Alonso amaba. Negó, pues, su consentimiento, y nególe con promesa formal y juramento solemne de desheredar y maldecir á su hijo si tal enlace contraia. D. Alonso, inspirado por una pasion sincera y vehemente, apuró en vano todos los recursos de la mas apasionada elocuencia, todo el fuego de la mas honda ternura para ablandar á su padre que se mantuvo inflexible.

En tal estado, y no osando el triste caballero revelar de palabra á Catalina el mal éxito de su pretension, decidióse á escribirla un billete tan lacónico como expresivo.—«Mi padre, decia, me niega su consentimiento, »amenazándome con desheredarme y maldecirme, si á »su pesar me caso contigo.

»Acepta tú mi mano, y mañana nos casamos, Catalina; por unirme á tí, no solo perderé la hacienda, no »solo soportaré resignado la *maldicion* del que me engendró, sino que estoy pronto á comprometer la salvacion de mi alma.»

¿Qué efecto produjo en Catalina tan irrefragable prueba de amor inmenso?—Este: acabando de leer el billete de Avila se dijo: «¡Buen caldo haríamos con la »pérdida de la hacienda, la maldicion del padre, y el »alma del hijo en poder del Demonio! A Ponce me atengo, que es rico, amigo del campo, y me dejará vivir á »placer, sin duda alguna.»

Hay gentes que asi racionan: lo siento, mas no alcanzo á remediarlo.

Sin embargo, desembarazarse de D. Alonso no era cosa fácil; estaba enamorado; tenia derechos, y una cabeza capaz de todo género de locuras para sustentarlás.—Otra muger se hubiera aterrado; Catalina no vaciló un instante en lo que hacer debia: su organizacion era completa.

En respuesta al billete de su amante escribióle estas líneas:

«Tu padre se niega, como yo lo temia, y muchas  
»veces te lo he dicho, á que nos unamos; y tú, Alonso,  
»con una generosidad que estimo y agradezco en todo  
»lo que vale, me ofreces tu mano y con ella la miseria,  
»que yo no puedo aceptar. La pobreza, ya lo sabes, es  
»la única cosa que me aterra en este mundo y en el  
»otro. Casándonos seriamos infelices entrambos; tú,  
»cuando menos, por vivir con una muger siempre que-  
»josa; y yo que acabaria por aborrecerte, considerán-  
»dote como causa y origen de todas mis estrecheces.  
»Renuncia, pues, á la idea de casarte conmigo: antes  
»me dejaré hacer pedazos que hacerlo con tales condi-  
»ciones. Pero hay mas, Alonso: un hombre *rico*, *muy*  
»*rico*, pide mi mano, y estoy resuelta á dársela aunque  
»*no le amo*, ni puedo amarle, aunque te amo á tí como  
»siempre te he amado. ¿Qué quieres, Alonso? Si Dios  
»me ha negado la exaltacion necesaria para persuadirme  
»como tú, de que podemos ser felices *con hambre*, al  
»menos soy *contigo*, contigo solo, bastante franca para  
»revelarme tal cual la naturaleza me hizo. Sé que puedes  
»estorbar el casamiento que proyecto y realizaré; sé que  
»puedes deshonrarme, perderme si se te antoja. Sin las  
»muchas prendas mias que ya tienes, sin otras circuns-  
»tancias de que es inútil hablar, sobra esta carta para  
»que me tengas en tu poder como esclava. Mas estoy  
»resuelta á quebrantar el yugo, ó á morir. Si eres gene-  
»roso, si devoras tu dolor, pues no desconozco que lo

»tendrás inmenso, si devoras, digo, tu dolor en silencio,  
 »seré para tí *casada* lo que soy ahora ; si abusas ó usas  
 »siquiera de tu fuerza, un puñal te privará para siempre  
 »hasta de la esperanza de poseerme, y á mí me escusará  
 »el tormento de la miseria. A tu voluntad dejo la suerte  
 »de entrambos: decide. No me veas , no me respondas,  
 »no me ruegues, seria inútil, Alonso. Dentro de una se-  
 »mana seré rica esposa de otro , ó cadáver yerto en la  
 »sepultura. Adios, y cree que siempre te ama—Catalina.»

Renunciamos , por absoluta imposibilidad, á describir los efectos que en D. Alonso produjo la lectura de esa carta, obra maestra del cinismo , del cálculo inflexible, de la depravacion innata de aquella detestable muger.

Digamos, sin embargo, que amen del estrago moral é incurable que en el alma del engañado amante causó, hubo de costarle la vida; pues arrebatándosele al cerebro la sangre , acometióle una congestion de que milagrosamente le salvaron, despues de Dios, y al cabo de dos meses de enfermedad, la asistencia de los mejores facultativos del Reino, y los cuidados de su padre y hermano.

En tanto Catalina, casada ya con Ponce , prestábase á pasar las primeras semanas de su boda en las haciendas del marido , á condicion de establecerse despues en Méjico: condicion que Ponce cumplió exactamente, pero á su manera ; comprando casa en un extremo de la ciudad, y casa tal como al principiar este capítulo la hemos descrito. Mas aun esas circunstancias lleváralas la novia en paciencia , si no fueran acompañadas de un plan severo de economia y recogimiento, ejecutado con inflexible perseverancia por Juan Ponce , quien acostumbrado como señor de vasallos á mandar sin consentir réplica, y como labrador propietario á luchar con las inclemencias del Cielo y hasta con la dureza de las piedras , una vez formada una resolucion no concebía siquiera qué cosa fuese retroceder en su realizacion.

Desde luego , pues , y en la *Luna de miel* misma, asentó la discordia sus reales en aquel matrimonio, contraído por Juan Ponce con imprevision indisculpable , y por Catalina con miras infames.

Por lo que á D. Alonso respecta, al convalecer de su enfermedad, hubo un instante en que pensó en retirarse al claustro, renunciando para siempre al mundo que tan mal le trataba; pero el Diablo, que siempre anda listo, apartóle de tan santo propósito, sugiriéndole la idea verdaderamente infernal de permanecer en el siglo para consagrarse exclusivamente á lo que él llamaba su venganza.

¡Triste venganza, por cierto, la de vivir para la desdicha de unas cuantas incautas ó débiles mugeres, consumiendo en vicios y devaneos el tiempo, la salud, el ingenio y las riquezas, que hubieran podido hacer de él un hombre útil y respetable, en vez de un libertino mas temido que estimado!

Sin embargo, el amor á Catalina, amor en su origen tierno, despues de la traicion de aquella con amarguísimos sentimientos mezclado, vivia siempre en el corazon de Avila; y mas por causarle á ella celos que por pasion á Elvira, casó con esta á poco tiempo. Pero de la historia de aquel enlace trataremos con estension en tiempo oportuno: ahora nos basta con haber dado á conocer al lector la muger que, habiendo ya hecho la desdicha de Avila, y corrompídole ademas por su inícuca conducta, ocupábase en el momento en que en escena la hemos puesto, en llevar al precipicio á D. Bernardino Pacheco de Bocanegra.

Al contemplar y analizar tipos como el de Catalina, comprendemos la invencion de los *Diablos súcubos*, ó hembras, que es lo mismo, porque con dificultad se concibe que la especie humana, y sobre todo su bello sexo, produzca tan depravados séres.

Desde luego, pues, y en la fama de miel misma, asentó la discordia sus reales en aquel matrimonio, con-  
truido por Juan Ponce con imprevision indisculpable, y  
por Catalina con miras infames.

Por lo que a D. Alonso respecta, al convalecer de su  
enfermedad, hubo un instante en que pensó en retirarse  
al claustro, renunciando para siempre al mundo que tan  
mal le trataba; pero el Diabolo, que siempre anda listo,

## CAPITULO VII.

apartóle de tan piadosa idea, y le hizo ver-  
daderamente fatal el siglo para  
consagrarse exclusivamente a lo que él llamaba su ven-  
ganza.

Triste venganza, por cierto, la de vivir para la des-  
dicha de una cuantas incultas ó débiles mugeres, con-  
**QUE PROSIGUE EL DIÁLOGO ENTRE DOÑA CATALINA Y PACHECO, Y  
MANIFIESTA LOS RIESGOS QUE CORREN LAS MUGERES SABIAS CON  
LOS HOMBRES ILITERATOS.**

un hombre útil y respetable, en vez de un libertino mas  
temido que estimado!

Sin embargo, el amor á Catalina, amor en su ori-  
gen tierno, despues de la tracion de aquella con amor-  
guisimos sentimientos mezclados, vivia siempre en el  
temido que estimado!

**EMOS** interrumpido la amorosa con-  
versacion entre D. Bernardino Pa-  
checo de Bocanegra y Catalina, pa-  
ra enterar al lector de la historia  
de ésta y de sus antiguas relaciones  
con D. Alonso de Avila, cuando  
aquel exaltado caballero pintaba con  
vivos colores y amargo acento la  
lucha en su corazon obstinadamente  
trabada por dos sentimientos igual-  
mente poderosos y entre sí opues-  
tos: el honor y la pasion.

Encadenábale la última tiempo hacia á los pies de  
Catalina, quien mas por vengarse de la parsimonia y





metódica severidad de su marido, infamándole é infamándose á sí propia, que por amor que á Bocanegra profesara, entretenia con él culpables relaciones. La naturaleza de Avila, por lo voluptuosa y superficial, pudo simpatizar, y simpatizó, en efecto, con la de Catalina; Pacheco era un sér vaciado mas bien en la turquesa de los alemanes que en la castellana. Poético, sin ser poeta, melancólico y dispuesto al ascetismo, hubiera podido ser un gran predicador ó un austero cenobita: mas hecho hombre de capa y espada por su cuna y posicion social, quiso aplicar sus cualidades, eminentemente propias para el desierto, á una sociedad que, como todas, se pagaba principalmente de las formas, huyendo de penetrar en lo recóndito de los corazones. Vió á Catalina, prendóle, siguióla, y la *servió* semanas y meses sin pronunciar una palabra, sin osar confesarse á sí mismo que la amaba, indignándose desde el primer instante hasta el último contra la debilidad que á cometer una accion villana le arrastraba; porque villanía era para él deshonrar á un hombre y turbar la paz de una familia, solo por satisfacer el propio deseo. Mas la muger de Ponce, á quien D. Alonso huia como á la peste, que ansiaba vengarse de su esposo, y que adivinó á primera vista todo lo que de la exaltacion de Bocanegra podia prometerse, propúsose y consiguió fácilmente enredarle de tal modo en sus redes, que ya de ellas no pudiese nunca salir.

En el pecado llevó, sin embargo, la penitencia: el amor de un hombre como D. Bernardino, hace á una muger señora de un esclavo fanático, dispuesto á todo, bueno y malo, por servirla; pero en cambio la obliga á no descender nunca del pedestal en que aquel la coloca, ó afectar, cuando menos, una pasion ardiente, un sentimiento ideal, y eso siempre, á todas horas, sin tregua, sin descanso de un solo instante. No hay que esperar de

tales adoradores mas que lágrimas; caricias de calenturiento; exageracion involuntaria y sincera, pero fatigosa tambien, en palabras y acciones; celos de todo y por todo; en una palabra: el amor con ellos es la esclavitud en el fuego, y no otra cosa.

Aceptada de buena fé por ambas partes, tal situacion es de suyo tan insoportable martirio, que pocas veces deja de terminarse con una catástrofe: pero si uno de los dos amantes no siente como el otro, apenas se concibe que no se separen en el acto y para siempre.

Y sin embargo, Catalina, siendo voluptuosa, é incapaz, no ya de sentimentalismo solo, sino de verdadera sensibilidad tambien, Catalina, á quien ni siquiera la exaltacion de los sentidos ligaba á Bocanegra, sometíase voluntariamente al tormento de que hablamos. ¿Por qué?—Porque Catalina tenia para las malas pasiones la misma vehemencia que Avila para el placer, que Bocanegra para el sombrío platonismo; y una mala pasion la animaba y sostenia. Juan Ponce habia sido insensible á sus lágrimas como á sus caricias, á la resistencia como á la seducccion; amando sí, á su muger, pero obstinándose en que se le sometiera, en no hacerla dueña del caudal de la casa, en no consentir que en alimento de su vanidad lo derrochase; y era preciso que Juan Ponce pagara tal ofensa; y para conseguirlo necesario Bocanegra. Por eso Catalina se entregó y toleraba al último; por eso le escuchaba con delicia cuando declaraba que él y Ponce eran en el mundo incompatibles.

Replicóle, no obstante, con su dulce voz de hiena:

—«Vamos, Bernardino, calla y no delires. Quien te oyera diria que eres un tigre.

—Y temo, Catalina, que este amor acabe por convertirme, en efecto, en una fiera. No me hables mas de ese hombre; no me hables mas de él, si no quieres que pier-

da lo poco que ya de razon me resta. ¿Cuándo se vuelve al campo?

—¿Lo sé yo por ventura? Mi marido me trata como á sus vasallos los indios de Acama; ¡sirvome de *ama de llaves*; tásame la comida y el vestido, y no se digna confiarme nunca sus designios. Esta es, Bernardino, la situacion de tu Catalina, de la que, segun dices, quisieras colocar en los altares, de la que adoras!

—¡Muger! ¿Qué espíritu maligno te inspira esta noche? ¿Qué genio maléfico me persigue con tal encarnizamiento? No respiro mas que ódios, no veo mas que sangre..... No me hables de *ese hombre*, vuelvo á rogártelo.

—¿Qué te sucede, que asi te exaltas?

—No lo sé yo mismo; pero, desde que por última vez ha regresado del campo, figúraseme que te has casado de nuevo; y si por un lado me atormenta la idea de infamarle alevosamente, por otro, Catalina..... Pero no quieras saber mas.

—¡Oh! sí quiero; y si no me revelas todo tu pensamiento, creeré que no me amas.

—Vas á detestarme quizá, si te digo...

—¡Detestarte! No, Bernardino mio, no; eso es imposible.

—¿Y si te dijera que me siento cruel?

—Te amaré siempre.

—Feroz.

—¿Qué importa?

—Dispuesto al crimen.

—¿Por mi amor, Bernardino?

—¿Por quién, sino por tí, ser pudiera?

Siendo asi, te amaria mas que ya te amo, si fuese posible.

—Pues bien, Catalina: la imágen de *ese hombre* y la de la muerte andan en mi pensamiento tan unidas, tan

estrechamente enlazadas, que no acierto á separarlas la una de la otra.

—No se morirá él, Bernardino, no se morirá!

—No me entiendes, vida mia..... lo que yo..... no sé cómo me esplique—lo que yo deseo no es que se muera, no; sino... matarle!!!»

Pronunciada la fatal palabra en sordo, aterrador acento, mientras su frente bañaba un sudor helado como el de la agonía, quedóse Pacheco algunos instantes absorto y como horrorizado de escucharse á sí mismo. Catalina, en tanto, saboreando la frase, como la hiena la sangre de sus víctimas, decia con su argentina melodiosa voz:

—«¡Matarle! ¡Matarle!—¡Qué idea!—¡Y cómo, amado de mi corazón?»

Pero Bernardino que, ó no la escuchaba ó no quiso oirla, que todo pudo ser, en vez de responder á la insidiosa pregunta, exclamó con enérgica resolución:

—«Ya lo ves, Catalina, estoy al borde del precipicio. Tales ideas deshonoran, envilecen el alma. ¿Qué fuera si dejándome arrastrar de mi delirio llegase...? En fin, no podemos seguir de esta manera. ¿Me amas?»

—¿Aún lo dudas?

—¿Aborreces á ese hombre?

—Con toda mi alma: mas que tú, Bernardino. Le odio como un judío rico al cristiano que le da tormento para robarle.

—Pues abre esa puerta; sal de tu casa, vente conmigo, ahora, ahora mismo, sin detenerte un solo instante. Este nuevo mundo es inmenso, y no ha de faltarnos en él un asilo ignorado donde vivir el uno para el otro, y yo al abrigo de las horribles tentaciones que aquí me asaltan... ¿Prefieres la Europa? Corramos á Veracruz y embarquémonos. ¡Ven, Catalina idolatrada, ven con tu amante!

—Imposible.

—No digas eso.

—Imposible, te repito. ¿Quieres hacer de mi á la faz del mundo tu manceba? Catalina ha sido por tí débil, mas que débil: culpable; pero no esperes que rasgando el velo del impenetrable misterio que hoy oculta su flaqueza, haga de ella gala ante el universo. Si tú eres caballero, Bernardino, yo soy dama; si á tí te acobardan tus tentaciones, ármate contra ellas de un hábito de fraile, pero no pretendas hacerte un escudo de mi infamia.

—¡Muger cruel! ¿Qué estás diciendo?

—Que ni comprendo el amor que de su propia vehemencia se asusta; *ni seré nunca tuya públicamente, mientras mi legítimo esposo, mi natural señor, Juan Ponce de Leon, se cuente en el número de los vivos.*»

Tales palabras fueron para Bocanegra, lo que las materias resinosas para la hóguera que un soplo benéfico del viento comienza á extinguir: un alimento, un incentivo poderoso, que hace renacer con nueva y mas intensa fuerza el fuego, por un instante dominado.

Porque habia en el acento de Catalina un tono de amarga ironía, de lástima y desprecio al mismo tiempo, cuyo efecto no podia ser otro, en caso de no apartar de ella y para siempre á quien la escuchase, que el de someterle á discrecion á su voluntad y poderío. El triste amante carecia de resolucion y fuerza para huir; no pudo, por consiguiente, evitar el rendirse.

Esforzóse, pues, con sentidas voces y ardientes desesperadas lágrimas, en aplacar el enojo de su amada y desvanecer la mala impresion que su *debilidad* instantánea habia en ella causado; y ella viendo que por entonces no fuera prudente llevar las cosas al extremo, dióse al cabo por satisfecha. Despues, variando de conversacion, quiso enterarse de lo ocurrido aquella noche

con Avila, y supo: que hallándose D. Martin Suarez hablando con Elvira, y guardándole las espaldas Bocanegra y el escudero Garci-Perez, fueron por D. Alonso sorprendidos, aconteciendo lo que el lector conoce. En eso estaban cuando un golpe seco y fuerte descargado en la puerta del aposento de Catalina, les interrumpió el diálogo.

Turbóse Pacheco de ira, y turbóse también ella de miedo: porque Juan Ponce no era hombre que impunemente deshonrar se dejase, y en la manera brusca de llamar á tales horas, conoció su muger que él y no otro lo hacia. En consecuencia, dijo en voz sumisa á su amante, retirándose al propio tiempo de la celosía:

—«Vete, vete, que es él, y con una sola sospecha que conciba soy muerta.

—Si tienes una llave de la puerta del zaguan, dámela.

—Vete, no me pierdas.

—¿Qué puede querer ahora *ese hombre*?

—Es mi marido; y puede venir cuando quiera; y yo tengo obligacion de recibirle.

—¡Catalina!

—Tengo obligacion de recibirle cariñosa, abiertos los brazos y con la sonrisa en los labios, *hasta que él muera.*»

Pronunciando esa frase consoladora, cerró Catalina la ventana, ya dispuesta al efecto de modo que no produjo el menor ruido; y en seguida metióse en su cama.

—¡Cariñosa, abiertos los brazos y con la sonrisa en los labios, HASTA QUE EL MUERA!!! repetia Bocanegra una y otra vez, inyectados los ojos en sangre, y apretando en la mano el puño de la daga como si deshacerle quisiera.

Y á poco oyó un segundo, y luego un tercer golpe; y despues abrir la puerta del cuarto, y decir á Ponce:

—«¡Qué profundamente duermes Catalina! Hace una hora que estoy llamando. ¿Por qué te encierras?»

Y ella respondió en voz muy alta y muy clara, pero melosa y humilde:

—*Porque no te esperaba, Juan, esta noche; que sino abierto hallaras, aunque con la conversacion que hemos tenido en casa del Marqués sobre el asesinato de D. Alonso, tenia miedo y por eso me he encerrado.*»

Soltó Ponce una carcajada; y no volvió á oír cosa ninguna Bocanegra.—¿Qué le indignó mas, la conversacion ó el silencio?—No lo sabemos; pero sí que, separándose de la reja cuando ya risueña el alba comenzaba á esparcir su plácida luz sobre los bellos edificios de Méjico, iba entre dientes murmurando iracundo:

—«¿Y esto he de sufrir yo *hasta que ese hombre muera?* Pues es preciso que muera, y morirá pronto!!»

Catalina no le oía, pero estaba segura de que tales habian de ser entonces los pensamientos de su amante.

Dejémosles á ella engañar con mentidas caricias al esposo á quien no solo infamaba, sino contra cuya vida, ademas, procuraba concitar la ira de su alucinado cómplice; y á ese entregado á su desdicha; y para reposar el ánimo, variemos de espectáculo, que ni al lector ni al que escribe debe pesarles de ello.

Conocemos ya con alguna intimidad á dos de las *pecadoras*, como Fernando de Valdestillas las llamaba, de quienes él mismo hizo mencion en su diálogo con Avila, al dirigirse entrambos á la calle de éste la noche que tan cara habia de costarle; de Leonor, la linda andaluza, dijimos tambien, sobre poco mas ó menos, todo lo necesario al presentarla al público en la sociedad de los marqueses del Valle; y réstanos por consiguiente una sola casi desconocida:

*Inés*, la culta, la pretenciosa hija del doctor Villalobos, cuyo nombre (el del padre se entiende), hemos callado hasta ahora, porque no gustamos de poner á

nadie en vergüenza, sino cuando así lo exige imperiosamente nuestro deber de fieles cronistas.

El anciano colega de Ceinos era viudo años hacía, y no le pesaba, porque su difunta consorte, mientras vivió, hizole pagar mas que cara la felicidad de poseer una muger virtuosa, que tal era la profesion de la respetable señora Mónica: la de *muger virtuosa*. Por desdicha la buena señora, no debiendo á la naturaleza, en punto á hermosura, otros dones que los negativos, con un poco mas de barba, y un poco menos de tiple en la voz, pudiera pasar por un hombrecillo flaco y feo; pero en cambio de lo que para seductora le faltaba físicamente á su persona, la parte moral lo suplía todo; porque su genio avinagrado, su condicion cavilosa; su terquedad invencible, y su intolerancia habitual, hacían de ella una verdadera furia. Amenizaban tales dotes un acento catalan tan pronunciado como el de un carretero Tarraconense, y una avaricia capaz de afrentar la del mismísimo *caballero de la Tenaza*: pero Villalobos, cuando la conoció, pobre pretendiente y ademas poco galan, casóse con ella en virtud de dos poderosas consideraciones correlativas á sus circunstancias. La difunta Mónica, no difunta entonces todavía, aunque ya con todas las trazas posibles de esqueleto; era hija de un mercader de paños; poseía un dote cuantioso bastante á remediar la pobreza y facilitar las pretensiones del entonces licenciado Villalobos; y Mónica, además, era tan feísima, fuerza es decirlo, que su *feo* novio puesto en parangon con ella, podia pasar por un Adónis. En compensacion el Mercader deseaba emparentar con cualquier familia que no perteneciese á la honrada profesion que enriquecido le habia, y el matrimonio, por tanto, se ajustó fácilmente. Villalobos fue rico y casado; pero la avaricia y fealdad de su muger le redujeron á vivir mas célibe y en estrechez mayor que cuando mozo y



pobre: dedicóse, pues, al estudio, y sobre todo á seguir la corte con ardor, mas que por conseguir una vara de justicia, por sustraerse entre tanto á la jurisdiccion de su horrible cara consorte.

Pretendiente afortunado, obtuvo pronto la deseada vara, de hierro para él, pues que no tuvo ya entonces pretesto alguno para no reunirse con su dulce esposa, y con ella ayunar en todos sentidos. Hubo un instante en su vida en que entrevió la libertad, y fue aquel en que nombrado Fiscal de la Audiencia de Méjico, y sabiendo que su muger temia de muerte al salado elemento, se dijo: «No querrá seguirme.» Mónica, maldijo mil veces el momento en que se habia casado con *un pobre sopista*; Mónica se avinagró mas que nunca, y mas que nunca tambien redujo los ya mínimos gastos de su casa: pero Mónica se embarcó para Nueva España, porque «*una muger virtuosa (decia) no debe nunca apartarse de su marido.*»

Todavía le quedaban á Villalobos otras dos, segunda y tercera esperanza: el mareo y la incomodidad del viaje podian influir como él deseaba en la salud de Mónica: pero Mónica fue mareada, sí, todo el tiempo de la navegacion, y siempre en los brazos de su feliz esposo; mas apenas puso el pie en Veracruz, sintióse, á su decir, mejor que nunca habia estado: primera esperanza engañada. La segunda no fue menos ilusoria: en Veracruz la fiebre amarilla suele y solia ya entonces diezmar á los Europeos, y Villalobos tuvo que detenerse allí por falta de ocasion para proseguir á Méjico: pero la fiebre amarilla respetó á Mónica, porque respeta siempre, decia ella, *á las mugeres virtuosas* que lo arriesgan todo por no abandonar á sus maridos. Tal y tanta virtud hicieron del Fiscal un depósito ambulante de bilis, que contenida dentro de casa, desahogábase en los estrados contra los míseros que en sus garras caian; y véase co-

mo la justicia depende á veces del carácter de la muger de quien la administra: pero, volvamos á nuestro cuento que es lo que importa.

Mónica fue en Méjico lo que era en España: fea y exigente cual si fuese bella, avara, impertinente, dominante; y Villalobos, á quien el pueblo temblaba, estremeciase delante de su consorte. Asi pasaron años hasta que diez y ocho ó diez y nueve antes de la época que para el asunto de este libro podemos llamar presente, antojósele al Doctor una enfermedad de esas que producen infaliblemente un cataclismo en las familias.

Ya hemos dicho que Mónica era rica al casarse, y que no habia ni disipado ella ni permitido que el marido disipase su dote; ahora añadiremos que en Nueva España el Doctor, como Fiscal, y como Oidor, y como gobernante, tuvo ocasiones y aprovechólas de formarse un caudal mas que decente. Aquella familia, pues, estaba rica, muy rica, y sin embargo vivia en una estrechez que, pasando de los límites de la economía, frisaba en los de una *miseria*, tanto mas notable cuanto mas elevada posicion social ocupaba, y sobre todo notabilísima en un pais donde era tan poco apreciado el dinero, que los indios despreciando la moneda de cobre y aún la de plata de mínimo valor, introducidas en Nueva España pocos años antes, arrojaron á las lagunas cuanta llegó á sus manos hasta acabar con ella. Nuestro Doctor sentia el daño que la escesiva parsimonia de su muger le hacia: sus compañeros llegaron á decírselo y aún á significarle que si de vida no mudaba seria forzoso que á España regresara; y en resúmen, aguijoneado por amor propio, y harto, en fin, de esclavitud, resolvióse á *cortar*, ya que *desatar* era imposible, el gordiano nudo del bolsillo de su muger. Ello á la primera palabra puso Mónica el grito en el Cielo; pero Villalobos tenia casa tomada y esclavos de ambos sexos adquiridos, y escritorios y esca-

parates para libros y búcaros , y petates , y todo el menage, en fin , que su posicion requeria, comprado y pagado y dispuesto antes de hablar. Horrible fue la tempestad , y no daba el Cielo muestras de despejarse por cierto, cuando el Doctor, que ya una vez en rebelion no quiso perder el fruto de su audacia , anunció á Mónica que esperaba de un momento á otro la llegada de un Page que de Castilla le recomendaban. ¡ Una boca mas en casa, y una boca de Page! ¡Qué llaves, qué precauciones bastarian para poner al abrigo de su golosina la despensa y la repostería! ¡Qué escándalos no iba á causar la presencia de un mozuelo de cerca de veinte años en casa hasta entonces tan recogida!

Villalobos tuvo que salir unos dias de Méjico, á pretesto de una comision de la Audiencia ; porque de otro modo sabe el Cielo lo que le aconteciera ; mas por una parte su terquedad , y por otra la sed de venganza , durante largos años de privaciones escitada , le dieron fuerzas para llevar á cabo su propósito. Cuando regresó á su casa fue ya en compañía del famoso *Page* , mozo, en efecto , de diez y nueve á veinte años , natural de las asturias de Oviedo , fornido y bien dispuesto , todavía con el pelo de la dehesa aunque ya Bachiller en filosofía. *Toribio* , tal era su nombre , gozaba desde Pravia á Piloña de una gran reputacion de belleza y galantería ; temíanle sus compañeros por la fortaleza hercúlea de sus puños en las luchas y juegos gimnásticos , y en la Universidad aterraba por la de sus pulmones : El *auri sacra fames*, quiero decir, la necesidad, le llevaba sola á Méjico.

Recibióle Mónica, como gata boca arriba, enseñándole las veinte uñas; para que le dieran de cenar la primera noche, tuvo Toribio que aporrear al cocinero. Sin embargo , no en vano habia estudiado el Page la filosofía en las aulas, y practicádola en la ciudad y en el campo,

con damas y villanas: cerrando al principio los ojos, como quien á la oscuridad quiere acostumbrarse; abriéndolos luego poco á poco, pero fijándolos en las vigas del techo, por ejemplo; en fin, con todas las precauciones que se usan para tomar una medicina de nauseabundo gusto, fue Toribio haciéndole suavemente la corte á su señora, hasta conseguir que con él se familiarizase lo bastante para mirarle á la cara, cosa que en mas de dos meses no se habia dignado hacer la amable Mónica. El primer paso estaba dado; el segundo fue hábil por parte de Toribio, declarándose enemigo de su amo, para ponerse del lado de su ama; últimamente, cuando ella le vió cercenar en cuanto podia la racion á los demas criados, y á los esclavos, y á los animales domésticos, y llevarle (á Mónica se entiende) cuantas monedas se olvidaba el Doctor sobre la mesa, y teñirse con tinta una parte de la pantorrilla para que no se le viesen los puntos y aún *comas* de las medias, sin gastar tampoco en otras nuevas, túvole por el mas apuesto, discreto y virtuoso mancebo de los dominios del Rey católico, y la paz renació como por ensalmo en aquella casa.

Villalobos podia entrar y salir, y hasta permitirse algun gasto extraordinario, no pasando de dos reales de plata, ó pedir un huevo mas para su almuerzo, sin que *ardiese Troya* como otras veces; Mónica le hablaba menos, infinitamente menos, de su *virtud* (la de ella), y de sus deberes conyugales (los de él se entiende), cosas ambas que el Doctor detestaba cordialmente.

Para colmo de venturas, Dios obró un milagro como los que han dado asunto á un malísimo, pero devoto poema, titulado, si la memoria no me engaña, *Ramillete de divinas flores* ó cosa semejante, y cuyos primeros desiguales renglones dicen:

«Seis hojas tiene el clavel:

»Sara, Rebeca, y Raquel;

»Las dos Anas é Isabel.»

En prosa : aquella union , estéril durante veinte y cuatro años, fue por el señor bendecida al cabo de ellos, con asombro del Doctor, orgullosa satisfaccion de su consorte, y contento indecible de toda la gente alegre y regocijada de Méjico, que á espensas de uno y otro se gozó dias, semanas y meses. Quien esperaba al *antecristo*, quien algun mónstruo espantable ; hubo apuestas sobre si Mónica estaba en cinta ó enferma de hidropesía de humores : afirmaban unos que en España fuera caso de Inquisicion, y otros que aquello no pasaba de juego de cubiletes : mas á pesar de todos, la muger de Villalobos, llegado el término natural de su preñez , dió á luz una niña , y ella , sin gozar de las dulzuras de la maternidad , fuese á los ocho dias al otro mundo.

Triplemente feliz el Doctor con el nacimiento de la niña , bella criatura, sea dicho de paso, la libre disposicion de su persona y bienes , y la desaparicion de su *virtuosa consorte* , vivió desde alli en adelante como el pez en el agua , sin mas afanes que los de la ambicion, ni mas penas que las que de cuando en cuando le causaban los triunfos de la parcialidad del Marqués.

Algunas malas lenguas , que nunca faltan , dieron en decir que la niña Ines se parecia mas á Toribio el page que al Doctor mismo ; pero este , á cuyos oidos llegaron tales hablillas , despreciólas filosóficamente , por una parte ; y por otra, solia, entre amigos íntimos, esclamar, porque era jocosos , que si tanto habia osado el *astur*, en el pecado debió de hallar horrible penitencia. En todo caso , y para evitar que los burlones tuviesen continua ocasion de comparar las facciones de Ines con las del Page , que en efecto , algo se asemejaban á las de la niña,

apresuró la licenciatura de aquel, y consiguióle despues una vara de Alcalde mayor en la Nueva Galicia, poniendo asi término á las murmuraciones. Creció Inés á la par en años que en belleza, siendo el encanto del Doctor, y por él tan mimada, que á su arbitrio le manejaba; pero en cambio con la continua compañía de letrados y juriconsultos, aficionóse tanto la muchacha á los libros, frases cultas, y grandilocuente lenguaje, que era el asombro y empalago de los mas de los que á oirla acertaban.

Como consecuencia natural de aquella aberracion de la naturaleza, que para nosotros aberracion es, y no otra cosa, que la muger, saliendo de su esfera, abandone los cuidados domésticos para agostar en la seca atmósfera de las científicas especulaciones las gracias que debe al Hacedor Supremo; en consecuencia, repetimos, de tal aberracion de la naturaleza, *Inés* creíase invulnerable á los tiros del amor, considerando tal pasion y sus efectos como debilidades indignas de una doncella que sabia el latin casi tan mal como las monjas, y conocia, salva la ortografía, los nombres de Horacio, Virgilio, Lucano, Séneca, Platon, y Epicuro.

Para ella los hombres tanto valian cuanta era la ciencia que atesoraban; á sus ojos, decia, un buen *silogismo* valia mas que todas las gracias naturales, un *dilema* era preferible al mejor bote de lanza ó al mas diestro rejonazo, y un *Sorites* la cautivaba, al paso que un requiebro la causaba tédio. Y en efecto, sea que la muchacha fuese de tal modo organizada, ó que su manía desalentara á los galanes, ello es que perdieron el tiempo durante no poco cuantos rendir su rebelde corazón intentaron. Hablábase de aquel fenómeno en la *Conversacion* una noche que D. Alonso de Avila, allí presente, no sabia que hacerse; y como dicen que el diablo cuando está ocioso con el rabo mata mos-

cas, él exclamó, sin saber casi, casi, lo que se decía: —«Por vida de mi abuelo, caballeros, que á mi parecer se burlan. ¿Qué hay muger que resista, en efecto, no á uno solo, sino á todos? ¿Qué hay muger que oye y no se rinde? Tan fácil es eso como hacer de mí un capuchino.

—Pues ello es así (le replicaron). Inés no se esconde tras de las celosías, ni bajo el manto se oculta, ni tiene que temer á dueñas que la guarden, ni á hermano que la cele, ni aún á padre, puede decirse, que la vigile; porque el doctor Villalobos, mas es el esclavo de su hija que su guardador.

—¿Y decís que es bella?

—Por extremo.

—¿Y discreta?

—Esa es su falta, ó mas bien su sobra. No hay amor que resista á su *culta-latini-parla*; no hay paciencia que sus silogismos no agoten.

—Decid, entonces, que esa muger cansa, pero no que es invencible.

—Cansa, porque se echa desde luego de ver que es invencible.

—¡Bah! ¡Bah! Torres mas altas han caído.

—Pues ni vos mismo, D. Alonso, ni vos con ser quien sois, triunfárais de Inés, si lo intentáseis.

—El hecho es que no lo intentaré; porque detesto á las hembras de su especie.

—Bien hareis en ahorraros un desaire.

—Lo que digo es que no quiero *mugeres cultas*.

—Y nosotros que *la culta* no os querría á vos, don Alonso.

—Dejadme reir de oiros.

—Si tan seguro estais de la victoria, ¿Por qué no acometeis la aventura?

—Porque, despues de todo, no hay muger que valga;

lo que cuesta el conquistarla, por poco que sea; y una *culta* mucho menos.

—Mas fácil es, en verdad, desdeñarlas aquí que rendirlas en buena lucha.

—¿Creereis, por ventura, señores, que esa *Doctorcilla* me asusta?

—Creemos lo que vemos; que escarmentado en cabeza ajena.....

—No, vive Dios; y ya que lo hacemos empeño, sea: si antes de un mes no canto victoria de esa beldad invencible, pago un banquete para todos los presentes.

—¿Y si venceis?.....

—Si venzo, caballeros, os comprometeis como tales, á no lanzarme otra vez en tales aventuras; que, voto á sanes, estoy ya de antemano empalagado del amor que esa muger va á cobrarme.»

En medio, pues, de las risas y de la estrepitosa algazara de una docena de calaveras mejicanos, se acordó y convino, y se hizo materia de apuesta, la perdicion de aquella pobre muchacha, por la culpa de haberse resistido hasta entonces á las seducciones mas ó menos hábiles de unos cuantos galanes.

A D. Alonso el calor de la conversacion, el orgullo propio de quien no trata mas mugeres, por regla general, que las fáciles; la hiel que desde su triste aventura con Catalina fermentaba en su corazon, y el atolondramiento que le caracterizaba, empeñáronle solos en aquel lance; pues la belleza de Ines, á quien nunca habia visto hasta entonces, no podia enamorarle, ni menos lo que de ella le dijeron sus contrincantes.

Sin embargo, ya una vez comprometida su palabra, era cuestion de amor propio el salir airoso de la empresa. Para conseguirlo, la mas grave dificultad que se le ofrecia era su ignorancia supina en ciencias y humanidades. ¿Cómo presentarse ante tal muger, desnudo hasta de las



fórmulas universitarias que tanto y á tantos suplían entonces, suplieron despues, y suplen hoy al verdadero saber? Otro hubiera creído imposible salvar aquel obstáculo; D. Alonso que, tratándose de seducir mugeres, estudiaba con el Demonio, como el vulgo dice, halló en su ignorancia misma el medio de triunfar de la culta Inés.

Formado su plan completo de ataque durante la noche misma de la apuesta, dedicó el siguiente dia, como capitán experimentado que era, á indagar escrupulosamente la vida, hábitos, y ordinarios movimientos del enemigo.

Algunos escudos dados, sin preliminares ni rodeos, á la esclava negra que mas de cerca servia á la hija del Doctor, le pusieron al corriente de cuanto saber deseaba. Doña Inés, levantándose al amanecer estudiaba ó leia libros de caballería, hasta la hora de misa, á la cual iba, para mas autoridad de su persona, en silla de manos y con una dueña, su servidora y no su guarda. De regreso á su casa desayunábase en compañía de su padre, departiendo con él materias varias hasta que Villalobos se marchaba al tribunal; luego, sin que aún se la hubiese visto tomar en las manos la innoble aguja, atendia á su aliño y tocado, en el cual se echaban de ver el gusto de la *antigüedad clásica*, o el de los tiempos de *Ginebra y Lanzarote*, mas que el respeto al uso, como entonces se llamaba en castellano lo que hoy en francés adulterados llamamos *la moda*, que debe de ser la hembra *del modo* si algo es.

La lectura, el hacer flores, y por escepcion rarísima, manipular algún dulce ó conserva para regalo del Doctor, consumían el resto de la mañana hasta la hora del medio dia. Despues de comer paseaba en su vasto jardín estudiando prácticamente la botánica empírica entonces conocida, ó recogiendo yerbas para confeccionar

algun bálsamo. Alguna vez que otra, á media tarde, tomaba la silla para hacer visitas á damas ó monjas, si no era para ir á merendar con alguna amiga íntima. A la oracion estaba de vuelta para rezar el rosario en familia; y acabado ese piadoso oficio solia salir de casa á pie, con dueña y escudero, á esparcir el ánimo y hacer ejercicio. A las diez de la noche cenaba y se recogia. Tal era en general la metódica literaria vida de Ines, faltándonos solo añadir una circunstancia, que de intento hemos reservado para este lugar por ser la mas importante y trascendental.

Ines, á los diez y seis ó diez y siete años, tenia una vez á la semana, los jueves, *academia-literario-sentimental*, en su casa, desde que concluia el rosario hasta las nueve de la noche. En cuanto á la edad de la hija del Doctor, bueno será advertir, que en un pais donde la mayor parte de las mugeres son núbiles á los once años, diez y seis equivalen á veinte y mas entre nosotros.

Hija única ademas, y mimada, y con los fueros de sábia, natural era, y si no natural lógico por lo menos, que se tomase licencias propias solo, aún en aquella época, de viudas matronas, ó de doncellas de esas que ya se han resignado á llevar perpétuamente su honroso título. En fin, Ines tenia academia los jueves, y un jueves y á la hora de academia, se presentó el primero en su casa, por sí y ante sí nuestro incomparable D. Alonso. Sencilla y elegantemente vestido de negro, sin mas adorno que un cintillo de ópalos y esmeraldas en el sombrero, y una maciza cadena de oro al cuello, con espada mas de salon que de combate, depuesto su aire habitual de calavera, para afectar con propiedad inimitable el de un discípulo de Loyola, y ocultando bajo una aparente profunda humildad la insolencia de presentarse en una casa para él completamente desconocida,

sin recomendacion ni pretesto plausible , entró Avila en el estrado de la hija del Doctor y díjole:—

—Yo , señora mia , soy un caballero de esta ciudad. Mi nombre , que acaso habrá ya oido vuesa merced , es D. Alonso de Avila...

Al oír tal nombre , Ines , que en efecto tenia noticia de la malisima fama del esposo de Elvira , frunció significativamente el ceño ; mas él sin turbarse , prosiguió:

—D. Alonso de Avila , que ha consumido su mocedad en deplorables estravios , pagándolos , señora , de mil modos , de los cuales es el mas cruel la ignorancia absoluta de las humanas letras en que hoy se encuentra. Dios me ha tocado en el corazon ; bendita sea su misericordia : he resuelto recobrar , si puedo , el tiempo perdido , renunciar á las pompas y vanidades del mundo , y dedicarme todo entero al estudio!!

El muy bribon mientras asi decia , no cesando de mirar al soslayo , á manera de gato de convento la trucha que el lego cocinero prepara , el rostro y cuerpo de la linda *Doctorcilla* , echó de ver , como inteligente que era , que aquellos ojos negros , rasgados y expresivos ; aquellos labios un tanto gruesos y cual los del capullo de la rosa al desarrollarse ; aquel talle esbelto , y aquel seno prominente y palpitante , valian la pena de conquistarse , y no presagiaban un temperamento de hielo. Por su parte , Ines no pudo menos de advertir que aquel pecador arrepentido , nada tenia en su aspecto de repugnante , ni menos de antipático , sino muy al contrario , era galan y agradable. En tal disposicion de espíritu replicó , sin embargo , tan mesurada y grave como la ocasion lo requeria , de este modo:—

—Yo celebro , Sr. D. Alonso , esa cuerda resolucion , propia de tan cristiano y discreto caballero como vuesa merced debe serlo , segun su linage y buen entendimiento , mas no alcanzo aún , y culpa será de mi escaso in-

genio, á qué debo la honra de esta *inesperada* visita.

—Vuestra mucha discrecion, señora, culpa con justicia mi atrevimiento; mas ruégoos, dejando la disculpa para el fin de mi discurso, que os digneis oirme hasta su conclusion.

—Tomad silla, Sr. D. Alonso, y decid, que ya os escucho: contestó la jóven y linda Doctora, con la misma gravedad que pudiera Villalobos decir en la Audiencia: «siéntese y hable el letrado.»

D. Alonso, á quien la singularidad de aquella escena divertia sobremanera, y que por otra parte iba encontrando á Ines cada vez mas de su gusto, salvo lo letrada, saludó humilde, sentóse como un reo en presencia de sus jueces, y siempre con voz respetuosa, continuó usando de la palabra:

—A mis años, señora (dijo), comenzar los estudios cursando las públicas aulas, fuera dar que reir á los ociosos, y ocasion á los muchachos, para perderme el respeto: á mas de que no ha de estudiar el hombre formado, como el rapaz imberbe.

—Pensáislo discretamente.

—Vuestra indulgencia, bellísima doña Ines, alienta mi natural encogimiento (faltóle poco á D. Alonso para soltar la carcajada al hablar de su encogimiento) todo lo que he menester, que no es poco, para llegar al fin que me propongo.

He pensado, como decia, que lo que necesito es un maestro docto á par que indulgente, tan entendido como persuasivo, el cual se encargue de disipar las tinieblas de mi ignorancia con la luz de su ciencia.

—¡Bella metáfora! Esclamó Ines encantada de la modestia y buen decir de aquel neófito: él, haciendo como que se ruborizaba, dióle gracias con un sumiso ademan, y prosiguió diciendo:

—Pero ¿Dónde hallar quien tan árdua tarea empre-

der quiera? Y dado que lo halle, señora, ¿Será posible que persona, rubor me causa confesarlo, tan mal acostumbrada como yo, pueda sufrir las amonestaciones y reprimendas de un pedagogo?

—Difícil me parece, señor D. Alonso.

—Tan difícil, señora mia, que por imposible lo tengo; y así, ó habré de renunciar á mi propósito...

—¡No hagais tal, por vida mia, que fuera lástima!

—Si por vuestra vida me conjurais, señora, ¿Qué no haré yo habiéndoos visto y oído, cuando antes de gozar tanta dicha os consideraba ya como el áncora de mi salvacion?

—¡Yo, D. Alonso! ¿Estais en vos?—¿Yo el áncora de vuestra salvacion?

—Vos, señora, y si vos no, dóime desde aquí por perdido. Grande atrevimiento es el mio, pero quizá la importancia de su fin le disculpe, y cuando no fuere así, no puede á vuestro divino ingenio ocultarse que á los dioses solamente osan y pueden los miseros mortales pedirles que obren milagros.

Resultado de aquella reflexion fue una benévola mirada, que D. Alonso no echó en saco roto, sino que, alentado por ella, pronunció en fin su ultimatum.

—La verdad es, señora, que convertir al ignorante disipado D. Alonso en hombre de letras, obra ha de ser de un milagro, ó quedaráse sin hacer; y que la fama de vuestra discrecion y peregrina hermosura, fama que desde que os he visto, paréceme haber rebajado en vez de exagerar, como suele, las prendas de sus favorecidos, ha engendrado en mí un loco pensamiento, en alas del cual llego á vuestras plantas, á pedirlos mas bien redencion que amparo. Dignaos admitirme por vuestro *discipulo*; reflejad en mí, oscuro planeta, algunos de los rayos de vuestro *sol fulgurante*; ilumine la antorcha de vuestro saber el *caos* de mi entendimiento, y tendreis en

mí para siempre un esclavo, agradecido quiero decir; que esclavo basta veros una vez, señora, para serlo eternamente de vuestros encantos.


Seducida Ines, y era natural en su edad y carácter, por la idea de fundar escuela, y ayudando, como es de suponer, la buena presencia, aristocráticas maneras, insinuantes miradas, y artificiosas palabras del postulante, consintió en admitir á D. Alonso, no solo á su Academia, sino á recibir en particular, aunque en presencia de la dueña, algunas lecciones; que fue lo mismo que consentir... que consentir en lo que Avila buscaba. Los libros sirvieron, en efecto, de lo que pudiera un individuo de aquella profesion que, segun D. Quijote, es *oficio muy de discretos y no habia de ejercerle sino gente bien nacida*. La pobre Ines pudo decir con Francisco de Rimini:

«Galeoto fui il libro é chi lo scrisse.»

D. Alonso ganó su apuesta antes del plazo convenido con sus amigos; y debemos añadir, que al cumplirse, ya estaba harto de libros, poetas y metáforas, y de la bella Ines á mayor abundamiento.

## CAPITULO VIII.

DE COMO D. ALONSO DE AVILA QUEDÓ MUY COMPLACIDO DE QUE SU MUGER LE HICIESE CIERTA DECLARACION TAN FRANCA COMO POCOLISONJERA; Y DE LAS ESTRAÑAS MELANCOLÍAS QUE DIÓ EN PADECER D. FERNANDO DE VALDESTILLAS.



UCHO hemos hablado de amores y galanterías en los cuatro anteriores capítulos, tanto que rogamos á Dios no caigan en manos de algun atrabiliario de los que quisieran hacer predicadores de los novelistas, como si el que se propone entretener los ócios del ánimo deleitándole con la pintura de costumbres, lances, personas y corazones, pudiera hacer otra cosa que retratar fielmente el original que elige. Mal que les pese á los censores, sinceros ó hipócritas, de cuanto es y fue, y ha de ser, el amor es el alma del universo, ley de la creacion,

causa de todo, efecto de las causas todas, y solo deja de influir en los seres estériles por defectos orgánicos, por perversión de sus instintos, ó por caducidad, que es el peor y mas irremediable impedimento.

Asi, pues, no solo no nos arrepentimos de haber empleado muchas páginas en hablar de amores, sino que hemos de incurrir de nuevo, y hasta el fin de nuestra historia, y muchas veces, en la misma falta, dado que lo sea; y eso porque la verdad lo exige, nuestra inclinación á ello nos arrastra, y si no lo hiciéramos, por un lector que ganásemos, perderíamos diez lectoras, lo cual no cuadra ni á nuestro deseo ni á nuestros intereses.

Hemos visto en *Beatriz*, la muger puramente sensual, que casada con un viejo, busca fuera de casa lo que en ella no encuentra; en *Catalina*, la ambiciosa, sin corazon, á quien el cálculo conduce fria á los brazos de uno y otro amante para sacrificarlos siempre á su interés y malas pasiones; en *Leonor*, la galante ó coqueta, mas por rivalizar con las otras, que por aficion á los hombres; en *Ines*, en fin, la *sábía*, que incumbe precisamente, porque se figura estar al abrigo de todo accidente. Cuatro tipos son y variados; muchos mas ofrece la sociedad, mas ahora conviene á nuestro propósito volver á una dama de quien ya tenemos largo conocimiento, y que figura en primer término entre los personajes del pendiente relato.

El lector adivinó ya, sin duda alguna, que aludimos á la altiva cuanto bella é infortunada doña Elvira. ¿Y cómo hemos de hablar de ella sin hacerlo tambien de D. Fernando de Valdestillas? Imposible, de todo punto imposible; salgan, pues, entrambos de nuevo á la escena, que razon es no perderlos de vista por tiempo indefinido.

La última vez que juntos los vimos, fue en el momento de salir Valdestillas de la estancia de Avila, y entrar doña Elvira en la misma, acompañada de D. Mar-



tin Suarez y Fr. Diego de Olarte, para justificarse, como lo consiguió, de las sospechas de infidelidad que sobre ella pesaban á consecuencia de los aciagos sucesos de la noche del 23 de abril. Nunca muger padeció tanto moralmente como la de D. Alonso aquella mañana; su altivez nativa se revelaba iracunda contra la necesidad de comparecer en el *banquillo* de los acusados, ante un *juez* que era en realidad el verdadero culpable; la conciencia de su inculpabilidad, aumentando aquella repugnancia de instinto, puso toda su sangre en fermentacion; y hubo momentos en que tuvo tentaciones de negarse á toda esplicacion y sufrir en silencio cuanto mal de su silencio resultar pudiese. Pero si la idea de la muerte no la arredraba, sí la de la deshonra; y luego renunciar hasta á ver á Fernando, ¡Imposible! Elvira dominó su orgullo, Elvira descendió á justificarse: pero cuando Avila, gozoso, como era razon, de que en eso triunfara su esposa, y cediendo á uno de sus habituales indeliberados movimientos de expansion, quiso estrecharla en sus brazos, luego que el Fraile y Suarez los dejaron solos, ella, fria como el mármol de que su admirable persona parecia labrada, rechazóle como siempre, diciéndole:

—No, D. Alonso, no: entre nosotros no hubo nunca amor, y si con otro proceder de vuestra parte quizá hubiera sido posible que viviésemos como esposos, vuestros devaneos nos han separado para siempre. Ruégoos que no me interrumpais: sé que soy *vuestra*, pero no os abriré nunca mis brazos voluntariamente, sé que tenéis derecho á exigir de mí obediencia y fidelidad: obediente y fiel me hallareis, lo primero porque os lo debo á vos, lo segundo porque á mi tambien me lo debo. Podemos ser amigos: ahora con mi secreto conoceis el medio de ganar mi voluntad en tal concepto; pero amarnos otra vez, vuelvo á deciros, que me es imposible.

Escuchábala D. Alonso, con asombro y al mismo tiempo con respeto, aunque ya de su dura franqueza tenia esperiencia; porque en realidad, sobre que en Elvira el porte, la fisonomía, y el acento respiraban dignidad y grandeza, habia en aquella declaracion enérgica de una muger á su marido, hecha á solas y sin cólera, y siendo él un hombre con quien escenas de comedia fueran completamente inútiles cuando no peligrosas, habia, decimos, valor mas que suficiente para imponer respeto al mismo D. Alonso.

Y, digámoslo tambien, para ser fieles cronistas, la franqueza, la resolucion, el valor eran y debian ser prendas para D. Alonso altamente simpáticas, poseyéndolas él en tal alto grado, que de su exageracion misma procedian muchos defectos. A mayor abundamiento no estaba de su muger enamorado; y por tanto su corazon no padecia gran cosa con la declaracion poco lisonjera que Elvira le hizo. Respondió, pues, en tono entre picaresco é irónico:

—¡Vive Dios! Elvira, que sois singular muger, y yo un marido como pocos... Digo mal, como todos, sufridor y paciente. Todavía convaleciente de una estocada que me puso á las puertas de la muerte, y que os debo, sea como quiera, que os debo á vos sola, pues *honrándome* antes con vuestra confianza, me escusárais el comprarla tan cara, vengo á vos con los brazos abiertos, y me recibís, ¡Pesia mi vida! no como una muger á su marido, sino como una doncella andante á un forzador mandrin... Mas, pues, asi lo quiso mi destino, sea, en buen hora; seremos *amigos*, pues otra cosa no quereis; pero franqueza por franqueza, Elvira: si no encuentro amor en mi casa...

—Buscadlo, en buen hora, donde os plazca, respondió la dama sosegadamente. El mundo que castiga con infamia y muerte las flaquezas de las mugeres, aplaude

LA CONJURACION DE MEJICO.



Doña Elvira.



à los hombres que tienden las redes en que caen las desdichadas: no está en mi mano remediarlo. Por mi parte sois libre: respetaos á vos mismo, y es todo cuanto os exijo.

—Y podeis contar con ello, Elvira: de hoy mas debo ser otro hombre; de hoy mas tiene un fin mi vida, un blanco mi pensamiento, un laurel que conquistar mi espada, si por hábito, ó por liviandad de carácter quizá aparentemente continúo siendo, lo que no hubiera sido, creedlo, Elvira, si vuestro corazon no se mostrase para mí tan insensible, vereis, señora, que en el fondo hay en el hombre cuyo apellido llevais, algo mas que un libertino deshonorado.

—Quiero creerlo, D. Alonso; mas digo, espero que os hareis digno del galardón que os aguarda.

—¿De veras, Elvira, teneis, en eso á lo menos, fé en vuestro esposo?

—Sí, Alonso; que sois valiente y caballero; generoso y leal con vuestros enemigos; terrible, pero leal tambien con vuestros contrarios. ¿Por qué no he de creer que ofreciéndoseos ocasion de acreditar esas dotes, dareis de ellas relevantes muestras?

—¿Y cómo, si tal me juzgais, no siendo mi persona tan desgraciada que horrorice á muger ninguna, y cuando soy ademas vuestro marido, no alcanzo á ablandaros ese corazon de diamante?

—Ved, D. Alonso, que no soy yo ninguna de vuestras damas.

—Creed, señora, que D. Alonso no confundirá nunca, ni por un instante, á su esposa doña Elvira, á aquella en quien su honra ha depositado, con otra muger, sea la que fuere, y responded si os place á mi pregunta.

—¿Para qué quereis saberlo?

—Os lo diré, sin rebozo: sois la única muger con

quien en vano he usado cuantos medios de agradar, pocos ó muchos, debo al Cielo; sois tambien la única que ni engañarme se ha dignado. ¿No comprendéis ahora mi justa curiosidad?

—Pudiera y debiera, quizá, negarme á satisfacerla; mas quiero probaros á un tiempo que soy vuestra *amiga*, y que *nunca seré otra cosa*. Oidme.

—Con mas atencion que nunca escuché religiosa plática.

—Y bien, D. Alonso; cuando os conocí, no os amé precisamente porque otras, y por lo que otras os amaban. Vuestro aire triunfador, vuestra mal disimulada vanidad, alarmando la mia, me sirvieron de impenetrable escudo contra vuestras seducciones todas.

—Supuesto, y perdonadme la palabra, supuesto vuestro *orgullo* comprendo: mas despues...

—Pedísteis mi mano, pero no como un hombre enamorado, sino como quien en desesperacion de causa, acude á un desesperado medio para conseguir lo que de otro modo no alcanza. Yo os estudiaba á sangre fria, Alonso, y no podíais engañarme, caseme con vos, por obediencia pura...

—¡Un poco de caridad, Elvira! ¿Tal era yo entonces, que solo por *obediencia*, podia una muger casarse conmigo?

—Mil en Méjico lo hubiesen hecho por amor; yo no os amaba, os he dicho la razon y la habeis comprendido.

—No sé por qué diablos me meto en argumentos con vos; sois mas diestra que la *Doctora*... En fin, proseguid, señora.

—Os entregué, no obstante, mi mano sin repugnancia alguna; y si satisfecho con los sentimientos únicos que acertábais á inspirarme, no os hubiéseis obstinado en que habia de amaros con una pasion de esas que abrasan á un tiempo el alma y el cuerpo, pudiéramos vivir entrambos felices.

—Precisamente lo que os pregunto es, por qué no he podido inspiraros ni un solo instante de pasión, sin embargo de reconocer en mí, vos lo habeis dicho, Elvira, prendas que bastan á encender los mas helados pechos.

—Pudiera deciros que porque el mio es de nieve, mas no he de engañaros, D. Alonso: sea mi corazón lo que fuere, la causa que á la *amistad* limitó siempre el afecto que os profeso es otra.

—¿Y cuál?

—¿Cuál? ¿No lo adivinais ya, D. Alonso, vos tan avezado al trato de las mugeres; vos que sois el oráculo de Méjico en tales asuntos?

—No, á fé de caballero; y os prometo que he velado muchas horas, y muchos dias procurando averiguarlo.

—No disteis con ella porque os la figurásteis misteriosa y complicada, cuando es, como siempre, la verdad clara y sencilla. Conociéndome, ¿No podiais figuraros que para hacerse amar de mí era antes preciso que yo poseyese el amor que inspiraba?

—¿Cielos! ¿Y no creísteis en el mio?

—¿Jamás!

—¿Y por qué, Elvira?

—Porque nunca me habeis amado.

—Delirais, Elvira, delirais. ¿Por qué me casé con vos, si no os amaba?

—Porque deseábais poseerme, y no hallásteis otro camino para lograrlo. Vuestro corazón era entonces de otra.

—¿Celos, señora!

—La vanidad os estravia, como siempre, en estas materias. Ni tuve celos entonces, ni despues, ni los tengo ahora, ni los tendré nunca de vos. Conocí que no me amabais, aunque sí me deseabais; conocí que yo era para vos instrumento de una venganza, ó refugio á una desdicha; pero amarme... Perdonadme, D. Alonso; pero es

cierto que no sois ni capaz de amar como Elvira necesita ser amada para que su corazon se inflame. Deslumbráis á la inesperta, seducís á la voluptuosa, inflamáis á la ardiente, convertís á la violenta; pero ni podeis amar á la que estima en mas su pudor que el placer, ni ser amado de la que cree que una muger es algo mas que un instrumento de los placeres del hombre, que es una criatura de Dios como aquel, con dignidad, con celestes aspiraciones, con alma, en fin, ademas de cuerpo. Por eso no os he amado, ni os amo, ni os amaré de amor, aunque os tengo por un cumplido caballero, y os ofrezco sinceramente mi eterna amistad.

— ¡Oh, Elvira, Elvira! exclamó arrebatado de sincero entusiasmo D. Alonso; hasta hoy, que definitivamente lo pierdo, no he conocido el tesoro que poseia. Teneis razon: no era yo ya digno de amaros cuando os conocí; mi alma profanada ya por el hálito impuro de los torpes placeres, ¿Cómo podia aspirar el suave perfume que de la vuestra se exhalaba? Fatalidad de mi destino ha sido no conoceros antes.

— Y bien, *amigo mio*, resignaos como yo con los decretos de la Providencia.

— Sí, Elvira, sí; y aunque soy mucho menos desdichado que vos, pues al cabo puedo envanecerme con el título de vuestro esposo...

— Sí, como lo espero confiadamente, ocultais en breve bajo la sombra de los marciales laureles, las torpes huellas de las coronas de lascivo mirto que hoy manchan vuestra frente, tambien yo podré llamarme con orgullo esposa de Avila.

— Yo os juro, por mi honra, que pronto sereis ó la esposa de un hombre famoso, ó la viuda de un mártir. Quizá lo último vale mas para entrambos; porque al cabo, Elvira, mientras yo exista no podeis amar. — Y

dicha; pero amarme... Perdonadme, D. Alonso; pero es



quién tampoco es digno de vos en Méjico? Un solo hombre conozco....

—Silencio, Alonso, silencio, amigo mio: la esposa de Avila es fiel, y lo será siempre á su marido. Que ame ó no ame, importa poco; ella sabrá vivir y morir honrada. Adios, *amigo*; ya es tiempo de terminar esta dolorosa conversacion.

—¡Infeliz! exclamó Avila; viéndola salir de su cuarto. ¡Está enamorada, y es incapaz, sin embargo, de ser infiel al hombre á quien no ama, á quien amar no debe !!!

—¡Y él tambien comprende, iba pensando Elvira, que solo *mi Fernando* puede inspirarme amor, que Elvira es la sola muger á quien puede amar *Fernando* !!!

¡Feliz, pues, dirá alguno, el simpático galan mancebo! — Desdichado, decimos nosotros, desdichado mas que nunca desde aquel mismo instante.

¿Por qué? Se nos preguntará: amando y siendo amado poco le restaba que hacer para ser dichoso. ¡Oh! si Fernando fuese un D. Alonso y Elvira una muger vulgar, todo se reducía á unas cuantas evoluciones y escaramuzas, para que constase que él atacaba y ella se defendía, y quedando bien puesto el pabellon, rindiérase la plaza sin tardar mucho. Pero ni Fernando era un D. Alonso, ni Elvira una muger vulgar, ni las circunstancias individualísimas en que la última se encontraba, á mayor abundamiento, se prestaban de ningun modo á favorecer la pasion de aquel.

Aconteció, por tanto, que desde el punto y hora en que los dos esposos con tanta claridad se entendieron, aunque mientras duró la convalecencia del herido, ni Valdestillas dejó de acompañarle largas horas por tarde y mañana, ni doña Elvira, tampoco, de asistirle tarde y mañana y aún noche, á los cinco ó á los diez minutos de entrar Fernando, ya con un pretesto, ya con otro, muchas veces sin ninguno, retirábase ella dejando á so-

las á los dos amigos. Durante las brevísimas visitas que al infeliz amante hacia en presencia de su marido, doña Elvira con ese don de ocultar sus sentimientos que nunca alcanzan los hombres en el grado de perfeccion que las mugeres, y la fuerza de voluntad que le era peculiarísima á ella, no solo se conservaba tan serena como de costumbre, en la apariencia se entiende, sino que llegaba á tomar parte en la conversacion, y á chancearse y á reirse con el mismo aplomo que si entre Fernando y ella no mediasen mas relaciones que las de un desinteresado afecto. ¡Cómo si no se hubiesen dicho ya que se amaban! ¡Cómo si tales cosas, cuando se dicen, porque se sienten, pudiesen tan pronto olvidarse!

Avila, ora sospechase la inclinacion de su muger al seductor mancebo, como parecian indicarlo las últimas palabras de su decisiva conversacion con Elvira; ora el rayo de luz que le iluminó entonces, disipase presto, no siendo mas que una de esas rápidas fulgentes exhalaciones, que brillan fortuitamente en tempestuoso cielo; ora, en fin, resignado con su mala suerte como marido, quisiese colocarse en la cómoda posicion de los que en ignorarlo todo se obstinan, el hecho es que cada dia se mostraba mas aficionado á D. Fernando, y que no pocas veces instó á su muger para que prolongase sus visitas. En una sola pequeñez, pero pequeñez que por característica omitir no podemos, advirtiera el observador inteligente, que D. Alonso podia abrigar alguna sospecha sobre el verdadero estado del corazon de su amigo; y esa pequeñez vamos á decirlo. Siempre que se hallaban reunidos, Fernando, Elvira y su marido, afectaba este un aire, maneras y tono de galanterías, tan finos, tan bien calculados, que sin que ella pudiera rechazarlos, ni aún en el estado de neutralidad, por decirlo asi, en que se habia declarado, necesariamente persuadian al jóven é inesperto amante, de que los esposos vivian en

la mas tierna inteligencia. Sucedia entonces que primero una roja caliente tinta teñia las facciones tiernamente varoniles de Fernando, y que en seguida, palideciendo como un cadáver, érale forzoso ó buscar pretesto para ocultar su turbacion, ó confesarla atribuyendo el origen á dolencias físicas. D. Alonso, en tales ocasiones, que se repetian con frecuencia, mirábale de hito en hito con cierta amargura unas veces, con su sardónica burlesca sonrisa las mas; y en tanto Elvira, sintiendo despedazársele el corazon, permanecia, sin embargo, impávida, impassible como, como lo que de D. Alonso habia creido mucho tiempo, que por muger tenia; como una estatua. Mas tarde, á solas en su estancia, ó de hijos en su oratorio, deshacíase en amargo llanto, pidiéndole al Cielo fuerzas para soportar aquel prolongado, incesante martirio: mas allí solo Dios la veia, y ella solo para Dios no tenia secretos, ante Dios solo se despojaba del humano orgullo.

De aquellas tres personas con tan singulares lazos por la suerte reunidas: de aquellos tres *reos* al mismo suplicio condenados, el mas infeliz, quien mas padecia, era Fernando de Valdestillas. Porque, en efecto, no estaba ni en el carácter ni en las ideas de Avila, el sentimentalismo: su dolor era mas bien *negativo* que *positivo*. Faltábale la vida del corazon, que es gran tormento; vivia como el *hongo* vegeta, sin raices, sin ramas, sin vínculo que á la tierra leuniese; como el héroe de uno de los cuentos fantásticos de *Hoffman*, su imágen no se reflejaba en nada, ni en la luna del espejo, ni en el cristal de la fuente; su cuerpo carecia de sombra, pero en cambio tampoco era capaz de profundas penas, ni de prolongados padecimientos. Elvira, por el contrario, era un vehículo de ardiente sensibilidad, un foco de hondas sensaciones, un manantial inagotable de angustiosas lágrimas: mas para sostenerla contaba con su noble al-

tivez, con la conciencia de sus obligaciones, con esa voluptuosidad que encuentran los mártires en desesperar á sus verdugos mostrándose insensibles.

D. Alonso, pues, y Elvira, ya que descalzos caminasen por un camino de abrojos sembrado, llevaban al menos cada cual su báculo en que apoyarse: él la ligereza de su carácter, ella la inmensidad misma de su sacrificio: pero, ¿Cuál era el báculo del pobre Fernando? Ninguno, absolutamente ninguno, ni siquiera la triste satisfacción de decirse: «Para mí solo estaba reservada tan amarga pena.» Su situación era vulgar, vulgarísima, en la apariencia á lo menos: una de esas situaciones porque no hay hombre que no pase, al menos una vez en la vida. Estaba enamorado de una muger que poseer no podia. ¿A quién no le ha sucedido, sucede ó sucederá otro tanto? ¿Que esa muger era excepcional, incomparable! No hay amante que de su amada no crea otro tanto. ¿Que era esposa de su amigo íntimo! ¿Y quién no es amigo íntimo del marido de la muger á quien se ama? ¿Que se veia, por decirlo así, en la precision de verla casi diariamente, emponzoñándose á sabiendas! Si él quisiera no le faltaran medios de huir del veneno.

Así se raciocinia en prosa; y Fernando se lo decía á sí mismo; y Fernando exclamaba dolorosamente al llegar á tal conclusion: «Nadie, nadie mas que yo mismo puede comprender la inmensidad de mi desdicha.» Decia bien, los grandes males del corazon tienen eso de malo, que como no se ven, ni se palpan, como son triste privilegio de unas cuantas excepcionales naturalezas, considéralos el mundo, ya como incomprensibles, ya como fabulosas creaciones de la fantasía. Mas á mayor abundamiento, la queja no le era licita, ni confiar siquiera su dolor le era dado; y en fin, hasta la esperanza, último consuelo de los desdichados, tenia que rechazar, pues solo envuelta en amargos remordimien-

tos le fuera posible concebirla. Fernando, era como lo dijimos, la mas infeliz de aquellas tres infelices personas; su juventud misma, su candor, su vehemencia, se conjuraban contra él, y faltándole el hábito de padecer que encallece mas pronto ó mas tarde la sensibilidad del corazon, contaba los instantes de su vida por las angustias de su pecho.

Mustio y abatido, como la flor temprana que abrasa helado cierzo, consumíase el bello jóven tan rápida y sensiblemente, que hasta los estraños lo echaban de ver. ¿Qué harian Millan, Cristóbal, y mas que todos el anciano D. Pedro, para quien era Fernando el último destello de la existencia? Regalo, mimo, tiernos cuidados, esquisitas prevenciones, todo se empleaba en casa del Comunero, y todo en vano para disipar la negra melancolía del mancebo: él luchando sin fruto contra su mal, ni á disimularlo acertaba.

En tal estado el triste padre convocó á consejo extraordinario á Millan y Cristóbal, mas sus amigos que sus servidores, y ambos tan indudablemente amantes de Fernando, que solo al autor de sus dias consintieran la pretension de quererle mas que ellos.

—D. Fernando, les dijo, grave y dolorosamente el proscrito de Villalar, D. Fernando, leales servidores míos, se desmejora cada dia, y al compás que él la lozania de sus juveniles años, pierdo yo la poca vida que ya me resta. Asi, pues, os ruego y mando, y si necesario fuese os conjuro por la fé que me debeis y en vosotros tengo, á que me reveleis la causa de sus tristezas.

—Si lo supiera, respondió el primero Millan con su habitual brusco tono, tiempo há ¡Voto á *Padilla!* (Juramento tan grave é irrevocable para el escudero, como para los dioses del Olimpo el que hacian sobre la laguna estigia) tiempo há, dijo, que procurara acabar con ella ó acudir á vuesa merced para que la remediase.

—Y tú, Cristóbal (Insistió el anciano) ¿Nada sabes tampoco?

—Oh! *amo chiquito*, hablas poco, repuso el indio prudentemente.

—A sus años, prosiguió D. Pedro; y todos hemos sido mancebos, se cometen errores, se tienen extravíos. Quizá D. Fernando ha jugado, ha perdido, y no osando confesármelo se consume afrentado. Millan ¿Qué dices?

—Que si eso fuera mereceria el muchacho cien azotes; porque á fé que su padre, allá en sus mocedades no se andaba con tales escrúpulos. Pero ya se vé, á ese niño le *hemos* criado como á una monja...

—Amo chiquito, interrumpió Cristóbal, no juegas nunca mas que dineros tiene.

—¡Oh! Mi Fernando es siempre caballero (Esclamó D. Pedro con justo orgullo). ¿Habrá tenido la desdicha de matar?... Eso es... ¿Cómo antes no se me ha ocurrido?

Tendrá remordimientos por haber dado muerte á un hombre segun cree, en el lance de D. Alonso.

—¡Medrados estamos! ¡Pesia á mi vida! gruñó al oír tales palabras Millan; ¡Remordimientos por matar á un hombre cuerpo á cuerpo! Si digo yo que le hemos criado para monja.

—Amo chiquito, no monja... amo chiquito valiente, valiente como amo viejo, valiente como Hernan Cortés, señor Millan.

—Bueno está, Cristóbal, replicó el escudero á la exaltada defensa que el indio hacia de D. Fernando: ¡Si presumirás tú querer mas que Millan á D. Fernando! Ya sé yo que es tan valiente, como el mejor de los Comuneros, tan valiente como su buen padre, que aquí donde le ves ya viejo y cascado, fue en Villalar el asombro, y mejor dicho el azote de los imperiales; ¡Si todos hubieran hecho lo que él!

—Por Dios, Millan, dijo D. Pedro aunque no muy enojado; que eres prolijo en discursos impertinentes. Hablemos de mi hijo que es lo que importa. ¿Tú, Cristóbal, no crees que sean remordimientos los que afligen á D. Fernando?

—Amo chiquito, buen cristiano, devoto: confesar cada mes con padre provincial, y si tener remordimientos, con penitencia buscar la absolucion.

—Tienes razon, amigo, tienes razon; y yo soy quien se engañaba. Lo que aquí hacer debemos es que yo hable de esto con Fr. Diego; y si varon tan santo toma el negocio á su cargo, espero en Dios que hemos de salvar á mi Fernándo.»

Millan apoyó con todas sus fuerzas el proyecto de su amo, y como Cristóbal se abstuvo prudentemente de notar, D. Pedro dando su aprobacion, por supuesto, sin perder tiempo encaminóse al convento de S. Francisco en busca del venerable prelado.

Conociáanse Fr. Diego y el Comunero desde los tiempos de la conquista, amigos ambos y admiradores de Cortés, aunque en posiciones tan distintas, habian sufrido juntos mas de una persecucion de las muchas que á los parciales del Marqués affligieron en Nueva España; y siendo ademas el uno y el otro, cada cual en su linea, personas estimables, profesábanse entrañable razonado afecto. Si Fr. Diego, por su ignorancia en las letras humanas y aun en las sagradas, tanto como por los incessantes afanes de su fervoroso apostolado, no pudo dirigir la educacion científica de Fernando, fue en cambio su director espiritual; y como en el fraile vivian siempre las reminiscencias del soldado, hubo en su doctrina para el mancebo tan felicísima mezcla de los principios ascéticos con los propios de un buen caballero, que casi nos atrevemos á decir, que si Sancho Panza conociera al hijo del Comunero, no pudiera con verdad decir, que

el CABALLERO *del verde gaban* era el *primer santo á la gineta* que en su vida habia visto. Ya lo hemos visto, y por demas se esplica : el padre Provincial de S. Francisco miraba con tierno paternal cariño al amante de Elvira; y no podia en consecuencia dirigirse D. Pedro á nadie que mejor comprendiese su pena, que mas con ella simpatizase.

Apenas, pues, hubo el Comunero comenzado á esplicarse en el claustro del convento, donde halló al Provincial en profundas meditaciones absorto, cuando le interrumpió el religioso diciéndole:

—No prosigais, D. Pedro; hace tiempo que he advertido y me aflige la negra melancolia de Fernando.

—Y bien, padre y amigo mio: ¿No hemos de hallar remedio á tamaño mal? ¿Estaré yo condenado á tan larga vida, solo para ver que baje á la tumba el último vástago de mi helado tronco, asi como ví espirar tambien en mis mocedades el postrer destello de los castellanos fueros.

—Ofrecédselo á Dios, D. Pedro. Los males que en este mundo nos afligen, pruebas son de su misericordia infinita.

—¡Oh! Fr. Diego, Fr. Diego! Vos que habeis roto cuantos vínculos con el siglo os enlazaban, vos que ya no teneis familia...

—D. Pedro, á mí me enlaza con el siglo y con la especie humana un vínculo mas poderoso que todos los mundanos: el de la caridad cristiana. D. Pedro, la patria del misionero es el Universo: D. Pedro, la familia del Religioso son todos los prógimos.

—¡Ah, si! Pero no sabeis lo que es tener un hijo único, fruto de una union legitima y santa, prenda de una muger casta, virtuosa, impecable, que sin duda se cuenta hoy en el número de los bienaventurados, y por nosotros intercede. No sabeis, digo, lo que es tener un hijo



único, haber renunciado por él y para él hasta á mis ilusiones de ver otra vez libre á Castilla; haber consagrado veinte años á labrar su fortuna, á formar su corazón, á nutrir su entendimiento, y cuando ya se comienza á verle hombre, caballero, valeroso, gentil-galan, modesto y bueno, decirse: «La melancolía le domina, le corroe, le mata!» No, Fr. Diego, no sabéis lo que es eso, que si lo supiérais diérais lástima de mi pena.

—¿Y quién os ha dicho, de dónde inferís que soy á ella insensible? Estoy por deciros que me ofendeis, don Pedro. Vos sois uno de mis mejores y mas antiguos amigos; vuestro hijo lo es mio espiritualmente. Mirad mis ojos en lágrimas arrasados, y ellos os dirán si soy ó no sensible al mal de Fernando y á la justa pena que os causa.

—Lo veo, lo creo, y perdonadme la injusticia con que os he tratado.

—¿Quién se acuerda de eso, D. Pedro?

—¿No ha de haber remedio para mi hijo?

—Sí le habrá, amigo mio; ó mejor dicho, le hay.

—Bendigaos el Cielo por esa esperanza que dais al desconsolado corazón de un padre; pero esplicaos ya, que la impaciencia me devora.

—Ya os lo digo: que le ofrezcais vos al Omnipotente vuestro dolor orando, como yo lo hago, dia y noche por nuestro Fernando.

—¿Y no hay otro?

—¿Qué médico buscareis para enfermedad ninguna, que en ciencia iguale al Autor del Universo?

—Por los clavos de Cristo, Fr. Diego, que hoy no nos entendemos. Que Dios todo lo puede, gracias á su misericordia, lo sé y lo creo con toda mi alma: pero Dios deja obrar al hombre y le manda ayudarse.

—Cierto, amigo mio: mas cuando los males que le afligen son de aquellos á que el saber humano no alcanza

á poner remedio; cuando padece el espíritu y se acobarda, no le queda otro arbitrio al cristiano filósofo, sino volverse á su Creador, y preguntarle con el santo Rey Profeta: *¿Por qué, Señor, caigo en profunda tristeza, cuando me aflige el comun enemigo?*

—¿Creeis entonces que para la melancolía de mi Fernando no hay humano remedio?

—No le hay, D. Pedro.

—¿Desdichado viejo! ¡Infelicísimo padre! ¡Estoy, pues, condenado á perder la última, la mas cara prenda de mi corazón!

—¿Quién dice tal? ¿Esa es vuestra fé en la Divina misericordia? La mocedad de Fernando es mas piadosa, D. Pedro, que vuestra vejez: él *espera* confiadamente.

—La mocedad tiene la vida delante y la vejez tiene la muerte: mas, en fin, Fr. Diego, ¿Esperais vos tambien?

—Espero, y Dios no querrá engañar mi esperanza.

—Pedidle al Señor que aparte de mí este cáliz de amargura, superior ya á mis débiles fuerzas, ó que á sí me llame.

—Si mis oraciones son oidas, mi buen D. Pedro, tendreis en esta y en la otra vida la dicha que vuestras virtudes merecen.

Separáronse con esto los dos venerables ancianos: á llorar en la soledad de su aposento el afligido Comunero; á implorar, tambien con lágrimas, la misericordia Divina en favor de padre é hijo, el santo Religioso al pie de los altares.

## CAPITULO IX.

QUE D. ALONSO DE AVILA SE CONSTITUYÓ MÉDICO DE LA MELANCO-  
LÍA DE SU AMIGO; Y D. PEDRO SALTÓ Á PIES JUNTILLOS SOBRE SUS  
ESCRÚPULOS.



RAY Diego tuvo gran razon al decir á su amigo D. Pedro, que Fernando *esperaba* confiadamente en la misericordia de Dios; solo que el mozo en realidad esperaba la *muerte* y no el alivio de sus *penas*; alivio que á mayor abundamiento, no deseaba; pues pensar en lograrlo sin que su amor cesase fuera locura, y aquel amor habia tomado en su alma, en señoreándose de ella, la forma y poder de una creencia religiosa de las que jamas se abjuran. Y de todas las combinaciones posibles de los afectos humanos, ninguna mas eficaz, en bien como en mal, ninguna tan indes-

tructible como la que amalgama la fé con el sentimiento; porque aquella mantiene á la razon humillada y fuera de combate, mientras que el último exalta la voluntad. Supongámosle á un hombre de honrada índole un mal deseo, tan vehemente como nos venga á cuento; y mientras la razon no pierda, demostrándole ella que su pasion es *mala*, estaremos seguros de que ha de vencerla. Mas si la preocupacion es tal que pervirtiendo las nociones de lo bueno y de lo malo, hace que el vicio revista las formas de la virtud, entonces la perdicion del apasionado sugeto no puede evitarse. Decir que ese era exactamente el caso de Fernando, seria tal vez exacto bajo el aspecto de la ascética moral, porque amar á la muger del prógimo, y aun amar á la libre de tal modo que pase el afecto á ser idolatría, flaqueza es y pecado: pero nosotros que no somos teólogos ni moralistas, sino pobres mundanos y frágiles como á cada hijo de vecino á mayor abundamiento, no seremos ni ser podemos tan severos.

El pobre mancebo no tenia la culpa de haber conocido á los veinte años, á esa edad en que el hombre en todos paises, y singularmente en los meridionales, se siente, como las flores en primavera, rebosando amor, ir radiando la fecundidad por todos sus poros; no tenia, decimos, la culpa de haber conocido y tratado á los veinte años á una muger que nos atreviéramos á llamar compendio y suma de toda humana perfeccion, si el orgullo no figurase en el catecismo en el número de los pecados capitales. Pero como Fernando no se podia andar con el catecismo debajo del brazo, como un maestro de obra prima con la medida, para ajustar á él sus sensaciones, cuando cayó en la cuenta del riesgo que corria, ya estaba perdido é irremisiblemente enamorado.

Amaba, pues, y amaba sin deseo, como sin esperanza de dejar de amar; tambien sin esperanza y sin deseo

casi de poseer á la que « *de su dolor culpa tenia.* »  
¡Sin deseo de poseerla!... Sí, ciertamente, carísimos lectores; los casos de esa dolencia son muy raros, muy raros, pero se dan de cuando en cuando en este pícaro mundo, siquiera para consuelo de las almas puras, que tampoco son muy comunes. « Dos medios solos, se decía Fernando, hay para que yo sea dueño de Elvira, y entrambos igualmente odiosos á mi corazón: porque ¿Cómo he de desearle la muerte á D. Alonso, mi mejor amigo? ¿Ni cómo puedo tampoco pensar siquiera en deshonorarle? Y además, dado que tanta fuese mi malidad, en ella misma iría envuelta su castigo, pues Elvira, desleal á su esposo, no sería ya la Elvira celestial que adoro, sino una muger culpable y mundana, aunque hermosa siempre. »

Y véase como por el sentimiento puro, como por la pasión exaltada se llega al mismo término muchas veces que por el frío raciocinio.

En resúmen, nuestro desdichado jóven no podia ni siquiera esperar alivio ó remedio á sus males, y en la muerte sola cifraba sus esperanzas: pero en la muerte natural producida por el estrago que en su organizacion causasen las penas, pues ni la época, ni el hombre, ni la educacion que recibido habia, daban lugar á la idea del suicidio. Engañábase D. Fernando: el dolor moral mata pocas veces, y si otra cosa hiciera, piadoso sería, economizando al menos tiempo al suplicio.

Pero sea de eso lo que se fuere, el hecho es que la melancolía en D. Fernando llegó á hacerse crónica y tan visible, que solo un ciego dejara de verla, siendo por tanto sobrado natural que de ella se aperciese don Alonso de Avila, ya porque casi diariamente se veian aquellos dos caballeros, ya porque el esposo de Elvira no era hombre á cuya perspicacia pudiese escaparse lo que tan á la vista estaba.

Abstúvose, no obstante, D. Alonso de entablar conversacion directa con Fernando sobre la tristeza de este durante algun tiempo; y no acertaremos nosotros á esplicar la causa de tal reserva en persona que no solia contener la lengua con sus amigos.

¿Callaba Avila dominado por ese respeto que el dolor resignado y sincero inspira á los corazones generosos? ¿Sospechaba, por ventura, el verdadero origen de aquella melancolía, haciase cargo de que fuera imprudente en él sondear la llaga? No es fácil resolver ese problema tratándose de un hombre en cuyas acciones la ligereza y la filosofía, la disipacion y la caballerosidad, influian de consuno, equiponderándose unas veces, ocultándose recíprocamente otras, y produciendo en fin, en su vida un conjunto de inesplicables contradictorios fenómenos. Mas ello es que, sin darse por entendido del estado de su jóven amigo, procuraba, siempre que la ocasion se le ofrecia, distraerle por cuantos medios son imaginables, empleando para conseguirlo todos los recursos de su fácil ingenio y condicion simpática. La sonrisa desarrugó mas de una vez los labios de Fernando, merced á los esfuerzos de D. Alonso, y alguna otra quizá una furtiva, ardiente lágrima abrasó sus pálidas mejillas, arrancada por el remordimiento; porque el generoso mancebo se decía.—«Es horrible que sea el dueño de la que adoro» quien mas procure neutralizar los efectos de mi culpable pasion.»

Tales eran las situaciones respectivas, cuando al regresar á su casa D. Pedro de Valdestillas, despues de la conferencia con Fr. Diego de Olarte, triste, apesarado, abatido acaso mas que el aciego dia de Villalar, encontráronse de manos á boca, él y nuestro D. Alonso, ya completamente restablecido de las consecuencias de su herida. En aquel siglo en que la vida estaba, como la música, pautada y compasada, no habia disgusto que

autorizase á personas bien criadas para prescindir de los ceremoniosos miramientos á los demas debidos; por manera que aún con llevar D. Pedro atravesado el corazón por la espada de mas agudos filos que el dolor tiene en su abundante arsenal, no se creyó dispensado de corresponder cortesmente al respetuoso cordial saludo de Avila, ni de pasarse á pedirle nuevas de su salud.

—Buena va siendo, respondió D. Alonso (sin cubrirse por mas que el anciano se lo rogaba), buena, señor D. Pedro, gracias á Dios, primero, y luego á los cuidados de vuestro hijo y mi mejor amigo D. Fernando.

Suspiró D. Pedro hondamente al oirle, y dijo:

—D. Fernando ha cumplido en asistiros antes y despues de vuestra desgracia, Sr. D. Alonso, la obligacion de un caballero; asi cumpliera las que consigo mismo y con su anciano padre tiene!

—¡Vive Dios! (Replicó D. Alonso) que esta, por vez primera, os veo injusto, y pésame de ello á fé de quien soy. D. Fernando es un fiel trasunto de su digno padre; y no hay mas que decir para encarecer en todo su bondad estremada.

—El y yo os debemos, Sr. D. Alonso, la merced de juzgarnos con sobrada indulgencia, mas no es de eso de lo que yo trato. Fernando es, en efecto, si el paternal cariño no me ciega, tal como yo lo deseo, cristiano y caballero en todo: solo consigo mismo y con su padre se muestra cruel é ingrato.

—Otra vez os digo que vais errado, señor D. Pedro.

—Plugiese á Dios que asi fuera: mas no lo es, no, por desdicha de entrambos. D. Fernando, por penas que ignoro yo y nadie adivina, se entrega sin defensa en poder de la melancolía que le devora, y á mí me va acelerada y dolorosamente arrastrando á la huesa.

—¡Válame Dios con la gente sesuda, y que poco se le alcanza de achaque de melancolías y moedades! ¿Es

posible, señor D. Pedro, que un caballero como vos, experimentado en las cosas del mundo, de claro ingenio y de prudencia suma dotado ademas, no adivina la causa de esa melancolia en un mozo de veinte años, en cuyas venas corren mezcladas la sangre española y la mejicana? Recobrad el ánimo, amigo y señor mio; que si á D. Fernando aquejan otras dolencias que el *mal de amores*, quiero yo perder en esta hora los escasos restos que ya de la fugitiva mocedad me quedan.

—Bien haya amen la divina Providencia que á mi camino os trajo esta tarde; porque, en verdad, Fr. Diego con sus místicas razones acongojóme el alma de suerte que....

—¿Qué entiende un buen fraile de tales aventuras? Lo que yo de visperas y completas. Creedme, Sr. D. Pedro, vuestro hijo debe estar perdidamente enamorado de alguna muger de *mármol* sin duda, que si de carne y hueso fuera no sé yo que con él se pudiese mostrarse ingrata.

—La verdad es que D. Fernando, ni por lo galan, ni por su cuna, ni por el caudal tampoco, merece ser desdeñado.

—Y añadidles á esas buenas prendas la discrecion sin jactancia, el valor sin fanfarronada, la ternura sin debilidad; pero ¿Qué quereis? Las mugeres de nuestros tiempos son como las hizo el diablo, que Dios no puede haberlas hecho, bizarras y extravagantes.

—Pero, en fin, D. Alonso amigo, si la que á mi hijo ha cautivado, es como yo supongo, digna de amor....

—¡Oh! De eso yo respondo.

—¿Luego la conoceis?

—No..... es decir: sí, y no. Sospecho que es objeto de su pasion una dama de cabal hermosura, notable ingenio, y *casi, casi* me atreveria á decir que virtuosa.

—Ea, pues, D. Alonso: sed salvador de mi casa: si



tales son las prendas de esa dama y vos la conocéis, tratemos su casamiento con Fernando.

Figúrese el lector la sorpresa del grave Comunero, cuando al escuchar sus razonables palabras, el atolondrado D. Alonso, sin ser poderoso á contenerse, soltó una carcajada estrepitosa, franca, inestinguible como la risa que Homero atribuye á los númenes del Olimpo, y además, en concepto del anciano, tan estemporánea, que pisando los confines de la impertinencia, frisaba ya en los términos de la ofensa. En aquellos tiempos el trato de gentes exigía no perder nunca los estribos ó no envainar la espada ni de día ni de noche.

Diez años antes, y aun entonces, sino se tratase de cosa que tan al corazón le llegaba, como lo era la redención de su hijo único, D. Pedro desnudara el acero, mas en aquella ocasión conteniéndole juntamente, con la prudencia propia de las canas, el paternal amor, limitóse á esclamar con justa severidad y frunciendo el ceño: —¿Podré yo saber, Sr. D. Alonso, qué palabra mia ha escitado en vos tan inesperado regocijo?

Avila hubiera dado todo el oro del Nuevo Mundo por no haberse reído, porque respetaba sinceramente á Valdestillas, mas por lo mismo que procuraba con todas veras recobrar su gravedad, la risa, que es de suyo antojadiza, y tanto mas tiránica cuanto menos oportuna, aferrándose á él le dominaba y le afligia, que tal es la palabra, aunque parezca impropia á primera vista. Ya D. Pedro, dado á todos los Diablos, iba á volverle la espalda, cuando merced á un esfuerzo heróico pudo contenerse, y escusándose dijo:

—Perdonad, Sr. D. Pedro, mi descortés é intempestiva risa; pero ella ha sido tal, y suele serlo siempre en mí, que hay ocasiones en que si á degollarme fueran, creo que aun entonces me riera. Háme hecho gracia vuestra ocurrencia de buscarme para casamentero, y

sobre todo en el caso presente; pero esto no es de este lugar, sino que de D. Fernando hablemos; y la verdad es que ni él puede ahora casarse con la que ama, si es la que yo sospecho, ni aún me es dado desear que desaparezca el obstáculo que á su consorcio se opone. Creedme, Sr. D. Pedro: lo que aquí ha de hacerse es procurar ocasiones en que el ánimo de nuestro pobre mozo se esparza y distraiga del pensamiento que le dominaba. Ama y cree amar para siempre; desea á una muger, imaginando que sola su posesion puede hacerle venturoso. Andando el tiempo verá que *siempre* en materia de galanteos, quiere decir primero un año, luego un mes, mas tarde una semana, al cabo un dia ya que no una hora; andando el tiempo, se convencerá de cuán poco va de muger á muger, y de que la doña *última* es siempre la menos mala. Siento escandalizaros; pero considéraseme como á médico de la enfermedad que el espíritu de D. Fernando aflige, y no lleveis á mal que os hable de hipocóndrios, intestinos, escrementos, vómitos y otras tales suciedades que para la cura han de tenerse en cuenta.

—Pésame de oiros, D. Alonso; y no imagino que don Fernando.....

—D. Fernando es hombre, no pasa de veinte años, y los Amadises que se andan por montes y valles con doncellas mas andantes que ellos mismos tratándolas como á imágenes por amor y memoria de sus señoras á quienes apenas conocen, como de vista no sea, y eso no siempre, no existen mas que en los libros de Caballería. Creedme, pues; y si de veras deseais acabar con la melancolía de D. Fernando, antes que ella con él acabe, entregádmele á toda mi voluntad. Decidle, si os place, que le espero mañana á caballo, y al ser de dia en mi casa; y por mí la cuenta si antes de la noche no se hubiese reido mas que de un mes á esta parte. Y con

esto dadme vuestra licencia que hago ya falta donde me esperan.

Acabando de hablar y con un airoso saludo, dejó Avila á D. Pedro, y quedó el anciano suspenso y dudoso sobre lo que hacer debia; pues si por una parte la moral meticulosa le aconsejaba que no entregase á su hijo en manos de aquel desesperado calevera, por otra la razon de su esperiencia le decia que en efecto, contra el *mal de amores* el único remedio, dado que alguno hubiese, habia de ser el que fácilmente se traspalentaba al través de las palabras de D. Alonso.

«Fr. Diego (pensaba el pobre viejo) habla muy á sus anchas de encomendárselo todo á la mano de Dios: y me diria con resignacion cristiana, si mi Fernando succumbiese á sus penas: «*Asi convendrá.*» Pero yo siento que no puedo, que no debo dejarle morir.

No, hijo del alma, no; yo no debo dejarte morir asi, sin intentar siquiera tu remedio: ¿Y cuál puede haber para Fernando que no sea el que ese loco de D. Alonso propone? Ninguno, pesia mi vida, ninguno..... Ello algun precepto del Decálogo no saldrá bien librado: pero ¡Qué diantre! Un caballero mozo y galan (porque mi Fernando es el mas galan de Nueva España) no ha de vivir tampoco como un capuchino..... En fin, entre que se muera, ó haga lo que todos, lo que yo mismo, Dios me perdone, allá en mis mocedades hice.... Alto, pues; y probemos á salvarle.

Con esa conclusion entraba D. Pedro por las puertas de su casa, donde no sin zozobra estábanle esperando sus servidores y consejeros.

—Cristóbal, dijo el anciano: ¿Y tu amo chiquito?

—En aposento suyo; contestó tristemente el indio.

—¿Qué hace?

—Triste, con cabeza baja.

—Llámale. Y tú Millan, anda á la cuadra á dar una

vuelta por el potro alazan ; quiero que D. Fernando le monte mañana.

— ¡Bueno está el animalito, por vida mia, con una semana que lleva de cuadra ! replicó el escudero.

— Mejor, exclamó D. Pedro : con eso le dará que hacer. Mas oye Millan..... ¿Será cosa de que tengamos una desgracia?

— Si vuesa merced ó yo le montáramos , ciertamente que haríamos la triste figura ; pero D. Fernando es el mejor ginete de Méjico.

— ¿Con que estás seguro de que no tendremos una desgracia?

— ¡Imagina vuesa merced que si no lo estuviera consentiría yo que el *muchacho* montase el potro? Aunque lo mandase el mismo *Padilla*, Dios le tenga en su gloria...

— Bueno, Millan, bueno. Anda á ver cómo está, y en todo caso que Cristóbal le dé una vuelta por ahí esta tarde, sin que D. Fernando lo sepa, se entiende.

Pocos instantes despues de ese diálogo presentóse el objeto de tan tiernos cuidados, ante su padre, procurando en vano ocultar , bajo una forzada sonrisa, la amargura de su alma ; mas el anciano que tenia su plan formado, y en él la fé que inspira siempre un deseo tan ardiente como sincero , hizose el desentendido , y dijole con el tono mas natural del mundo :

— Hème hallado en la calle con D. Alonso , nuestro amigo , y díjome que os espera en su casa mañana al romper el alba, y os ruega vayais á caballo y en traje de campo.

— Pues habrá de perdonarme (contestó el mancebo), porque no estoy para fiestas.

— Héle yo dado mi palabra de que no faltareis , don Fernando, y no habeis de desairarla.

— Ciertamente , si vuesa merced lo manda : pero pareceme.....

—Nada; lo que ha de pareceros es hacer los preparativos necesarios para acompañar á nuestro amigo.

—Es que no me encuentro con salud.....

—El aire del campo sé yo que ha de aprovecharos, y vuelvo á deciros ademas, que mi palabra está empeñada.

Para escusar réplicas retiróse D. Pedro á su aposento, y D. Fernando exclamó allá en sus adentros:

—¡Hay tan donosa manía! ¿Qué le ha dado á mi buen padre para *forzarme* así á que con D. Alonso vaya al campo, quiera ó no quiera. ¡Cosas de sus años! Pero habremos de resignarnos.

¡Ingratos hijos! No sospechan siquiera los afanes, las penas que á sus padres les cuestan! Pero todos hemos sido lo mismo.

Entretanto D. Alonso que, según su costumbre de siempre y en todo, habia dejado en la conversacion con D. Pedro que su lengua se moviese y explicara según la inspiracion del momento, iba por las calles de Méjico preguntándose quién le metia á él en camisa de once varas, por qué no dejaba al Comunero arreglarse como Dios le diera á entender con la melancolía de su hijo; y en fin, qué cosa habia de hacer á la mañana siguiente de madrugada con D. Fernando, que á éste le aliviase y á él no le aburriera. Tales reflexiones, cuerdas antes de hablar, si le condujeran á abstenerse de tomar cartas en un negocio, en el cual algunas de sus frases á D. Pedro pudiera probar que traslucia, cuando menos la no lisonjera parte que le tocaba; tales reflexiones, repetimos, cuerdas antes de comprometerse, eran no solo tardías, sino impertinentes y molestas una vez el compromiso contraído, pues ya en tal caso el toque estaba en desempeñar airosamente su palabra.

—«Pero ¿Cómo diablos voy á hacerlo? (Se preguntaba D. Alonso.) Ese mozo con su rizada cabellera, su

semblante melancólico, y sus miradas voluptuosamente afligidas, parece un S. Juan al pie de la cruz del Salvador; y es posible que á las *pecadoras*, como él las llama, les parezca... ¡Hum! ¡Hum! No se trata de eso: yo me he comprometido solemnemente á divertir su melancolía, á curarle de su amor.... ¡Temeraria promesa! Pero vive Dios que la prefiero al honrado encargo que su buen padre me hacia... ¿Cómo lo hago, señor, cómo lo hago? Si le propongo que juguemos... ¡Ba! perderá su dinero sin arrugar una vez el entrecejo, ó ganará el de todo Méjico sin sonreirse: los enamorados á su edad desprecian el oro... Si le quiero llevar á casa de Belisa, la milanese recién llegada, se me escandalizará como una monja... El condenado no quiere mas que damas nobles, y con *su marido*. ¡Dios tenga misericordia de mí!

Estoy por entregárselo á D. Bernardino de Bocanegra, á ver si el espectáculo de aquella mas que negra melancolía le cura de la suya... ¿Le llevaré á la academia de la bella Ines? Se duerme al segundo silogismo, como yo al primero... ¿Si Beatriz quisiese encargarse de terminar su crianza...? ¡Ella! ya lo creo; y con mil amores que se encargaria; pero él tiene el estómago demasiado débil para tan craso alimento. ¡Señor! Leonor es jóven, bella, inteligente, pero bastará que yo se lo proponga para que ella...

Y luego, él está como yo en tiempo de marras con Catalina...

¡Pobre mozo! Yo, al cabo, al cabo, no perdía el tiempo; pero él... lo que es él lo pierde, ¡Viven los cielos! y si así no fuera! En fin, ni sé qué hacer, ni me acuerdo á dónde iba cuando ese viejo me ha salido al encuentro como una tentacion. Volvamos á casa, y pensaré, cavilaré; quizá la novedad del caso me divierta.»

Y en efecto, retiróse á su casa y estancia, donde

permaneció encerrado como cuatro horas; al cabo de las cuales abrió la puerta, y silbando y voceando como si á una corrida de toros asistiese, comenzó á llamar escuderos, pages y esclavos con estraña prisa. A su reclamo y voces acudió presurosa la gente de servicio, y para todos hubo encargo. Cuatro montaron á caballo, llevando pliegos á diferentes caballeros de las cercanías de Méjico; ocho ó diez ágiles indios se echaron á repartir billetes á toda la nobleza y buena parte de los habitantes de Méjico: los cocineros bajaron las escaleras poco menos que de cabeza, faltándoles el tiempo para llegar pronto á sus hornillas: los palafreneros volaron á las caballerizas, y todas las mugeres de la casa repartiéronse en ella entrándola á saco para improvisar toldos, pabellones y cortinas.

Doña Elvira, distraida de sus estudios y meditaciones por el general estrépito de su ordinariamente pacífica morada, saliendo á deshora de su retiro, fuese á la estancia de su marido para preguntarle, qué significaba todo aquello.

—Significa, respondió, el que mañana desde el amanecer doy una fiesta en la casa de placer que tenemos en el bosque.

—¿A vuestros amigos?

—Y á los vuestros, Elvira.

—¿En tan breve tiempo?

—No hay mas placeres que los imprevistos. Espero que no dejareis de honrarnos; iba á suplicároslo.

—Mi esposo puede mandarme.

—Entre *amigos*, señora, no se manda.

—Pues bien, Alonso, entre amigos la complacencia es ley. ¿Deseais, en efecto, que yo asista á esa fiesta?

—Lo deseo con todas veras, Elvira.

—Contad conmigo.

—Sois tan complaciente como bella.

—¡Lisonjas!

—¡No, vive Dios! No gusto de perder el tiempo....! Mas oid: tendremos tambien á nuestros enemigos.

—¿Y por qué, D. Alonso?

—Porque... os lo esplicaré mas tarde, y estoy cierto de que no ha de pesaros de lo que dispongo. Permitidme ahora que acuda á los preparativos de la fiesta.

—Ved lo que haceis, D. Alonso...

—Elvira, serviros, ó mejor dicho, servir á Méjico.

—En buen hora, tales pensamientos son dignos de un caballero.

Y diciendo asi, Elvira tendia la mano á su esposo, como pudiera una Reina á su primer ministro en prueba de su *Real* satisfaccion; y D. Alonso besaba la mano de su muger *castamente*, cosa rara en él, exclamando asi que se vió solo sin poder contenerse:

—¡Inspiracion magnífica ha sido la mia! Digo, si don Fernando no acierta á solazarse, que no le queda mas arbitrio que el de arrojarse de cabeza al cráter de *Pococatepec*, ó á las lagunas, si no quiere ir tan lejos para acabar con su melancolía.

Todo Méjico contribuirá á mi fiesta; todo Méjico, y de ella quedará para siempre memoria! ¡Todo esto porque soy esposo *in partibus* de la altiva doña Elvira! ¡Oh, fortuna, fortuna! ¡Y cómo juegas con los pobres mortales y su destino!

Diez minutos despues estaba D. Alonso á caballo, y seguíanle hasta quince ó veinte criados, montados tambien, corriendo todos á rienda suelta hácia la magnífica *casa de placer* ó quinta, de que era dueño en el bosque de Chapultepec, vecino á Méjico.







ZARZA

PARIS

D. Fernando de Valdestillas.

## CAPITULO X.

DEL ESTREPITOSO MEDIO IMAGINADO POR D. ALONSO PARA DISTRAER DE SU MELANCOLÍA Á D. FERNANDO DE VALDESTILLAS; Y DE LAS DIVERSAS JUNTAS QUE EN CONSECUENCIA SE CELEBRARON EN MEJICO.



ADA hombre, decimos en nuestro moderno lenguaje, galo-hispano, tiene su *especialidad* en este mundo, lo que en romance significa que á cada cual cupo en suerte la aptitud especial necesaria para hacer bien, ó á lo menos mejor que otros, ciertas y determinadas cosas. Los hay que hacen *mondadientes* superiormente, al lado de los que pintan un cuadro como Velazquez y Murillo; dále á este el *naipe* para adivinar geroglíficos (*rebus* en el susodicho bárbaro idioma), y á aquel para ganar batallas; uno baila que es maravilla, mientras que otro predica como un San Juan boca de oro. Ello es, en fin, que no hay

mortal tan inútil que para algo no sirva , y que el toque consiste en que cada uno se dedique á aquello para que nació capaz , ó los que al frente de la sociedad caminan tengan ese tacto é instinto que no es la menor parte del talento de los grandes hombres, y que consiste en apreciar y emplear á los demas, seguir á sus particulares aptitudes conviene. Magistrado conocemos nosotros que hubiera sido un escelente cocinero; hombre político que fuera un admirable maestro de baile; y el hecho es que cuando el primero entiende al revés las leyes, y el segundo se extravía en los negocios, la culpa no es suya , sino de los que no aplican las ciencias combinadas de Gall y Lavater , la Frenología y la Fisionología , á la eleccion de los empleados públicos. Con el tiempo, que es grande agente de todo progreso, esperamos ver que á todo pretendiente á destinos públicos, y candidato á cargos de eleccion popular, se les someta antes á un *tanteo* de cabeza, para averiguarle las protuverancias (salvas las conyugales) y deducir, en consecuencia, si es ó no capaz de la posicion á que aspira: mas entre tanto tomemos las cosas como se encuentran y ruede la bola, que un Redentor hubo y con ser hijo de Dios le crucificaron.

Ahora, lector benévolo que hasta aquí nos has seguido, y debes de estar ya avezado á nuestras mañas , seguramente no te escandalizarás del precedente *introito* que á otro, ignorante de la manera descosida con que escribimos, habria de parecerle impertinente. A tí no, suscriptor amado , á tí no: antes por el contrario te habrás ya dicho: «No veo yo la conexion que tienen Gall, Lavater, y las *especialidades* con la *Conjuracion de Méjico*; pero cuando este hombre lo dice, por algo será.»

Y es así, que lo decimos por algo, y aún por *algos*; y *especialmente* por D. Alonso de Avila, cuya *especialidad especialisima* era y fue siempre *el escándalo*.

Hay hombres que para pedirle las botas á su Ayuda de cámara, lo hacen con tal misterio que alarman á la Policía y aún á la Diplomacia: otros por el contrario no aciertan ni á *confesarse* sin trompetear de una ú otra manera, y tal y tanto, que antes de que les haya el confesor impuesto la penitencia, ya la conocen los pueblos todos del Universo. Tal era el esposo de doña Elvira; antípoda del secreto, polo negativo de la reserva, émulo de la trompa de la fama, mas público que el sol, ruidoso como el trueno, y como las fuentes parlero.

Y no se confunda la indiscrecion con el escándalo, porque son dos cosas distintas. El *indiscreto* revela de palabra su secreto; el *escandaloso*, callándolo, lo publica, sin embargo, con sus acciones; hay en el primero fruicion y propósito deliberado al hacer que circule lo que al ocultar debiera; en el segundo, no mas que instinto enemigo de la prudencia, ó mas bien condiciones naturales de que prescindir no puede. Es grave culpa ser indiscreto; dar escándalo en el sentido que nos ocupa no pasa de fatalidad deplorable. La indiscrecion, en resúmen, puede con firme propósito corregirse; pero la *escandalosidad* (¿Qué tal la palabrilla?) es un achaque, como la joroba, incorregible; los escandalosos dan escándalo como la *serpiente de cascabel* avisa de que se acerca, sin proponérselo muchas veces mal su grado. A este género pertenecia D. Alonso: si saludaba á un hombre en la calle, ó tenia la dicha de sacarle un ojo á cualquiera con la pluma del sombrero, ó derribaba el ramillete y corona de algun plato de dulce, regalo de monjas, y *daba un escándalo*. Si platicaba con alguna tapada, ya le salia al encuentro una procesion para que todo Méjico le viese, ya trabándose de palabras con los deudos ó guardadores de la Ninfa, habia de acabar infaliblemente á estocadas, y *daba escándalo*. ¿Iba á misa? La vez que no derribaba á una dueña en el acto de

besar, ella se entiende, el polvo del suelo, le aplastaba los callos á algun usurero, ó le hacia caer el rosario de las manos al santurron de la parroquia, y *daba escándalo*. No habia medio de que el tal caballero saliese ó entrase, moviérase ó quieto se estuviera, sin causar alboroto, dar pábulo á la murmuracion, y pretesto á sus enemigos para cebarse en su fama, y causa á sus amigos para deplorar su mala cabeza; pero mala ó buena, él no podia trocarla por otra, con ella habia de vivir, y en consecuencia escandalizaba, porque el escándalo era su *especialidad*, su *mision* sobre la tierra. Ningun ejemplo mas notable de esa predestinacion de D. Alonso que el del suceso que nos ha sugerido las anteriores reflexiones.

Avila sale de su casa para zanjar cierto negocio de su hacienda, lleno de compostura, calculando guarismos, á dos mil leguas de todo pensamiento peligroso; se encuentra con D. Pedro de Valdestillas, uno de los ancianos mas graves, prudentes y discretos del reino de Nueva España, y se para á saludarle. Hasta ese punto, ¿Qué mas pudiera pedírsele á la cordura misma? Se trata luego de la profunda melancolía de D. Fernando; y ¿Qué cosa mas natural que dejarse enternecer por el espectáculo de las lágrimas de un padre? ¿Qué ocasion mas propia de un caballero que consagrarse al consuelo de un amigo? Todavía vamos bien, y hasta la ligereza de comprometerse á *consolar al triste*, sin saber cómo; y hasta la imprudencia de fijar plazo mismo, admiten disculpa fácil de fundar en el indeliberado impulso de un corazon generoso.

Pero se trata de salvar el compromiso; mejor dicho, de cumplirlo: y ya D. Alonso es D. Alonso: es el escándalo personificado. Veamos cómo.

Primeramente su casa: los criados y esclavos de ambos sexos van y vienen, como hemos dicho, y cual si

un incendio amenazara el edificio, revolviendo las *petacas* ó baules, los escaparates, los armarios, la bajilla, la plata labrada, los cortinages, los muebles, las cacerolas, las ollas, los asadores, y cargándolo todo apresuradamente, ya en acémilas humanas, ya en las cuadrúpedas, que unas y otras, y repetidas veces, andan y desandan el camino de Méjico á *Chapultepec*.

Y en ese camino en que las acémilas embarazan el paso á los correos, y los correos atropellan á los peones, y los peones se agolpan con encendidas antorchas en las manos para alumbrarse, porque la noche es llegada y oscura; de vez en cuando aparece Avila á caballo, preguntando á éste por una cosa, á aquel por otra, haciendo retroceder al que venia, llevándose consigo al que iba, votando contra unos, apresurando á otros, y atolondrando á todos.

Y en el secular magnífico bosque de *Chapultepec*, cuyos frondosos, corpulentos, gigantescos árboles quizá recordaban aún entonces, la remota época en que, estinguida por el hierro y el fuego la raza de los *Toltecas*, pobladora primitiva del Anahuac, sentó bajo su sombra sus reales el audaz *Xoloth*, caudillo de los feroces *Chichimecas*: en aquel bosque, mas tarde reservado á los placeres de los vireyes, discurría tambien en torno de la quinta de Avila la muchedumbre de sus sirvientes, con tan estrepitosa algazara, con tal confusion de personas, cargas, animales, antorchas, instrumentos, ocupaciones y voces, que quien de improviso allí cayera, pudiérase creer trasportado á no menos bullicioso departamento de los dominios del tétrico Pluton.

La casa misma, vasto y sólido edificio de piedra, palacio un tiempo de los príncipes mejicanos, vista desde afuera parecia entonces lugar de encantamento, cita de duendes, ó mas bien alcázar por asalto ocupado, pues los que de adornarla para la proyectada fiesta estaban

encargados, por la premura del tiempo y el aturdimiento á ella consiguiente, clavaban y desclavaban con ruido espantoso, movíanse por moverse, trasladaban las luces de donde sirvieran á donde poco importara estarse á oscuras, y llamándose unos á otros con destemplados gritos, sin contestarse nunca, por supuesto, mas que como gente trabajadora conducíanse como acelerados bandidos, ó endemoniados Trasgos.

Pero todavía no se formará el lector cabal idea de aquella confusa Babilonia, si en el imperfecto acelerado boceto que de ella hemos mal trazado, no da lugar á un episodio todavía mas estrepitoso, todavía de especie mas atronante que cuanto dicho dejamos.

Es un gran corralon, en efecto, no distante del cuerpo principal de la quinta; hasta quince ó veinte indios robustos, sin mas vestido que el absolutamente indispensable para no faltar á las menos exigentes leyes de la decencia, y armados de enormes cuchillos, degollaban sin misericordia y á bulto, toros, vacas, terneras, novillos, carneros, corderos, pavos, gallinas, pichones, y otros cuadrúpedos y volátiles, asiendo en el monton de víctimas allí aceleradamente reunidas, la que mas á mano les venia, sin orden ni discernimiento.

Imagine el que pueda cuál seria el infernal concierto resultante de la union de las voces de los carniceros con los bramidos, el mugir, el balar, el graznar y el cacareo de los agonizantes animales.

Todavía mas: para que nada le faltase al cuadro, en su último término movíanse como las centellas de un fuego de artificio, innumerables errantes llamas de otras tantas resinosas teas, con que armados los indios de aquellos contornos, y con infernales alaridos ojeaban la caza mayor del bosque, formando un círculo, el cual sucesivamente estrechado, acabó por reducir las reses á tan limitado espacio y tan grande espanto que fue facil



matarlas con no mas trabajo que los carniceros del corralón mataban á los animales domésticos.

D. Alonso que tan pronto se hallaba en el camino apresurando, como en la quinta dando disposiciones, como en el matadero contando las víctimas, y como entre los ojeadores disparando el arcabuz sobre los ciervos y javalies indígenas, parábase alguna vez, sin duda para que no se le acusara de poseer el secreto del movimiento continuo; y contemplando con satisfaccion indecible, aquel monstruoso parto de su voluntad y fantasía, decía: — « ¡Vive Dios, que no hay melancolía que á tal resista, y que yo soy el mas hábil de los mejicanos todos! » Y tenia razon: aquello era cosa de volverse loco, y habilidad como la suya para derrochar el dinero, alborotar un pueblo y ponerse en escena, no era fácil poseerla.

Pues si el dia de campo estaba tal como lo dejamos escrito, á consecuencia de que Avila trataba de divertir las tristezas del enamorado de su muger, la ciudad, por lo menos, corria parejas con el campo.

Porque los correos que de casa de D. Alonso salieron á nuestra vista, eran portadores de un sin número de billetes, por él escritos durante las cuatro horas que permaneció encerrado, con una celeridad de mano cual debemos suponerla en el *Mónstruo de naturaleza: el gran Lope de Vega*, para que le sea posible haber escrito las obras que su fama inmortalizan.

Y los tales billetes iban dirigidos á cuanto Méjico tenia de principal ó notable, desde el Marqués del Valle hasta el mas pobre hidalgo de su parcialidad; desde el doctor Ceinos, y no se asombre el que leyere, desde el doctor Ceinos hasta el Alguacil mayor Juan de Samano.

Cuál seria la sorpresa de todos, y la estupefaccion de no pocos al recibir tales misivas, es inútil encarecerlo: los mas despues de leerlas dos y tres veces para certificarse de que no les mintieron los ojos en la primera

lectura, tomando acelerados capa y sombrero, salian á la calle, y deteniendo al primer conocido que topaban, decíanle:

—«¿Sabeis la novedad?

—¿Sabeis vos la mia? replicaba el otro.

—¿Cómo, á vos tambien?...?

—¿Con que, segun eso, á vos...?

—Pues: D. Alonso de Avila me convida para su casa de placer de Chapultepec.

—¿De veras? Pues á mí tambien.

—Ved mi billete.

—Tomad el mio:

«Si vuesa merced quiere favorecernos mañana desde el alba, á mí y á doña Elvira, en su casa de *Chapultepec*, nos hará en ello singular merced. —D. Alonso de Avila.»

—Punto por punto es igual al mio.»

*Mutatis mutandis*, casi todas las conversaciones comenzaban de esa manera: las variantes partian de aquel punto:

Los amigos íntimos exclamaban: —«¿Cosas de don Alonso! Es incorregible; y hay que tomarle como Dios le ha hecho.»

Sus conocidos no mas, pero parciales del Marqués, decían: —«De prisa viene el convite; pero ¿Quién sabe lo que D. Alonso se propone?»

De los partidarios de la Audiencia, unos recelaban una emboscada, otros creían ver en aquel convite una señal de disolucion en el bando contrario.

Las mugeres, en general, solo se lamentaban del poco tiempo que se les daba para preparar sus galas.

Los maridos y padres, en general tambien, felicitándose de la circunstancia misma que á sus esposas é hijas affigia, no las tenían todas consigo, creyendo á don

Alonso capaz de renovar la escena del robo de las Sabinas, si á cuento le venia.

— Los amantes... los amantes van siempre con gusto á los bosques; no sé la causa, consigno el hecho y basta.

Pero á parte esas diferencias, todas las conversaciones sobre el asunto; es decir, todas las que tuvieron lugar en aquella tarde y aquella noche en la ciudad, acababan, como empezaban, de una misma manera:

— «¿Y pensais ir?»

— «Sí por cierto: desairar á D. Alonso no fuera prudente.

— Y él es un magnífico caballero, que hará bien las cosas.

— Hasta mañana, pues.

— Hasta mañana.»

Y ahora que hemos dado idea del efecto producido en el comun de los fieles por la estraña idea de Avila, parécenos justo particularizar la esplicacion á algunos de nuestros mas importantes personajes, comenzando por el ilustre Marqués del Valle.

Hé aquí la epístola que le escribió D. Alonso.— «Las  
 »mercedes y honras de que ya soy deudor á vueseñoría  
 »y á la Marquesa mi señora, me dan atrevimiento para  
 »rogarles encarecidamente que se sirvan honrar mañana  
 »con sus ilustres personas, la casa de placer que doña  
 »Elvira y yo les ofrecemos en Chapultepec. Mezquino es  
 »el albergue para la grandeza de vueseñorías, mas, si  
 »como dicen, todo lo suple la buena voluntad, la mía  
 »es tal y tan grande, que no dará lugar á que se eche  
 »de ver la ruindad de mi casa. Escesiva es la audacia de  
 »mi pretension, corto el espacio que de aquí á mañana  
 »queda, mas ni sabrá ser rigoroso con los audaces, ni  
 »reparar en la brevedad del tiempo, el hijo de aquel es-  
 »celente padre, que por grandes que fuesen las em-  
 »presas que acometia, se hallaba siempre con valor»

»sobrado para ellas, y que en dias ganaba imperios.—El  
 »Cielo guarde á vueseñorías las vidas tantos años como  
 »Méjico ha menester, y se lo ruega su menor criado—  
 »D. Alonso de Avila.»

En nuestra época ningun caballero escribiría á un gran señor, salvo el caso de ser el caballero poco caballero, y el gran señor de los de *horca y cuchillo* á la moderna, en esa forma media entre el memorial y la carta mista de convite y jaculatoria; pero en los tiempos de D. Alonso la escala social tenia sus peldaños tallados muy hondamente, y cada cual se avenia á permanecer en el suyo, mientras un soplo del viento de la fortuna no le alzase á mayor altura. A mayor abundamiento el Marqués era á los ojos de todo Méjico un *Príncipe*; en las esperanzas ó en los sueños de sus parciales, algo mas acaso. Asi, pues, la carta de Avila, calificable con nuestras ideas y en nuestros tiempos de documento *servil*, cuando se escribió, si de algo pecaba, era de prescindir mas de lo justo del tono ceremonioso, de afectar entre él y el Marqués mas igualdad de la que existir podia.

Pero: ¿Quién se formalizaba con Avila?—Aquella carta púsola el Marqués en el catálogo de las *cosas* de D. Alonso; y prescindiendo de las formas, trató solo de resolver *en consejo*, si debia ó no aceptar el convite.

Llamóse, pues, al consultor habitual de su señoría en tales casos, al hábil, discreto y flexible cortesano D. Juan Chico de Molina: mas cuando un Page iba á buscarle ya él llegaba con su respectivo billete de convite en la mano, á *tomar la venia* del señor Marqués antes de adoptar resolucion alguna. Asistia al consejo D. Martin Cortés, convidado en carta aparte, y presidialo la Marquesa como imparcial, pues por lo avanzado de su preñez, y la extraordinaria corpulencia que á consecuencia la afligia, declaró desde luego, y era claro

además, que no habia de ser de la fiesta en ningun caso.

—«No sé qué decir á vueseñoría (respondió el Dean preguntado por el del Valle); el caso es grave, D. Alonso rico, valiente, audaz y muy servidor de esta casa...

—Esas consideraciones (interrumpió gravemente el Marqués) me inclinan á *favorecerle*.

—Accion propia de un generoso *Príncipe* (repuso el eclesiástico) es la de ser con sus buenos servidores pródigo de mercedes: mas, salvo siempre el parecer de vueseñoría, han de distribuirse las tales mercedes sin daño del Príncipe mismo.

—¡Por de contado, por de contado, amigo Dean! ¿Cree vuesa merced que en aceptar ese convite haya algun riesgo?

—¿Qué riesgo ha de haber en un convite? Esclamó mohina la Marquesa, á quien no siempre cuadraba la reserva mas que prudente de su marido, tan valeroso soldado como cobarde político. «Si D. Alonso (prosiguió la dama) es tan vuestro amigo como vos decís y yo creo, id en buen hora, Marqués, á honrar su casa; que honrar á los buenos es ganar amigos entre ellos.»

—Eso sí, hermana y señora (Dijo á su vez entusiasmado D. Martin): de vuestros labios nunca saldrán mas que honradas y cuerdas palabras.

—Mi señora la Marquesa (volvió á decir cada vez mas meloso el Dean) habla en esto, como en todo, segun su claro ingenio y prosayia ilustre: mas los tiempos que alcanzamos son difíciles; y harto tenemos con los enemigos, sin que nos comprometan las imprudencias de los amigos.

—Eso es lo que estoy continuamente diciendo; pero predico en desierto, Dean, predico en desierto. Vos mismo á veces... pero dejémoslo, y dadme de una vez vuestro consejo.

—Vueseñoría no ha menester consejos de nadie, y menos...

—¡Oh! ¡Por Cristo, Dean, acabemos! ¿Pensais que debo aceptar el convite de Avila?

—Aceptarlo sí, señor Marqués.

—Ya lo oís, D. Martin, mandad que al romper el día...

—Perdone vueseñoría: he dicho que se acepte, mas no que se vaya.

—¡Medrados estamos! ¡Cuerpo de Cristo!... Perdonad esposa, pero hay momentos... Señor Dean ¿En qué quedamos? ¿Qué significa aceptar el convite y no asistir á la fiesta?

—Significa... ¿Me permite vueseñoría suponer por un momento que tengo la honra de ser el Marqués del Valle?

—Suponed cuanto se os antoje; pero acabemos.

—Pues bien, yo enviaria á esa fiesta á mi hermano D. Martin y al Dean D. Juan Chico, y por ellos un mensaje á D. Alonso, agradeciéndole su memoria, y ofreciéndole que, *si la salud de la Marquesa lo consentia*, mas tarde iria yo mismo á Chapultepec. De esa manera, si las cosas pasaran de modo que la ida no ofreciese inconveniente para *mi persona, la mas alta, la mas importante* hoy de Nueva España, favoreceria á D. Alonso con mi presencia; si, por el contrario, la tal fiesta es lo que algunos temen, avisándomelo mi hermano y el Dean, con que á mi señora la Marquesa *la aquejasen un poco mas de lo acostumbrado las molestias de su preñez*....

—¡Comprendo! (Esclamó el Marqués encantado con el consejo) comprendo y apruebo, Dean incomparable, Fénix de los consejeros, y digno, por cierto, de una mitra arzobispal.

—A la sombra de vueseñoría, respondió el hábil cortesano, hasta mi propia pequeñez puede engrandecerse. Dejémoslo á la mano de Dios.»

Inúltimente la Marquesa y D. Martin mismo, contra su costumbre, quisieron contradecir el consejo diplomático del Dean: el Marqués, á cuyo carácter cuadraban mejor los términos medios que las resoluciones enérgicas, atúvose á él, y quedó resuelto que se haria lo que Molina propuso.

Conocida la resolución del Marqués del Valle, prosigamos inquiriendo las de los restantes personajes de primer orden en su bando.

D. Luis de Castilla y otros caballeros de igual valía, sin vacilar resolvieron, unos de por sí, poniéndose otros de acuerdo, asistir á la fiesta; ya porque su publicidad y escándalo mismo, debian, al parecer, de escluir toda sospecha hasta del ánimo de los Oidores mismos; ya porque muchos la consideraron como oportuna y buena ocasion para que las dos parcialidades hicieran alarde de sus respectivas fuerzas.

De buena gana se escusara D. Bernardino Pacheco de Bocanegra de acudir á Chapultepec: primero, porque no estaban en su carácter y situacion de espíritu los placeres bulliciosos; y ademas porque le era D. Alonso antipático y casi odioso, como hemos podido advertirlo en sus conversaciones, siempre que la ocasion de esplicarse con respecto al esposo de doña Elvira se le ha presentado. Pocas palabras nos bastarán para explicar aquel sentimiento: antes de que Pacheco amase á Catalina, fueron íntimos amigos él y D. Alonso; desde que comenzaron sus relaciones con la muger de Juan Ponce, comenzó tambien D. Bernardino á estrañarse de D. Alonso, para acabar por huirle como á un animal ponzoñoso. Catalina tenia interés en que aquellos dos hombres no fuesen amigos, y lo consiguió fácilmente, merced al dominio que en su desdichado amante ejercia.

Mas, por entonces, ella fue la que determinó á Pacheco á mudar de propósito, y á decidirse, por consi-

guiente, á aceptar el convite, sin mas que decirle: «Yo voy, Bernardino; mi marido me lleva.»—Y era verdad que iba y con su marido, mas no porque este lo mandase, sino porque ella lo quiso.

Tambien para D. Pedro de Valdestillas hubo su billete, esplicándole, en primer lugar, aunque muy sucintamente, el plan general de la fiesta; pidiéndole, en segundo, que pusiese desde luego á Cristóbal á las órdenes y disposicion de D. Alonso; y rogándole, por último, que guardase con D. Fernando el mas inviolable secreto hasta el siguiente dia. Escusamos decir que de todo se dió por servido, y á todo se prestó el anciano Comunero.

Un poco mas estensa que la anterior, si bien siempre corta, fue la carta de Avila á D. Martin Suarez de Monroi: leyóla el grave personage, frunciendo á sus primeras frases el ceño, desarrugándolo sucesivamente á medida que en la lectura adelantaba, y dejando, por último, asomar sus labios una sonrisa, relámpago de satisfaccion, al terminarla.—«Es posible, exclamó, que al cabo se saque partido de los defectos mismos de este desatentado mozo. ¡Quiéralo el Cielo!»—Y sin mas, trasladóse á la misma casa de *Tlatelolco*, á que para buscarle, acompañamos á doña Elvira en el capítulo XII de nuestra primera parte. Una vez en ella, y dentro de un aposento mucho mas aseado, decente, y aún suntuoso, estamos por decir, de lo que el mezquino aspecto del edificio prometia, hizo comparecer á su presencia cuatro indios de inteligentes fisonomías y ágiles miembros, á los cuales dió ciertas órdenes, que por comunicarse en la lengua mejicana ignoramos, sabiendo solo que aquellos naturales las oyeron sumisos y silenciosos, y oidas partieron todos á un punto, mas en diferentes direcciones, á ejecutarlas sin duda alguna.

Salgamos ya del bando del Marqués, y para suavizar



la transición al contrario, diremos dos palabras sobre el único personaje de alguna importancia en Méjico que como neutral considerar podemos, á saber: de D. Luis de Velasco, el hijo del último Virey.

Leida que hubo D. Luis la invitación de D. Alonso, concebida en los términos corteses á que daban derecho á Velasco su nacimiento, carácter y posición, quedóse algunos momentos pensativo, y diciéndose interiormente:—«¿Querrán esos hombres arrojarse á alguna desca-  
»bellada empresa?—Cierto que para tales obras no es-  
»tuviera mal escogido el instrumento; porque D. Alonso  
»en osadía y temeridad es uno de los pocos que ya quedan  
»de la estofa de los Conquistadores.—Pero el Marqués...  
»Imposible: ese hombre no tiene alientos para tanto, y  
»con ocuparle en la corte estuviera el Rey seguro y  
»tranquila Nueva España... En fin, ¿Qué debo hacer?—  
»Asistir á la fiesta, y estar preparado por si quieren tro-  
»carla en fiesta de otra especie; pero sin causar alarma,  
»sin indisponerme con nadie.»

Tomada tal resolución, y llamado á su presencia el Tesorero nombrado para la proyectada expedición á las Filipinas, de la cual, como sabemos, era D. Luis Capitán general, dijole:—«¿Qué se debe á la gente?

—«Debemos, señor, un mes de sueldo, y ya comienzan á murmurar.

—Y con razón sobrada.

—Las arcas están vacías.

—¿Tan pobre está Nueva España?

—Desde que gobierna la Audiencia no he podido recabar ni un solo escudo de los *Oficiales Reales*; todo se consume, no sé en qué, ó se envía á España.

—Está bien: mañana pagareis la mitad de lo que se debe.

—¿Pero, señor, sino tengo blanca!

—Mi Mayordomo os llevará esta tarde lo necesario.

—Príncipe generoso, digno en todo de vuestro ilustre padre!

—Pasad por la posada del Maestro de Campo (1) y dadle este papel; en él le advierto que mañana las compañías han de pasar *muestra* (2) sucesivamente en el camino de Chapultepec, desde poco despues del alba en adelante. Acabada la muestra, Tesorero, pagareis en el campo mismo.

—¿Tiene useñoría otra cosa que mandarme?

—Nada; id con Dios.»

Como se vé, D. Luis era mozo que entendia su oficio, y no se preparaba del todo mal para ser con el tiempo un hábil gobernante.

¿Eranlo tanto los que por el momento ejercian en Méjico el poder supremo? Como han de responder por nosotros los hechos, ocupémonos ahora en ver qué efecto les produjo el famoso convite.

Con el billete en la mano, dándole vueltas sobre vueltas, cual si á fuerza de atormentarle hubiese de arrancar al papel, como á los reos, la confesion de su secreto, estábase el doctor Ceinos en su estudio, sorviendo tabaco en polvo, por decontado, y sin acertar ni á entrever siquiera el fallo que en tal pleito pronunciar debia. Ello, en verdad sea dicho, Salomon en persona se viera atarugado en aquel caso; porque decir *no*, era echarse por enemiga declarada, y con razon en aquellos tiempos bastante, á toda la nobleza mejicana, que se habia de considerar desairada en la persona de D. Alonso. Decir *no*, era ademas ofender directa y personalmente al hombre que en toda Nueva España se paraba menos ante los respetos humanos, y que asi pisara la toga de

(1) *Maestre de Campo*, entonces lo que hoy el Gefe de Estado Mayor.

(2) *Muestra*, acto equivalente á la actual revista de comisario.

los Jueces presentes y pasados, habidos y por haber, desde Pilatos hasta el doctor Ceinos inclusive, como las hormigas que en su camino hallaba. Pero decir sí no ofrecía menos inconvenientes, siendo, por una parte, meter la cabeza en la garganta del lobo; asociarse, por otra, con los presuntos *traidores*, y, en fin, entrar en relaciones de trato, sino de amistad, con un *burlador*, *libertino*, *pendenciero*, *jugador*, hombre en resúmen, de quien toda persona timorata y de honradas costumbres debiera huir, sobre todo teniendo hija ó muger en casa. Realmente, Ceinos no tenía *ya* razon en tal sentido para huir de Avila: mas el Doctor ignoraba su verdadera posicion conyugal.

No sabia, pues, á qué resolverse, cuando súbito, aceleradamente, y como si en la ciudad hubiera rebato, cayeron mas bien que entraron en su despacho, primero el doctor Villalobos, luego el doctor Orozco, despues el alcalde Villegas, y el último, y el solo sereno, Juan de Samano. Todos y cada uno de ellos llevaban, por supuesto, sus respectivos billetes: los dos Doctores entraron preguntando al Doctor presidente: «¿Qué hacemos? Manuel de Villegas, ¿Qué hace el Cabildo? ¿Qué manda la Audiencia?» Juan de Samano, diciendo: «Pensemos que ha de hacerse, porque el caso es grave, y vale la pena de meditarlo?»

Ceinos, ya perplejo mientras creyó que de sola su persona se trataba, sobresaltado al oir que á toda la Audiencia se estendia el compromiso, y casi con calentura al hacerse cargo de que tambien al Ayuntamiento alcanzaba, asíóse, como el que se ahoga, de una rama cualquiera, de las palabras de Samano, repitiendo con gravedad estudiada: «Pensemos, meditemos, que el caso vale la pena: es grave, muy grave, gravísimo.»

Sabido es que los Doctores no piensan sino sentados, ni meditan mas que á puerta cerrada: sentáronse, pues,

los Oidores, hicieron sentar á los dos Magistrados municipales; y en seguida, llamando Ceinos á su Page, mandóle cerrar las puertas y retirarse, que fue como si le mandara ponerse á escuchar lo que á decirse iba. ¡Tal era el buen Fortun de curioso y entremetido!

Mas por aquella vez hallóse el pobre mancebo con *la horma de su zapato*; esto es, con doña Beatriz su ama, la cual sabiendo ya por una vecina que toda la ciudad estaba revuelta con el convite de Avila, y sospechando que la junta de los Doctores iba á tratar de tan grave asunto, quiso enterarse de lo que resolvian. Recordando entonces oportunamente las mañas del Page, para imitarlas por decontado, púsose en acecho; y apenas advirtió que las puertas del estudio se cerraban, acudió al observatorio de Fortun, y hallóle en él establecido. Por el bien parecer, siquiera, creyóse obligada la honrada dueña á hacerle con el dedo índice de la mano derecha una señal al galante Page, de esas que hacen las madres discretas á sus hijos cuando en presencia de estraños intentan alguna diablura; pero Fortun, que era hábil, contestó juntando sus manos en actitud deprecatoria, y señalando luego tan espresivamente el agujero de la llave, que Beatriz, sensible á la pantomima como á la curiosidad, dejándose de melindres ocupó el puesto que un instante antes ocupaba el Page.—«Esta es la mia:» pensó el mozalvete, y en efecto, permaneció impávido en su sitio para que hubiera complicidad entre él y su ama; y ademas de complicidad *contacto de codos*, como se les exige en las filas á los defensores de la patria; porque dos personas que escuchan á una misma puerta y por un mismo agujero acechan, no pueden, á nuestro parecer, evitar el contacto de codos cuando menos.

En tanto discutiase detenidamente en el estudio el asunto en cuestion. Orozco opinaba que ni se respon-

diese al billete, que debia considerarse mas como insulto que como acto de civilidad, ni menos asistiera ninguno de los buenos á la fiesta, que no pasará, dijo, de ser algun Aquelarre de esos réprobos. Villalobos era de parecer que la urbanidad exigia que los buenos se excusasen por escrito; siendo harto significativo que todos ellos se abstuviesen de acudir á Chapultepec. Villegas hizo presente que no todos los Regidores eran enteramente ortodoxos, siendo por lo mismo de temer que á menos de mediar *acuerdo formal de la Audiencia*, asistieran muchos de ellos á la fiesta. Ceinos, y con razon, decia que la materia no era tal que admitiese *autos y notificaciones*; y divididos asi los pareceres, tomó la palabra Juan de Samano, que era allí la cabeza bien organizada, y dijo resueltamente: — «Mi parecer es que no debe faltar ni uno solo de los buenos á la fiesta, y oigan vuestas mercedes en qué lo fundo. Los del bando del Marqués irán todos, y como no puede mandar la Audiencia que no se vaya á un convite público, claro es que no faltarán entre nuestros parciales algunos, y no pocos, que por curiosidad, cuando por otra causa no sea, concurrán á Chapultepec. Los malos, pues, se presentarán unidos, mientras que los buenos en desacuerdo. Pero demos que ninguno de los buenos acepta el convite, ¿No estarán entonces mas á sus anchas los malos para concertar sus maldades? » Témesese que nos armen una celada: y yo digo que no piensa en tal quien tanto cacarea; mas si semejante designio tienen, que yo por mi parte casi lo deseo, todo se remedia con que esta noche, y secretamente, se requiera á D. Luis de Velasco para que haga mañana un *alarde* cualquiera de sus compañías en las cercanías del bosque. Seguro está que á vista de seiscientos hombres bien armados, y que D. Luis manda, osen los del Marqués acometernos.

«Si algun secreto designio se oculta tras esa que parece locura de D. Alonso, es, señores, el de adormecernos, haciéndonos creer que nuestra amistad se solicita. Aceptemos, pues, y velemos mas que nunca. Sean los engañadores engañados, y caigan en sus propias redes.»

Ese discurso produjo no menos efecto que en la parte interna del auditorio, en la esterna, esto es, en Beatriz y el Page, los cuales con el ansia de no perder sílaba, y aún de pillar uno que otro ademan del orador, aplicaron simultáneamente la vista al agujero de la llave, de donde resultó que sus rostros quedasen sumamente inmediatos el uno al otro. Amen de eso, el Page que no debia de ser buen equilibrista, estuvo ya para caerse, y cayérase á no asirse... á donde pudo, á la cintura de su ama, á la cual le fué forzoso llevar en paciencia aquel percance, por no esponerse á que entrambos fuesen descubiertos. Estaban, pues, Page y señora del color de las cerezas, y visiblemente conmovidos, y mirándose ya mas el uno al otro que al agujero de la llave, y Fortun sin soltar la cintura de Beatriz, cuando oyeron decir al doctor Ceinos, con su habitual enfática gravedad:

«Juan de Samano me ha robado el pensamiento: lo que él ha dicho y yo pensaba es lo que ha de hacerse.— Pésame solo de tener que obligar á mi *casta esposa* (aquí Beatriz, para que no la viera Fortun reirse, tuvo que taparse el rostro con el del Page mismo) á que concurra á casa de tal hombre como D. Alonso! Pero la razon de estado es antes que todo.»

Quedó, en resúmen, resuelto que todo el mundo asistiese á la fiesta.

Beatriz al separarse del Page dióle con la mano en la mejilla un golpe, para bofeton blando, para caricia sobrado fuerte; Fortun besó cristianamente la mano que le castigaba.

## CAPITULO XI.

—

**DONDE PROSIGUEN LOS PRELIMINARES DE LA IMPROVISADA FIESTA DE CHAPULTEPEC ; Y SE TRATA DE ALGUNAS ANTIGUEDADES MEJICANAS.**



UENTA, no recordamos ahora qué fabulista, que cierto aprendiz de hechicero, encargado de surtir de agua el laboratorio, trabajo que le agradaba poco, logró á fuerza de astucia, paciencia y perseverancia, sorprender el secreto de un conjuro, por cuyo medio el maestro, cuando, ausente el discípulo, necesitaba de agua, hacíasela traer por las *escobas* de la casa. Una vez dueño de tan importante secreto creyóse feliz el petulante alumno ; y en efecto, apenas se vió solo arrojóse á ensayar la fórmula del conjuro, con tan buen éxito, que cuantas esco-

bas habia en la morada del hechicero cargaron, cuál con cubo, cuál con cántaro, fuéronse á la fuente, donde llenaron sus vasos, que, vaciados en casa, volvian á llenar para vaciarlos de nuevo, y de nuevo volver á llenarlos. Al principio la cosa iba bien: mientras hubo tinajas, ollas y otros recipientes, el aprendiz pensaba que si *por mucho pan nunca hay mal año*, tampoco deberia de haberlo *por mucha agua*; pero la que las obedientes escobas acarreaban era tanta, que la casa del hechicero se iba convirtiendo en un estanque, cuando llegó aquel felizmente, y puso término á la actividad de los ciegos instrumentos de una cabeza escasamente iluminada por la antorcha del juicio. Ignoraba el aprendiz la fórmula para detener á las escobas, no menos necesaria que la que en movimiento las ponía.

Tal, ó poco menos, fue el caso de nuestro D. Alonso de Avila en los preparativos de su fiesta: mientras se trató de reunir gente, ponerla en movimiento, sacrificar animales domésticos, ojear los montaraces, despachar correos y cargar acémilas, es decir, de lanzar las *escobas á la fuente*, no hubo que pedirle, ya lo hemos dicho: de su casa, como los círculos que en el agua forma la caída en ella de un cuerpo extraño, fue estendiéndose el movimiento rápidamente á la calle, al barrio, á la ciudad, á los arrabales, al camino, al bosque, á las aldeas de aquel contorno. Pero, siguiendo á la acción la reacción, casas, calle, barrio, ciudad, arrabales, camino, bosque y aldeas comenzaron á descargar sobre D. Alonso un diluvio de criados, esclavos, jornaleros, mensajes, objetos, cartas, preguntas, dudas, consultas y avisos de tantas, tan diversas y encontradas especies, que el buen caballero creyóse trasportado á la torre de Babel. Ocupábase en disponer un aposento digno de los Marqueses, y avisábanle de que un caballo habia reventado; disponia una enramada en los jardines, y preguntábanle dónde



se hallaria la sal, que ya faltaba, para condimentar las carnes... ¡Triste D. Alonso! Triste, si no fuera casado, y casado con doña Elvira, la cual, ó juzgando por lo que en su casa pasaba de cuál estaria la del bosque, ó por algun criado avisada, ya muy de noche montó á caballo, que era gran gineta, y apareció en buen hora en los frondosos términos de Chapultepec.

—«¡Alabado sea Dios! Esclamó viéndola llegar don Alonso: ¡Alabado sea Dios que os inspiró el pensamiento de venir á ayudarme!!!»

La sola presencia de la Dama, grave, tranquila, severa como siempre, calmó la tempestad insoportable de gritos inútiles é innecesarios golpes, que casa, corral y campo atronaban. Sus órdenes, claras, concisas, metódicas, y con acento que no daba lugar á réplica pronunciadas, no solo acabaron de establecer el orden, sino que en consecuencia hicieron mas fácil y mas activo el trabajo. D. Alonso fue el caos que hacinó los elementos todos; doña Elvira la providencia que los sacó á luz metodizados.

Antes de media noche todo estaba terminado en Chapultepec, gracias á la actividad constante y al orden con que en último lugar se habian conducido los trabajos; y cuando decimos que todo se habia terminado, referímonos solo á la parte de mas bulto y estrépito, pues á los primores del adorno, y á los ribetes gastronómicos, claro está que hubo de proseguirse atendiendo sin descanso ni interrupcion hasta el siguiente dia.

Satisfecha ya entonces doña Elvira de que sus numerosos huéspedes serian dignamente recibidos, retiróse á su casa, escoltada por su esposo y varios criados, como hacerlo suelen á sus tiendas los grandes Capitanes la vispera de una batalla decisiva, luego que han dictado sus órdenes y tomado sus principales disposiciones, dejando á cargo de los subalternos los pormenores de me-

nor cuantía. No así D. Alonso, para quien, por aquella noche á la cuenta, debia de ser el descanso fruta prohibida, pues apenas hubo dejado á doña Elvira en su estancia, montando de nuevo á caballo, regresó á su quinta; y allí, cambiando la montura, encaminóse, sin mas compañía que la del negro mudo, su particular sirviente, á lo interior y mas enmarañado del bosque. Era ya desde algunas horas antes terminada la cacería; las reses estaban en poder de los cocineros, y los cazadores habianse en gran parte dispersado; mas, sin embargo, unas cuantas hogueras, caprichosamente repartidas en el área del bosque, daban testimonio de que no pocos de ellos pasaban la noche en el cazadero, como los ejércitos en señal de victoria, sobre un campo de batalla.

D. Alonso, por el momento mas sereno y sentado, mas *solemne* diriamos de buena gana, de lo que él acostumbraba á estarlo nunca, á cada nueva hoguera que en el horizonte divisaba solia esclamar:—«¡Una!—Bien.—¡Ya son tres!—Esa es otra.—Van llegando.»—Y otras tales palabras ó breves frases, signos á un tiempo de su satisfaccion y de no sorprenderle la vista de aquellos ranchos, cuyo conjunto, aumentándose á medida que las horas de la noche trascurrian, acabó por formar al alba un verdadero campamento.

Mas cualquiera que fuese el interés que á Avila inspiraban los fuegos, dejando todos los que por entonces habia á su izquierda, y torciendo el camino á la derecha, internóse en el bosque hasta llegar á un punto en que la corpulencia de unos árboles, el ramaje de otros, lo espeso de todos, la abundancia de malezas, y monte bajo, en fin, atajaron los pasos á su caballo. Echó pie á tierra el esposo de Elvira, arrojóle las riendas á su acompañante, y haciéndole seña de que permaneciese quieto, prosiguió él solo su camino. El negro, máquina

que se daba cuerda á sí misma, mas que humana criatura, obedeció en el bosque como lo hubiera hecho en la ciudad, sin tomarse siquiera la molestia de pensar ni un solo instante en lo que le pasaba. Alguno habrá que esclame al leer nuestros renglones: « ¡Dios nos libre de tal hombre! » Pedímosle perdon, pero un criado mudo, que sirve sin meterse en dibujos, parécenos que debe ser gran cosa para la comodidad de su amo.

Mientras el negro permanecia inmóvil en su caballo, y teniendo del diestro el de D. Alonso, este, saltando mas bien que andando como unos quinientos pasos en aquella solitaria poco frecuentada parte del bosque, acercábase al parage, apenas pisado por humana planta, donde contra los progresos de la civilizacion se refugian el salvaje *Cojamell*, el bravo *Miztli*, y el cruel *Tlacolelotl*, queremos decir: el Javali, Leon y Tigre mejicanos. Y no eran solas tales fieras las que aquella inculta parte del bosque infestaban, porque amen de no pocos monos, tejones y otros menores cuadrúpedos, los reptiles tenian en ella tambien formidables representantes. Grande, pues, era el interés que allí y á tales horas, solo, y sin mas armas que su espada y daga conducia á D. Alonso; y si objeto importantísimo no le movia á que tal riesgo corriese, debia de ser inmensa su locura.

¿Mas á qué cansarnos en discurrir y conjeturar, cuando es infinitamente mas sencillo seguir paso á paso al esposo de Elvira y enterarnos como testigos de vista de sus aventuras en aquella noche?—Verdaderamente la impaciencia es gravísimo defecto, que solo conduce á retardar aquello mismo que acelerar pretende.

Volviendo á D. Alonso, andado ó saltado que hubo, como deciamos, unos quinientos pasos, hizo alto un momento, tendiendo en derredor la vista con el cuidado de quien se orienta en terreno desconocido; y sin embargo, fuera de ciertos indios familiarizados desde la infancia

con el vegetal laberinto en que á nuestro caballero tenemos, él solo acaso en Méjico conocia lo bastante el bosque para emprender, no digamos de noche, mas aún alumbrando el sol, tan arriesgada correría. Avila, audaz y temerario desde sus primeros años, habíase, por decirlo así, ensayado con las fieras, antes de emprender con los hombres y las mugeres, *fieras* (decia él y no el autor), fieras mucho mas temibles que las irracionales de entrambos mundos sumadas y reunidas. Conocia, por tanto, á Chapultepec, tronco por tronco, caverna por caverna, palmo á palmo; y practicó en sus escasas trochas, como en sus multiplicados laberintos, corriale, generalmente hablando, con la misma seguridad, con igual desembarazo que su casa de Méjico. Y no obstante paróse, como deciamos, para orientarse, porque sobre ser profundas las tinieblas y el sitio el mas enmarañado de la selva, preocupábanle á él tan hondamente las causas y probables consecuencias de aquel su nocturno singular paseo, que no estaba para recordar árboles y reconocer matorrales, sin tomarse para ello siquiera algunos instantes.—¡Avila preocupado!—Sí, lector benévolo, y por tercera vez de su vida. Catalina, primero con su traicion; los celos de su honra despues; y en fin, el objeto que á lo interior del bosque le llevaba entonces, fueron las tres solas cosas, hasta el momento en que le consideramos, que hicieron capaz al vagabundo espíritu de Avila de fijarse en solo un pensamiento. Rocas hay que detienen, por instantes al menos, el curso del mas bravo torrente.

Pensativo estaba nuestro *andante*, pensativo y suspensivo, no sabemos si buscando su camino, ó recapacitando sus proyectos, cuando súbito sintió no lejos de sí, aunque no tan cerca que para prepararse le faltase tiempo, un confuso rumor de hojas movidas, ramas que crugían, y árboles que temblaban; rumor para un cortesa-

no insólito y desconocido , mas para un cazador consumado como D. Alonso , harto familiar y distinto. Harto, hemos dicho, y no sin causa; porque aquel rumor causábalo, á no dudar, la aproximacion rápida de un furioso Cojametl que, lanzado, á la cuenta, de su madriguera por la batida de aquella tarde, aun no habia acertado á sosegarse. Tal visita, nunca de improviso lisonjera, pudiera ser hasta una diversion para D. Alonso en cualquier otra circunstancia, y sobre todo en parage donde mas libres fuesen sus movimientos: en el momento á que nos referimos, y hallándose en sitio donde no era fácil, de noche sobre todo, mover la planta sin tropezar con algun grave obstáculo, no diremos que tuvo miedo el esposo de Elvira, por no agraviarle, pero sí que experimentó una de las mas desagradables sensaciones de su vida.

—« ¿Será un agüero? Esclamó con cierto indefinible, supersticioso presentimiento. ¿Será un aviso del Cielo? ¡Apenas doy el primer paso en esta, para mí nueva senda, cuando ya me asaltan graves riesgos.—Pues ¡Vive Dios! que si, como es un *Cojametl*, fuese el infierno entero el que viniera, no haria retroceder ni un palmo á D. Alonso de Avila! No, ¡Pesia mi vida! ¡No se ha de decir de mí que solo soy espanto de *pecadoras* y terror de *maridillos*! ¡Vengan Javalies, lluevan sobre mí los agüeros, ni ahora he de volver atrás el pie, ni mas tarde he de cejar en aquello que únicamente puede engrandecerme á los ojos mismos de Elvira.»—Mientras de ese modo se alentaba á sí propio en aquel peligroso trance, dando muestra de la mas rara especie de valor entre las conocidas, mejor dicho, del único valor de buena ley y mas subidos quilates, que es aquel que no ha menester del aguijon de la publicidad para hacer frente á los riesgos; D. Alonso, no embargando en él el movimiento de la lengua al de las

manos, tiraba su espada con la diestra, empuñaba en la siniestra la daga, apartábase lo poco que la aspereza del sitio le consintió de la dirección que á su entender traía la fiera, y encomendándose á Dios de todo corazón, esperaba con esforzado aliento el suceso de aquella verdaderamente espantable aventura.

Ya las hojas se movían en torno del caballero mismo, ya el crugir de las arrancadas ramas sonaba inmediato á sus oídos, ya, en fin, el bufido iracundo del desatentado animal podemos decir que las mejillas de D. Alonso abrasaba, cuando este, mas por instinto de la propia conservación que con razonada esperanza de producir efecto en el Cojameatl, prorrumpió en un vigoroso grito, con tal fuerza de pulmones lanzado que, repetido una y otra vez por los ecos del monte, por un instante detuvo á la fiera en su camino.

Al grito de Avila respondió súbito otro á corta distancia, diciendo:—*¡D. Alonso!--«¡Cristóbal!--* Esclamó entonces nuestro caballero, reconociendo la voz del indio tlaxcalteca servidor de Valdestillas, y en el mismo instante silbó, pasando rápida sobre su cabeza, voladora flecha, y mas bajo hendió los aires un dardo vigorosamente lanzado; y el Cojameatl, prorrumpiendo en un bramido espantoso, holló con su desplomado cuerpo las malezas del bosque, tiñendo con su negra sangre el sitio que poco antes ocupaba D. Alonso.

Rápida, instantánea como el fulgor del relámpago, ó el curso del rayo, fue la escena que de escribir acabamos: desde que Avila sintió el rumor que le amenazaba con la aproximación del Cojameatl, hasta que aquel animal cayó exánime, por el dardo atravesado, mediaron apenas tres minutos; mas solo quien en tan grave riesgo se haya alguna vez encontrado comprenderá las horas de agonía que cada segundo puede encerrar, el gozo inmenso que el valiente mismo, el valiente mucho mas

que el cobarde, experimenta al verse sano y salvo al salir de peligros tales.

Así D. Alonso, vehemente siempre, y entonces con justicia, estrechó en sus brazos á Cristóbal, que tras el dardo, con certera mano lanzado, se precipitaba, con un placer, con una efusion como rara vez habia experimentado.

—«Dos veces, le dijo, te debo la vida, buen Cristóbal, y no acierto á pagártela mas que con mi amistad, que te ofrezco sincera: acéptala, Cristóbal, y dame tu mano.

—¡Oh! ¡Oh! Esclamó el indio haciéndose atrás modestamente; pobre tlaxcalteca, humilde criado, no ser digno de amistad del caballero Castellano.

—El tlaxcalteca, el criado, respondió D. Alonso, tiene un noble corazon que le ensalza á pesar de su humilde nacimiento: otra vez te ofrezco mi amistad, indio, otra vez te tiendo mi mano de caballero, no la rehuses.

—¡Y bien! Repuso Cristóbal, contagiado por el entusiasmo que á D. Alonso dominaba, y estrechando de corazon la mano que cordialmente tambien le tendia aquel:—«Si D. Alonso piensas así, tlaxcalteca digno de ser su amigo; porque corazon de Cristóbal estar noble, aunque Cristóbal plebeyo.

—Si el corazon de Cristóbal, exclamó una tercera voz, hasta entonces silenciosa, con acento grave y tono solemne; si el corazon de Cristóbal es noble, y D. Alonso tan caballero como dice, ni el indio ni el castellano perderán el tiempo en palabras ociosas.

—Tienes razon, Poyahuitl, mi médico, mi segundo salvador; dijo entonces Avila, reconociendo desde luego la voz del sacerdote. No perdamos el tiempo en palabras ociosas. Guiadme que ya os sigo.»

Y diciendo y haciendo, Poyahuitl delante, en pos de él D. Alonso, y cerrando la retaguardia Cristóbal, em-

prendieron una nueva caminata por el bosque adelante, sin que ninguno de los tres desplegara los labios durante unos ocho ó diez minutos.

Al cabo de ese tiempo hizo alto el sacerdote, é imitaronle sus compañeros; oyó D. Alonso entonces el silbo de una serpiente tan cerca de sí que, creyendo tenerla á sus plantas, iba á dar un salto atrás, mas Cristóbal detúvole asiéndole del brazo, y con espresiva silenciosa pantomima haciéndole entender que era él quien habia silbado. Aunque Avila quisiera fuérale imposible hacer reflexion alguna sobre la habilidad del indio, porque al silbo de Cristóbal contestó á cierta distancia otro idéntico; y repetida la señal hasta dos veces mas de una y otra parte, Poyahuitl rompió de nuevo la marcha, y hubieron de seguirle D. Alonso y Cristóbal.

A los cincuenta ó cien pasos, á lo sumo, dejóse oír, mas cercano que el silbo en respuesta al de Cristóbal, el graznido de un *Cozquahutli*, ó *Rey de los Zopilotas*, ave de rapiña del tamaño de un Aguila ordinaria, notable por su roja cabeza; por la carnosidad que, en forma de collar color de escarlata, le rodea el cuello; por la belleza de su plumaje matizado de blanco, negro y pardo; y mas aún que por esas circunstancias, porque no solo limpia los campos de insectos, sino que, acechando á las hembras de los cocodrilos cuando en la arena depositan sus huevos para que el sol los fecunde, vuela presuroso á destruirlos, minorando asi aquella maléfica raza.

Al graznido del *Cozquahutli* tocóle responder al sacerdote, que lo hizo con perfeccion suma; y repetida tambien hasta tres veces aquella segunda señal, caminaron de nuevo nuestros personajes otros cien pasos próximamente.

Al hacer alto, una voz humana pronunció en mejicano cierta palabra, que debia de ser como la que en



los ejércitos españoles se llama el *santo*; contestó Poyahuitl con otra, sin duda convenida, y súbito vióse don Alonso rodeado de indios armados á la antigua usanza de su tierra, los cuales, vaporosos y mudos como fantasmas, formaron círculo en torno de su persona.—Observábase Poyahuitl escrupulosamente, ansioso de sorprender en su rostro ó ademanes alguna muestra de recelo que hiciese al castellano inferior á los indios, por el momento al menos; mas Avila, que no temia á las fieras, cuidábase poco de los hombres, y, si hemos de decir la verdad, menos aún de los indígenas, á quienes, por efecto de una preocupacion fácilmente esplicable, habia hasta entonces considerado como de raza esencialmente inferior á la suya.

Unos cinco minutos permaneció D. Alonso rodeado por los indios, sin que el profundo silencio que en el bosque reinaba, se interrumpiese por el rumor mas leve.

Pasado aquel tiempo, una voz dijo á corta distancia:

—«¡D. Alonso!

—¡Vedme aquí! «Contestó el interpelado echando á andar. Abrióse el círculo de los indios para dejar paso al caballero, quien á los pocos pasos, encontrándose frente á frente con D. Martin Suarez de Monroi, dijole:

—«He cumplido mi palabra: aquí estoy.

—Y yo cumpliré tambien la mia, D. Alonso: seguidme.»

Acabando tan lacónico diálogo, y uno al lado del otro, prosiguieron caminando los dos caballeros; tras de ellos únicamente Cristóbal y Poyahuitl; y los cuatro, atravesando sucesivamente todavía dos líneas mas de centinelas ó escuchas, con gran conocimiento del terreno y esquisita precaucion dispuestas, llegaron, en fin, á una especie de circular plazoleta, que en lo mas intrincado del bosque abrieron á medias la accion del tiempo y la mano del hombre, en torno de un solitario

enorme peñasco. Manaba de aquel un cristalino arroyo, cuyas transparentes aguas, depositándose primero en una taza rústica al efecto dispuesta, y de ella rebosando, iban despues serpenteando al través de los árboles y arbustos á perderse tras largo camino en las lagunas mejicanas. Merced á su benéfico influjo y á la espesa natural techumbre con que las entretegidas ramas de los árboles cubrian aquel sitio, entapizábale perenne alfombra de fresca yerba, cuyo verde matiz esmaltaban con varios colores salvajes multiplicadas florecillas.

En torno del perímetro de la plazoleta corria una especie de cerrillo de verde cespced, obra, sin duda, en su origen del trabajo del hombre, mas que con el transcurso del tiempo afectaba ya los caractéres de robustez y variedad pintoresca que distinguen á los naturales productos. Frente á ese que, sin grande esfuerzo de imaginacion, pudiéramos distinguir con el nombre de circular *escaño*, en el centro casi de la superficie por él limitada, y muy inmediata al peñasco que ya mencionamos, veíase una gran masa de piedra negra, veteada de rojo, cuya forma prismático-rectangular, no ofrecia cosa notable, como no fuesen las circunstancias de ser bastante mas larga que ancha, y su cara superior un plano inclinado en el sentido de la longitud.

Cuando á tal parage llegó D. Alonso con D. Martin y los que le seguian, era la oscuridad tan completa que apenas se divisaban los caminantes unos á otros; mas pronunció Suarez de Monroi en voz baja algunas palabras para Avila incomprensibles, y como por encanto, aparecieron en la plazoleta cuatro indios con sendas antorchas encendidas.

Los dos primeros pudieran pasar, en efecto, á los ojos de D. Alonso por verdaderos aparecidos, mas como él no era hombre que perdia fácilmente la brújula, ni en quien los fantasmagóricos espectáculos produjeran te-

mor, ya al salir el tercero y cuarto, advirtió que lo hacían por detrás de aquella gran piedra negra y roja de que hablamos, y de la roca misma, deduciendo juiciosamente que la última encerraba, sin duda, alguna de las muchas cavernas que, según la antigua historia mejicana, fueron diez y siete años consecutivos moradas de *Xoloth* y de sus feroces *Chichimecas*.

¿Por qué, á pesar de lo que hemos dicho del valor y serenidad de D. Alonso, se estremeció involuntaria, pero profundamente, y en los ojos de Poyahuitl brilló un destello de bárbaro gozo al contemplar ambos la gran piedra negra y roja?

Porque el uno y el otro, el cristiano y el idólatra, el castellano y el indio, con horror el primero, con fanática alegría el segundo, reconocieron desde luego en la tal piedra uno de aquellos nefandos altares en que la ciega ignorancia de los mejicanos primitivos inmolaba las víctimas humanas en holocausto á sus falsos dioses.

Y era, en efecto, el monumento que la entrada de la caverna ocultaba una piedra de sacrificios, antiquísima, quizá del tiempo de los *Chichimecas* mismos, pues que en tal parage se encontraba.

D. Alonso, empero, vióse prontamente distraído de aquella desagradabilísima sensación por la voz de Suarez que le dijo:

—«Sentémonos, si os place; y vereis, D. Alonso.»

Obedeciendo el esposo de Elvira, sentáronse él y don Martín en el centro del escaño frente á la piedra; Cristóbal quedóse, según su costumbre de achicarse, á la entrada de la plazoleta; y el sacerdote, no pudiendo resistir á su vocación, apoyóse en el solitario abandonado altar de los sacrificios.

Así dispuestos los personajes, á una seña de D. Martín salieron de la caverna á manera de procesion, desfilando gravemente ante los dos caballeros, hasta una

docena de indios, en general ancianos, ninguno jóven aunque varios en la edad viril, todos armados completamente á la antigua usanza de su tierra.

Haremos de tales armaduras una circunstanciada descripcion, siquiera para que el lector no se imagine á los infelices indios con el singular atavío en que suelen presentárselos de ordinario asi los novelistas extranjeros, como los que en España y fuera de España ponen en escena óperas, bailes y dramas en que los tales figuran, abusando singularmente unos y otros y todos del derecho, mas que dudoso, que se arrogan de emplumar al prójimo, y no menos de sus facultades inventivas, que de las poéticas licencias.

El comun de los soldados, entre los indios, iba á la guerra completamente desnudo, salvo un paño de algodón, llamado entre ellos *maxtlatl*, ceñido en torno de las caderas y que solo descendia lo indispensablemente exigido por la decencia. Pintábanse el cuerpo, en cambio, de diferentes estrañas maneras, supliendo asi las armas defensivas de que la pobreza de los individuos y la parsimonia, por no decir avaricia, del imperial tesoro les privaba: pero adornarlos con plumas es como si á un mendigo ruso le pintásemos vestido de Martas cibe-linas; porque la pluma era en Méjico una de las mas preciadas y esquisitas mercancías. Ni en la cintura, pues, ni en la cabeza, usabán plumas, ni usarlas podian los soldados rasos, reservándose aquel adorno para los oficiales, gefes y caudillos; y usándolas esos como diremos pronto. La única arma defensiva y el artículo de lujo únicamente tambien permitido á los simples soldados, era el escudo ó rodela, llamado *Chimatli* en el idioma de aquel pais: su forma fue por lo menos tan varia como en Europa, habiéndolos elípticos, circulares, y cuadrilongos por la parte inferior redondeados. En cuanto á la materia unos eran de madera, los mas de ciertas cañas

elásticas á par que sólidas, llamadas *otalli*, y cubiertos ya con pieles de diversos animales, ya simplemente enlazadas las cañas por medio de una cuerdecilla de algodón, y revestido todo despues exteriormente con plumas de varios colores.

Usaba la gente principal tambien de los escudos, pero mas sólidos y ricos que los de la soldadesca, pues eran ya de planchuelas de oro, los de los príncipes y alta nobleza, ya de conchas de tortuga con adornos de cobre, de plata ó de oro, segun la riqueza de su dueño, ó el grado que en el ejército tenia.

Para concluir ese punto réstanos solo decir que hemos hablado hasta ahora exclusivamente del escudo ordinario, cuya magnitud era la regular y necesaria para defender el torso del que lo llevaba, habiéndolos, no obstante, capaces, en casos dados, de ocultar completamente el cuerpo de un hombre, al paso que tambien otros tan reducidos y frágiles, que solo servian para los alardes, torneos y otros marciales juegos.

Segun Clavigero, á quien puntualmente seguimos en estas noticias, parece que los grandes escudos estaban de tal suerte contruidos que, pudiendo reducirse á una dimension media, cuando asi convenia, servíanse de ellos sus dueños como de *quitasoles* para preservarse de los ardores del astro Rey, siendo las pieles de diferentes animales y el *Ullí* ó *Ule*, que asi llamaban los mejicanos á lo que nosotros *goma-elástica*, las principales materias que en su fabricacion entraban.

Si los soldados presentaban desnudo el pecho al enemigo, salvo el escudo, no asi sus gefes, que todos vestian la armadura llamada por ellos *Ichachuepilli*; por los españoles, corrompiendo la voz, *Escaupil*, y por mofa *Albardilla*. Consistia la tal armadura en un tejido de algodón acolchado, de uno á dos dedos de grueso y á prueba de flecha, razon por la cual los conquistadores

mismos, como ya creemos haberlo dicho , acabaron por usarla en repetidas ocasiones. Solo cubria el *Ichachuepilli* el pecho y la espalda; mas encima se ponian los oficiales mejicanos otra segunda armadura del mismo tejido, cuya forma era conveniente á ceñirse al cuerpo, defendiendo el pecho, el estómago, la espalda, la mitad del antebrazo, merced á sus mangas , y el primer tercio del muslo con su prolongacion en forma de cortos calzoncillos, ó de zaragüelles si se quiere, que eran, como las mangas, tambien parte integrante de aquel traje y de una pieza con él tejidos.

Los Príncipes y Grandes del Imperio usaban corazas hechas de varias planchas de oro ó de plata sobredorada, y encima de ellas una *casaca* ó *cota de armas*, hecha de un grueso tejido de ricas matizadas plumas, yendo de esa suerte seguros , no solo de las flechas, sino que tambien de las picas y aún de las espadas mismas, segun testimonio de los conquistadores.

Defendidos asi el torso , antebrazos y muslos del guerrero de importancia, no hubiera sido lógico, ni menos cómodo , dejar indefensa la cabeza ; y no eran los mejicanos hombres bastante escasos de entendimiento para que en tan craso como peligroso error incurrir pudieran. Usaban , pues , de verdaderos *cascos* ó *celadas* de durisima madera, bastante á resistir los golpes de sus armas ofensivas, de que pronto hablaremos; y para poner espanto en el corazon de sus enemigos , dábanles forma ya de cabezas de serpiente, ya de fieras, dejándoles abiertas las bocas armadas de agudos dientes ó de enormes colmillos. Por cimera, remate y adorno de tales cascos usaban constantemente de penachos de bellas plumas, que tambien servian, tanto para realzar la estatura y marcial continente de los guerreros, cuanto para distinguir con sus matices y riqueza las graduaciones y gerarquias respectivas. Solamente los mas pobres hidal-

gos, ó los *Gladiadores*, que en Méjico, como en Roma, complaciase alguna vez el pueblo en el espectáculo de los combates á muerte entre esclavos; solamente, decimos, los hidalgos pobres, entre los hombres libres, usaban de la diadema de metal coronada de plumas, con que tan sin misericordia emplumamos en Europa á todo indio nacido; y dígasenos ahora, en conciencia, si no era casi una obligacion nuestra restituirles á aquellos indigenas sus verdaderas armas defensivas.

En cuanto á las ofensivas, tenian muchas y variadas, á saber: arcos y flechas, hondas y piedras, lanzas, picas, mazas, espadas, y dardos ó venablos. Los arcos de madera flexible y dura; sus cuerdas de tendones de varios animales ó de pelo de ciervo; las flechas de duras delgadas varas, y armábanlas con espinas de pescados, huesecillos puntiagudos de otros animales, ó con una cuchilla de pedernal ó sea la piedra que ellos llamaban *Aztli*. Es de notar que los guerreros del Anahuac se abstuvieron siempre de emponzoñar sus flechas; pero sentimos tener que añadir que se atribuye tal costumbre, á primera vista altamente notable, no á humanos sentimientos, sino al temor de privarse de sus bárbaros banquetes de carne humana.

Poco diremos en cuanto á lanzas y picas: todas constaban, fuera su longitud mucha ó poca, que de varios tamaños las habia, de un asta ó palo de madera dura y flexible, y de una punta hecha de espinas, huesos ó pedernales; algunas veces con cuchilla de cobre. Hacíase el *dardo*, en general, de una caña ó *Totli*, sacándole punta y endureciéndola al fuego.

Pero el instrumento de muerte verdaderamente original y á los mejicanos peculiarísimo, circunstancia que para nosotros merece que á describirle nos detengamos, era el *Maquahuitl*, por corrupcion *Macana*, ó sea *espada*, como la llamaron los nuestros; porque, en efecto,

á guisa de tal se servian de ella los indios. Consistia aquella arma en un palo grueso y fuerte , de tres y medio á cuatro pies de longitud, y algo mas de cuatro pulgadas de ancho, en cuyos dos cantos iban incrustadas y fijas por medio de la *goma-laca*, unas cuchillas de *Aztli* extraordinariamente afiladas. Correspondíanse exactamente las cuchillas de uno y otro canto , y entre las de cada uno mediaba un espacio algo mayor que el ancho de una de ellas; por manera que el número de las de un lado no solia pasar de siete, ni en consecuencia, el total de catorce. A manera de puño , servia para asir y manejar el *Maquahuitl* , un ancho anillo en que el palo ú hoja de aquel instrumento remataba por la parte superior. Dicen los historiadores que la fuerza y filos de la espada mejicana eran tales, que se vió en mas de una ocasion cortar con ella y de un solo tajo la cabeza de de un caballo; pero tenia el inconveniente de inutilizarse el filo de las cuchillas al primer golpe de alguna fuerza que con ellas se daba.

Tales eran las armas de los mejicanos, en general, tales las que en la noche, vispera de la proyectada fiesta en *Chapultepec* vestian los indios que ante D. Alonso aparecieron en la escondida plazoleta del bosque, donde en compañía de D. Martin Suarez , de Cristóbal y de *Poyahuitl* le dejamos al comenzar la anterior episódica digresion , con la cual pondremos término al presente capítulo.



## CAPITULO XII.

**DE COMO D. MARTIN SUAREZ CREYÓ EN EL BOSQUE ADQUIRIR GRANDE  
IMPORTANCIA Á LOS OJOS DE D. ALONSO DE AVILA, Y D. ALONSO LE  
PROBÓ Á ÉL QUE LA SUYA PROPIA NO ERA ESCASA.**



on mas curiosidad que asombro contemplaba D. Alonso la marcha compasada y grave de los indios que ante él desfilaban en silencio, como suelen por la mente de los hombres de ardiente fantasía y á los estudios históricos consagrados, personajes y naciones de edades que siglos antes dejaron de ser; y es nuestra comparacion exacta, porque en realidad las armas y trajes que Avila miraba, ni aún en las montañas mismas de Méjico, á la sazón aún mal conocidas é imperfectamente dominadas, se usaban ya en su antigua pureza.

—«¡Vive Dios! Esclamó D. Alonso allá en sus aden-

tros , que el bueno de D. Martin me ha tomado por un niño fácil de asustar con supuestas apariciones; pero yo le prometo , si tal piensa , que no tardará en salir de su craso error. Entre tanto veamos.»

Y en efecto , miraba y veia á los armados indios, quienes, dada una vuelta completa al rededor del circular espacio , volvieron á colocarse formados en ala ante nuestros dos caballeros.

—«Reparad, dijo entonces al esposo de Elvira el misterioso D. Martin ; reparad , D. Alonso , el escudo del primero de esos guerreros indios que teneis delante.

—¿Cuál? ¿El de nuestra izquierda?

—Ese, cabalmente. ¿Teneis noticia de que el uso del *blason parlante* , es decir: de aquel cuyas piezas, no solo tienen cada cual su particular alegórica significacion, sino que en conjunto espresan un nombre ó un pensamiento , era conocido entre los indios mejicanos antes de la conquista?

—Héselo oido decir muchas veces á mi difunto padre.

—¿Y se os alcanza algo, D. Alonso, de la ciencia del blason?

—Sí tal, por vida mia, D. Martin; pues, aunque poco letrado, soy noble y algo entiendo de achaque de timbres y heráldica.

—Mirad entonces , vuelvo á deciros , el escudo del indio que os señalé , y ved si descifrais su empresa.»

Fijó D. Alonso los ojos un instante en el escudo que se le designaba , y dijo:

—«Si no miente la pintura, aquella *higuera ó nopal, tuna* ó salvaje, que los indios llaman *Tenuch*, sobre una piedra colocada, es el antiguo blason de la imperial ciudad de Méjico.

—Y éslo en verdad, que eso reza en romance la palabra *Tenuchtitlan* , primitivo nombre de Méjico : *Higuera sobre piedra*.

—¿Y ese indio representa...?

—A Méjico, Tlatelolco y su comarca; dos mil guerreros á todo dispuestos.

—Deséoles mas valor que tienen buenas armas, si todas son como las de su representante.

—¿Olvidais, D. Alonso, que con tales armas pusieron mas de una vez en durísimos trances al mas esforzado caballero, al mas insigne caudillo de la cristiandad, á Hernan Cortés, en fin, para escusar inútiles encarecimientos?

—Sé que entonces fueron vencidos, y sé que ahora llevan ademas cuarenta años de servidumbre.

—Si tal es vuestro sentir, no hay para qué prosigamos nuestra tarea. Idos en paz....

—No lo digo, por tanto, D. Martin: reconocer la debilidad de las armas de esos hombres no es dudar de su valor, ni flaquear el mio. He dicho una vez que acometo la empresa, y mientras viva no desistiré de ella.»

Pronunció D. Alonso esas palabras con un acento de indudable sinceridad, con un tono de conviccion y firmeza tan lejanos de la hipocresía como de la fanfarronada; y D. Martin, con no ser hombre que por impresiones del momento se dejaba arrastrar, no pudo menos de estrecharle la mano, hecho lo cual, dijo:

—«Pasemos al segundo.

—Su empresa consiste en *en dos saetas* que sostienen una *mazorca de maiz*.

—¿*Traxcallan!* Esclamó Cristóbal sin poderse contener, y con lágrimas en los ojos.

—Si, Traxcala, repuso D. Martin conmovido; la *Tierra del Pan*, el pueblo guerrero, la república fidelísima aliada de Hernan Cortés?

—¿Y tambien con los tlaxcaltecas contais? Preguntó D. Alonso

—¿Si cuento con los tlaxcaltecas? ¿Pudieran por ven-

tura faltar ellos donde de la gloria del Marqués se trata? Preguntádselo á Cristóbal, á ese en la apariencia humilde siervo y resignado esclavo, que fue, que es, que será siempre mi principal agente.

—Y mi amigo además, Sr. D. Martin: ¿No es verdad, Cristóbal?»

Hallábase el indio tan conmovido, tan como avergonzado de oirse alabar con tal extremo de encarecimiento por aquellos dos caballeros castellanos, que incapaz de pronunciar ni una sola palabra en respuesta á las de D. Alonso, hubo de limitarse á responderle con un apasionado ademán de exquisita sensibilidad, tan bien espresada por él como por los dos españoles comprendida.

Terminado que fue aquel rápido sentimental episodio, tomó de nuevo la palabra Suarez de Monroi, diciendo:

—«Con *Tlaxcala* y á su lado asiste aquí *Ahuilizapan*, que hoy se llama *Orizaba*.

—Su blason, si es el tercero, representa la mitad superior del cuerpo de un hombre como saliendo de entre juncos y espadañas, y con los brazos abiertos como si nadase. Confiésoos, D. Martin, que mi ciencia heráldica no alcanza á descifrar esa *pieza*.

—Esos juncos y espadañas sobre un fondo claro, son el geroglífico con que los megicanos, que, como sabeis carecian de alfabeto, representaban el *agua y sus riberas* en general; y el busto del hombre, en la actitud que decís, significa *placer, contentamiento ó deleite*. Unid, pues, las dos ideas, *ribera del agua y placer*, y tendreis lo que significa el nombre de *Ahuilizapan*, á saber: *Agua del placer, ó ribera deleitosa*. Y en efecto, *Orizaba* se edificó en la ribera de un deleitoso lago, en los términos de la antigua provincia de *Cuetlaxt*.

—Lo que importa es que sus guerreros sean muchos y esforzados.

—Con algunos y bravos ha de asistirnos D. Alonso. Mirad el ancho escudo del cuarto indio y vereis en él un ánfora de barro sobre tres pedrezuelas asentada, que así acostumbraban estos naturales á poner las ollas al fuego, y encima de ella el geroglífico del agua.

—Si eso no representa el agua caliente, confieso que no atino con que sea.

—Habéislo acertado, y es el emblema del pueblo de *Atotonilco*, edificado cerca de un manantial de agua caliente, en lo mas áspero de la sierra. Dióselo Hernan Cortés en encomienda á Andrés de Tapia, que lo estimaba por el oro que en él cogia: pero el Virey *Mendoza* rescatólo años ha para la *Corona*; porque Audiencia, Virey y *Corona* parece que de propósito trabajan desde el dia mismo de la conquista en deshacer cuanto con improbo trabajo y heróicos esfuerzos hizo el inmortal Marqués del Valle.

—Con la ayuda de Dios, D. Martin, y el valor de nuestros pechos, pagarémoselo presto y con las setenas á los señores de la Audiencia.

—Tal espero, y prosigamos. Aquel disco ó redondel con otro menor dentro y cuatro á manera de redondas perlas á iguales distancias entre sí apartadas, y adheridas á la circunferencia, es el geroglífico mejicano de toda *joya*, y el especial de la ciudad y laguna de *Chalco*, que con razon miraban los indios como la joya de *Tenuchtitlan*.

—¿Debe entonces el humano brazo asiendo un pez, que figura en el escudo del indio que sigue, representar la abundancia de la pesca ó cosa semejante?

—Sí representa eso, y por lo mismo la ciudad de *Michmalojan* ó *Mechoacan*, como nosotros le decimos, cuya laguna abunda, en efecto, en deliciosa pesca, y no menos hoy en indios dispuestos á nuestra santa empresa y gloriosa hazaña.

—Decidme, por vida vuestra, qué significa aquella mano sin brazo, cuyos dedos estan como si contaran.

—Significa el *contadero*, que eso quiere decir *Nepohualco*, lugar de indios en las sierras del norte de Méjico, en el cual dice su historia que se *contaron* los *Chichimecas*, al comenzar su invasion en la tierra de *Anahuac*.

—¿Y el águila dentro de una jaula ó edificio, que no percibo bien lo que sea?

—Es el blason y geroglífico de *Quauhtinchan* en el valle de *Atlisco*, en el cual abundan unas bellas aves del género de las águilas que en la lengua del pais se llaman *Quauhquecholí*.

Aquel monte sobre cuya cima mirais una cuchilla suspendida, representa á *Tlacotepec*, palabra que quiere decir *monte-cortado*.

—Singular es el blason que sigue: ¿Qué alegoría encierra el medio cuerpo inferior de un hombre pegado á una planta de juncos?

—Eso significa *Tollantzinco*, esto es: *al fin ó cabo* de la tierra de *los juncos*. Igual, sin mas diferencia que la de ser aquí *flores* lo que allá *juncos*, es la empresa de la ciudad *Xotchitzinco*, que lleva en su escudo el indio penúltimo; y del mismo género, aunque no idéntica, la del último.

—Aun con esa esplicacion no alcanza la torpeza de mi ingenio lo que puede significar una rama de arbusto puesta como en equilibrio sobre la punta de la nariz de un hombre.

—Ni es extraño que no lo alcanceis, D. Alonso; porque la lengua de los geroglíficos ha menester tanto ó mas detenido estudio que cualquier otra para comprenderla. Sabed, pues, que esa pintada rama retrata una del arbusto que llaman *Huaxin*, el cual puebla y cubre los montes que en las provincias *Mistecas*, mas de ochenta

leguas al sur de Méjico, limitan el feracísimo valle de *Huaxjacac*, que hoy constituye el marquesado de su nombre y la parte principal de los estados del hijo y sucesor de Hernan Cortés. Con eso y con tener entendido que en la *punta de la nariz* simbolizaban los mejicanos la *cima*, *remate* ó *elevacion* máxima de cualquier cosa, y singularmente de los montes, comprendereis luego y fácilmente, que la empresa de que tratamos quiere decir: *en la cima del monte Huaxin*.

—¿Y ese es sin duda el blason de *Guaxaca*?

—Vos lo habeis dicho; porque el nombre del marquesado procede de que, al aportar los castellanos á esas playas, la principal poblacion del Valle era una fortaleza mandada edificar por Motezuma en la cima de un alto monte, para que desde él dominase los lugares todos de los *Mistecas*, gente de fiera condicion y valor indomable. Veis, pues, en el escaso número de representantes de los pueblos de Méjico que por la premura del tiempo pude reunir en este sitio, que de uno á otro confin de la tierra se estienden mis redes; y que el dia que á Dios plazca, difícil será que nuestros enemigos nos venzan.

—Veo, señor, lo que ya sabia y admiraba, vuestra perseverancia incansable, el ingenio, la paciencia, la discrecion con que en tan largos años habeis ido cargando la mina que es forzoso reviente: pero.....

—Perdonad, D. Alonso, que os interrumpa: lo que ahora importa es que se cumpla el objeto de vuestra venida á estos lugares.

Entonces, D. Martin, levantándose de su asiento, hizo en la lengua mejicana un corto discurso á los doce armados representantes, que ellos escucharon con atencion religiosa y ademan sumiso, pero manifestando en la ardiente espresion de sus miradas que sentian vivamente las palabras del noble castellano.

Poyahuitl, que durante el diálogo entre D. Martin y

D. Alonso, permaneció completamente abstraído, desde las primeras frases del discurso de aquel fuétese acercando al círculo de los indios, como arrastrado por una fuerza sobrehumana; y al cesar Suarez, tomó la palabra y respondióle con un entusiasmo que no era de esperar en sus costumbres y carácter.

Tambien en Cristóbal produjo magnética impresion el discurso que nos ocupa. Tambien él fue á incorporarse con sus compatriotas; y tambien, despues del sacerdote, pronúnció algunas sentidas y entusiastas frases.

Luego todos los indios armados fueron á su vez y sucesivamente diciendo algo en contestacion al misterioso personage: mas ese algo, á juzgar por el laconismo de los razonamientos y la solemnidad del tono, mas parecia promesa, pleito-homenage, ó fórmula equivalente, que respuesta de aquellos hombres por los particulares sentimientos de cada cual dictada.

En fin, Suarez les dirigió en voz solemne cierta pregunta (tal pareció á D. Alonso, tan ignorante como nosotros en el idioma indígeno), á la cual á una voz respondieron los indios armados, Poyahuitl y nuestro amigo Cristóbal, levantando al Cielo los brazos y pronun-ciando todos con fervor unas mismas palabras, que mas tarde supo el esposo de Elvira significaban: *¿Por ventura no nos ve nuestro Dios?* Dichas las cuales, todos, tambien simultáneamente, postráronse en tierra, pusieron en ella un dedo de la mano derecha, y besáronlo á un tiempo mismo.

Tal era entre los mejicanos la fórmula habitual del juramento, tan respetado, de paso y en honor de aquel pueblo sea dicho, que la ley no suponía pudiese hacerse jamas en falso, y las gentes pensaban y creían que nunca la divina Justicia dejaba sin castigo en este mundo al perjuro.



Terminada así tan estraña ceremonia, dijo Suarez á D. Alonso:

—«De hoy mas estos indios, y cuantos con ellos y conmigo estan con solemne juramento consagrados á nuestra santa empresa, os consideran como á uno de sus mas importantes caudillos; como á mi segunda persona, D. Alonso. Dejadme advertiros solo que la mas leve indiscrecion puede costar millares de cabezas, y frustrar ademas una hazaña que ha de ser inmortal en la memoria de los hombres. Por mi parte, habiéndoos ya hecho dueño de cuanto en el mundo amo, despues de mi honra y del nombre y fama de Hernan Cortés, no temo que os mostreis ingrato.»

—¡No lo temais, D. Martin, no lo temais! Respondió Avila con mas visos de desdeñosa altivez que de solemnidad ó recogimiento.—El esposo de Elvira sabrá, como caballero, ser digno de ella; D. Alonso os hará ver á vos, llegado el caso, que sabe callar y sabe morir tambien.—Decidles á esos indios que pueden contar con mi espada y con mi honra. Esto basta, D. Martin, y aún sobra: y abreviemos, si os place, que el dia no debe de estar lejos, y yo hago falta en mi casa.»

Despidiéronse, en efecto, los dos caballeros de Poyahuitl y los indios; dispersáronse estos despues de ocultar sus armas en la caverna; y D. Martin, D. Alonso y Cristóbal, guiados por un indio práctico en el bosque, fuéronse por una estrecha senda á donde esperaba á Suarez su caballo, no muy lejos del que con el negro mudo dejó D. Alonso.

Ya una vez á caballo los dos castellanos, y el tlaxcalteca trotando delante de ellos á manera de mozo de espuela, D. Alonso, á quien no le parecia que estaba airoso, mientras Suarez permaneciese en la persuasion de que con la fantasmagórica escena del bosque le tenia

ofuscado, propúsose volverle las tornas sin perder un solo instante.

Habíanse tratado poco y simpatizaban menos aquellos dos hombres antes de la ruidosa escena ocurrida la noche del 23 de abril de aquel año. La naturaleza parecía haberse complacido en formarlos tan diametralmente opuestos, que cada uno de ellos era el vivo total contraste del otro; y de todos los singulares fenómenos que fueron consecuencia del misterioso lance á que aludiamos, ninguno menos lógico en la apariencia, ninguno con mas visos de insólita aberracion, que el hecho de ver unidos á D. Alonso y á D. Martin. Un lazo poderoso, sin duda, un vínculo indestructible, ó algun poder sobrehumano encadenaba á la víctima con el sacrificador, porque indudablemente la mano de Suarez fue la que hirió al esposo de Elvira con su arma emponzoñada, y D. Alonso no lo ignoraba, y sin embargo, prescindia, no solo de su herida, sino de las apariencias que á los ojos del vulgo pudieran hacer pasar por culpada á doña Elvira.

No insistiremos en lo que al lector se le alcanza tan bien sino mejor que á nosotros; pero sí es forzoso que espliquemos en dos palabras la situacion respectiva de los dos personajes que ahora principalmente nos ocupan.

Quizá una comparacion dé á entender nuestro pensamiento con mas claridad que lo espresáran largas frases: D. Martin y D. Alonso se conducian el uno con respecto al otro como pudieran dos infelices presidiarios amarrados á la misma cadena. Persuadidos entrambos de que ni apartarse ni hostilizarse podian sin tanto daño del que la soltura emprendiese, ó la guerra comenzase, como del paciente, procuraban llevar la cadena lo menos mal posible; mas en definitivo resultado sus esfuerzos, ni siquiera tendian á *estar bien*, sino á *estar menos mal*, como hemos dicho.

Si la ligereza de Avila repugnaba á Suarez, la gravedad de Suarez era para Avila antipática; si á D. Martin tenian siempre receloso las imprudencias de D. Alonso, á D. Alonso constantemente en alarma los misterios de D. Martin. Que aquel tratase un negocio sério sin mezclar en la conversacion frases y pensamientos impropios por su jocosidad del asunto, era cosa imposible; y pensar que el último dejase de dar una leccion en tono dogmático, aun en medio de una fiesta de *carnevolendas*, fuera delirio. Para la mas fútil empresa se solemnizaba Suarez, hasta á los entierros llevaba Avila la risa; y en resúmen: el dia y la noche, la luz y las tinieblas, no son mas opuestas que los dos caballeros que por el bosque de Chapultepec tenemos caminando. Unidos, sin embargo, por un poder á la voluntad de ambos superior, y siendo los dos de buen ingenio y nobles prendas, procuraban tolerarse y disimular lo poco que se amaban; pero en un trato frecuente, íntimo, y en que se versan asuntos capitales, no es posible que, mas pronto ó mas tarde, dejen el carácter, las simpatías, y aun mas las antipatías, de transparentarse al través del velo de la disimulacion por tupido que sea. ¿Quién era el peor librado de los dos en tal situacion? No acertamos á decidir cual padecia mas: si Avila que por sus años, tanto como por su natural carácter, era mucho menos capaz que Suarez de dominar sus naturales impulsos, y siendo, á mayor abundamiento, el dominado, sentíase con mas acritud en el alma que D. Martin; ó éste, condenado á soportar las imprudencias y escentricidades del petulante D. Alonso.

Mas, dejando aparte esa cuestion metafisica, el hecho es que ninguno de ellos vivia con el otro á su placer, y que en el momento á que nos referimos, ni D. Martin estaba enteramente satisfecho del efecto producido por sus indios en D. Alonso, ni éste complacido con que

D. Martin se creyese á él y en todo superior. Díjole, pues, así que solos estuvieron y á caballo:

—«Si vuesa merced me dá para ello licencia, quisiera decirle, salvo el respeto que á su esperiencia debo, que con la gente que de ver acabamos poco será lo que medre nuestra empresa.

—No digais eso, D. Alonso (replicó Suarez con calor). No digais eso, ni penseis de los indios tan mal que no os parezcan hombres como nosotros.

—Perdonadme, D. Martin, pero no me habeis entendido bien ó yo me he esplicado mal. No soy de aquellos por quienes tuvo el reverendo Garcés, obispo de Tlaxcala, que acudir á su Santidad, dando testimonio del ingenio de estos naturales, ni menos de los que aguardaron la bula del Padre Santo para tener á los indios por *verdaderos hombres* (1).

(1) La codicia de los *Encomenderos* y otros que gozaban repartimiento de indios se escusaba de la brutal barbarie con que á estos trataba, alegando que, como *incapaces que eran de civilizarse y de ser instruidos*, debia considerárseles tambien como exclusivamente nacidos para el trabajo mecánico, y por consiguiente para la esclavitud. Desde el principio de la conquista lucharon valerosamente los misioneros contra tan bárbara calumnia: Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo de Méjico, en 1531 escribió al Capítulo general de la órden de S. Francisco, diciendo que no carecian los indios de las luces naturales del entendimiento; y el reverendo Garcés en carta del año de 1536, decia á Paulo III que, no solo eran tan capaces los mejicanos como los europeos, sino que los niños de aquel pueblo superaban á los nuestros en el *vigor del espíritu* y en la perspicuidad de los sentidos (*sed insuper nostratibus pueristorum et vigore spiritus et sensuum vivacitate*). A consecuencia, pues, de las continuas, sentidas y justas reclamaciones de prelados y misioneros, el año siguiente de 1537 espidió el citado pontífice la famosa bula que comienza «*La verdad misma que ni se engaña, ni engañarse puede;*» y en la cual son notabilísimas las frases que á señalar vamos. Primeramente, dice el Pontífice haber llegado á su conocimiento que, bajo pretesto de reducirlos á la

—Entonces yo, á mi vez, os digo que no entiendo vuestras palabras.

—Oidme un momento con atencion y espero, D. Martin, que vais á comprenderme.

—Ya os escucho.

—Que los indios tengan claro ingenio y capacidad asi para oficios mecánicos como para las artes liberales y las ciencias, ni yo lo dudo, ni el testimonio de la experiencia que á la vista tenemos cada dia, permite negarlo á nadie. En el *Estudio* de Méjico, en el *colegio de Santiago de Tlatelulco* hay grandes *estudiantes y colegiales insignes, de raza unos, de nacimiento otros, mejicanos*; pero no se trata aquí del ingenio, ni vos habeis buscado discretos, sino hombres de guerra, tan arrestados á todo que ni el mosquete los asuste ni el potro los aterre.

—Todo eso es verdad, D. Alonso, mas...

—Por Cristo que no me interrumpais: estoy haciendo mi primera *Disertacion*, y no quisiera que la fuerza del natural me venciese antes de acabarla. Vuestros indios, á quienes tampoco quiero negar el valor como personas, tienen, considerados en junto, dos graves nulidades para el fin que nos proponemos, á saber: primeramente que carecen de armas y del hábito de usar las de Castilla; y

fé cristiana, se trataba á los indios como á *animales irracionales (uti bruta animalia)*, reduciéndolos á servidumbre, en la cual padecian el mismo maltrato que las bestias de carga y servicio. Mas adelante, como Vicario de Cristo y en nombre del Ungido, asienta que los indios, no solo son capaces como *verdaderos hombres (ut pote veros homines)* de la fé de Cristo, sino que á ella corren presurosos y de su propia voluntad; por lo cual termina prohibiendo espresamente que, á pretesto de convertirlos, se les esclavice, queriendo que vivan libres, anulando su servidumbre, y mandando en fin (santo precepto), que así á los indios como á las otras gentes, con la predicacion y el ejemplo de la buena vida se les invite á abrazar la fé de Jesucristo, no con la fuerza y la barbarie.

en segundo lugar, que cuarenta años de esclavitud, mas ó menos estrecha, menos ó mas cruel, los acostumbraron á ver en los españoles sus amos, y á temblar ante ellos.

—¿Y es la conclusion de vuestro sábio discurso que habremos de renunciar á la empresa?

—No ;vive Dios! No, D. Martin: aun cuando renunciárais vos mismo á ella; aun cuando no hubiese mas hombre que yo en Méjico con tal pensamiento, no renunciaria á él, ni ahora, ni en ningun tiempo.

—Y si eso es así, D. Alonso, ¿Qué significan vuestras palabras? ¿Teneis la cortés intencion de probarme que hasta conoceros no acerté á manejar el negocio á que me consagro desde que comencé á tener uso de razon? En tal caso os lo agradezco.

—Si no fuerais quien sois, señor Suarez de Monroi, ó si yo no fuese el esposo de doña Elvira, que tanto vale, mi respuesta seria... pero es inútil decirlo. Creí que cuando se trata de mi cabeza y de la suerte de un imperio, érame lícito, al menos, decir mi parecer al hombre á quien hice don de mi vida. Callo, pues, que me he engañado.

—Vos teneis razon, *Alonso* (adviértase la supresion del *Don*); teneis razon, y mis canas esta vez anduvieron menos cuerdas que vuestros pocos años. Verdad es cuanto habeis dicho, y por serlo tanto, difiero de dia en dia, de año en año hace doce, el acometer mi empresa; pero, si con los indios no cuento, ¿á quien quereis que acuda?

—A los castellanos mismos, *señor*, á los castellanos de origen, mejicanos hoy porque en Méjico han nacido ellos y sus mugeres y sus hijos ; mejicanos, porque en Méjico tienen sus haciendas y caudales, porque Méjico, en fin, es su verdadera patria.

—¿Y no sabeis que con algunos cuento?

—Contais con alguno, sí: con algún melancólico visionario, como Bernardino Pacheco de Bocanegra...

—Uno de los mejores caballeros de Méjico.

—Demos que lo sea: pero, ¿cuántos hombres llevará consigo, quien, como Pacheco, vive solitario y del trato de las gentes retraído? Contais con D. Luis de Castilla, y no niego yo su importancia: mas contento con ella, y encastillado en su gravedad, si dispone de sus criados, será todo. ¿Quereis que vaya enumerando uno por uno vuestros *amigos*, y os pruebe que el que mas tendrá un séquito de media docena de soldados, buenos ó malos?

—Y cuando eso sea, ¿No me bastarán para acaudillar á los indios? Una vez que esos *mis amigos*, hombres principales todos, den la cara en la empresa? ¿No se apresurarán á seguirlos nobles y pecheros?

—Se apresurarán los nobles, si sois feliz en los primeros pasos, y si ven al cabo de la empresa el aumento de sus señoríos: pero si por un momento se inclina la balanza en favor de los contrarios, con solo que el resultado aparezca dudoso, no conteis con la nobleza.

—¿Por qué juzgarla tan mal?

—Porque es forzoso que obren como preveo los que solo *por interés* han de decidirse; creedlo, D. Martin. El que posee, el que goza, el que figura, y sobre los demas hombres se mira enaltecido, para tirar la espada, comprometer la hacienda, y arriesgar la cabeza, ha de tener en ello interés grandísimo.

—¡Por el alma de Hernán Cortés, Alonso, que no os hubiera creído tan filósofo!

—Decid mas bien que me teniais, señor, por incapaz de racional discurso; y á la verdad que no pretendo pasar por sábio, mas son ya algunos años los que llevo vividos, muchas las gentes que he tratado, y natural es que la esperiencia al menos me enseñe.

—El triste privilegio de la esperiencia puedo yo disputároslo con harta ventaja.

—Sí, D. Martin, pero en cambio yo estoy sereno y vos apasionado. Suponed á dos hombres prendados de una misma dama; y al uno discreto y capaz infinitamente mas que su rival, pero ciegamente enamorado, mientras que el otro se conserva señor de su albedrio. ¿Quién os figurais que la rendirá? ¿El que mas valga? No será tal, sino el menos amante; porque ese, viendo las cosas como ellas sean, y no como la pasion se las pinta al enamorado, obrará siempre mas en razon.

—¿Y yo, aquí soy, segun vos, el enamorado?

—¡Y vive Dios que eso es mas claro que la luz del dia! Y si no lo estuviérais, ¿Comprendiéranse los inconcebibles sacrificios que tan sin esperanzas y durante tantos años habeis hecho? No, D. Martin, no se comprendieran. Vos sois ciertamente el enamorado, y yo el que galantea sin amor: la ventaja está de mi parte.

—Usad, pues, de ella; que yo me daré por contento como en pro de nuestros designios sea.

—Sí haré, asi Dios me ayude; y para comenzar oídme. Yo soy, ó parezco á lo menos, un *libertino* incapaz de cosa de provecho; pero no obstante conozco en Méjico á grandes y chicos, nobles y plebeyos, á los timoratos como á la gente de la vida airada.

—Por desdicha, D. Alonso, por desdicha es asi.

—Y cuando os diga yo, D. Martin: aquí teneis quinientos hombres bien armados, valerosos, y tan á mi devocion que, si les mandase poner fuego á la *casa santa*, no vacilarian en hacerlo, ¿Repetireis todavia: *Por desdicha, D. Alonso, por desdicha es asi?*

—¡Quinientos hombres armados!

—Quinientos: y ni uno menos, y quizá muchos mas. Si es *desdicha* que yo sea lo que Dios ó el Diabolo me han hecho, confesad que nunca mejor pudo decirse



aquello de que no *hay mal que por bien no venga*.

—La Providencia, D. Alonso, nos lleva á sus fines por medios, á veces, tan inesperados como poco verosímiles.

—¿Es decir, que os parece poco menos que un milagro que D. Alonso de Avila sirva para cosa de provecho? ¡Vive Dios! que tambien á mí me lo parece hablar con esta formalidad durante tanto tiempo! Mas ya que estoy en tan buen camino quiero aprovechar *la veta*, como los mineros dicen; y haceros aún otro servicio de mayor importancia.

—¿Supuestos los quinientos hombres?

—Que vereis, al menos en gran parte, en la fiesta de mañana, ó mas bien de hoy mismo.

—¿Tan presto?

—¿Y por qué no? ¿Háseos figurado que inventé é improvisé yo esta fiesta solo para ver á vuestros indios, sin que su reunion en el bosque pusiera en alarma á los Doctores? No, D. Martin: he querido que nos reunamos, que nos contemos, que nos entendamos, y algo mas que os diré luego: y todo eso en presencia de nuestros propios enemigos.

—¿Qué estais diciendo?

—Que la Audiencia y los mas importantes entre sus parciales son mis convidados.

—¿Dios nos asista! Será nuestro convite el festin de los Lapitas.

—Ni sé quién son los *Lapitas*, ni saberlo me importa; lo que sí sé es que, hallándose entre nosotros los contrarios, no podrán nunca decir que la tal fiesta ha sido una conjuracion.

—Confieso que no está eso mal pensado; pero tambien confesareis vos que en presencia de nuestros enemigos poco libres estaremos.

—Al contrario, señor, al contrario; mas libres que nunca.

—No os comprendo.

—Pues amanecerá Dios y medraremos.

—El nos preserve de toda desventura.

—No la temais, por la fiesta á lo menos; y oid, que estamos cerca de casa, y con ser mia prefiero hablemos al aire libre, porque las paredes oyen.

—¿Háseos olvidado que me teneis prometido otro importante servicio?

—No, á fé mia; y de él voy á hablaros. ¿Cómo estais con el Marqués?

—¿Cómo estoy con el Marqués? ¡Estraña pregunta, D. Alonso!

—Contestad á ella, si os place, que no la curiosidad, sino el interés comun es quien la dicta.

—Estoy en términos de estrecha amistad.

—Lo sé; y no es eso lo que pregunto, sino cómo estais en lo que al asunto de que tratamos pertenece.

—El Marqués no tiene, por desgracia nuestra, los alientos de su ilustre padre.

—Lo sé tambien.

—¿Qué preguntais entonces?

—En romance; ¿Sabe ó no de lo que tratamos?

—Sábelo hasta cierto punto; no puede ignorarlo; pero... pero...

—¿Quiere hacer como que lo ignora para escudarse con su ignorancia en caso de un revés! ¿No es eso?

—Lo temo, D. Alonso.

—Yo lo sé, D. Martin, á ciencia cierta; porque conozco mucho á ese hombre, colocado, Dios sabe por qué, dónde....

—Donde estar debe, Alonso: no hableis en eso.

—No hablaré, mas decidme: ¿No es el Marqués la piedra sobre que edificais toda la máquina de vuestro intento?

—Sí tal.

—¿Y sin él, no se malograria la empresa?

—Desdichadamente.

—¿Luego tener al Marqués, quiera ó no quiera, es lo que sobre todo nos importa?

—Sin duda: mas ¿á dónde vais á parar?

—A que, si le necesitamos, es forzoso conquistarlo, como su padre ganó á Méjico, á fuerza de audacia y de resolucion. Vacila hoy el Marqués, no porque la empresa no le cuadre, sino porque teme las consecuencias de un desastre: pues cuando vea que no le queda mas arbitrio que someterse á la ira de sus contrarios ó defenderse, él se defenderá, ¡Cuerpo de Cristo! Que vale tanto como ser de los nuestros.

—¿Y os proponéis...?

—Me propongo que de la fiesta salga tan en guerra abierta con los señores de la Audiencia, tan con ellos desabrido, tan para todos sospechoso, que ni las sutilezas mismas del sutilísimo Dean, clérigo el mas astuto de cuantos conozco, basten para soldar la rotura. Y si esta no bastase, ya le tengo imaginada otra que no le deje mas eleccion que entre empuñar la espada y dejarse poner al cuello el dogal.

—Ved, D. Alonso, de no cometer alguna grave indiscrecion que pueda arriesgar fuera de propósito la vida ó la libertad del heredero y sucesor de Hernan Cortés: su persona debe de ser para nosotros sagrada.

—D. Martin, es preciso que de una vez y para siempre nos entendamos ahora. Si imaginasteis que soy yo hombre de estarme, como vos, doce años dando vueltas al rededor de la leña con la antorcha en la mano, y sin incendiar aquella ó arrojar esta, vive Dios, que os habeis engañado. ¿Quereis el fin? Pues quered los medios. Si no quereis los medios, no querais el fin tampoco.

—¿Qué intentais? Decídmelo al menos.

—Imposible; llegamos á la quinta, y he menester dos

horas á lo menos de sueño despues de tan trabajosa noche, para prepararme á un dia no mas descansado. A mi lado estareis; cuando os parezca que me desmando podeis advertirmelo.»

Acabando esas palabras apeóse D. Alonso; imitóle Suarez, y recogieronse luego cada cual á su estancia, pensando el último que Avila valia infinitamente mas que su fama, y que en la conversacion que con él de tener acababa, habíase mostrado hombre de razon clara, miras elevadas, y conocimiento profundo de las personas y de las cosas.

—Imposible; llegamos á la quinta, y he menester dos  
 —¿Qué intentais? Decidmelo al menos.  
 Si no quereis los medios, no quereis el fin tampoco.  
 Heis engañado. ¿Quereis el fin? Pues quereis los medios.  
 incendiar aquella ó arrojar esta, vive Dios, que os ha-  
 al rededor de la leña con la antorcha en la mano, y sin  
 hombre de estarme, como vos, doce años dando vueltas  
 pre nos entendamos ahora si, intaginasiais que soy yo  
 —D. Martin, es preciso que de una vez y para siem-  
 su persona debe de ser para nosotros sagrada: no  
 ó la libertad del heredero y sucesor de Hernán Cortés:  
 creacion que pueda siriesgar fuera de propósito la vida  
 —Ved, D. Alonso, de no cometer alguna grave indis-  
 poner al cuello el dogal, no es edad; escanor  
 deje mas eleccion que entre empuñar la espada y dejarse  
 esta no bastase, ya le tengo imaginada otra que no le  
 de cuantos conozco, basten para soldar la rotura. Y si  
 sus mismas del santísimo Dean, obispo el mas astuto  
 desabrido, tan para todos sospechoso, que ni las suile-  
 abierta con los señores de la Audiencia, tan con ellos  
 —Me propongo que de la fiesta salga tan en guerra  
 —¿Y os proponéis...? ¿cuando os unos serian la  
 tanto como ser de los nuestros, es ella á batallas.

## CAPITULO XIII.

### DE LOS PRINCIPIOS DE LA TANTAS VECES POR NOSOTROS ANUNCIADA FIESTA DE CHAPULTEPEC.



CONTECIA todo lo que refiriendo vamos en los últimos dias del mes de mayo; es decir ya en plena estacion calurosa; y por eso Avila cuidó de invitar á sus huéspedes á que desde el alba le favoreciesen. De otra manera, aun siendo tan corta la jornada de Méjico á Chapultepec, hasta la caida de la tarde no pudieran ponerse en camino, ni las damas ni los ancianos, ni las gentes de sus personas cuidodosas, y redujérase la concurrencia durante el dia á los hombres de armas tomar y de pelo en pecho, es decir: precisamente á aquellos cuya reunion, siendo exclusiva, habia de alarmar sin remedio á los se-

ñores de la Audiencia. Todo lo habia calculado la prevision de D. Alonso, tanto mas esquisita cuanto menos entraba en sus ordinarios hábitos.

A los primeros albores del crepúsculo matutino, en toda casa algo importante de la metrópoli del Anahuac advirtiose, el dia que nos ocupa, insólito movimiento, animacion no acostumbrada; saltando del lecho los mas perezosos con afan extraordinario. Mientras en sus *camarines* (*Boudoirs*), decimos hoy, beneficiaban las damas sus respectivas bellezas en razon directa de sus fechas, esto es: mas las antiguas que las modernas, y los caballeros buscaban en sus guardaropas el vestido de campo menos ajado ó mas lucido; preparaban los escuderos las sillas de manos, aguijoneando á los perezosos indios de carga que habian de llevarlas, y los palafreneros ensillaban los corceles para sus dueños. Digamos, de paso, que la raza caballar, completamente desconocida en América al tiempo de su descubrimiento y conquista, estendióse en aquel feracísimo suelo con rapidez tan prodigiosa que ya en el año 1566 á que nos referimos, abundaban en Nueva España diferentes y bonísimas castas de ella, singularmente las de *Rua* y *Campo*, que con tales nombres se diferenciaban los caballos á propósito por sus propiedades y estructura, ya para la ciudad y paseos, ya para camino y trabajos mas duros. Los indios, ademas, naturalmente ágiles y á los ejercicios gimnásticos muy aficionados, dedicáronse desde luego y apasionadamente á la equitacion, en la cual se han hecho tan célebres los naturales de América, que aun en el dia, para ponderar la destreza de un ginete, se dice en Europa que monta como un *Llanero*, ó como un *Gaúcho*.

Mas, volviendo al asunto, si con el crepúsculo matutino comenzó el movimiento en lo interior de las casas de las personas de cuenta, todavía brillaban radian-tes en la azulada bóveda celeste las constelaciones que

esmaltan el hemisferio occidental del firmamento, cuando ya la pedestre muchedumbre, abandonando con facilidad el duro lecho, se preparaba á encaminarse al bosque; porque D. Alonso, por inclinacion natural de su carácter, y por razon de estado entonces, quiso reunir en torno de sí aquel dia todas las gerarquías sociales, como todos los bandos que á Méjico dividian.

Y si alguno piensa que queremos pintar al esposo de Elvira á imágen y semejanza de un demócrata moderno, de los que, unos con sinceridad, hipócritamente otros, no perdonan ocasion de hacer alarde de su desden á las convencionales diferencias entre razas y familias establecidas en la sociedad; si alguno tal imagina, repetimos, engañarase de medio á medio.

D. Alonso pensaba y sentia como todo el mundo en su tiempo: pensaba que entre el barro de que estaban hechos los nobles, y el que sirvió para amasar á los plebeyos, habia la misma diferencia que entre la pasta de la porcelana, y la masa de que sale una olla común; y sentia contentamiento y orgullo en ser de ilustre cuna. Pero Dios le habia dado un alma expansiva y generosa; por manera que, en vez de abusar de la superioridad de su nacimiento y riqueza para oprimir ó maltratar al villano, al pechero, al desvalido, empleábase con placer en protegerlos cuando la ocasion se presentaba, y era siempre con aquellos á quienes como inferiores contemplaba, tanto ó mas afable y bien criado que con sus iguales ó superiores. Que si D. Alonso viera la luz en nuestra época, fuera liberal, no admite duda: pero en su tiempo el mismo Padilla hubiera tenido por loco, cuando menos, al que de la igualdad moderna le hablase.

Asi, pues, era D. Alonso popular, sin dejar de ser tan aristócrata como el primero de los de su clase. ¿Y por qué era popular? Principalmente por sus defectos, y ademas por algunas de sus buenas prendas. Sentiria-

mos que el lector creyese que tratábamos de abusar de su paciencia acumulando paradoja sobre paradoja; y vamos por lo mismo, á esplicarnos. D. Alonso era popular por sus defectos, porque los tales eran de aquellos que proceden precisamente de la exageracion de las buenas prendas que el pueblo tiene en mas estima.

Veamos, si no, en qué estribaba la pésima fama de Avila.

Era *pródigo*, primeramente; y la prodigalidad no consiste mas que en ser un hombre sin medida *generoso*.

Era *violento y atropellado*, es decir, con exceso *impresionable*, con exceso tambien *resuelto*.

Era *pendenciero*, esto es; escesivamente *valeroso*.

Era *libertino ó burlador*, que quiere decir; con extremo *enamorado* y *sensible* á los encantos de la belleza.

Era *jugador*, gran *jugador*, y jugar como don Alonso lo hacia, es lo mismo que exagerar el *desprendimiento*.

Era, en fin, en todo *escandaloso*, ó lo que es equivalente; abusaba de la *franqueza*.

Y el pueblo decia: «¿Por qué murmuran los que me oprimen, y me vejan, y me estrujan, de D. Alonso? Porque D. Alonso es *generoso, impresionable, resuelto, valeroso, sensible, enamorado, desprendido y franco* CON ESCESO!!!»

Y el pueblo concluia: «D. Alonso me gusta y debe gustarme, porque sus excesos son en lo bueno, y no redundan en daño de nadie, sino de él mismo.»

Y véase como los defectos de D. Alonso eran la base de su popularidad, y no podian menos de serlo.

La verdad es que entonces, y antes, y despues, y ahora y siempre, no hay nada mas simpático que los calaveras de buena especie y noble índole; y que no solo son simpáticos para el pueblo, sino tambien para la sociedad mas encopetada, y singularmente para



las bellas y no bellas de todas edades y condiciones. Caton fue tan poco popular que figuró siempre á la cabeza de la aristocracia de su pais; y los Catones de la sociedad, siempre y desde *ab initio* estan destinados, en materia de galanteos, ó á alimentarse de calabazas exclusivamente, si la fortuna los protege, ó á ser..... ¿Cómo lo diremos sin ofender los castos oidos de nuestros moralisimos contemporáneos? A ser..... *Editores responsables* de los calaveras de buen tono.

En fin, D. Alonso era eminentemente popular, primero por sus defectos, que fue lo que probar nos propusimos, y ademas por sus buenas prendas, porque ellas tambien cautivan al mónstruo de las innumerables cabezas, vulgo *Pueblo*.

La tolerancia, la afabilidad y dulzura en el trato, la ausencia completa de hinchazon y altanería, una excelente memoria para fisonomías y nombres propios, y sobre todo una facilidad suma y hasta casi involuntaria, para adoptar el tono, el lenguaje, las maneras, las virtudes y los vicios de las personas con quienes trataba accidentalmente, dieron al esposo de Elvira, no solo prestigio, sino lo que es mas raro, amigos personales entre las gentes del pueblo. Inteligente, diestro, ágil, forzado, sufridor y valiente; con el letrado, como con el *oficial* (artífice), con el gimnasta como con el atleta, con el veterano como con el bravo, parecia que D. Alonso se hallaba en su natural esfera; y todos le consideraban como de los suyos, sin que la razon le faltase á ninguno, pues que á cada cual hallaba medio de resolverle una dificultad ó darle un ejemplo.

Pronto, ademas, en todas ocasiones tanto á socorrer al pobre, y ponerse de parte del débil, como á comerle un costado al codicioso y á corregir duramente al baratero; si galan con las damas, nunca duro con las desdichadas meretrices mismas; al paso que inconstante

en amor, consecuente, por último, en la amistad; y sobre todas esas circunstancias rico sin amor al dinero: ¿Cómo no habia de ser popular tambien con tales prendas? Démosle la *ambicion* y la *fortuna*, y fuera en Grecia un Alcibiades, un César en Roma. Lo que en Méjico fue, costarále saberlo al lector que la historia ignore, leer hasta el fin de la novela.

Por primera vez de su vida se le ocurrió á D. Alonso acordarse de que para algo importante podia servirle ser en Méjico mas conocido que el pan de maiz, cuando la fiesta que nos ocupa dispuso. Hasta entonces habia mas veces saboreado como placer habitual, y tenido otras por insoportable suplicio el no ser dueño de dar un paseo ni por las calles mas escusadas de la ciudad, sin que ya el menestral, ya el mercader, ora el muchacho, ora el anciano, la moza ó la vieja, desde zaguan, ventana ó arroyo, le dijeran: «Vaya su merced con Dios. —¿Adónde bueno, galan?—El Cielo nos guarde al bienhechor de los pobres.—¿No mira ya á las mugeres el galan de todas?—¡Lástima que vuesa merced no alcanzara los buenos tiempos de la conquista!—Y otras tales cordialísimas interpelaciones que á veces, como deciamos, complaciente, y otras, cuando iba de aventura ó con prisa, le daban á dos mil diablos.

Mas la popularidad para el D. Alonso anterior á su herida del 23 de abril, era una alhaja completamente inútil. ¿Qué habia, en efecto, de hacer con ella un hombre que á nada aspiraba en el mundo mas que á matar el tiempo y á no morir de fastidio? ¿Qué le importaba que hubiese ó no en Méjico algunos centenares de hombres dispuestos á seguirle á todo y para todo, y quizá una docena de bien acomodados Mercaderes que sobre su sola palabra, ya que no la *muger* y los *hijos*, como el de la *Flores* de D. Juan de Lope de Vega, le fiaran su caudal sin dificultad alguna? Cuando habia de correr

algun riesgo era cuando mas solo se le veia; cuando se habia comido anticipadamente un año de sus rentas, preferia acudir á un Judío que le sacrificaba, á pedirle una blanca á quien no fuese usurero de oficio.

Su popularidad, pues, y su muger tan poco le servian como le ocupaban antes del 23 de abril; mas desde entonces Avila comenzó á estimarlas, y aún podemos decir que á galantearlas á entrambas; por qué, dirálo el tiempo, que ahora sobrado hemos perdido disertando, para no apresurarnos á volver á nuestro relato.

Nobles y plebeyos, como deciamos, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, caballeros y letrados, doncellas y dueñas, en pie desde antes de rayar el alba, preparábanse para acudir al convite de Avila; y, en efecto, desde las primeras luces del crepúsculo matutino, dijérase que Méjico, á la manera de un hombre que súbito se arranca al sueño, arrojaba de sí sus habitantes, como aquel desperezándose sacude los narcóticos vapores que le alertagaban.

Los ricos se levantaron antes acaso que los pobres: mas se pusieron en camino mucho mas tarde, y la razon es sencilla: ni el tocador ni el vestido del pobre han menester el consumo de tiempo que los del rico. Asi, cuando los mas madrugadores caballeros comenzaron á salir de la ciudad, dirigiéndose al Sudoeste, ya el camino de Chapultepec estaba cuajado de peones de ambos sexos que con bulliciosa algazara marchaban hácia el bosque.

Entre otros grupos distinguíase uno en el cual figuraban en primer término dos sugetos que ya el lector conoce, pero tan distintos entonces de como por vez primera los oimos, que dificilmente pudiera nadie creer que no eran otros hombres. Hablamos de Absalon y *Almanegra*, los dos estimables bandidos que con el reverendo Fr. Domingo de la Anunciacion, de la órden de

predicadores, y la honesta señora Tomasa, alias la *Gar-duña*, asistieron á la muerte del malaventurado escudero Garci-Perez.

Absalon, pues, vistiendo un traje tan modesto, atildado y severo, que pudiera hacerle pasar, si no llevara una enorme espada, y un yatagan moruno ademas, por mandadero de algun convento de monjas; Absalon, decimos, honestísimamente vestido, aunque sólidamente armado, con un gran rosario, á guisa de cadena, pendiente del cuello, y una mozuela del brazo derecho, caminaba departiendo sosegadamente con *Almanegra*, á la cabeza de un grupo de diez ó doce personas de ambos sexos.

El bravo adusto iba, como siempre, con su colete atezado; el ancho tahalí, la manopla, el sombrerillo chato con ala corta y su pluma negra de gallo, retorcido el bigote, y fruncido el ceño, mirando poco, pero en cambio codeando mucho á las gentes.

La dulcinea de Absalon era una robusta flamenca, juanetuda y ancha de *suelos* como un caballo frison, de encendidos colores, megillas prominentes, rasgadísima boca, y rojo cabello. Sus ojos, claros como los de un besugo, y aunque grandes, saltones, y ciertas asperezas del cutis, unidas á los varios esmaltes de su rubicunda nariz, probaban hasta la evidencia, que la naturaleza la hizo inclinada á los goces del paladar, y que el hábito ademas la habia familiarizado con ellos, sobre todo en la parte líquida. En resúmen: aquella fisonomía respiraba esa estupidez narcótica que caracteriza á los borrachos de profesion, y ademas algo de tan cínico, de tan depravado, que preferimos dejarlo á la consideracion del lector á malgastar el tiempo describiéndolo.

Decia Absalon que *Gertrudis*, asi se llamaba su acompañanta, era su sobrina; y nosotros, á pesar de que él habia nacido en Malta, y ella en no sabemos que aldegüela

inmediata á Gante, creemos que debian de ser hermanos, como hijos ambos de Adan y Eva. Como quiera que fuese, Gertrudis amaba á Absalon, porque lejos de irle á la mano en las comidas y libaciones, la escitaba hasta ponerla de manera que la envidiara el mismo Baco; y Absalon idolatraba á Gertrudis, porque ella, sin perjuicio de estar como un zaque la mitad del año por lo menos, y de ser, lo mismo ébria que en sus cinco sentidos, mas fácil que los versos de Lope, nunca se mostraba tan cariñosa como cuando habia recibido una buena paliza; teniendo ademas la escelente prenda de no chillar por mucho que su galan apretase la mano. Absalon, sentimos decirlo, pero la verdad histórica lo exige, Absalon, tenia delectacion morosa en apalear á una hembra (no osamos escribir muger), sin que ella alborotase, en primer lugar; y como la suya era tal y tan de buena índole que no sabia guardar ni rencor ni memoria siquiera de los palos que la daban, tenía la por inestimable alhaja. Por eso llevaba consigo de pais en pais, de hemisferio en hemisferio y siempre, á su *sobrino* Gerdrudis, que el dia á que nos referimos, hallándose aun en ayunas, salvo medio cuartillo de aguardiente, iba melancólica y lácia como una planta de verdolaga.

En pos de tan digna pareja y del dignísimo compañero del judío converso, seguian, como apuntamos arriba, algunos bravos y varias *mugeres, mozas de estas que llaman del partido*, para valerme de la espresion que usaba el inmortal cronista del *Ingenioso hidalgo*. Cantaban ellas mas que alegres cantares, acompañándose con panderos, sonajas, y palillos ó castañuelas; jaleábanlas ellos, requebrándolas ademas con las manos, se entiendo, *more truhanesco*; y entre copla y copla, entre abrazo y abrazo, oíanse estrepitosas carcajadas, juramentos de á folio, y claridades mas que desnudas. Entre tantos alegres, fuera de los tres principales personajes del grupo,

veíase una vieja, flaca como la bolsa de un estudiante, arrugada como la fisonomía de un bilioso, ribeteados los ojos y hechos dosmanantiales de *bermellon* y *piedra-azufre*, la nariz apuntalada en la barba, los cabellos pocos y cenicientos, los dientes menos en número que los cabellos, y tan negros como aquellos quisieran estarlo; mal pergeñada y peor de condición que de trage; la cual sin cesar iba murmurando y maldiciendo de todos y hasta de sí propia. Era la *Garduña* en cuerpo y alma, si cuerpo quiere llamarse aquel saco de pergamino lleno de mal trabados huesos; y si por alma racional puede pasar su diabólico espíritu.

—Este D. Alonso, decía Absalon á Alma-negra, es un gran caballero.

—¿Beberemos pronto? Interpuso Gertrudis exhalando un aliento aguardentoso que embalsamó la atmósfera.

—Silencio, *Cordera*, silencio: cuando los hombres hablan, las mugeres callan.

—Sí (esclamó, mezclándose por sí y ante sí en aquella conversacion la *Garduña*); Sí, hija, calla; que los hombres del día, sobre hablárselo todo, tienen por grande hazaña hacer callar á las mugeres.

—¡Ahí te duele, bruja! Replicó Almanegra con un gruñido, que en rigor podía pasar por risa.

—¡Tú serás el brujo, condenado, tú y toda tu casta!

Haya paz, que hoy es día de regocijo, clamó Absalon.

—¿Para qué me llama bruja?

—¿Para qué lo eres? Volvió á decir Alma-negra. ¿Cuántos azotes te hizo dar el Santo Oficio en Valladolid, cuanto te encorizó á tí el mismo día que á tu madre la achicharraron?

—Achicharrado te vean mis ojos á tí, *ase...*

Apenas pronunciadas esas sílabas, y antes de que la vieja pudiese proferir las dos restantes de la palabra

*asesino*, los demas del grupo, que nada habian oido de la conversacion que escrita dejamos, vieron con asombro á la Garduña elevarse súbitamente en el aire, manoteando y perneando ni mas ni menos que un gato por algun travieso muchacho ahorcado. Y la situacion de la reverenda matrona era, en efecto, muy análoga á la del animal susodicho; porque Alma-negra, mas por medida de precaucion que porque le irritasen los denuestos de la vieja, al oir que *asesino* iba á llamarle, asióla súbito del pescuezo con la mano derecha, levantóla en alto, y comenzó á sacudirla á guisa de incendiario.

Aquel honradísimo grupo, creyendo que se trataba simplemente de una broma, prorumpió, al contemplar la violenta asuncion de la Garduña por Alma-negra, en frenéticos aplausos.

—«¡Bien, madrecita! Decia una moza: ¡Bien bailado!

—¡Y luego nos dirá que está baldada! Esclamaba otra.

—Dejadla, dijo un bravo. ¿No veis que se la lleva el Diablo?

—A cada uno lo suyo; replicaba el otro.»

Y todos aplaudian, y regocijábanse todos, menos Gertrudis que tenia las fauces secas, Absalon que no quisiera hacerse un enemigo implacable de la señora Tomasa; Alma-negra, cuyo estado habitual era el disgusto; y la Garduña que no hallaba que la postura fuese cómoda, ni mucho menos.

Entre tanto *la broma* hubiera podido tener fatales consecuencias, porque la mano férrea del bandido apretaba sin misericordia el gáznate de la vieja, y el rostro de esta iba poniéndose en parte lívido, en parte amorado, es decir, ofreciendo inequívocas señales de una completa estrangulacion; pero el ex-judío intervino á tiempo, llegándose á su compañero y diciéndole en aleman, lengua para todos los demas circunstantes, es-

ceptuando á Gertrudis, completamente desconocida:

—¡Déjala, con dos mil diablos! ¿Quieres que hable y nos pierda á todos?

—¡Tengamos aqui la del fraile, otra vez! replicó Almanegra. La mejor manera de que calle...

—«Déjala, te digo... si aqui en público la matas, pasado mañana te ahorcan... Déjala, que ya casi no respira.»

Vencido por las reflexiones de su camarada, ó harto de tener en el aire á la Garduña, abrió entonces el bandido la mano, y vino al suelo la vieja, como un verdadero *pelele* de Carnestolendas, desplomada.

Asi que las mugeres la vieron desmayada entróles la compasion, y acudiendo á ella con alaridos espantosos, en breves instantes atrageron á sí numeroso gentío, azorado y confuso.

—«Esquivémonos, dijo desde luego Absalon á su compañero ; ó mas bien esquivate tú, que yo no corro peligro, y me quedaré á la mira.

—Si yo la hubiera ahogado...

—Vete, maldito, vete, y no nos pierdas á todos.

—Mátala si habla.

—No tengas cuidado. Vete al bosque y espera.»

Partióse, en efecto, Almanegra, y á tiempo; porque apenas estaba á cien pasos del grupo en cuyo centro dejó desmayada á la Garduña, presentóse en él, á caballo y seguido de unos cuantos corchetes, el alguacil mayor Juan de Samano, gritando:

—«Ténganse al Rey, nadie se mueva, sino quiere ser preso.»

¡Ser preso! Para la mayor parte de los compañeros de Absalon en aquella caminata ser preso equivalia á decir: *azotes y galeras*, y eso á buen librar. Cada cual, pues, por instinto, apenas oida la voz de *ténganse*, miró en torno buscando una salida; pero todas estaban tomadas, ó por los corchetes ó por los curiosos, y hubieron



bravos y doncellas de permanecer quietos mal su grado. Ya, antes de la llegada del alguacil mayor, el prudente Absalon, luego que vió en salvo á Almanegra, deslizándose como una lagartija entre las breñas, por medio de la apiñada muchedumbre y logrando penetrar hasta donde yacía la víctima, habíala tomado en brazos y aplicándole primero á las narices y luego á la boca un frasco de aguardiente que consigo usaba siempre llevar desde que con Gertrudis vivía, hízola recobrar los sentidos.

Afortunadamente habia mas de miedo que de físico positivo daño en el desmayo de la señora Tomasa, por manera que con el aguardiente, que era de primera calidad, y el aire libre, tan pronto y cabal fue su restablecimiento que al penetrar Juan de Samano en el grupo, ya ella estaba fuera de cuidado.

—«¿Qué es eso, Tomasa? Preguntó el Alguacil mayor que la conocia mucho. ¿Todavía á tus años vienes á escandalizar los caminos?»

—¡No señor, exclamó la vieja, recobrando á un tiempo la voz y la ira; yo no escandalizo, son estos...!»

Malvados, truanes, asesinos ó cosa equivalente iba á decir sin duda, á juzgar por el tono y la cólera con que hablaba, y por la razon que para estar enojada la asistia; mas con asombro de todos, y del magistrado municipal mas que de ninguno, detúvose de repente en su perorata, como orador de aquellos que aprendiendo de memoria los discursos, olvidanse de ellos precisamente en la ocasion de pronunciarlos. Miraba, pues, Samano fijamente á la vieja, como escitándola á proseguir, y la vieja á Samano con una espresion de terror indefinible, y los circunstantes á la vieja y á Samano, impacientes ya por ver el desenlace de aquella escena, tan intempestiva como desagradable: mas prosiguiendo la Garduña obstinada en no mover los labios, dijo el Alguacil mayor:

—«Vamos, di qué son y quién son los que alborotan,

y ya que ellos comienzan tan temprano á hacer de las suyas, comenzaré yo tambien de madrugada á hacer de las mias. ¡Espícate, y acabemos, con mil de á caballo!»

El precepto era formal y pronunciado en tono tan imperativo que no consentia la menor duda; sin embargo, la Garduña continuó muda como una estatua.

Chocóle aquel intempestivo silencio al Alguacil mayor, y exclamó airado:

—«¿Qué es lo que aquí pasa? Si no hay quien de grado me lo diga, con llevar á todos á la cárcel, acabaremos por saberlo.»

A la verdad los circunstantes pasaban de ciento; cerca de ochenta ignoraban completamente de qué se trataba, pero Samano se los hubiera llevado á la cárcel, porque tal era su soberana voluntad de Alguacil mayor, y porque así se administra ordinariamente justicia en las Españas, si Absalon no saliera al frente, con aire modesto y semblante respetuoso, diciendo:

—«Yo lo diré, señor, si vuesa merced me lo permite; que esta *respetable dueña de vergüenza* sin duda, no ácierta á proferir palabra.»

Al oír que la Garduña era una *dueña respetable*, y que de *vergüenza* no hablaba, riéranse de buena gana los mas del concurso, si la presencia de la *Justicia* no los tuviera tan sin gusto; pero Samano que, por el contrario, estaba en su elemento, soltando la careajada, exclamó:

—«Debeis vos de ser, hermano, un sandio personage, ó el mas redomado truan de estos reinos, euando tal decís!»

—Yo seré lo que vuesa merced quisiere que sea, señor Alguacil mayor, pero.....

—¿Quién sois, que no es conozco?

—Un pobre soldado, señor, que despues de haber servido á nuestro católico Monarca en Flandes contra los

hereges luteranos y otros tales, vino há pocos dias á esta tierra.

—¿En busca de algun tesoro?

— En busca de trabajo para sustentarse honradamente.

—¡Hum! ¡Hum! En mala compañía os hallo por vez primera: mas tiempo nos queda para ajustaros á vos la cuenta; ahora decidme qué es lo ocurrido aquí.

—Ha ocurrido, señor, que veniamos algunos amigos juntos por este camino, andando hácia el bosque de Chapultepec, y la casa del muy magnífico caballero don Alonso de Avila...

—Abreviad, pesia mi vida, que no he de pasar el dia, por escucharos, en este lugar.

—Digo, señor, que ibamos al bosque con la esperanza de recoger algunas migajas del festin de los ricos...

—Lo que pregunto es lo que ha ocurrido.

—Ha ocurrido, como decia, que, como esta venerable anciana (la Garduña hizo un gesto como si probase vinagre) ha dado, á lo que parece, en mortificarse con severos ayunos (Samano soltó la carcajada), el madrugon y el cansancio del camino debilitáronla de manera, que se nos ha desmayado hace algunos instantes. Asustámonos todos, chillaron las mugeres, arremolinóse la gente, y eso es lo que ha ocurrido y no otra cosa.»

Con asombro oyeron los testigos del lance la insolente mentira de Absalon, y al mismo Alguacil mayor, aunque de la verdad ignorante, parecióle tan inverosímil la declaracion del bravo, que, como por instinto y costumbre, mas que por reflexion, dijo:

—«Paréceme, amigo, que teneis mas de bellaco que de sandio; pero no sabeis, con todo, lo bastante para engañarme.

—Si vuesa merced no quiere creerme (respondió Absalon cada vez mas modesto, cada vez mas insinuante),

pregúntele á la interesada, que yo paso por lo que ella diga; y si no fuese lo que dicho tengo, vuesa merced es el cuchillo y mi cuerpo la carne, corte por donde bien le pareciere.

—Vamos, Tomasa, di tú, y di pronto, si no quieres que yo me encargue de hacerte, no solo hablar, sino cantar y de lo lindo; exclamó ya mohino el magistrado.

—Verdad es lo que ha dicho este *perro*, quiero decir, este buen hombre. Héme desmayado porque ayuné ayer, y no hay mas que esto.»

Mientras así hablaba la Garduña, Samano que no habia apartado ni un instante los ojos de la fisonomía de Absalon, creyó advertir en ella ciertos síntomas tan pronunciados de maldad hipócrita en general, y de astucia satisfecha en aquel determinado lance, que, por lo que tronar pudiese, determinó empezar bien el dia, prendiendo al meloso tunante. Dijo, pues, para poner por obra tan santa determinacion:

—«Ministros: prended á ese hombre, á la vieja, á una docena mas de los presentes; y á la cárcel con ellos.»

Figúrese cualquiera el efecto, no de sorpresa, que tales providencias de tal magistrado á nadie sorprendian, pero sí de espanto, que produciria en gentes que de sus casas habian salido con el propósito y la esperanza de solazarse todo un dia á espensas de la liberalidad de D. Alonso, oir que se mandaba encarcelar á una docena de personas, á bulto, y sin mas criterio que el no muy escrupuloso de los corchetes. Levantóse, pues, un clamoreo general en torno de Samano, pidiendo gracia y misericordia, no justicia; que años há en la patria del Cid y sus dominios á nadie se le ocurre fiarse en la justicia.

Pero á Samano le arrullaban aquellos clamores en vez de conmooverle; su mayor delicia consistia en que sus golpes levantaran ampolla; y por tanto respondia:

— «¡A la cárcel, á la cárcel, cuerpo de Cristo! Que luego averiguaremos lo que hay en el negocio, y quiénes son inocentes ó culpados.»

La *Garduña*, á pesar de que anhelaba vengarse de Almanegra y de Absalon, tenia sus motivos para profesarle á la *trena* una aversion mas que pronunciada; Absalon, aunque contaba con la eficaz proteccion de don Martin Suarez y de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, sentia poquísima curiosidad de conocer las prisiones de Méjico; para cada una de las desastradas ninfas y sus respectivos rufianes, hemos dicho lo que la prision significaba; y por lo que respecta al inocente público, claro está que no podia acomodarle trocar la libertad de un frondoso bosque y la abundancia de un banquete gratuito, por la sujecion de un calabozo, y la escasez de una racion que en dinero, ó en otra forma, habia ademas de pagarse al cabo muy cara.

En virtud de tales disposiciones y sentimientos la insistencia de Samano en enviar á la cárcel, amen de á la vieja con Absalon, que eso fuera, si no absolutamente legal segun las ideas modernas, en aquella época equitativo, á una docena ademas de vasallos del señor don Felipe II, llamado el *Prudente*, buenos ó malos, inocentes ó culpables, produjo en los agrupados un efecto mas comun en los tiempos á que nos referimos, que en los que con nuestros contemporáneos atravesando vamos, aunque al parecer debiera de suceder lo contrario.

Alborotáronse los ánimos: primero las súplicas comenzaron á pronunciarse con mas altanería que humildad; luego ya se dieron razones; á poco estas se convirtieron en amenazas; y por último, cuando exasperado el Alguacil mayor, y mandando á los corchetes hacer uso de las armas, él mismo echó el caballo encima de la ya insumisa plebe, declaróse esta en abierta rebelion.

Brillaron las espadas; salieron á relucir los puñales;

quién enarbolaba un garrote, quién cojia piedras; y gritaban todos; y súbito los corchetes, rechazados por los rebeldes, como las arenas de una playa por el flujo del mar, agrupáronse á su vez en torno de su gefe, pasando de la ofensiva á la defensiva, y clamando desaforados: «¡Favor al rey! — ¡Favor á la justicia, caballeros!»

Aunque rápida, la escena que describimos habia dado lugar á que por el camino donde ocurría pasase considerable número de personas de todas clases, de las cuales unas, por curiosas, se agregaban al grupo de los alborotadores, muy crecido ya cuando emprendió la resistencia; y otras, mas prudentes, prosiguieron su marcha á Chapultepec. No tardará el lector en comprender por qué consignamos aqui esa circunstancia, supuesta la cual proseguiremos la narracion pendiente.

Con la espada en la mano, centelleándole los ojos de cólera, y profiriendo terribles amenazas, estaba Juan de Samano á la cabeza de sus ministriles, y enfrente de ellos y de él la muchedumbre en actitud hostil, faltando solo uno que hiciese cabeza ó temerario acometiese, para que se arrojasen todos sobre el magistrado y los esbirros, cuando de la parte del bosque vieron unos y otros acercarse á rienda suelta un reducido escuadron de ginetes, compuesto, segun lo mostraba lo airoso de las personas y el lujo de los vestidos, de caballeros principales. Eran, en efecto, D. Alonso de Avila, D. Martin Suarez, don Fernando de Valdestillas, Bocanegra, y dos ó tres hidalgos de los que por menos perezosos ó mas impacientes habian acudido á Chapultepec los primeros.

—«¿Qué es ello, Samano? gritó Avila luego que pudo esperar ser oido.

—Es (respondió iracundo el Alguacil) vuestra fiesta que comienza, como era de esperar: con un motin.

—¡Pues vive Dios! (replicó D. Alonso) que si de la

fiesta quereis hacer batalla, quizá os pese, *seor Alguacil!*»  
 Los del pueblo que tal oyeron, creyéndose amparados decididamente por la nobleza, clamaron á una voz: —«¡Viva D. Alonso!—¡Viva!—¡Fuera los corchetes!—¡A ellos! ¡A ellos!»

Y, en efecto, juntando la acción á la palabra, salieron de entre la muchedumbre algunas piedras violentamente disparadas, cuyos golpes, no sin trabajo, esquivaron los corchetes; y estrechóse la distancia que los dos grupos contrarios separaba.

D. Alonso que, con noticia de lo ocurrido, recibida por algunos de sus huéspedes, habia con los dichos acudido á poner paz, al verse recibir tan agriamente por el Alguacil mayor, á quien, por otra parte, detestaba de todo corazón, perdiendo por completo los estribos, queria ponerse al frente de los amotinados y dar cuenta sumaria de la justicia municipal de Méjico; D. Fernando de Valdestillas, que por su edad y sentimientos tampoco era lo mas á propósito para conciliador, ardia como su amigo en deseos de habérselas con Juan de Samano; Bocanegra, pronto siempre á tirar la espada, nada decia, pero sacó la suya por de pronto; y los otros caballeros tambien se creyeron en el caso de empuñar las armas; por manera que hubo un momento durante el cual pudo creerse con harta razón, que era llegada la hora de una gran desdicha.

Mas habia alli un hombre siempre sereno, siempre dueño de sí mismo, el cual, apreciando de un solo golpe de vista las funestas trascendentales consecuencias que inevitablemente habian de seguirse para todos, y principalmente para sus importantes designios, si entonces se trababa la lid entre el magistrado municipal de una parte, y una pequeñísima fracción del pueblo y de la nobleza de la otra, propúsose evitar tal conflicto á todo trance.

Ese hombre era nuestro D. Martin Suarez de Monroi, y la manera con que acometió la ya difícilísima empresa de sosegar los alborotados ánimos, la que por ahora no consiente la estension de este capítulo que á explicar nos detengamos.



señora no las escipisara con los encantos de su belleza. De antemano, y muchas ya desde la pasada noche, habíanse en Chapultepec las demás mujeres de su servicio, así como los criados y esclavos.

Con aquel sedujo, pues, mas de princesa que de particular señora, y tanto en la gallarda de la persona, como en la destreza con que su fogosa montura manijaba, mostrándose nacida para las mas encumbradas posiciones sociales, emprendió doña Elvira la jornada al bosque de Chapultepec.

## CAPITULO XIV.

**DE COMO LAS CALAVERADAS DE LA GENTE DE JUICIO SON SIEMPRE MAS ESCANDALOSAS QUE LAS DE LOS CALAVERAS.**



COMENZABA apenas el horizonte á dorarse con la reflexion de los rayos solares, cuando doña Elvira, elegante y sencillamente vestida de cazadora, es decir: con traje de montar verde oscuro, banda, sombrerillo con plumas, y una bengala en la diestra, montaba un ligero palafren, bayo con cabos negros, en la puerta de su casa de Méjico. Acompañábanla dos caballerizos, otros tantos escuderos, y hasta media docena de lacayos provistos de excelentes armas; y ademas, inmediatas á su persona, y tambien á la gineta caballeras, dos camaristas ó doncellas, que pudieran pasar por hermosas, si su

señora no las eclipsara con los encantos de su belleza. De antemano, y muchas ya desde la pasada noche, hallábanse en Chapultepec las demas mugeres de su servidumbre, asi como los criados y esclavos.

Con aquel séquito, pues, mas de princesa que de particular señora, y tanto en la gallardía de la persona, como en la destreza con que su fogosa montura manejaba, mostrándose nacida para las mas encumbradas posiciones sociales, emprendió doña Elvira la jornada al bosque de Chapultepec, poco antes de que su turbulento esposo, trabándose de palabras con Juan de Samano, llegase á punto de convertir la fiesta aun no comenzada en un verdadero festin de *Lapitas y Centauros*, para valer nos de la mitológica metáfora ya por D. Martin Suarez usada.

Por una parte, empero, ignoraba Elvira completamente lo que en el camino ocurría; y por otra, aunque lo supiera, no dejara ella de asistir á donde sus obligaciones de dueña de casa la llamaban. Mas diremos: D. Alonso hostilizando á cualquiera del bando de la Audiencia, aunque él fuese el provocador, aunque imprudentemente faltase á todo humano respeto, podia estar seguro de merecer la completa aprobacion de su esposa. ¡Tal y tan grande, y tan apasionado era el odio que la bella dama profesaba á los tres doctores, y á cuantos su parcialidad seguian!

Pero, de decirlo acabamos, doña Elvira, ignorante del grave conflicto que á la sazón ocurriendo estaba, ibase con su acompañamiento á paso corto, ya que no sosegado, divertida ó en contener los fuegos del corcel generoso que, ufano con la honra de tal carga, no cesaba en el ejercicio de corbetas y escarceos; ó quizá entregada á pensamientos, no diremos si de ambiciosas miras, si de amantes aspiraciones.

Porque, todos lo sabemos, Elvira no tenia de estatua

mas que la perfeccion de las formas y lo sosegado del continente; por lo demas era aquella muger cual los gigantescos rios de la region mas septentrional de América, cuya profundidad inmensa, cuya corriente, rápida como el pensamiento, son causa de que, á los ojos de quien su superficie contempla, aparezcan sus aguas como sin curso.

Ocupábanla, pues, ó altos ambiciosos pensamientos, que alimentaba mas por darle vuelo á la fantasia que con esperanza de realizarlos, ó tiernos cuidados del corazon; pues, como el lector ya sabe, Elvira amaba, y amaba tan sin escrúpulo de conciencia, como con firme propósito de no gozar nunca sus amores.—¡Situacion verdaderamente original!—Situacion desgarradora para otra muger cualquiera; y que, sin embargo, no trocara Elvira, aunque en su mano estuviese, por un estado de esos que son felices precisamente por lo vulgares.

Un farmacéutico de lugar, casado con una dueña robusta, fecunda, hacendosa y sumisa, como venda cada dia la cantidad suficiente de Ruibarbo, Jalapa y Cerato, para subvenir á las necesidades de su familia, poder reunir una coleccion numerosa de Coleópteros (vulgo: escarabajos), y estrenar un vestido el dia de *Corpus* y otro el Jueves Santo, es feliz si la salud no le falta. Pues habladles á los espíritus poéticos, ó á los ambiciosos de gloria ó riquezas, ó á los amantes de la disipacion, de tal felicidad, aun en los momentos en que su pasion dominante mas los atormenta, y os diran:—«*No, eso nó: prefiero mi mal estar á tan prosáica ventura.*»—Asi somos todos: nuestros defectos y desdichas nos cautivan mas que las buenas dotes que nos concedió el cielo, y que las felicidades de que positivamente gozamos. Asi era tambien Elvira: un amor sin contradicciones, sin obstáculos insuperables, un amor *posible*, para decirlo de una vez, pareciérale indigno de su alma grande; al paso que

la pasión que el jóven Valdestillas le inspiraba, era á su entender, y por lo mismo que á perpétuo suplicio la condenaba, un sentimiento sublime de aquellos de que solo son capaces los séres privilegiados.

De buena fé, sin embargo, en sus ilusiones, y conservando siempre, aun bajo su imperio, la rectitud inflexible de su virtuosa índole, Elvira evitaba cuidadosamente las ocasiones de encontrarse con D. Fernando, por mas que en realidad lo desease; «porque, se decia, segura estoy yo de no incurrir en flaqueza, aun cuando siempre le viera; mas él padece, y fuera en mí indisculpable egoismo acrecentar su tormento por gozar yo del placer de contemplarle.»

En las almas honradas hasta el delirio de la pasión es tambien honrado y generoso.

Pero en el dia de que tratamos la fortuna lisonjeaba á un tiempo el amor y la ambicion de la esposa de Avila, no solo sin que ella hubiese directa ni indirectamente solicitado sus favores, sino de modo que apenas le era posible esquivarlos. Toda la responsabilidad de cuanto ocurrir pudiese pesaba y pesar debia sobre D. Alonso, como único y esclusivo inventor de aquella improvisada fiesta, en la cual iban á dar un paso de gigante los proyectos de D. Martin Suaraz, de quien no podemos ya dudar que Elvira era, cuando menos, cómplice política; y de la tal fiesta iba Elvira á ser la Reina en mas de un concepto, siendo ademas inevitable el hallarse con Fernando en íntimo continuo contacto, durante muchas horas.

En consecuencia, pues, cabalgó Elvira radiante de gozo, embellecida por la esperanza, y ufana como un gran General en dia de batalla; y en consecuencia, tambien, su altivez nativa subió tanto de punto que, quien sin conocerla se hallase con ella en las calles, al verla devolver con afabilidad régia los saludos á la gente po-

pular, inclinando apenas la cabeza en respuesta á las reverencias de las hidalgas de último orden, haciendo ceremoniosa cortesía á sus iguales, y mirando con desdén supremo á los caballeros que cometian la indiscrecion de requebrarla, con los ojos se entiende, que con la lengua ninguno osara; quien asi la viera, decimos, imaginara que era, cuando menos, una Infanta de España que visitaba la capital del Imperio que fue de Motezuma.

Y quiso la suerte que, cuando en tal situacion de espíritu y con el séquito que hemos dicho iba nuestra doña Elvira entrando ya por las calles de Tlatelolco, mas angostas que las de *Tenuchtitlan* ó sea Méjico propiamente dicho, acertase á encontrarse la suya con otra comitiva no menos numerosa, y si en la esencia no tan aristocrática, al menos con pretensiones de supremacía y aparato extraordinario de autoridad.

Detengámonos un momento á considerarla, pues la cosa merece la pena para nosotros, gente curiosa y no muy ocupada.

Primeramente se veia, caballeros en dos rocines de triste apariencia y pacífico aspecto, á otros tantos *Ministros de Justicia*, es decir: alguaciles ó corchetes, en traje de ceremonia y con varas altas en las manos.

Seguíanles en mulas y malos caballos seis ú ocho entre Escribanos de Cámara y otros curiales, formados en dos hileras paralelas, como si fuesen á publicar la Bula de la Santa Cruzada; y en pos de ellos algunos dependientes de escalera abajo.

Luego marchaban, sin mas vestido que el *mactal* y una ligera manta de algodón, á guisa de clámide con negligente elegancia pendiente de los hombros, diez ó doce robustos *Tamenes* ó sean indios de carga, atezada la color, echado adelante el cuerpo, sin proferir palabra, y con esa espresion de imbecilidad artificial en el

rostro, que es á un tiempo el signo característico y el inevitable resultado de la servidumbre.

Pocos pasos mas atrás iban dos sillas de manos llevadas cada una por cuatro *Tamenes*, que eran alternativamente relevados por aquellos que en el párrafo anterior mencionamos.

Eran todavía las sillas de manos en el siglo XVI vehículos de uso casi indispensable para las damas, pues aunque los coches, ó mas bien carrozas, se conocian en España desde el reinado de D. Felipe el Hermoso y doña Juana la Loca, abuelos de Felipe II, tanto por su pesadez y excesivo coste, cuanto por el malísimo estado del piso de las calles, apenas, escepcion hecha de las personas reales y mas elevados personajes, se valia nadie de ellos en las ciudades. Y si tal acontecia en Europa, puede el lector figurarse que con mucha mas razon habian de escasear entonces los coches en Nueva España, donde los Vireyes mismos rara vez los usaban, sirviéndose de ordinario ya del caballo, ya de la mula de *paso*, ya, en fin, de la silla de manos, mueble cuya descripcion en este momento nos ocupa, y podemos hacer sucintamente, por ser de todos conocido.

Todavía en Madrid se conservan algunas en Palacio para acompañar á los Reyes en la solemne visita que á los Sagrarios suelen hacer en público el dia de Jueves Santo, y hasta los imberbes saben que consisten en una especie de cajon, cuyas dimensiones le hacen capaz de contener dos personas, sentadas una frente á otra en sus testeros.

Dos portezuelas, cada cual con su vidrio ó ventanilla, les dan entrada y ventilacion; y cuatro varales, unidos dos á dos á los testeros, perpendiculares á estos y entre sí paralelos, forman en cada cabecera dos *limoneras*, como las de los carruajes de varas. Sirven las tales limoneras para que ya dos, ya cuatro hombres,

segun el peso de la máquina y de las personas que encierra, las suspendan y trasporten á donde conviene.

Asi, pues, la silla de manos, satisfaciendo al decoro y á la comodidad del dueño, tenia dos inconvenientes gravísimos: uno, la lentitud forzosa de su marcha; y otro, degradar la raza humana, reduciendo al papel de acémilas á varios individuos de la racional especie. Pero el hombre rico filosofa poco cuando se trata de su fausto y comodidad, y el pobre menos para procurarse el necesario sustento, haciendo aquel bastante siempre que no tiraniza, y milagros el último si respeta los límites de la probidad en sus esfuerzos contra la miseria.

Mas, reflexiones á un lado, digamos que las dos sillas que motivan esta arqueológica digresion, eran ambas de maderas finas, cubiertas de adornos de esquisita talla, y con clavazon de plata entrambas. La que primero figuraba en el acompañamiento cedia, sin embargo, en lujo ya que no en primor á la segunda, distinguiéndose singularmente por el bello color azul de la seda de su forro interior, y por llevar en cada portezuela un cuadro pintado al oleo con no mal pincel, por cierto.—Figurábase en el de la derecha el Parnaso, con Apolo y diez, en lugar de las nueve clásicas de Musas; y en el de la izquierda el famoso salto de Léucade, en el momento en que la volcánica Safo, arrojándose de la cima del promontorio, iba á extinguir en brazos de Neptuno la ardiente llama por el ingrato Faon en su pecho encendida. Dentro de aquel alegórico vehículo, que en el color del forro revelaba celos, en el Parnaso y las diez Musas altas pretensiones literarias, y en el salto de Léucade un amor desesperado, iba una bella dama de diez y nueve á veinte años de edad, tocada á la griega, esto es: con el cabello recogido hácia la nuca y sujeto con una sola cinta, azul por decontado, que rodeaba la cabeza toda; y vistiendo una ancha blanquísima túnica

de muselina ú otra tela equivalente, la cual, merced á un ancho liston del mismo color de la cinta del pelo, dibujaba un sutil y admirablemente contorneado talle, á pesar de la profusa amplitud de sus paños.

La décima musa, la segunda Safo, la dama clásicamente tocada y vestida, era—apostaríamos cualquier cosa á que nuestras lectoras ya lo han adivinado—era la linda Doctora, la sábia morena, Inés, en fin, la hija del Doctor Villalobos, por el inconstante D. Alonso de Avila abandonada apenas vencida. Fue su primer pensamiento el de no asistir á la fiesta; pero, mejorando luego su juicio, decidióse á concurrir á ella en la forma en que de pesentarla acabamos, estrenando la silla bajo su inmediata personal direccion recientemente construida, y con los proyectos que á su tiempo sabrá quien la lectura de este libro halle soportable.

Sin alegorías ningunas, relumbrante y magnífica, la segunda silla aforrada en seda carmesí con franjas y pasamanos de oro, encerraba en todo el esplendor de su madura picante belleza á doña Beatriz, la esposa del Doctor Ceinos, la cual, mientras que Inés leía ó lo aparentaba un ejemplar famoso del *Ars amandi* de Ovidio, iba sacando de continuo la cabeza por el vidrio, ya para hacerse ver de los que pasaban, ya para sonreirse entre burlona y provocativa, mirando al señor Fortun, por aquel dia en caballerizo convertido. Verdaderamente el bueno del Page valia la pena de que se le mirase, porque con el famoso vestido negro, estrecho para el Doctor, y al buen talle del mozo ajustado por un sastre castellano, por la caritativa doña Beatriz pagado, asi como tambien los adornos de color carmesí, las botas de ante, el fieltro con pluma roja, y cuanto fue, en fin, necesario para su completo atavio, Fortun, si no un gran caballero como Avila, ni un poético doncel como Valdestillas, parecia y era un muchacho gracioso, petulante y rebosan-



do vida. ¿Qué diablos mas se necesita para llamar la atencion de las bellezas ultra-equinocciales, vulgo: *jamonas*?

Gustaba poco Ceinos de gastar dinero, pero en cambio muchísimo de darse importancia, y esplotando esa mala inclinacion redújole Beatriz á que alquilase para Fortun una jaquilla de poca alzada, pero briosa y juguetona, en la cual iba el estudiante, mas resuelto que buen ginete, unas veces en la silla, otras donde podia, pero agarrándose al bruto como un gato á las paredes. Tuvo, en consecuencia, doña Beatriz, *caballerizo* á la derecha y escudero á la izquierda, que era, á su entender, lo menos que exigia su alta condicion de presidenta de la Real Audiencia y Gobernadora de Nueva España.

Detras de la silla de su muger, llevando á la diestra al Doctor Villalobos y á la siniestra mano al Doctor Orozco, veíase al mismísimo Doctor Ceinos, vistiendo él y sus compañeros Loba y Tabardo negros de seda, con cadenas de oro al cuello, y sin faltarles mas que las *varas* para representar en todo y por todo la elevada omnipotente jurisdiccion que ejercian.

Ya que de varas hemos hablado, diremos al curioso que fue cuestion seria y detenidamente debatida entre los Doctores, la de saber si habian ó no de llevarlas á la fiesta; decidiéndose despues de un debate tan maduro como la gravedad del caso lo exigia, que fuesen *con vara* los Alguaciles para autorizar la comitiva, y sin ella los Oidores, pues llevándolas tendrian que pasar el dia en disputar á todos la presidencia, y dado que no hubiese quien se la disputase, aburridos por efecto mismo de su oficial posicion.

Réstanos solo para terminar la descripcion que haciendo vamos, decir que al estribo de la mula de cada oidor iba un *mancebo de á pie* ó espolista, pronto á contener y dirigir al testarudo animal, si de las suyas ha-

cia; y detras tambien de cada magistrado, un escudero á caballo, en mula se entiende, para autorizar la persona.

Cerraba la marcha una veintena de alabarderos de los de la *Guarda* de los Vireyes con un *Sargento* á su cabeza; y adviértase que en aquella época los sargentos equivalian á lo que hoy los oficiales subalternos de nuestras modernas compañías.

En pos del acompañamiento oficial de los señores y señoras de la Audiencia iba, como puede suponerse, muchedumbre de curiosos admirando y censurando tambien aquella pompa, y casi al mismo tiempo que la tal comitiva por nosotros tan minuciosamente descrita, preparábase doña Elvira con la suya á entrar en cierta angosta calle de *Tlatelolco*, como no hace mucho lo digimos.

En aquel tiempo era negocio gravísimo el del *paso*, es á saber: quien debia de cedérselo á quien, y sobre eso se perdia tiempo, se trababan contiendas á mano armada, y se entablaban interminables litigios, de persona á persona, de corporacion á corporacion, y hasta entre las mismas autoridades constituidas. No era necesario que hubiese antipatia ó enemistad prévia entre los contendientes: bastaba ofrecerse una calle angosta, encontrarse una puerta, ó haber de tomar asiento, para que súbito surgiesen las pretensiones y la discordia estallase. ¿Qué habia de suceder entre gentes que cordial y profundamente se detestaban?

Doña Elvira hubiera tenido que ceder el paso, mal que le pesara, á la Audiencia en cuerpo; mas de un solo golpe de vista apreció las cosas en su verdadero valor, advirtiéndole, en primer lugar, que iban mugeres en la comitiva, y en segundo que no llevaban los odores sus varas; circunstancias cada una de por sí bastante, y ambas reunidas sobradas para demostrar que aquel era

acompañamiento de los Doctores, pero no de la Audiencia en cuerpo.

Así, pues, y reducida la cuestion á habérselas con Ceinos, Villalobos, Orgaz, la muger del primero y la hija del segundo, la altiva esposa de D. Alonso de Avila, sin vacilar un solo instante, apenas vió que la cabeza del acompañamiento de sus contrarios distaba unos veinte pasos de la calle en que todos entrar se proponian entonces, hizo sentir el látigo á su palafren vigorosamente, y dijo á sus criados:—«*Al trote, y adelante!*»—Salió el caballo de la dama sobre las piernas con gallardía y rapidez; doncellas, caballerizos, escuderos y lacayos, obedecieron la orden recibida, y antes de que Doctores, Doctoras, Alguaciles y compañía, supieran lo que les pasaba, ya doña Elvira y los suyos les habian tomado la delantera, no sin celebrarlo los lacayos con estrepitosas carcajadas.

Dejamos á la consideracion del discreto el escándalo que tal proceder causó en los ministros, servidores y acompañantes del tribunal, que no concebian siquiera cosa mas alta que sus *estrados*, y solo apuntaremos ligeramente algo del efecto que produjo en los principales personajes.

La *culta* Inés, para empezar por ella, interrumpiéndose en la *construccion* de un párrafo de Ovidio, y sacando la cabeza de la silla, exclamó al reconocer á Elvira:

—«Solo esa brutal amazona conviene al insensible cuanto ingrato, fementido *Eneas*, que cual otra *Ariadna* me tiene abandonada!» Con cuya sabia reflexion y un profundo suspiro volvió á su lectura.

Tambien sacó Beatriz la cabeza y dijo:

—«¡Habrà insolente! Si yo fuera que el Doctor, pesaría del desacato!

—Si vuesa merced quiere!.... Exclamó Fortun, deli-

ciosamente fanfarron; pero su ama no le dejó acabar, replicando de esta suerte:

—«Calle el mancebillo, y aguarde á ser hombre para hablar!»

La dureza de tales palabras iba templada, justo es decirlo, con una benévola mirada; mas, sin embargo, ruborizóse el Page, y casi se le asomaron las lágrimas á los ojos.

—«¿Quién es esa hembra insolente? preguntó el Doctor Orozco, que era corto de vista. ¿Quién es para faltarnos de ese modo al respeto?»

—¿Quién ha de ser (respondió amarillo de cólera Villalobos), sino la muger del procaz, del libertino don Alonso! Volvámonos, señor Ceinos, que ya fuera mengua concurrir á su fiesta.

—No ¡viven los cielos! Dijo á su vez el Presidente, mas ofendido, mas colérico aún que sus dos colegas, pero conteniéndose por deseo de la venganza. «Hemos de asistir á esa fiesta, y plegue á Dios que nos hagan apurar hasta las heces el cáliz de su orgullo, de su insolencia y de su deslealtad, asi el marido como la muger.»

—No os entiendo, Doctor (interpuso Orozco), y soy del parecer de Villalobos: volvámonos.

—No hareis tal, si quereis oir de mis labios lo que la razon aconseja. Vamos al bosque.

—¿Y á qué? (Preguntó furioso Villalobos) ¿A ser el ludibrio de D. Alonso, del Marqués y de los suyos?»

—Sea, aunque lo dudo y dudarlo siento. A lo que vamos es á aumentar el capítulo de *culpas* de esos *traidores*; y todo saldrá en la colada; quiero decir, en el *proceso* y su *sentencia*. Volvernós ahora seria un escándalo inútil. Con decir doña Elvira que no nos ha conocido, está fuera del paso; y no es razon que perdamos el viaje.»

Parecieron, sin duda, fundadas las razones de su

presidente á los dos Oidores; pues desistiendo ambos de su primer pensamiento, prosiguieron todos la marcha al bosque, si bien, para que nunca se dijese que el *paso* se habian dejado tomar, hiciéronlo por otra calle distinta de la que doña Elvira habia ocupado.

Aquella Dama, sin curarse de los de la Audiencia una vez que á su espalda los tuvo, volvió á tomar el paso que anteriormente llevaba, y á entregarse á los pensamientos que la preocupaban, lo mismo que si no hubiera Oidores en el mundo.

Parecia, por tanto, terminado poco menos que en paz tan desagradable incidente; pero al Diablo, que aquel dia no estaba en Cantillana sino en Méjico, y suelto, y retozon en demasía, antojósele tomar posada por algunos instantes en la cabeza de Fortun, que fue como si dijéramos en casa de la órden, porque mollera de Page y celda del infierno vienen á ser una misma cosa.

Ya sabemos que la lógica era el fuerte, ó mas bien el flaco de Fortun; y *Pedro Botero*, que es aficionado á los flacos, tomóle por él hábilmente, sugiriéndole el siguiente interior monólogo:

— « Hánme dicho que aguarde á ser hombre para hablar. ¿Y qué es lo que me falta para ser hombre? No será el gustar de las mugeres; mi señora sabe demasiado que por ahí no peço... ¿La discrecion?—Tampoco; pues todos dicen que me paso de agudo... ¿La presencia?—Esta mañana misma me ha dicho doña Beatriz lo contrario... ¿Qué me falta, pues?—No puede ser otra cosa sino no hacer alguna *hombrada*, algo asi como lo que cada dia acomete D. Alonso de Avila... ¿Y cómo?—Sencillísimamente, y la ocasion se me ha venido á las manos... ¡Eso es!... ¡Cabal! — Ahora verá doña Beatriz quién es Fortun; y, vive Dios, que no he de parar hasta obligarla á que confiese que soy todo un hombre!!»

Y pensando y haciendo, arrimóle las piernas á la in-

quieta jaquilla, la cual salió dando un bote que puso al pagecillo, con no poca risa de los circunstantes, caballero demasiado cerca de las orejas; pero Fortun, que tenía el diablo en el cuerpo, recobró la silla como pudo, sin pararse hasta emparejar con los alguaciles que llevaban la cabeza de la columna.

Figuróse doña Beatriz que, corrido el pagecillo por su áspera réplica, queria hacerse el picado, y prometiéndose castigar su impertinencia en tiempo oportuno, abstúvose por el momento de darse por entendida, tanto para evitar escándalo, cuanto para que el Doctor no interviniese en el asunto: por manera que nadie le dijo palabra á Fortun por su escapada.

Él sí les decia algunas á los alguaciles, que en su virtud hicieron apretar el paso á sus flacas monturas, resultando de ello que la comitiva entera caminase con mucha mas prisa que anteriormente.

Los que iban á caballo apenas lo notaron, y los pobres Tamenes no tenían mas recurso que callar.

Fortun logró su objeto, que era el de llegar á la salida de la ciudad y entrada del camino de Chapultepec al mismo tiempo que doña Elvira y su acompañamiento.

Apenas se vieron unos á otros sobresaltáronse todos, previendo un nuevo conflicto; sola doña Elvira permaneció serena, creyendo salir del paso por el medio mismo que con tan buen éxito habia empleado pocos minutos antes.

Disponíase, pues, á salir al trote, cuando se le atravesó en el camino Fortun, caballero en su jaca, con la gorra en la mano por cortesía á las faldas, pero con toda la insolencia de un page en el rostro, con toda la provocacion de un niño que aspira á parecer hombre en las miradas.

—«¡Apártese el atrevido! Clamó la esposa de Avila levantando en alto la vengala que en la mano llevaba.

—»Repórtese vuesa merced (contestó Fortun desvergonzadamente), y haga paso á la Real Audiencia!

—»Aquí no hay Audiencia (repuso iracunda doña Elvira); y la muger de D. Alonso de Avila, solo á la Marquesa del Valle cede el paso en Méjico.»

—«¡Atrás, digo! Insistió resueltamente Fortun.

—»¡Fuera, repito! Replicó furiosa la Dama.»

En esto ya, roto el procesional concierto, Alguaciles, Escribanos, Sillas, Tamenes, Oidores y Alabarderos, por parte de los de la Audiencia; Caballerizos, Doncellas, Escuderos y Lacayos, por la de doña Elvira, habíanse arremolinado en torno de los contendientes, gritando todos, no oyendo nadie, y ofreciendo aquel grupo un aspecto, ya que no tan amenazador, sí tan tumultuoso como el que á corta distancia formaban Juan de Samano y D. Alonso con sus respectivos parciales.

Pero, si en el último que hemos nombrado la serena prudencia de D. Martin Suarez, como la del Rey Sobrino en el campo de Agramante, contenía hasta cierto punto los gérmenes de la discordia prontos á desarrollarse en forma de reñida batalla; en la tumultuosa reunion de los acompañamientos de doña Elvira y de los Doctores, aunque abundaban las canas, faltaba resolucion y sobraba violencia en las pasiones: por manera que no hubo medio de evitar el conflicto.

Y estalló de esta manera.—Doña Elvira, fuera de sí con la insolencia del page, descargó con su vengala, primero un golpe que le cruzó la cara al audaz Fortun, luego otro á su jaca, tan bien asentado, que el animal rompió en saltos de carnero, tantos, tan veloces, y de tal fuerza, que en breves instantes dió con su ginete en el polvo del camino.

Lanzó doña Beatriz al ver á su page tan mal trecho un grito agudísimo; clamó Ines que iba á desmayarse; comenzaron á retirarse algunos curiales prudentes; pro-

frieron al mismo tiempo los tres Doctores la órden de prender á la culpable; quisieron ejecutarla dos ó tres Alguaciles acercándose á ella; y al ver acometida á su señora, echaron los lacayos mano á las espadas, y acaudillados por los escuderos y caballerizos, cargaron á fondo á la comitiva de la Audiencia, dispersándola en poquisimo tiempo, sin esceptuar mas que á los Alabarderos de la *Guardia*, quienes, formando un grupo erizado por las cuchillas de sus alabardas, creyeron prudente mantenerse sobre la defensiva.

Doña Elvira, en tanto, firme en su palafren, contemplaba el campo de batalla con el orgullo del triunfo pintado en los ojos, y la risa en los labios.—¿Risa en tal ocasion?—Sí, lector pio, y no faltaba de qué reirse, en efecto.

Las dos terceras partes, por lo menos, de los curiales habian seguido á Fortun, esto es: rodado por los suelos, y libres los rocines acariciaban á las mulas; y las mulas recibianlos á coces, rompiendo cinchas, quebrantando sillas, y levantando inmensa polvareda.

Los tres Doctores, sin separarse uno de otro ni media pulgada, galopaban por el camino adelante en direccion al bosque, olvidando uno de ellos á su muger, otro á su hija, y todos su gravedad y acompañamiento.

Ines hacia la desmayada en su silla, perdiendo el tiempo, porque nadie hubo que de ella se acordase; y doña Beatriz, cuya silla volcó al abandonarla sus Tame-nes, prófugos por decontado, mas por soltar la carga que por miedo á las consecuencias del combate, sacaba por la ventanilla la mitad del cuerpo, forcejeando en vano por desasir los pies presos en los almohadones y colgaduras.

De las dos doncellas de Elvira una cayó, dando á luz lo mas oculto de sus encantos, con gran regocijo de los Alabarderos, á quienes importaba poquisimo el





E. VARELA

Derrota de las Mujeres

CIBER



percance de los señores de la Audiencia; finalmente, los servidores de la esposa de Avila recorrian el campo, acabando de dispersar á sus contrarios, pero mas á guisa de gente de broma que de guerreros vencedores.

Confesemos que en el primer momento no le faltaba á doña Elvira razon para reirse de tan cómico espectáculo; si bien nos vemos en la dolorosa necesidad de convenir tambien en que la tal señora cometió aquella mañana una gravísima imprudencia, agena de todo punto á su mucha cordura.

EN QUE SE ESPERAN LAS TERRIBLES CONSECUENCIAS DE HABERSE DESBOCADO LAS MULAS DE LOS TRES DOCTORES.

Alonso ponía en completa derrota la jurisdicción comitiva de los tres Doctores, y estos huían á todo el correr de sus mulas del campo de batalla, el prudentísimo D. Martin Suarez de Moron, interponiéndose entre la cohorte municipal, por Juan de Samano acudillado, y los caballeros de su propia comarca, procuraba evitar un conflicto de mas sangrientas consecuencias que aquel de que en el capítulo anterior dimos cuenta.

Con tal objeto, clamando en voz estentórea:—«¡Te-  
nos, D. Alonso!—¡Reportaos, señor Samano!»—Y abe-



perdidos de los señores de la Audiencia; finalmente, los servidores de la esposa de Avila recorrian el campo, sacando de dispersar á sus contrarios, pero mas á guisa de gente de proma que de guerreros vencedores. Confesamos que en el primer momento no le faltaba á doña Elvira razón para reirse de tan cómico espectáculo; si bien nos vemos en la dolorosa necesidad de convenir tambien en que la tal señora cometió aquella mañana una gravísima imprudencia, agena de todo pun-

## CAPITULO XV.

EN QUE SE ESPLICAN LAS TERRIBLES CONSECUENCIAS DE HABERSE DESBOCADO LAS MULAS DE LOS TRES DOCTORES.



MIENTRAS la belicosa consorte de don Alonso ponía en completa derrota la jurídica comitiva de los tres Doctores, y estos huían á todo el correr de sus mulas del campo de batalla, el prudentísimo D. Martin Suarez de Monroi, interponiéndose entre la cohorte municipal, por Juan de Samano acaudillada, y los caballeros de su propia compañía, procuraba evitar un conflicto de mas sangrientas consecuencias que aquel de que en el capítulo anterior dimos cuenta.

Con tal objeto, clamando en voz estentórea:—«¡Teneos, D. Alonso!—¡Reportaos, señor Samano!»—Y ade-

lancando al mismo tiempo el caballo, colocóse, sin tocar la espada, á igual distancia de entrambos los contrarios escuadrones, alta la mano derecha, como quien pide silencio para hablar, y sin que en su semblante se advirtiese turbacion alguna.

Por lo que respecta al magistrado y los suyos, corría Suarez poco riesgo, pues ya se limitaban á defenderse, mas no así relativamente á la gente popular que, irritada por la reciente provocacion del Alguacil mayor, y creyéndose invencible con el refuerzo de los caballeros, estaba ya impaciente de llegar á las manos.

Fue, pues, la arriesgada accion de D. Martin acogida con un iracundo bramido de la multitud, que gritaba:

—«¡A fuera!—¡A fuera!—¡No queremos paces!—¡Viva D. Alonso!—¡Mueran los corchetes!»

Y tras de las voces iban las piedras; pero piedras y voces oyó y miró indiferente D. Martin, clamando:

—«Teneos, mejicanos, teneos; y escuchad la voz de la razon! Y si oirla no quereis, matadme á mí primero que á esos hombres!»

Tanta serenidad, valor tan grande, acabaron por imponer respeto á los amotinados; y aunque no faltaron algunos que, con Absalon á su cabeza, se obstinaban en no darse á partido, D. Alonso, D. Bernardino, Valdestillas y los demas caballeros, precisados á secundar á D. Martin mal que les pesase, lograron por el momento contenerlos.

Entonces Suarez, acercándose á Samano y dirigiéndose á él con cortés entereza, preguntóle cuál era el origen de aquella pendencia, reconviniéndole al propio tiempo por su falta de urbanidad al responder á don Alonso.

Contestóle Samano, cuanto á lo primero, refiriendo lo que el lector sabe sobre el desmayo de la *Garduña* y sus consecuencias; y por lo respectivo á lo segundo dijo:

que al llegar Avila no estaba ya él para escoger las frases, sino en disposicion de andar á cuchilladas con quien quiera que delante se le pusiese.

—«Con todo eso, replicó D. Martin, no anduvo cuerdo el señor Alguacil mayor respondiendole tan desabrido al que ya como su huésped considerar podia, puesto que, por él convidado, iba á su casa.»

De buena gana dijera el Magistrado municipal que D. Alonso no era á sus ojos mas que un enemigo, pero la ocasion no se prestaba á fieros, por una parte; y por otra contúvole el descubrir á lo lejos cierto apiñado grupo de peones, que por su crecido número pudiera muy bien llamarse escuadron, el cual á paso largo y levantando gran polvareda, se les iba acercando rápidamente por la parte del bosque.

Limitóse, por tanto, á contestar que le pesaba de haber disgustado á D. Alonso, y que *luego que hubiese de los culpables hecho sumaria justicia, prendiendo á los cabezas de aquel motin*, se escusaria de buena gana con el dicho caballero.

—«Yo os doy por escusado, exclamó D. Alonso que á la conversacion estaba atento, con tal de que me hagais la merced de no turbar la fiesta con prisiones.»

—Imposible, repuso Samano: ha habido resistencia á la justicia y no puedo dejarla impune.

—Culpa hay de todos, dijo terciando Bocanegra: no se hable mas del negocio, y volvámonos todos al bosque.

—Pésame, caballeros, de no poder serviros, insistió el Alguacil mayor; pero si una vez se deja impune á esta canalla...

—Quisiera yo saber, exclamó iracundo D. Fernando, quién os dió derecho para llamar canalla á los mejicanos.

—Y yo, contestó tambien destemplado Samano, cuán-

do se ha visto que los mancebillos se les suban á las barbas á los que peinan canas.

—Pues ¡vive Dios! gritó Valdestillas tirando de nuevo la espada, que voy á libertaros del peso de las vuestras, seor *corchete mayor!*»

Apenas tuvieron tiempo Avila y Bocanegra para contener al generoso irritado mancebo, y apuradísimo se vió Suarez para que el Alguacil no se arrojase tambien espada en mano sobre Valdestillas; pero al fin consiguieron los tres su propósito, y con esfuerzos casi sobre-humanos logró D. Martin reanudar las interrumpidas negociaciones.

Mientras tales cosas acontecian en el grupo de los cabezas de uno y otro bando, la muchedumbre dándole rienda suelta á la lengua, encendíase mas y mas en su odio contra los de justicia, recordando cada cual las vejaciones que decia haber padecido, y encareciendo todos la prepotencia y brutales maneras de Samano.

Al propio tiempo el grupo ó escuadron que hace poco mencionamos acercábase rápidamente al lugar de la escena, y á medida que la distancia se acortaba, iba el Alguacil mayor advirtiendo con mas evidencia el gran número de hombres que lo componia, y el aditamento, no insignificante por cierto, de hallarse muchos, por lo menos, ya que no todos ellos, armados.

Creyó, en consecuencia, que era conveniente ir bajando sucesivamente el tono, y disminuir por grados sus pretensiones, resultando que, estaba ya casi de acuerdo en darlo todo al olvido en el momento mismo en que pudieron todos ver que el grupo famoso, compuesto de algunos bravos y de muchos indios, venia capitaneado por Almanegra, y nada menos que en pacíficas disposiciones.

Recordará el lector, que el brutal bandido, á ruegos de su camarada Absalon, habíase apartado del lugar de

la escena en el momento de aparecer en ella los alguaciles; añadiremos ahora que, previendo, como era fácil, un grave conflicto, apresuróse á reunir cuanta gente *non sancta* halló al paso, con objeto de reforzar á los suyos.

Coincidió con tales precauciones, el que Cristóbal y Poyahuitl, viendo partirse á D. Alonso del bosque, ya con la noticia de lo que en el camino acontecia, tomaron por sí y ante sí la providencia de reunir cuantos indios, de los muchos congregados en torno de la quinta, hallaron á mano, y partirse con ellos en seguimiento de Avila. Por manera que, encontrándose unos y otros en el camino, escuadraronlos á todos rápidamente Almanegra, y pudo presentarse, como se presentó en efecto, á la cabeza de una falange que no bajaría de trescientos á cuatrocientos hombres, indios cazadores la mayor parte de ellos, y casi todos bien ó mal armados.

Todo era casual, mas no lo parecia sin embargo; y el Alguacil mayor, para quien la fiesta que con tan malos auspicios comenzaba fue siempre sospechosa, acabó entonces de persuadirse de que en aquel momento estallaba al fin la famosa conjuración de los parciales del Marqués del Valle, para levantarse con el Reino. Sin embargo, como no le faltaban sangre fría ni aplomo, en vez de manifestar sus aprensiones ó dar muestras de miedo, prosiguió negociando imperturbable, y como si solo el deseo de la paz le hiciese ir desistiendo de su primer intento: la prision y castigo de los culpables.

Con gran contento, pues, de D. Martin y aun de Avila que, pasado el primer arretrato de ira, hizose cargo de que á nadie mas que á él le interesaba la paz aquel dia, estaban las cosas á punto de terminarse sin mas disturbios, cuando súbito aparecieron tres mulas poco menos que desbocadas y sobre cada cual de ellas un Doctor, caballero en la silla, en el pescuezo ó en la grupa, segun le era posible.



Verlos Samano, reconocer en ellos á los Oidores, y confirmarse mas que nunca en el pensamiento de que la conjuración estallaba, ó mas bien estaba ya en las vías de hecho lanzada, fue todo instantáneo, y racional además, justo es decirlo; pero si fijara la consideración en el asombro de la multitud, y en el estupor de los caballeros, convenciérase fácilmente de que tal aparición era para todos completamente inesperada.

Paráronse las mulas de su propia voluntad al llegar al grupo de los municipales, y apenas recobró su aliento el doctor Ceinos, cuando pálido de cólera y balbuciente el acento, exclamó:—«En nombre del Rey nuestro señor, os mando, Juan de Samano, Alguacil mayor de la ciudad de Méjico, prender á todos estos traidores, y á cuantos varones ó hembras topáreis en el camino.»

—¡Mentís! gritaron á una voz todos los caballeros; aquí no hay traidores, como no lo seais vos y los vuestros.»

—¡Prendedlos! volvió clamar Ceinos.

—¡Prendedlos! repitieron á coro Villalobos y Orozco.

—De buena gana los prendiera, y aun los ahorcara, respondió Samano en voz baja al doctor Ceinos; pero mire vuesa merced el espectáculo que á la vista se le ofrece, y dígame si es esta ocasión oportuna de hacer nos los fieros.»

Siguiendo el Doctor presidente el consejo del Alguacil mayor, fijó en efecto la consideración en los objetos que le rodeaban, y no sin profundo terror, echó de ver que, llevado el negocio al terreno de la fuerza, estaba claro como la luz del día que la victoria sería de sus contrarios.

—«¿Qué es esto, Samano? preguntó aterrado.

—Esto es que hemos metido la cabeza en la garganta del lobo, y que solo á fuerza de astucia es posible que no la perdamos.

—¿Con que á vos os atacaba el marido mientras la muger á nosotros?

—¡La muger!!!

—Sí, esa doña Elvira, tan altiva, tan vana; ese mari-macho....

—¿Pero ella os ha acometido?

—Poco menos.

—Esplicaos, señor Presidente: el asunto vale la pena de que con claridad nos entendamos.»

Luego que Ceinos, aunque desfigurando bastante y á su favor los hechos, le hubo referido los que tuvieron lugar entre la curial comitiva y la de la esposa de Avila, tranquilizóse en gran parte el Alguacil mayor, comprendiendo, como hombre sereno que era, que aquellos dos hechos, es decir: entrambos conflictos, si revelaban la mala voluntad general y en la familia de Avila uniforme contra la Audiencia y sus parciales, no podian, sin embargo, ser considerados como partes de un todo, como tentativas ordenadas á un fin tan criminal como la rebelion abierta y descarada.

Asi se lo hizo comprender, no sin trabajo, á los tres Doctores que celebraron apresurada junta, mientras sus contrarios, ignorantes del suceso que tan de improviso y fugitivos se los enviaba, perdianse en conjeturas, mas no por eso malgastaban el tiempo.

Suarez, Avila, Valdestillas y Bocanegra, unánimes convinieron en que era preciso que hubiese ocurrido ya en Méjico, ya en el camino, algun acontecimiento *muy grave*, para que la Audiencia en cuerpo, por decirlo asi, hubiese llegado á su vista tan en derrota; y en tal supuesto, lo menos que podian ellos hacer era estar preparados para lo que sobrevenir pudiese. Por tanto, y valiéndose de Poyahuitl y Cristóbal para con los indios; de Absalon y Almanegra para con los bravos; y de algunos otros agentes subalternos para con la gente del pue-

blo, dictaron sus disposiciones á fin de que, sin comprometerse por el momento con ningun acto ostensible, no les cogiesen desprevenidos los sucesos contingentes.

Las mugeres, los ancianos, los niños, todo lo inútil para un combate, fue desfilando hacia el bosque, y en pos marcharon los indios, escalonándose, empero, en el camino, y quedando en cada grupo, para dirigirlo, uno ó dos bravos europeos.

La masa de estos, capitaneada por los dos que conocemos y afectando gran desórden, pero en realidad pronta á formarse como al combate conviniera, separóse doscientos ó trescientos pasos de los caballeros, ocultándose tras de unos caseríos inmediatos; y los caballeros mismos, apartáronse de sus enemigos lo bastante para que toda sorpresa fuese imposible.

De ese modo, durante la consulta de los Doctores con Samano, logró Suarez dos objetos á cual mas importantes, á saber: primero, que desapareciese todo síntoma exterior de rebelion; y segundo, asegurar la retirada al bosque, para el caso de que por fuerzas superiores se viese atacado.

Pero el hombre propone y Dios dispone: aquello en que mas fundaba Suarez sus pacíficas esperanzas, fue precisamente lo que estuvo á punto de hacer la avenencia imposible. Digamos como, que merece la pena de saberse.

Habian los Doctores vuelto la espalda á sus enemigos y colocádose detras de los armados corchetes para tratar con el Alguacil mayor de lo que debia hacerse en tan críticos momentos: por manera que, al terminar su deliberacion, resolviendo admitir y dar por buenas cualesquiera disculpas que se les ofreciesen, salvo su derecho á vengarse mas tarde, ignoraban completamente lo que á sus inmediaciones pasaba.

Figúrese ahora el lector cual seria su asombro hallando tan trocadas las cosas en el breve espacio de seis á ocho minutos, que el campo antes cubierto por la amotinada plebe, aparecia casi desierto. Hasta el mismo Samano, dudando un momento del testimonio de sus ojos, difirió entablar la plática que á su cargo habia tomado; mas para decir verdad, nunca con tantas veras dió crédito á la existencia de una poderosa conjuracion, como al contemplar la rapidez prodigiosa, el silencio casi increíble, con que la multitud habia, por decirlo asi, desaparecido.

Pero si en los Doctores no fue menor el asombro que en el Alguacil Mayor, el efecto sí completamente diverso; pues los buenos señores imaginaron que, temerosa la gente vulgar de la vara de la justicia, habia desamparado á los caballeros; é interpretando tambien como signo de cobardía el alejamiento de estos, figuróse la Real Audiencia que el triunfo era suyo.

Concebir tal idea, comunicársela rápidamente unos á otros, y pasar de las angustias del miedo á las ansias de la venganza, fue cosa para los Doctores instantánea; asi cuando Samano, mas convencido que nunca de la necesidad de contemporizar, iba á dirigirse al grupo de los caballeros, á fin de concertar con ellos el pacto deseado, atajóle Ceinos, diciéndole:

—«Id, Alguacil Mayor, y pedidles las espadas á esos caballeros!»

Si resonara en sus oidos la trompeta del juicio en aquel instante, no fuera mayor el asombro de Samano que al escuchar al Doctor; y tal y tan grande fue, que ni á contestar acertaba, visto lo cual, añadió Villalobos:

—«¡Obedeced al señor Presidente; si es que vos tambien no pasais á la parte de los rebeldes!»

—«¡Obedezca y sea pronto, exclamó el Doctor Orozco á sus vez: prenda á esos traidores!»

SAMANO.

¿Pues no se convino...?

CEINOS.

Lo que conviene es hacer justicia. Prended á los reos.

SAMANO.

Señor Presidente, mire vuesa merced...

VILLALOBOS.

Lo que se vé, sin necesidad de mirar mucho, es que el Alguacil Mayor teme habérselas con esos caballeros.

CEINOS.

Si tiene miedo...

SAMANO.

¡Miedo yo, cuerpo de Cristo! Voto á todos los santos del Cielo, que quien con el pavor tiene la cabeza trastornada son vuestas mercedes, por mal de mis pecados.

OROZCO.

¡Todo esto es perder el tiempo en palabras vanas, señor Alguacil; si no vais á prender vos á los culpables, yo iré, vive Dios!

SAMANO.

Pues vaya vuesa merced, si le place, que no quiero ser parte en que Méjico se pierda este dia.

CEINOS.

En nombre del Rey, como Presidente de su Real Audiencia, y Gobernador de Nueva España, os mando, Juan de Samano...

SAMANO.

Sepa yo al menos qué causa os hizo mudar de propósito tan súbitamente.

CEINOS.

El propósito de la Audiencia ha sido siempre mantener ileso su autoridad, y que la cuchilla de la ley castigue á los culpables.

SAMANO.

¡Dios me ampare! ¿Pues no convinimos hace un momento...?

OROZCO.

¡Basta de razones y obedezca!

VILLALOBOS.

Obedezca ó entregue la vara.

SAMANO.

Obedeceré, mas será protestando...

CEINOS.

Obedezca.

SAMANO.

Quizá les pese, y sin tardarse mucho.»

Y, en efecto, aunque convencido de que los Doctores le hacian instrumento de su locura, picó espuelas al caballo el Alguacil mayor, y acercándose al grupo de los caballeros, que con gran sosiego le esperaban, dijoles, despues de saludarlos cortesmente:

—«Los señores de la Audiencia en nombre del Rey, ca-

balleros, me mandan pedirles las espadas, y yo espero que vuestras mercedes no harán resistencia á la justicia.

SUAREZ.

(*Aquietando con una mirada á Valdestillas y á Bocanegra que ya empuñaban.*) Señor Samano, para evitar disgustos, hemos procurado y conseguido que se retire la gente popular y quedádonos solos. Lo que entre vuestra merced y D. Alonso ha mediado no pasa de palabras.

DON ALONSO.

Y cuando otra cosa fuera, entrambos tenemos espada.

SAMANO.

Verdad es eso, mas yo cumplo la orden que me dan.

SUAREZ.

Entendámonos: si por lo ocurrido con vos no es, no acierto cuál sea el delito porque se nos piden las espadas.

VALDESTILLAS.

Será sin duda porque se desbocaron las mulas de los Doctores.

BOCANEGRA.

Decidles que para otra vez nos las pidan domadas.

DON ALONSO.

Yo me encargo de domesticarles las monturas.

SAMANO.

Señores, yo no vengo á argüir con vuestras mercedes, sino á pedirles las espadas.

SUAREZ.

¿Y si no las damos?

SAMANO.

Tomarélas.

VALDESTILLAS.

Aún con una tuvierais que hacer de sobra, cuanto mas con ocho.

BOCANEGRA.

(*Desenvainando.*) La mia está pronta; venid por ella.

SUAREZ.

Juicio, por Dios, caballeros. El señor Alguacil mayor es hombre de razon, y no querrá reducirnos al estremo de usar de las armas.

SAMANO.

Os juro que si por mí fuera.... pero soy mandado.

SUAREZ.

Todo está en que vuesa merced, haciéndose cargo de la razon, se la haga entender á los Doctores.

Háseles convidado á una fiesta popular; ha ocurrido en el camino un disgusto, que ya estaba terminado cuando ellos llegaron....

SAMANO.

Atropellados por doña Elvira....

DON ALONSO.

¡Por mi esposa!



SAMANO.

Por vuestra esposa, á quien disputaron el paso, y que dió con un page en tierra; quisieron prenderla, y ella deshizo la comitiva de los señores de la Audiencia.

DON ALONSO.

(*Soltando la carcajada.*) ¡Vive Dios que es doña Elvira una amazona de singular pujanza, y que comprendo la cólera de los Doctores, viéndose por una muger derrotados! Pero no es razon prender al marido porque la muger se les escapa.

SAMANO.

(*Tambien riéndose.*) ¡Hartas veces pagan las mugeres las culpas de los maridos!

SUAREZ.

Todo esto es cosa de risa, y no hemos de trocarla en sangre; id, si os place, y procurad calmar á esos señores, diciéndoles que somos muy servidores suyos, y solo aspiramos á que la fiesta les agrade.»

Samano deseaba con toda su alma que por el momento acabase el negocio pacíficamente, por lo cual tomó en efecto sobre sí volver á donde ya impacientes le esperaban los de la Audiencia. Una vez con ellos, procuró con discretas razones convencerlos de las muchas que les aconsejaban renunciar por el momento á su propósito, sin perjuicio de aprovechar la primera coyuntura favorable para vengarse: pero los Doctores, creyéndose los mas fuertes, y ademas en ridículo por la derrota sufrida, obstináronse ciegamente en que habian de prender á los caballeros, mandando al Alguacil mayor que emplease desde luego la fuerza para verificarlo.

Era la posicion de Samano desesperada: los del Marqués le aborrecian de muerte, y él á ellos igualmente, de modo que, indisponiéndose con la Audiencia, no le quedaba mas recurso que abandonar á Méjico, dado que el puñal de un asesino ó la mano del verdugo no le atajaran los pasos. Así, pues, aunque desaprobando en todas sus partes la resolucion de los Oidores, fuéle forzoso disponerse á ejecutarla; para lo cual, poniéndose al frente de sus corchetes armados, y tirando de la espada, encaminóse de nuevo al grupo de los caballeros.

Aquellos, que no perdian de vista á sus contrarios un solo instante, apenas advirtieron los preparativos que hacian, formáronse en ala, desenvainaron las espadas, y permanecieron inmóviles, esperando el ataque.

Suarez, que de hecho mandaba, silbó dos veces, é inmediatamente aparecieron cuarenta ó cincuenta hombres á pie y bien armados, que estendiéndose, como una moderna guerrilla, en torno de los ginetes, dejaron asegurados su espalda y flancos.

Verlos Samano y hacer alto todo fué uno, porque la aparicion de los peones confirmaba plenamente todos sus recelos. Volvió, sin embargo, la cabeza hácia los atónitos magistrados, y dijo:

—« ¡Ya ven vuestras mercedes! ¿Prosigo mi camino?»

Miráronse unos á otros, confusos y humillados los Doctores; pero pudo mas la vanidad que el miedo, y contestó Ceinos resueltamente:

—«¡Prosiga y cumpla con su obligacion!»

—Pues adelante, y Dios sobre todo!» Exclamó Samano, echando á andar en efecto.

Suarez, saliéndole al encuentro, le dijo:

—«Mirad lo que haceis, señor Alguacil mayor: si á defendernos nos obligais, de lo que resulte vos sereis responsable.»

— Seránlo, replicó Samano, los que me mandan. ¡Ca

balleros , déense al Rey , ó tratarélos como á rebeldes !»

Al concluir tal y tan terminante declaracion de guerra, salieron al trote los corchetes y su gefe: nuestros caballeros, resueltos á no tomar la ofensiva, permanecieron en sus puestos con las armas en la mano; y los peones estrecharon la distancia que de los ginetes les separaba.

Tan inminente parecia la lucha, tan inevitable ya el combate, que el mismo D. Martin Suarez, perdida del todo la esperanza de la conciliacion, desenvainó, en fin, el acero, y puesto al frente de los suyos en tan gallarda apostura, que se la envidiara el guerrero mas esforzado de su tiempo, pensaba solo en ofender y defenderse.

Samano, personalmente valeroso, pero conociendo por una parte el esfuerzo de aquellos á quienes á atacar iba tan fuera de justicia, y por otra no fiándose mucho en la bravura de sus corchetes, mas avezados á oprimir al indefenso que á luchar cuerpo á cuerpo con caballeros, en vez de proseguir de frente la marcha, varió de direccion á su derecha, como á cincuenta pasos del frente de sus contrarios, y oblicuando despues á la izquierda, amenazó el siniestro flanco de aquellos. Absalon, que capitaneaba los peones de aquella parte, reuniendo súbitamente á sus bravos, rebasó de algunos pasos la línea de la caballería y, agrupando á su gente, ofrecióse el primero á las alguacilescas iras. Al mismo tiempo Valdestillas y Bocanegra dieron frente al flanco amenazado.

Así las cosas, preocupados hondamente los ánimos de todos los actores de la improvisada deplorable escena que nos ocupa, hirieron el viento los confusos, lejanos y marciales ecos de algunas cajas de guerra, música tan propia de una batalla, como agena de una fiesta cual la que D. Alonso habia preparado.

—«Paréceme, dijo Avila á Suarez, que los Doctores tenian resuelto acabar con nosotros. ¿No ois las cajas?»

— Sí, las oigo, respondió el interpelado, y no sé qué pensar de ello.

— Pensad que esa canalla de letrados se ha propuesto esterminarnos, y lo acertareis, exclamó desde su puesto Bocanegra.

— Razon de mas, dijo inflamado el jóven Valdestillas, para apresurarnos á acabar con los corchetes. Acometamos, y que cuando llegue el refuerzo no halle mas que sus cadáveres.

— ¡Teneos, por Cristo! le replicó cariñosamente Suarez, enamorado de ver tanta resolucion en tan tiernos años. Bueno es siempre que la razon esté de nuestra parte.»

Mientras rápidamente tenia lugar la anterior conversacion, Juan de Samano, fuese que le sorprendiera en realidad el estrépito de los tambores, los cuales cada vez se oian mas cercanos, ó bien que, acometiendo la empresa tan contra su voluntad como sabemos, deseara un pretesto, bueno ó malo, para abandonarla, no solo hizo alto, sino ademas dió hácia atrás algunos pasos.

Simultáneamente los tres Doctores, con ganas todos de probar si todavia eran capaces sus mulas del galope, pero sin que ninguno quisiera ser el primero á pronunciarse en derrota, ya miraban á su espalda, ya á su frente, ya cada cual al espantado rostro de sus compañeros, y maldecian unisonos interiormente el instante en que el convite de D. Alonso habian aceptado.

A la vista perspicaz de D. Martin Suarez claro está que no podian ocultarse ni la irresolucion de los Oidores, ni la poca gana de llegar á las manos del Alguacil mayor; y en su virtud, dispuso que la mitad de sus ginetes ganase unos centenares de pasos á retaguardia. Siguiéron los peones del ala derecha, al mando de Almanegra, aquel movimiento, terminado el cual, retiróse tambien Suarez con los otros cuatro caballeros y la infantería de su flanco izquierdo.

Doblóse en consecuencia la distancia que separaba á los dos contrarios bandos, y ganó el de los caballeros la ventaja de aproximarse mas á su base de operaciones, que era el bosque de Chapultepec.

De tal suerte permanecieron unos y otros en recíproca observacion todavia ocho ó diez minutos, al cabo de los cuales vióse llegar de la parte de Méjico, á banderas desplegadas y tambor batiente, un armado escuadron, á cuyo frente caminaba un estraño grupo, compuesto de ginetes con bandas y plumas, otros sin tales adornos, damas á caballo, escuderos y pages, unos á pie y otros montados, sillas de manos, y algunos indios Tamenes finalmente.

En pos y en torno de aquella falange, hormigueaba, por decirlo asi, muchedumbre de gente, toda de fiesta y regocijo, que esparciéndose por el campo, como las desbordadas aguas de un estanque, casi ahogaba en el estrépito de su confusa vocería el sonoro estrépito de los tambores.

Era el ejército de D. Luis de Velasco, que á las órdenes del mismo, y pasada la muestra ó revista que sabemos dispuso aquel caudillo desde la tarde anterior, previendo algun acontecimiento estraordinario, se encaminaba al sitio en que, si algunos minutos mas se tardara, pudiera haber ocurrido una sangrienta catástrofe.



De tal suerte permanecieron unos y otros en reciproca observacion todavia ocho ó diez minutos, al cabo de los cuales vino á llegar de la parte de Méjico, á banderas desplegadas y tambor batiente, un ejército escuadrado, cuyo frente caminaba en columna, y á sus costados, en el flanco izquierdo, un cuerpo de infantería compuesto de

## CAPITULO XVI.

**DONDE, CANSADO EL AUTOR DE ESCRIBIR NOVELA, HABLA DE TÁCTICA, ORGANIZACION MILITAR, Y OTRAS TALES IMPERTINENCIAS.**



A sido, desde tiempo inmemorial, costumbre entre las naciones civilizadas no celebrar fiesta alguna de importancia, sin que en ella intervenga la fuerza armada; y eso, á no dudarlo, con el objeto de que se comprenda bien que, á medida que las ciencias y las artes, la filosofía y la razon progresan en las sociedades humanas, tanto mas necesario es en ellas manejar á los hombres como á las acémilas, á fuerza de palos. Solo en Inglaterra, merced al extravagante carácter de aquellos heréticos isleños, es donde se ha dado en la ridiculez de que el respeto á la ley sea mas poderoso, para gobernantes y goberna-

dos, que la fuerza de las armas. Rarezas de los tetricos moradores de la soberbia Albion, de que á Dios gracias estamos muy lejos en el continente de la culta Europa, y de que no participaban tampoco en el XVI siglo los que á Nueva España regian, pues que, como lo digimos, á D. Luis de Velasco se le ocurrió espontáneamente la idea de formar su ejército, so pretesto de pagarle los atrasos, y los señores de la Audiencia le habian, ademas, enviado á rogar que se preparase por lo que acontecer pudiera. Y con tales antecedentes, si en momento menos crítico oyeran las cajas, con facilidad se hicieran cargo de lo que significaban; mas era tan grande el pavor de sus corazones cuando los bélicos instrumentos sonaron en sus oidos, que llegaron á imaginar que, sublevado el reino entero, caia sobre ellos tambor batiendo.

Verdad es, y sea dicho en abono de los acuitados Oidores, que D. Luis no les habia, en primer lugar, dado respuesta alguna; y que, á mayor abundamiento, con tanta reserva y buen tino ordenó los movimientos de su tropa, que nadie sospechaba siquiera su proximidad, cuando súbito, y á poco de ganada por doña Elvira su descomunal batalla contra los de la Audiencia, apareció el ejército en el teatro de aquella hazaña.

No hace mucho dijimos que en América y durante la época á que nos referimos, todo el mundo llamaba *Ejército* á seiscientos hombres de armas, y *Capitan general* á su gefe, sin que á nadie se le ocurriese, ni remotamente, la idea de que tales denominaciones, tratándose de tan reducido número de soldados, podian pasar por una burla. Seiscientos hombres, en efecto, nos parecen hoy poca gente para entrar de servicio en la plaza de los Toros, ó escoltar una procesion: y en los tiempos á que aludimos, como quinientos habian bastado para conquistar á Nueva España, y hacer inmor-

tales el nombre y fama de su caudillo, creíase que bien podia llamárseles ejército, y no se dudaba de que sobrarian aquellos seiscientos soldados, en su mayor parte veteranos, para estender y afianzar la dominacion española en las recién descubiertas Islas Filipinas.

De tal opinion era Velasco, y con tanto amor atendia á su organizacion, enseñanza y disciplina, como Napoleon á las de aquel *grande Ejército* con que fue á enterrar su fortuna entre los hielos del Vístula y las llamas del Kremlin: permítanos el público á nosotros, como grandes aficionados que somos á las antiguallas, darle rápidamente una idea de cómo estaban organizadas las tropas españolas en el XVI siglo.

La base de los ejércitos, su unidad orgánica era entonces la *compañía*, compuesta ordinariamente de ciento cincuenta á doscientos soldados, entre *picas*, *arcabuces* y *mosquetes*, que de las tres armas constaba en la proporcion que luego diremos. Dividiase la compañía en escuadras de á veinticinco hombres cada una, y era su gefe un *cabo* ó *caporal*, como le llamaban los italianos, armado de un arcabuz, á fin de estar mas *espedito*, dice el autor que seguimos, *para mandar y obedecer*. Sus atribuciones eran todas las que hoy tienen los cabos de escuadra, la mayor parte de las de los modernos sargentos, y algunas de las que incumben á los oficiales subalternos. Gefe del *detall*, segun el corriente lenguaje, era en cada compañía su único *sargento*, encargado ademas de la instruccion de los soldados, de entenderse con el *sargento mayor* del *tercio*; de tomar las órdenes generales y particulares, y de trasmitirlas á quien correspondiese; y, en fin, de la distribucion de víveres y municiones, y del alojamiento ó campamento de su gente. La Alabarda era el arma y la insignia del sargento. Hombrés debian de ser los que tal cargo ejerciesen de salud robusta, entendimiento despejado, gran memoria, y es-



pedicion prodigiosa, para atender á tantas, tan diversas y tan importantes atenciones, sin contar con que ellos solos, en parada, marcha y combate, suplían el oficio que hoy debe hacer la fila exterior, esto es: impedir que la tropa se desbande, y cuidar de que todos y cada uno conserven su puesto.

Con todo eso, la alabarda de *sargento* fue mucho tiempo el término exclusivamente probable de la carrera de aquellos soldados que no contaban con familia ó favorecedores poderosos, reservándose las plazas de oficiales, propiamente dichas, para los caballeros y señores, sin mas escepcion que la de algunos pocos contadísimos hombres de superior mérito y mucha fortuna.

Mandaba, ó mas bien era señor de cada compañía, un *Capitan* que al Rey, ó á su *Capitan General* debía tal merced, despues de largos servicios como soldado *particular* ó voluntario, por hazaña especial, y alguna vez tambien por favor caprichoso ó consideracion á su parentela. Su insignia ó divisa consistia en la *Gineta*, es á saber: una pequeña lanza con cuchilla dorada y borla de oro. Cumple, en honor de la verdad, decir que, mas bien se daban al nacimiento y al favor los altos cargos del gobierno y la diplomacia, y aun en ocasiones los militares mismos, que las plazas de capitanes; y en realidad la razon se comprende fácilmente. El *Capitan* era el jefe inmediato del soldado, su administrador y maestro en paz, su guia, conductor y ejemplo en la guerra; fiar, por tanto, semejante puesto á la ignorancia ó la inesperienza, equivaliera á asegurar la victoria del enemigo y la deshonor de las propias armas, y eso no puede quererlo Gobierno ninguno.

*Capitan* de infantería, pues, ó *Capitan* de caballos, equivalia á decir, salvas rarísimas escepciones, un noble que habia consumido gran parte de su patrimonio y su juventud ademas, sirviendo al Rey durante largos

años, ya como simple soldado, ya como alférez. Y entiéndase bien que los privilegios del soldado *particular* ó *voluntario* se reducian á cabalgar en rocin propio, si lo tenia, durante las marchas que no se hacian á vista del enemigo, y á ocupar la primera fila á vanguardia en el ataque, la última á retaguardia en la retirada. Cada cual alegaba y sostenia con calor sus títulos de nobleza y servicios, para que no se le disputase el puesto mas peligroso.

Aun así rara vez se saltaba de soldado á capitán, pues era lo comun pasar antes por el cargo de *alférez* ó abanderado de una compañía.

Cada capitán elegia el suyo, que, confirmado por la superioridad, entraba en posesion de tal destino que le daba el carácter de segundo jefe de la compañía, imponiéndole la obligacion de llevar su bandera en los combates, y defenderla hasta morir. Alférez que, perdiendo su enseña, salia sano y salvo del combate, quedaba deshonrado; érale forzoso, cuando no moria, estar gravemente herido, ó rendirse prisionero á fuerzas muy superiores y despues de una obstinada resistencia, para poder presentarse despues entre sus compañeros.

Así esplicada la organizacion de la compañía, réstanos solo decir que su fuerza en las españolas se repartia ordinariamente de modo, que de cien hombres cuarenta eran *piqueros*, cuarenta y dos *arcabuceros*, y diez y ocho *mosqueteros*. La *pica* era el arma de fondo y resistencia; el *arcabuz* la usual de fuego, que ha venido á transformarse en lo que hoy llamamos *fusil*, por no hablar ni en esto el castellano; y el *mosquete* un arma intermedia entre el arcabuz y el cañon, de que no podia servirse el soldado sino con el auxilio de una horquilla en que lo apoyaba para dispararlo, y por consiguiente mas embarazosa que útil.

La organizacion de la caballería puede decirse que

era, en lo posible, idéntica á la de la infantería, salvas cortísimas diferencias, como la de haber en cada compañía un oficial mas, á saber: el teniente, oficial inmediatamente inferior al capitán, y superior al alférez. Desde principios del siglo XVI se introdujo en la caballería el uso de las armas de fuego, y hubo en cada compañía arcabuceros á caballo, que mas tarde, formando cuerpo á parte, se llamaron *dragones*.

Pero la compañía no bastaba á satisfacer las necesidades tácticas de la guerra, hablando en general, por cuanto lo reducido del número de sus hombres no alcanzaba á presentar nunca una masa tan compacta y profunda, cuanto entonces se requería: porque es preciso tener presente que á la sazón, siendo muy imperfectas las armas de fuego, todas de mecha, todavía la profundidad del orden de batalla se consideraba, con razón, como importantísima.

En virtud, pues, de tal consideracion, la unidad *táctica* no era la compañía, sino el tercio, es decir: un agregado de cierto número de compañías, que es á lo que hoy llamamos batallon.

Dependia el número de compañías de cada tercio de las circunstancias de la guerra, de la calidad del enemigo, y de las fuerzas disponibles: su plana mayor constaba invariablemente, de un *Maestre de campo*, jefe superior; de un *Sargento mayor*, gefe del *detall*, con dos *ayudantes*; de un *Auditor* letrado; de un *Capitan de campaña* ó sea conductor de equipages, encargado del bagage y almacenes; y de un *Furriel mayor*, empleo equivalente al de nuestros sargentos de brigada.

Independientes en lo puramente económico y administrativo, los capitanes estaban sujetos á los dos gefes del Tercio en todo lo relativo al servicio de armas; y en marcha, como en funcion de guerra, formaba tambien el Tercio un solo cuerpo.

Digamos algo, aunque muy sumariamente, sobre las distintas formas que al Tercio se daban; y entiéndase que no inventamos, la materia no lo permite, sino que copiamos á los autores competentes.

Llamábase *escuadronar* un Tercio á formararlo en orden de batalla; y escuadronábase de tres maneras, á saber: *cuadrado de gente*; *doblado*; y *cuadrado de terreno*. Por cuadrar de gente se entendia que el frente y fondo, ó las filas y las hileras, que es lo mismo, constasen de igual número de hombres; llamábase escuadron doblado, á aquel cuyo frente era duplo de su fondo; y *cuadrado de terreno* estaba el Tercio cuando ocupaba un espacio cuadrado, en efecto.

Conviene advertir que para la formacion de esas masas se contaba solamente con los piqueros, destinándose los mosqueteros y arcabuceros á la formacion de *mangas* de las armas respectivas, y esas mangas á guarnecer los flancos, frente y retaguardia del escuadron. Cualquiera que fuese la forma en que el Tercio se escuadronase, en el centro de su masa y en una sola fila se reunian todas las banderas de sus compañías, llevadas por los respectivos alféreces, á cada uno de los cuales acompañaban á la derecha el *abanderado*, su segundo, y á la izquierda un *tambor* con su caja, que perpétuamente le seguia. Los flancos de aquella fila se formaban, asi como la anterior y posterior, de soldados escogidos de entre los voluntarios ó particulares, porque, cifrándose la honra del Ejército, del Tercio, de la Compañía, y de cada militar en la conservacion de los estandartes, claro está que su custodia solo á los mas bravos, fuertes y meritorios podia confiarse.

A cargo del *Sargento Mayor* del Tercio, bajo la autoridad y direccion del *Maestre de campo*, se entiende, estaba todo el detall, y la ordenanza para marchas y combates; lo cual exigia de su parte talento, instruccion,

esperiencia, actividad, y un ánimo constantemente sereno. Bastáranos indicar que para escuadronar la gente cuadrando de hombres, érale forzoso, en el campo, extraer la raíz cuadrada de su número total; para escuadronarla en orden *doblado*, duplicar el total de la fuerza, y luego extraer la raíz cuadrada, que era el frente buscado; y en fin, para cuadrar el terreno, hacer aún operaciones aritméticas mas complicadas. Digamos por qué: para el manejo de la pica al frente de cada hombre, no era posible el contacto de codos, ni la corta distancia de pecho á espalda que permite nuestra moderna táctica. Fuera, pues, del momento de chocar masa contra masa, distaba cada soldado tres pies de los de sus costados, y siete pies de los que en su hilera le precedían y seguían inmediatamente; resultando de ello que, un escuadron *cuadrado* de gente ocupase en fondo una vez y un tercio mas que de frente; y que para cuadrarlo de terreno fuese necesario tomar en cuenta esa circunstancia. Por tanto, el Sargento Mayor tenía, para no citar mas que dos de las reglas usuales en tales casos, que multiplicar el número de piqueros por 3, partir el producto por 7, y del cociente extraer la raíz cuadrada, que era el *fondo* del escuadron que buscaba; ó bien hacer la extraccion de la raíz del número de piqueros, duplicarla, y de ese duplo tomar el tercio, que da tambien el fondo mismo. Lo complicado y embarazoso de tales operaciones en un campo, ya de instruccion, ya de batalla, se deja conocer demasiado para que á encarecerlo nos detengamos ahora: pero no podemos menos, ya que en el asunto entramos, de señalar aún alguna que otra atribucion difficilísima de los Sargentos Mayores.

Los capitanes, una vez escuadronado el Tercio, se repartían de este modo: dos á cada manga de mosqueteros, uno á cada manga de arcabuceros, y de los restantes mandaba cada cual el número de hileras de la masa

de piqueros que á prorata le correspondia. Al cargar al enemigo, combatian en la primera fila, yendo á retaguardia de la última los respectivos sargentos, como fila exterior. Toda esa distribucion de oficiales estaba á cargo del Sargento Mayor, porque el Maestro de campo, cuando solo, dirigia las operaciones; cuando dependiente de un General, marchaba al frente de su Tercio.

Los movimientos de tal escuadron solo eran posibles, aunque difíciles y embarazosos, en las maniobras frente al enemigo: pero en marcha la estension misma del frente exigía que se subdividiese en *manípulos*, sopena de andar poco y con gran trabajo. La teoría no ofrece dificultad: dividir el número de hombres del frente en porciones iguales, de cuatro, seis ú ocho hombres, segun la fuerza y la naturaleza del camino, componiendo cada manípulo las hileras correspondientes, con los capitanes, sargentos y cabos respectivos. La mitad de los arcabuceros y mosqueteros tomaban la vanguardia; seguia el primer manípulo de la derecha, en pos del cual los demas por su orden; y las restantes mangas de arcabuces y mosquetes cerraban la retaguardia.

Considérese que incumbia al Sargento Mayor ordenarlo todo de manera, que fácilmente se pasara del orden de marcha al de batalla, y viceversa; que él era responsable de que cada oficial, sargento y cabo ocupase el puesto que le correspondia; que él alojaba la tropa; y que él tambien la acampaba; y dígasenos si no ganaba bien sus emolumentos.

La Plana Mayor de un grande Ejército se componia como sigue: un Capitan General que mandaba en gefe; un Maestro de Campo general, que era lo que hoy llamamos Gefe del Estado Mayor general; un Capitan General, gefe superior de la caballería, segundo las mas veces del General en Gefe, con un Lugar-teniente General y un Comisario General; y un General de artillería; mas, los

ayudantes, y empleados de hacienda y judiciales que se creían necesarios.

Mas si tal era la organizacion en Italia, en Flandes, y en Alemania, donde la estension de las guerras y la calidad de los enemigos exigian la reunion de fuerzas considerables, en América todo se hacia, en ese punto, muy en pequeño, como si la Providencia quisiera hacer evidente el contraste entre la exigüidad de los medios y la grandeza de los resultados.

En Nueva-España, pues, y en la ocasion á que nos referimos, llamábase Ejército á un reducido Tercio, compuesto de seis solas compañías de infantería: su General hacia las veces de tal y las de Maestre de Campo, y el que se llamaba Maestre de Campo general no pasaba realmente de Sargento Mayor.

No obstante, el dia de la fiesta de D. Alonso, contentos los soldados con la cobranza, no muy puntual ya entonces, de sus haberes, y preocupado el Caudillo con la idea de erigirse en mediador y árbitro entre los dos contrarios bandos que el Reino dividian, acudieron todos al campo de revista, con las armas bruñidas, vistosos los trages, y abundantes las plumas en morriones, celadas y sombreros.

Hizo Velasco que primero formasen las compañías en la parte de Méjico opuesta al camino de Chapultepec; pagó allí á la tropa; y luego, maniobrando y escaramuzando como si al frente del enemigo se hallase, de movimiento en movimiento, sin que nadie echase de ver sus planes, apareció súbito y oportunamente en el teatro de los acontecimientos que hemos referido en los anteriores capítulos.

Precisamente al presentarse la manga de Mosqueteros que llevaba la vanguardia, sobre la senda del bosque, acababa de tener lugar la derrota de los Oidores por doña Elvira; y ya aquella señora, reuniendo, no sin pena,

el victorioso escuadron de sus criados, se disponia á ordenarles que acudiesen á socorrer á las dos damas de las sillas de manos, á Fortun, á su propia doncella, y á otros curiales que en el polvo yacian mas asustados que dolientes.

Exaltados los Mosqueteros por el simulacro de combate á que se entregaban hacia cerca de dos horas, al contemplar ante sus ojos un verdadero campo de batalla, pues para que nada faltase á tal semejanza estaban los Alabarderos de la Guardia agrupados, como un resto de valientes resueltos á vender carísimas las vidas; exaltados, decimos, los Mosqueteros, su primer impulso fue clavar en el suelo las horquillas, fijar las bocas de fuego, y apuntarlas contra los lacayos de la esposa de Avila; los cuales, á la vista de tan inesperada formidable insinuacion, apiñáronse en torno de su señora, no por miedo, que eran gente valerosa, sino para guardarla con sus propios cuerpos. Al propio tiempo los Alabarderos, creyéndose socorridos, imaginaron que era llegado el momento de tomar la revancha, y dando grandes voces de: *Rendirse, rendirse*, marcharon sobre el grupo de los de Avila, en son de cargarlos.

Por dicha el Capitan de los Mosqueteros, que era hombre prudente y experimentado, mandó alzar los mosquetes, comunicó inmediatamente á su General lo que ocurría, y en tanto que la respuesta llegaba, dió voces á los Alabarderos para que su marcha detuviesen.

Doña Elvira, como si fuera un soldado veterano, permaneció impávida durante aquella escena, que á cualquiera otra muger hubiese llenado de espanto; y no solo permaneció impávida, sino que apreciando con admirable sangre fria las circunstancias en que se encontraba, tomó en consecuencia sus medidas, principiando por hacer que echasen pie á tierra sus criados todos, á escepcion de Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, sus



caballerizos, y hombres ambos en quienes D. Alonso y ella tenían la mas completa confianza. Sin mas acompañamiento, pues, que el de aquellos dos servidores, y el de la doncella que se conservaba á caballo, encaminóse la hermosa dama derechamente á los Mosqueteros, cuyo Capitan, conociéndola desde luego, salióle cortesmente al encuentro y saludóla con la espada y sombrero, segun la usanza de aquellos tiempos.

Iba doña Elvira á referirle al Capitan lo acaecido, cuando á rienda suelta llegaron simultáneamente á ella de una parte D. Martin Cortés con el Dean y algunos criados, de otra D. Luis de Velasco con varios oficiales y pocos ginetes de escolta. Iba el Capitan General movido por el aviso que acababa de enviarle su Capitan de vanguardia, y el bastardo de Hernan Cortés por la noticia que, al salir de Méjico, le dió un curial fugitivo, de lo ocurrido con doña Elvira.

—«Veis, exclamó el Dean, que iba en compañía de D. Martin; veis con cuanta razon aconsejé al Marqués que permaneciese en su palacio?»

—Lo que sé, replicó el generoso hijo de doña Marina, es que hay una dama, y de nuestro bando, en peligro, y que para el hijo de mi padre es obligacion estrecha la de ampararla, señor Dean. Volveos, pues, ó quedaos, como os plazca, que yo vuelo en su auxilio!» Y sin aguardar respuesta hincó D. Martin las espuelas al caballo, y salió á escape por el camino del bosque.

Un instante vaciló D. Juan Chico de Molina, un solo instante, porque su perspicaz ingenio en poco tiempo veia mucho, y fue su resolucion al cabo seguir al bastardo, capaz, viéndose solo y tratándose de cumplir con la obligacion de caballero, de acometer cualquiera empresa desesperada.

Llegaron, en consecuencia, juntos D. Martin Cortés y el Dean á donde Elvira estaba, y quiso la suerte que

fuese en el momento mismo en que lo verificaba igualmente el Capitan General D. Luis de Velasco.

Este, hechos los cumplimientos debidos al sexo y calidad de la dama, y al mismo tiempo reconociendo con una sola pero inteligente ojeada el campo de batalla, buscaba la fórmula mas urbana posible para interrogar á doña Elvira, cuando ella le sacó del apuro, refiriéndole lacónica, clara y verídicamente cuanto en su encuentro con los de la Audiencia habia mediado.

— «Pésame, exclamó el hermano del Marqués, haber llegado tan tarde, que si no.....»

— ¿Hubierais tratado de impedir tan desagradable aventura, D. Martin? Interpuso Velasco, sin dejarle concluir la frase. Asi lo creo de vuestra mucha cordura.

— Sin duda, sin duda, se apresuró á decir el Dean, viendo en el rostro del bastardo la intencion decidida de recusar el pacífico sentido que D. Luis prestaba á sus palabras. Sin duda; D. Martin y yo hubiéramos cortado el lance.

— «Ese es, por lo menos, el oficio que toca á los buenos eclesiásticos, señor Dean; y de vos ya se sabe que sois un modelo.»

No quiso Chico de Molina meterse en deslindar si habia ó no mas de ironía que de sinceridad en aquel cumplimiento; y admitiéndolo como de buena ley, hizo un saludo en respuesta, y dijo á D. Luis:

— «Lo que ahora importa, pues que ya el mal ha sucedido, es atajar sus consecuencias, y que no vayan á formalizarse los Doctores por cosa que en realidad es de poca monta.

— Con un poco de cordura de ambas partes..... Empezó á decir Velasco, y atajóle Elvira, exclamando altanera:

— No supongo que tengais ánimo, Sr. D. Luis, de poner en duda la mia.....»

—No ciertamente, señora mia, pero, por desdicha, del encuentro que tuvisteis con los de la Audiencia pueden resultar otros y mucho mas graves.

—Empecemos socorriendo á los que lo han menester, interrumpió el Dean; prosigamos luego *juntos* nuestro camino al bosque, y allá veremos.

—Sea, contestó Velasco.

—Sea, dijo tambien D. Martin, si place á doña Elvira, que si no, yo por mi parte solo haré lo que á su merced cuadre.

—Os doy las gracias, Sr. D. Martin, por tan caballerosa oferta, digna de persona de vuestro ilustre linage: mas el parecer del Dean entiendo que es acertado.»

Con esas palabras de doña Elvira púsose por obra lo que el Dean aconsejaba, recogién dose á los caidos, consolando á las damas, conteniendo á los Alabarderos, y ordenando como se pudo los restos de la curial comitiva.

Mas logró aún el Dean: y fue persuadir á la esposa de Avila de la conveniencia y hasta necesidad que habia para *el bando* de evitar por entonces y en aquella ocasion un rompimiento abierto con los Oidores; y conseguir, por tanto, que se prestase la altiva belleza á lisongear con tal cual cumplimiento á las dos entonces lácias y abatidas Doctoras, es á saber: doña Beatriz, y la culta, sentimental doña Ines.—Pocas palabras de Elvira, pronunciadas con magestuosa afabilidad y esquisito tacto, bastaron para que, en la apariencia á lo menos, se diesen por contentas la esposa de Ceinos y la hija de Villalobos; y como durante el resto del camino, la muger de Avila se mostró con ellas urbana y deferente, hubo un momento en que pudo creerse que estaban realmente en paz las tres mugeres.

Tal era el estado de las cosas en el momento en que, ya casi rotas las hostilidades entre Juan de Samano, á

nombre y de orden de los señores de la Audiencia, y D. Martin Suarez de Monroi como gefe de los caballeros del bando del Marqués, apareció á vista de los contendientes el ejército de Velasco, precedido del grupo de las damas y sus acompañantes, y seguido por muchedumbre de curiosos.

Tenia lugar el breve anterior diálogo ya á vista de los grupos en que respectivamente figuraban nuestros caballeros y los Doctores; grupos cuya composicion y actitudes con tal claridad explicaban sus intentos y pasiones que, no digamos un hombre tan perspicaz como el hijo del diluato Virey, sino que tambien el menos avisado, comprendiera al verlos la inminencia del conflicto que á estallar iba.

## CAPITULO XVII.

**EN EL CUAL SE DEMUESTRA QUE, CUANDO LA FUERZA Y LA MAÑA  
OBRAN DE CONSUNO, HACEN PRODIGIOS.**



UE me maten, exclamó el Dean, hablándole al oido á D. Martin Cortés, si mientras doña Elvira maltrataba á la Audiencia allá abajo, no hacia otro tanto aquí su esposo con el Alguacil mayor.

—Decid mas bien, replicó el ilustre bastardo, que en todas partes se provoca á los amigos del Marqués.

—Sea lo que fuere, insistió el eclesiástico, cada vez me felicito mas del consejo que dí á vuestro hermano.

—Callad ahora y apretemos el paso, pues, como veis, D. Luis de Velasco se encamina á los dos enemigos escuadrones.

Tenia lugar el breve anterior diálogo ya á vista de los grupos en que respectivamente figuraban nuestros caballeros y los Doctores; grupos cuya composicion y actitudes con tal claridad esplicaban sus intentos y pasiones que, no digamos un hombre tan perspicaz como el hijo del difunto Virey, sino que tambien el menos avisado, comprendiera al verlos la inminencia del conflicto que á estallar iba.

Velasco, pues, dadas rápidamente las órdenes que creyó oportunas á su Maestre de campo, adelantóse al trote largo seguido por los oficiales de su acompañamiento, doña Elvira, el Dean y D. Martin Cortés, hasta ponerse en medio de los contendientes; y allí, alzándose sobre los estribos, levantando el baston, insignia de su mando, y prorumpiendo en altas sonoras voces, dijo:

—«En nombre del Rey y de la paz, ténganse y envainen todos las espadas, si no quieren que á verificarlo les obliguen los arcabuces que miran en torno.»

Y en verdad las mangas de arcabuceros que guarnecian los flancos del escuadron de Velasco, desplegándose con rapidez suma, habian formado instantáneamente un círculo dentro del cual se hallaron encerrados Doctores, Alguaciles y Caballeros. En consecuencia la intimacion de D. Luis produjo en todos el saludable efecto de calmar el ansia desmedida de llegar á las manos; pero en lo demas cada cual formó de ella distinto concepto. En el de los Doctores Velasco no se habia explicado con la claridad suficiente para que se comprendiese, como fuera razon, que á quien trataba de ausiliar era á ellos; y los Caballeros no quisieran que comenzase con voces y amenazas quien debiera presentarse como conciliador de los bandos.

Realmente á D. Luis de Velasco no se le ocultaba tampoco la ambigüedad de su conducta, ni que, por el momento, descontentaba á unos y á otros; mas en

su carácter, posición y ulteriores miras, no entraba proceder de otro modo.

Velasco, aunque de noble linage, y debiendo el ser á un caballero que murió Virey de Méjico, era pobre, relativamente á su posición social y elevadas aspiraciones. A la cuenta todavía entonces los gobiernos en Ultramar no producian tanto como en tiempos mas recientes han producido y diz que producen. Velasco, deciamos, era pobre, aspiraba á suceder á su padre en el vireinato, y mas que con el favor de la Corte, contaba para ello con el buen nombre del autor de sus dias, y con el apoyo que en Méjico mismo se procuraba y en gran parte iba consiguiendo.—Mirábale bien la aristocracia, porque era de la casa del Condestable, y gran caballero él mismo en todas sus acciones; el Marqués del Valle, con gran consideracion tratado por el Virey difunto, naturalmente tenia aficion á su hijo; los franciscanos que tuvieron en el D. Luis primero un gran devoto y bienhechor, manifestábanse declaradamente parciales del D. Luis segundo; y siéndolo los franciscanos, claro está que tambien los indios. Por manera que, si Velasco quisiera, nada mas fácil para él que figurar á la cabeza del bando del Marqués; pero no podia convenirle á un hombre positivo y de sangre fria lanzarse en una faccion cuyo término, y no lejano, habia de ser ó la nulidad completa, ó la rebelion declarada. Por eso desde la muerte de su padre, sin chocar de modo alguno con los descontentos, trató D. Luis de ganarse la voluntad de la Audiencia, y consiguiólo en gran parte al menos.

Colocado en tal posición, cuando con sus tropas llegó á donde próximos á combatir con los Caballeros se hallaban los esbirros de los Doctores, hubo Velasco de decirse á sí mismo:

—«Si tratas como rebeldes á los del Marqués, te indispones hoy para siempre con la nobleza, el estado

llano y los indios; si te colocas de su parte, la Audiencia te considera faccioso. Contemporiza, pues; que menos malo será entibiar momentáneamente el afecto de uno y otro bando, que hacerse enemigo mortal del uno de ellos, cuando el apoyo de entrambos se necesita.»

En virtud de tal raciocinio y de propósito deliberado, hizo D. Luis rodear á todos por los Arcabuceros, y se constituyó en dictador supremo de aquella situacion, ganando asi en importancia lo que en popularidad perdía.

Suarez y Avila, aunque la paz deseaban, sintieron que de tal modo se les impusiese; Bocanegra no se mordió la lengua para decir muy alto, que «mas valiera conquistar con aquellos arcabuces las *Islas de la Especería* (Filipinas), que emplearlos en afrentar á la nobleza mejicana, por servir á los *sopistas*;» y nuestro D. Fernando, ya iracundo de sobra con Samano y los Doctores, al ver á doña Elvira, á su entender prisionera de Velasco, perdiendo por completo los estribos, dió una alta voz diciendo:

—«Se engaña el señor D. Luis, si presume que sus arcabuces nos asombran; y vive Dios que con las espadas nos sobra para hacer de ellos cañones de órgano.»

Un grito general, unánime y nutrido, de aprobacion y aplauso resonó en la muchedumbre congregada en torno de los principales actores de aquella escena. Las palabras de Valdestillas hallaron eco en el pueblo, por razones que ya el lector conoce.

Al oirlas el doctor Ceinos, no pudiendo tampoco contenerse, clamó:

—«¡Andaos en contemplaciones con los rebeldes, señor D. Luis, y vereis qué tal os tratan!»

—Intimidad al Capitan General, dijo á su vez Villalobos, que prenda á esos traidores, y declaradle, si no obedece, uno de tantos.

—¡Eso! ¡Pesia mi vida! ¡Eso! exclamó Samano, que



al grupo de los Doctores se habia acercado. Estais viendo que D. Luis apenas pasa de mantenerse neutral, y cuando los contrarios tienen la torpeza de provocarle, vais á cometer la mucho mayor de probarle que no os inspira confianza alguna.

—Samano dice bien, interpuso el doctor Orozco; dejémosle enemistarse con los contrarios, que entonces él se vendrá á nosotros sin necesidad de llamarle.»

Pero Velasco, en primer lugar no dió grande importancia á la iracunda exclamacion de Valdestillas, exclamacion que por su imprudencia misma revelaba no haber en ella nada de meditado insulto; y por otra parte Elvira, apenas vió al doncel lanzarse, como potro desbocado, á la arena de la rebelion, acudió solícita á contenerle, sin curarse de mundanas consideraciones.

Saliendo, pues, del grupo en que estaba y dirigiéndose al de los caballeros, dijo:

—«Por el Cielo santo, Valdestillas, que refreneis la lengua y las manos, no se torne la proyectada fiesta en dia de espantoso luto para Méjico.

—Señora, respondió Fernando, mientras os veamos prisionera....

—¿Quién os ha dicho tal? D. Luis de Velasco viene acompañándome...

—Decid sirviéndoos, señora; le interrumpió el mismo Velasco.

—Perdonad entonces, volvió á decir Valdestillas, mi error en cuanto á doña Elvira; pero en todo caso bien pudiérais excusar los arcabuces que nos afrentan sin amedrentarnos.

—Sois aún muy mozo, señor D. Fernando, respondió grave, aunque siempre mesurado, D. Luis; sois aún muy mozo para dar consejos á los caudillos de los soldados del Rey.»

Disponíase nuestro jóven á replicar con calor, mas

á un tiempo mismo una espresiva mirada de Elvira, y una ligera presion en el brazo causada por la mano de Suarez, retuvieron las palabras ya en sus labios casi formadas.

Monroi que, hasta entonces, se habia con Avila y Bocanegra abstenido de hablar, tomó la palabra y dijo:

—«Señor D. Luis, todo lo que de vos queremos y esperamos es que, como persona imparcial, medieis en este conflicto, *provocado* por la altanería del Alguacil mayor, quizá con sobra de calor por nuestra parte *fomentado*, y ahora por la obcecacion de los Doctores llevado á punto de un fatal rompimiento.

—Si por vuestra parte, Caballeros, hay la cordura que de tan nobles personas debo prometerme, confio en Dios que he de calmar á los señores de la Audiencia; contestó el aspirante al vireinato.

—Pues no perdais tiempo, exclamó Avila, tomando parte por vez primera en la conversacion; porque, mucho me engaño, si á unos y á otros no nos llegan refuerzos, que será como si dijéramos, añadir leña al fuego.»

En efecto, por el camino de Méjico se divisaban primeramente un escuadron de Alabarderos, y detras de él á no mucha distancia varios grupos de hombres armados, que con desórden y acaloramiento de malisimo agüero marchaban.

Manuel de Villegas, avisado por un corchete que le envió Samano, habia reunido apresuradamente los Alabarderos de la guardia, y á su frente iba á reforzar á su amigo y subalterno.

Al mismo tiempo Almanegra y Absalon, despachando á la ciudad mensajeros, difundieron en ella la alarma, y reunidos apresuradamente los bravos y aventureros que aún no habian emprendido su jornada al bosque, formaban los grupos que en pos del escuadron de Villegas se veian.

En resúmen: la fiesta, ya convertida en asonada, y frizando en los límites del motin, estaba próxima á ser una rebelion manifiesta.

Ninguno de los gefes respectivos de los bandos se hallaba preparado para tan grave acontecimiento. Hasta el instante en que con la narracion llegamos, los sucesos, eslabonándose fortuita é impensadamente, y las pasiones encendiéndose al mismo compas, arrastraron á unos y á otros al borde del precipicio; mas con la intervencion del poder neutral de Velasco, la reflexion recobró en gran parte sus derechos, y al ver el aspecto que el negocio tomaba, comprendieron todos la necesidad urgente de atajar el ya casi declarado incendio.

La verdad es que, poblado el camino de Chapultepec de indios y castellanos de todos sexos, clases, estados y condiciones, y allí tambien la nobleza entera, y las autoridades constituidas, bastara el disparo de un arcabuz, ó el golpe de una espada, para que aquel dia y en aquel instante se trabase una guerra civil, cuyas consecuencias solo Dios pudiera preveer.

Velasco, con serenidad admirable, hizo que su Maestre de campo, contramarchando sobre Méjico, se interpusiera con el escuadron de las Picas entre los que al lugar de la escena se dirigian, y los que conciliar procuraba; y él, quedándose solo con los caballos y las bocas de fuego, atendió á calmar á los Doctores, quienes, como en todo caso no pensaban arriesgar sus personas en el combate, mostrábanse los mas belicosos.

No obstante, auxiliado por el Alguacil mayor, si no logró convencer ni á Ceinos, ni á Orozco, ni á Villalobos, de que no pasando todo lo hasta entonces ocurrido de palabras mas ó menos ásperas, de pretensiones de supremacia menos ó mas inoportunas é infundadas, y en fin, de acaloramientos de damas, y de algun caballero jóven, ni era razon turbar la fiesta, ni habia justicia

para proceder con rigor; si no logró convencerlos, decimos, de nada de eso, persuadiólos de que la ocasion no se les presentaba propicia para satisfacer su inmoderada sed de venganza, y sobre todo, redújolos á la paz, insinuando hábil y determinadamente, que por su parte no se prestaria á servir de instrumento á ningun acto de violencia.

Conseguido lo mas difícil, que fue indudablemente reducir á términos de conciliacion á los golillas, no halló Velasco graves dificultades en los caballeros del bando del Marqués, porque mientras él se las habia con los Doctores, D. Martin Suarez y el Dean hacian tambien oficio de pacificadores entre los suyos, auxiliados por la bella y triunfante doña Elvira.

Aquella señora que, mientras se halló sola, se habia manifestado lo que hemos visto: altanera, tenaz, y hasta violenta, apenas vió el grupo de los caballeros, cambiando súbito de tono y tendencias, hizose predicadora ardiente de la paz. ¿Por qué tal, tan repentina y completa mudanza? Primero por que, generalmente hablando, las mugeres de ánimo generoso suelen tener mas temor á que se comprometan por ellas los hombres, que á comprometerse á sí mismas; y ademas... ademas... ¿No estaba su marido entre los caballeros?... ¿No figuraba allí tambien en primer término D. Martin Suarez de Monroi, á quien sabemos que Elvira profesaba tanta veneracion como afecto?

Algun malicioso juzgará quizá que, mas aún que por D. Alonso y por D. Martin, interesaba la paz á la bella dama á causa del seductor doncel D. Fernando de Valdestillas. Es posible que asi fuese: por nuestra parte, no queriendo meternos en tales honduras, limitámonos á consignar los hechos, dejando á cada cual la libertad de interpretarlos segun su conciencia se lo aconseje.

El caso fue que al cabo de una hora de pláticas, de

idas y venidas, de contestaciones y réplicas, se ajustó en fin un tratado de paz y concordia estipulando:

«Primero: Que D. Luis de Velasco recibia las excusas de todos por los escesos que hubieran podido cometer, y en nombre de unos y otros respectivamente las daba por buenas.»

De ese modo y solo así pudo obviarse el gravísimo inconveniente que ofrecia la determinacion de quién era el que debia las disculpas, cuáles habian de ser estas, y en qué forma convenia presentarlas y admitirlas.

«Segundo: se convino que la comitiva de los Doctores volveria á formarse de la misma manera que lo estaba cuando por el valeroso brazo de doña Elvira fue disuelta; y para que el decoro de aquella dama no padeciese, mientras el cortejo de la Audiencia se organizaba, ella con su séquito se adelantaria al bosque, donde debia de hacer los honores á sus huéspedes.»

«Item: acordóse igualmente que Juan de Samano, despidiendo sus corchetes á caballo, é incorporándose á los demas convidados, prescindiese durante la fiesta de su empleo de Alguacil mayor; y esa condicion se hizo extensiva á todo funcionario público.»

«Otro sí: convinieron las partes contratantes en que simultáneamente fuesen disueltos los grupos de bravos, dispersos los de los indios, y regresaran á Méjico los Alabarderos de la guarda.»

«A mayor abundamiento se estipuló que no se volviese á tratar mas de lo pasado, dándose á perpétuo olvido tan desagradables ocurrencias.»

«Y últimamente: D. Luis de Velasco, garante para con los dos bandos de la estabilidad del tratado y de la recíproca fidelidad con que ejecutarlo debian, reservóse el derecho de amonestar á quien quiera que á las pactadas condiciones intentase faltar, y en caso necesario el de compeler con la fuerza á los recalcitrantes; á cuyo

fin, sus tropas debían acampar en el bosque mismo.»

Samano por parte de la Audiencia, Avila mismo por la de los caballeros, fueron comisionados para noticiar la paz celebrada, tanto al alcalde Manuel de Villegas, como á los nobles y gente del pueblo, á quienes solas las picas de la falange destinada á la conquista de Filipinas habian impedido tomar parte en el felizmente cortado debate.

En honor de la verdad cúmplenos decir que nadie aceptó con placer aquel tratado; la necesidad redujo, empero, á todos á someterse á sus cláusulas.

Doctores y Caballeros creyeron que su amor propio quedaba herido; las damas que no se habian tenido muy presentes sus fueros; los corchetes y curiales que se les defraudaba de los derechos de un gran proceso; los bravos que se les malograba un rico botin; los indios malcontentos que perdian una rara y feliz ocasion de vengarse de la sujecion en que vivian; los curiosos que el espectáculo perdía gran parte de su interés; y los rateeros que no habia razon para privarles de lo que á rio revuelto se proponian pescar. Quizá todos andaban acertados; pero la razon de estado, personificada por aquel dia en D. Luis de Velasco, fue y debió ser mas poderosa que las distintas pasiones allí encendidas.

Por eso doña Elvira dirigióse á galope al bosque, seguida por Suarez, Valdestillas, Bocanegra, el mismo Juan de Samano, y los demas caballeros.

Abrióse espontáneamente la multitud, saludándola con alegres *vitores* y estrepitosos aplausos; y ella, envanecida con tal recibimiento, mas propio para una Reina que para una particular señora, saludó graciosamente á derecha é izquierda, fijando alguna vez los ojos, como al descuido, en D. Fernando.

Él, incapaz de contenerse, seguía tan de cerca co

mo con la cortesía era compatible, es decir: á su derecha, medio cuerpo de caballo atrasado, y con el sombrero en la mano, como si á una princesa soberana acompañase.

¿Quién mas feliz que Valdestillas en aquel momento? La ovacion de que Elvira era objeto lisongeaba mucho mas su corazon que si á su propia persona se dirigiese; y por otra parte la dama, exaltada por los sucesos y las circunstancias, no solo estaba mas bella que nunca, con serlo mucho siempre, sino que en sus miradas dejaba conocer, contra su costumbre, una gran parte de los sentimientos que Fernando la inspiraba.

D. Martin Suarez, que cabalgaba á la izquierda de la esposa de Avila, parejo con ella y con el sombrero puesto, advirtiendo aquellos sobradamente claros síntomas del amor de Elvira, suspiró hondamente.... ¿De celos quizá? ¿De lástima tal vez?... No lo sabemos; pero él suspiró con mas dolor que amargura.



## CAPITULO XVIII.

QUE D. ALONSO DE AVILA SABIA MOSTRARSE TAN CORTÉS EN LA PAZ  
 COMO OSADO EN LAS PENDENCIAS.



La política y las armas españolas dominaban en gran parte de la Italia durante el XVI siglo de la era cristiana, en cambio la literatura y las artes italianas influían poderosa y eficazmente en la civilización de España. Garcilaso y Boscan, emancipándose de la antigua escuela castellana, reemplazaban las coplas de arte mayor con el sonoro metro endecasílabo; la magnífica octava, la silva caprichosa, el laborioso terceto, la oda pindárica, y el difícil soneto, adquiriendo entre nosotros carta de ciudadanía, casi eclipsaban al romance indígena; y en Roma escribía Torres Naharro las primeras comedias



españolas. Análogamente el renacimiento de las artes greco-romanas en el antiguo Lacio, imprimía á la arquitectura, á la pintura y á la escultura, en la península Ibérica, el sello y carácter de su poético clasicismo: por manera que á un tiempo mismo las églogas del dulcísimo cantor de «*Salicio y Nemoroso juntamente,*» ponían en olvido el laberinto de Juan de Mena; y los edificios severos, compasados y simétricos de Herrera hacían que con desden se mirasen las osadas libertades de los arquitectos góticos. La ogiva, como el arco de herradura, cedieron el puesto al geométrico mediopunto; los fantásticos pilares á la columna artística, y el *módulo* inflexible se erigió en árbitro de las proporciones, antes, en la apariencia al menos, por el solo efecto pintoresco determinadas. Simultáneamente y mientras la Iglesia de la edad media se convertía en templo clásico, desaparecían lenta y gradualmente los castillos feudales y los alcázares régios, para dar lugar á las ciudadelas y á los palacios; los trovadores se eclipsaban para que solos ocupasen la escena los juristas y los políticos; á la crónica sucedía la historia; á los altivos Grandes los flexibles cortesanos; á los caballeros temerarios, los generales entendidos; y hasta el amor hubo de cederle el paso á la galantería. La edad media, en resúmen, terminaba su carrera con Carlos V y Francisco I, últimos *Andantes* de Europa. Felipe II inauguraba la época del apogeo de las Monarquías absolutas: pero al mismo tiempo la Providencia permitía que brotase el germen, aun hoy no desarrollado todavía, de la emancipación del pensamiento; al mismo tiempo en Alemania lanzaba la humanidad su primer grito de independencia.....

¡Viven los cielos, lectores benévolos, que soy cuando escribo como ciertos pájaros que los días tempestuosos tienden al viento las alas, y levántanse y giran por el espacio desatentadamente, sin rumbo y sin objeto,

volando por volar, moviéndose por moverse! Para decirnos que en los tiempos en que los sucesos que voy narrando ocurrían, comenzaba en España la época que llaman los artistas del *renacimiento*, y que, en consecuencia, los edificios que en Méjico erigían las personas de caudal y buen gusto construíanse según las reglas de aquella entonces novísima escuela, me he engolfado en consideraciones, si no del todo estemporáneas, por lo menos no absolutamente necesarias, y sobre todo espuestas á graves contingencias en el felicísimo tiempo que alcanzamos.

Pero Dios me hizo así: insumiso y además incorregible, y tan en mi mano está dejar de añadir aún, que todo se halla en armonía y consonancia en la sociedad, y que las leyes y costumbres, las artes y las ciencias, la arquitectura y hasta las modas, pintan todas, cada cual en su esfera y bien estudiadas, el grado de civilización de un pueblo; tan en mi mano está, repito, suprimir esa consideración, como convertir mi flaco individuo en una cosa parecida á los robustos y florecientes cuerpos con que se engalana hoy la bienaventurada situación de que no disfruto.

Ya desahogado vuelvo á mi propósito y digo que don Alonso de Avila, de quien escuso encarecer el buen gusto puesto que ya el lector sabe cuan rendido adorador era del bello sexo, había hecho construir en el bosque de Chapultepec una quinta ó casa de placer, verdadera *Villa* italiana, elegante, fastuosa, coqueta y provocativa, si es lícito aplicar tal epíteto á un objeto sin vida propia.

Florece á la sazón en Venecia, su patria, el Vicentino Palladio, uno de los Hércules de la clásica arquitectura, y de uno de sus discípulos fueron los diseños de la *Villa* de D. Alonso, edificio de planta rectangular, vasto y cómodo á par que elegante y bello. De dos cuer-

pos simétricos constaba su alzada, jónicos ambos, es decir: á un tiempo esbeltos y sólidos. Avanzábase de la fachada principal el vestíbulo, que era un gracioso intercolumnio coronado por un ático ligero, y al cual se ascendia por su correspondiente escalinata de jaspe. Desde él se pasaba al zaguan, vasto y grandioso, en cuyo fondo se veia la escalera de dos brazos ó partes que iban á terminarse y confundirse en el segundo cuerpo del edificio.

La planta baja, toda construida á bóveda, contenia el comedor y otras piezas á su servicio anejas, salones de descanso y sociedad, con vistas unas al frente principal, ó al bosque, que es lo mismo, y otras al delicioso jardin que á la parte opuesta caia. A uno y otro costado de la quinta estaban las accesorias, ó sean edificios rurales propiamente hablando, que quiere decir tanto como graneros y otros almacenes, habitacion para los labradores, albergue para los animales domésticos, etc., etc., y á fin de que ni á señores ni á huéspedes importunasen nunca el estrépito y la vista de aquella parte necesaria sí, pero no bella, de la quinta, destináronse las crugias de uno y otro lado para cuartos de criados exclusivamente, separándolos, por medio de corredores, de las habitaciones principales.

La cocina, despensa, repostería y demas oficinas análogas, ocupaban la planta subterránea primera, edificada de piedra y ladrillo, y á bóveda tambien; y he dicho planta subterránea primera, porque debajo de ella habia aún otra donde estaban las bodegas de la casa. Entrambas recibian luces y ventilacion por medio de lucernas y claraboyas hábilmente construidas, en su mayor parte á los costados del edificio.

Subamos de un salto, que con la pluma no es difícil, al piso principal, que constituia, por decirlo asi, el santuario de aquel místico templo; y en él nos hallaremos

con una especie de magnífico cadáver resucitado; porque doña Elvira, recién casada cuando se construyó, intervino eficazmente en su dirección, y quiso que se modelase sobre las casas de los antiguos romanos. Desde la pieza de ingreso en que la doble escalera desembocaba, veíanse, pues, severas columnas jónicas, sin pedestal y á las paredes juntas, sosteniendo un bello arquitrabe elegantemente tallado en madera de cedro, sobre el cual un estendido dorado friso, con frondosos follages adornado, sostenia á su vez una lindísima cornisa. Desde esta arrancaba una bóveda artesonada, cuyos varios compartimentos, pintados al fresco, recreaban el ánimo, deleitando la vista con la variedad armónica de sus colores. Hablamos de las paredes antes por incidencia, y no estará de mas añadir ahora que eran, ó al menos estaban revestidas de mármoles indigenas, alternando en los entrepaños ó huecos de columna á columna, las puertas y ventanas atrevidamente rasgadas, con las hornacinas, en las cuales se veían bellas estatuas. El pavimento de jaspe, y los muebles de bruñida caoba, completaban dignamente el conjunto de aquel magnífico vestíbulo.

Poco amigos nosotros de leer minuciosas descripciones de edificios en libros donde vamos á buscar pasatiempo de otra especie, esceptuando únicamente los del Bardo escocés, cuya mágica pluma envidiamos muy de lejos, economizaremos al que nos leyere el trabajo de seguirnos paso á paso por la casa de doña Elvira, contentándonos con la ligera muestra que de su magnificencia y buen gusto hemos procurado dar á nuestros favorecedores, y añadiendo solo que ni salones, ni gabinete, ni biblioteca, ni baños, ni ninguna, en fin, de las regaladas comodidades que pueda imaginar el mas refinado inteligente lujo, faltaban en aquel piso. El oro, la seda, la pluma, la pintura y la escultura, se disputaban allí el terreno pulgada á pulgada, y en medio de tanto fausto y ri-

queza , reinaba un cierto aire de sencillez y naturalidad que dilataba el alma. No sabremos decir si tal fenómeno procedia del tacto , simetría y perfecta inteligencia que, merced al aristocrático privilegiado instinto de nuestra Elvira, presidieron al adorno de su quinta; no nos atrevemos tampoco á afirmar que fuese efecto de la espléndida galería que esteriormente daba vuelta á todo el edificio, comunicándose con él por una série no interrumpida de anchas puertas, y que poblada, por decirlo así, de estatuas, vasos, jarrones y macetas con naranjos, limoneros, piñas, captos, y mil y mil variadas, frondosas y floridas plantas , embalsamaba la atmósfera con sus aromáticas exalaciones : mas por una causa ó por otra, ó por todas á la vez, ello es que ni la bilis misma de los Doctores acertó á resistir al encanto de aquella mansion deleitosa.

Y, en efecto, cuando guiados por D. Alonso, Ceinos y la muger de Ceinos : doña Beatriz ; Villalobos, y la hija de Villalobos: la culta Ines; con el solitario Doctor Orozco, se vieron graciosa y cortesantemente recibidos en el vestibulo antes descrito por la bella Elvira , un momento á lo menos, olvidaron las recientes afrentas y los añejos odios.

Verdad es que la esposa de Avila, rápidamente trocado el traje de cazadora por uno de damasco azul con riquísimos encages flamencos guarnecido, ceñida al talle, quizá para que mejor se dibujase su magestuosa perfeccion, una cinta de terciopelo blanco, bordada de piedras preciosas, cuyas dos largas puntas pendian por delante casi hasta sus pies ; y adornado el áureo cabello con una diadema de ópalos, diamantes y esmeraldas, mas parecia una deidad del Olimpo que humana criatura.

Tras de ella, con varonil elegancia ataviados, Suarez y Valdestillas, parecian , aquel su primer ministro, el otro... el otro parecia lo que era, un mancebo adorable,

en sincerísimo mal disimulado éxtasis contemplando tanta y tan en vano idolatrada belleza.

Otros varios caballeros, no pocos criados de diferentes gerarquías, los caballeros y escuderos, completaban, en fin, el acompañamiento casi régio con que Elvira en el primer peldaño de la escalera, y con una sonrisa en verdad de gran señora, acogió á sus huéspedes.

Digamos algo de ellos. Rompian la marcha los de la comitiva de la Audiencia, marchando en dos hileras por la escalera arriba, para no perder ni aun allí el aspecto procesional á mano airada trastornado en el campo por nuestra amazona; y detras de ellos por enmedio iban, primero don Alonso, descubierta la cabeza, dando á Beatriz la mano derecha, y consintiendo que se la apretase con sobrada fuerza; y tomando con la izquierda la diestra de Ines, sin apretársela, por mas que ella se apoyaba encima de la suya. Seguia á D. Alonso uno de sus Pages llevándole el sombrero, puesto que no le quedaba libre mano ninguna; y al Page los tres Doctores, Ceinos en medio, Villalobos á la derecha y Orozco á la izquierda. Cerraba la marcha Juan de Samano con el Alcalde Manuel de Villegas. D. Martin Cortés y el Dean, pretestando no sabemos qué causa, retrasáronse del resto del acompañamiento antes de llegar á la quinta, por no ceder ni disputar el paso á los de la Audiencia: mas apenas estos habian contestado á los cumplimientos de doña Elvira, y pasado cada cual con su correspondiente criado, mientras Beatriz é Ines, con la esposa de Avila misma, á las estancias destinadas á su descanso y tocador, cuando invadieron la escalera, no solo el ilustre Bastardo y el diplomático prebendado, sino que tambien otros infinitos caballeros mejicanos que sucesivamente habian ido llegando y deteniéndose por no habérselas tampoco con los golillas.

A medida que la accion lo exija iremos mencionando

aquellos cuyo nombre requiera particular recuerdo, bastando, á nuestro entender, que citeamos ahora á nuestro antiguo conocido D. Luis de Castilla con su esposa, y al bueno de Juan de Sarmiento con la andaluza Leonor.

D. Alonso, luego que con su habitual espedicion hubo saludado á todos, apretado la mano á uno, sonreídose con el otro, dicho una gracia á aquel, y embromado á este, volvióse súbito á la multitud de sus huéspedes, y tomando á Valdestillas por la mano, dijo en voz burlescamente solemne:

—«Caballeros, como Dios no me ha concedido el don envidiable de estar en todas partes á un tiempo, y ahora me llaman simultáneamente la necesidad de aliñar un poco mi pobre persona, la urgencia de dar órdenes para que el desayuno nos preparen, y el gusto de agasajaros, no pudiendo partirme, que bien lo quisiera, habeis de autorizarme á que elija ministros que me ausilien y reemplacen.»

Un aplauso general y alegre acogió la proposicion de Avila, quien animado por el buen éxito de su exordio, prosiguió diciendo:

—«Ahora bien, caballeros, por lo que hace al desayuno, delego mis poderes ámplios, generales y omnímodos, en el muy respetable y frugal señor....»

—Nada de frugal tratándose de desayuno, exclamó un gastrónomo.

—Paciencia, señores, y dejad que concluya; elijo mi primer ministro bucólico al señor Dean de nuestra santa Iglesia metropolitana.

—¡Vitor! ¡Vitor por el Dean! Buen ministro.

—Acepto, respondió rebosando júbilo el nombrado; acepto el encargo, y viven los cielos que os prometo dejaros tan contentos á todos, como despoblada la despensa de Avila.

—Manos á la obra, repuso este.»

Y el Dean, siguiendo al Mayordomo, que acudió presuroso á ponerse á sus órdenes, desapareció en direccion á la cocina, olfateando el almuerzo como un sabueso la caza.

D. Alonso volvió á tomar la palabra y dijo:

—«Ahora, por lo que hace á la recepcion de los ilustres huéspedes que hoy honran esta pobre choza, ya veis, caballeros, que por el número y la calidad exigen mas de un ministro.

—Cierto, cierto, nombrad los que os plazca.

—Pues con ese beneplácito empezaremos por la gente popular, de la cual me harian gran merced en encargarse mis señores D. Martin Cortés y D. Martin Suarez de Monroi.»

Ambos Martines manifestaron su aquiescencia con un movimiento de cabeza: apretóles tambien á entrambos la diestra D. Alonso, y fuéronse desde luego á desempeñar sus funciones.

Avila tornó á decir:

—«Encárguense de los nobles D. Luis de Castilla y don Bernardino Pacheco de Bocanegra.

—Yo acepto por lo que á mí toca, contestó Castilla, y agradeciéndoos tanta honra.

—Tambien yo considero hasta superior á mi escaso merecimiento tan distinguido encargo, contestó á su vez Bocanegra, interrumpiéndose en uno de los paseos que continuamente daba de la escalera á la galería, y de la galería á la escalera.

—¿Y aceptais? Preguntó D. Alonso.

—Haríaisme mucha merced pensando en otro; repuso D. Bernardino con forzada cortesía y visible disgusto.»

Herido en su amor propio con aquella repulsa, en verdad y á todas luces intempestiva, no pudo reprimirse D. Alonso, y lanzó una mirada al tétrico amante de Catalina, tan provocativa, que á notarla Pacheco,



allí fuera Troya, sin que poder humano bastase á impedirlo. Por dicha los caballeros que el vestíbulo ocupaban, tomando, como era justo, á broma todo aquel discurso, no dejaban á Pacheco, gritándole que se sometiese sin réplica á la autoridad que todos reconocian por entonces soberana. Pasó, por tanto, desapercibida la muda indignacion de Avila, y D. Bernardino por no parecer descortés hubo de allanarse, mal que le pesara, á ser recibidor de caballeros.

Terminado aquel incidente, Avila que no habia soltado la mano de Valdestillas, adelantóse con él, y más solemne que nunca, dijo:

—«Resta el bello sexo, y hé aquí á quien elijo para hacerle los honores de la fiesta. Mirad, caballeros, á este doncel, miradle bien, y decidme si cabe mejor eleccion.»

Aprobóse tambien el nombramiento, pero con menos estrépito, con mucha menos espontaneidad, con infinitamente menos entusiasmo que los anteriores.

La razon es obvia: aquellos de los circunstantes que no tenian allí prenda femenina mas ó menos legítimamente propia, se proponian vivir en la materia á costa del prógimo, por lo que no les cuadraba mucho ver revestido, por decirlo así, de poder oficial para llegarse á todas y obsequiar á cualesquiera, precisamente al hombre mas jóven, mas bello, mas simpático de toda la concurrencia. Nadie, sin embargo, osó confesar su flaqueza, y la eleccion de D. Alonso pasara desde luego en autoridad de cosa juzgada, si el favorecido mismo no se opusiera á ella intrépidamente.

Y en efecto, Fernando, aunque jóven y candoroso, y sobre candoroso inesperto, estaba enamorado, y tenia su plan, como cada hijo de vecino.

Sí, lectoras mias, tenia su plan: inocente, no decimos lo contrario: pero inocentemente queria hablar con Elvira, y que Elvira no viese que él, ni aún inocentemente,

hablaba con otra. La verdad es que todo el mundo tiene su plan y no hay que fiarse, señoras mías, en los inocentes, que á lo mejor hacen una inocentada de cuyas resultas suele naufragar la inocencia misma.

D. Fernando, pues, rojo como una amapola, y tartamudeando como un orador novicio, respondió á su amigo Avila:

—«Por el Cielo santo, D. Alonso, que no queráis que para mí solo sea un suplicio vuestra casa.

—¿Vos tambien os rebelais? *Tu coque!* (*quoque*, hubiera dicho otro.) Vive Dios que hasta latin me hace hablar la ira.

—No me rebelo, y estoy pronto á obedeceros....

—Eso es hablar.

—En lo que pueda: pero á lo imposible nadie alcanza. ¿Cómo vos, que me conocéis tanto, presumís que puedo desempeñar tal encargo? Ni mi edad, ni mi genio.... En fin, D. Alonso, dispensadme por esta vez.... Mandadme si quereis á cuidar de vuestros caballos que lo prefiero á....

—¿A cuidar de las mugeres? Cualquiera diria al oiros que estais casado.

—Dispensadle; dispensadle!» Clamaron á un tiempo la mayor parte de los circunstantes, no por compasion á don Fernando, sino por interes propio.

Avila en tanto observaba cuidadosamente al mancebo, y se decia:

—«¿Querrá este niño armarme una celada, afectando «esa timidez escesiva?... Bah! Imposible: en su corazon, «el mas leal que conozco, no hay depravacion bastante «para....; Hum! hum! Tengo ya los dos peores síntomas «en toda víctima conyugal... La confianza en mi muger, «y el afecto á.... En fin, veremos, que á mí no es fácil «que por mucho tiempo me engañen.»

En voz alta dijo:

—«Sea, pues que todos lo quieren; os relevo del en-

cargo, y decreto que de las mugeres nos encarguemos todos.

— Todos, todos! exclamó unánime la asamblea.

— «En cuanto á vos, Valdestillas (prosiguió Avila), como no seria justo que, siendo el mas mozo de todos, os eximierais de toda carga, os nombro mi Gentil-hombre, mi Ayudante; no os separareis de mi *augusta* persona, y ejecutareis las órdenes que me digne comunicaros. Y para comenzar, os mando que acompañeis á estos señores á dar una vuelta por el jardin, mientras yo trueco el vestido y el Dean nos prepara el desayuno.»

Dichas esas palabras, siempre en tono festivo, retiróse saludando con el buen aire y gracia natural que le caracterizaban; mas D. Fernando creyó advertir que mientras hablaba D. Alonso tenia en su persona y rostro fijos los ojos, mirándole con una atencion cautelosa, con una intensidad desconfiada, de esas que anuncian como precursoras las tempestades morales.

Quizá fue asi en realidad; quizá el continuo sobresalto en que Valdestillas vivia le hizo ver visiones, como espresivamente se dice en el lenguaje familiar; mas como quiera que fuese, la necesidad de atender á la sociedad que se le habia confiado, juntamente con D. Luis de Castilla, le distrajo pronto y casi por completo de aquel cuidado.

En cuanto á Bocanegra, ó se le olvidó su comision, ó prescindió de ella, pues fue á instalarse en la parte de la galería exterior que al camino de Méjico miraba; tomó un *catalejo*, como entonces se llamaba á los anteojos, cerró el ojo izquierdo, aplicóse el instrumento óptico al derecho, y apoyando el cuerpo en una columna, puso la puntería al camino, y prescindió de cualquiera otra cosa.

Catalina no habia aún llegado. ¿Cómo era posible que Bocanegra tuviese sosiego, ni se hallase en disposicion de cumplir con las obligaciones de cortesía que la socie-

dad, en su férreo egoismo, impone lo mismo al arlequin humano que vive de reverencias, como el camaleon del aire, que al pobre mortal abrasado por una pasión invencible?

Catalina no parecía, y Bocanegra, cuya fantasía sobreescitada de continuo era sobradamente fecunda en tétricas previsiones, figurábase tan pronto que su amada le vendía, como que de la *brutalidad de su tirano* (entiéndase *marido*) era víctima.

Verdad es que, por entonces, ninguna de las suposiciones del febril amante tenía fundamento, porque Catalina estaba detenida por un percance de costurera; y el *brutal tirano*; fumando tranquilamente un tabaco, mientras el trage de *su víctima* se concluía: pero es costumbre inveterada de los amantes llamar tiranos á los maridos, y á la cuenta Bocanegra no quiso hacer excepción á la regla general.

Dejémosle desesperarse arrimado á su columna, y atendamos al Dean D. Juan Chico, que con la habilidad, el celo y la inteligencia de un gastrónomo consumado, puso instantáneamente en concertado movimiento á cocineros y marmitones, á cacerolas y sartenes, á fuelles y tenazas; logrando por feliz y rápido resultado de sus esfuerzos, que en menos de una hora se cubriese de opíparas, sabrosas y abundantes viandas la gran mesa que para el almuerzo estaba dispuesta en el jardín bajo un inmenso emparrado, cuyas verdes hojas y magníficos racimos formaban un delicioso natural dosel.

El sonoro estrépito de una gran campana anunció á todos aquel feliz acontecimiento; y, seamos justos, en menos de un cuarto de hora se reunieron hasta cien personas de ambos sexos, que por entonces no ascendía todavía á mas el número de la nobleza congregada.

# INDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN EL TOMO II.

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO I..... En el cual se esplica como D. Alonso de Avila, ni aún cerrando los ojos, acertaba á no creer lo que habia visto; y sin embargo tuvo que darse por vencido.....	5
II..... Escrito espresamente para atar unos cabos y soltar otros.....	27
III.... En el cual vuelve el autor al terreno histórico, para dar idea de los principales entre los enemigos del Marqués del Valle.....	47
IV.... De cómo el bandido <i>Almanegra</i> , sin perjuicio de ser un gran canalla, estaba dotado de suma prevision en los negocios humanos.....	63
V..... Que el Page del Doctor Ceinos, sin embargo de ser excelente lógico, sirvió de correo á la esposa del Doctor susodicho.....	85
VI.... Consagrado á dar cuenta de ciertas aventuras de doña Catalina Ponce de Leon, D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, y D. Alonso de Avila.....	105
VII.... Que prosigue el diálogo entre doña Catalina y Pacheco, y manifiesta los riesgos que corren las mugeres sábias con los hombres iliteratos.....	128
VIII... De cómo D. Alonso de Avila quedó muy complacido de que su muger le hiciese cierta declaracion tan franca como poco lisongera; y de las estrañas melancolías que dió en padecer D. Fernando de Valdestillas.....	151
IX..... Que D. Alonso de Avila se constituyó médico de la melancolía de su amigo, y D. Pedro saltó á pies juntillas sobre sus escrúpulos.....	169
X..... Del estrepitoso medio imaginado por don Alonso para distraer de su melancolía á D. Fernando de Valdestillas; y de las diversas juntas que en consecuencia se celebraron en Méjico.....	183
XI..... Donde prosiguen los preliminares de la	

INDICE.

improvisada fiesta de Chapultepec; y se trata de algunas antigüedades mejicanas. . . . . 203

CAPITULO XII.... De cómo D. Martin Suarez creyó en el bosque adquirir grande importancia á los ojos de D. Alonso de Avila, y don Alonso le probó á él que la suya propia no era escasa. . . . . 221

XIII... De los principios de la tantas veces por nosotros anunciada fiesta de Chapultepec. . . . . 241

XIV... De cómo las calaveradas de la gente de juicio son siempre mas escandalosas que las de los calaveras. . . . . 261

XV.... En que se esplican las terribles consecuencias de haberse desbocado las mulas de los tres Doctores. . . . . 278

XVI... Donde, cansado el autor de escribir novela, habla de táctica, organizacion militar, y otras tales impertinencias. . . . . 296

XVII.. En el cual se demuestra que, cuando la fuerza y la maña obran de consuno, hacen prodigios. . . . . 311

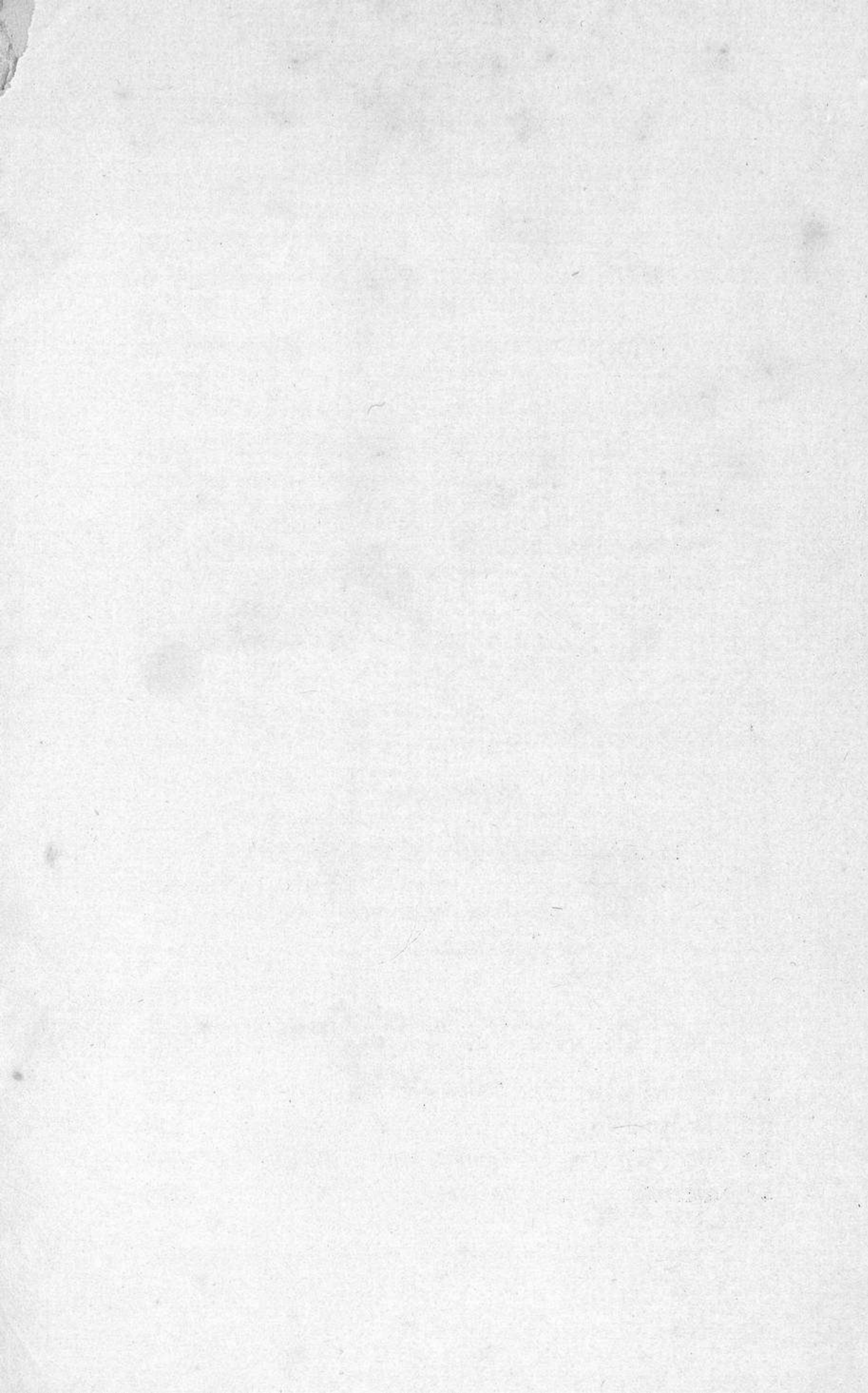
XVIII. Que D. Alonso de Avila sabia mostrarse tan cortés en la paz como osado en las pendencias. . . . . 322

**PLANTILLA**

**PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS**

**DEL TOMO SEGUNDO.**

	<i>Pág.</i>
1. <sup>a</sup> Delacion de Fr. Domingo. . . . .	77
2. <sup>a</sup> Doña Elvira. . . . .	154
3. <sup>a</sup> D. Fernando de Valdestillas. . . . .	183
4. <sup>a</sup> Derrota de los Doctores. . . . .	276



El cual se demuestran en el presente  
por el Sr. D. Juan de los Rios y  
por el Sr. D. Juan de los Rios y  
por el Sr. D. Juan de los Rios y  
por el Sr. D. Juan de los Rios y  
por el Sr. D. Juan de los Rios y

### PLANTILLA

DE LA COLOCACION DE LAS ENTAMAS

DEL TUBO MUEDE







BIBLIOTECA PROVINCIAL

BP. 106,228

Reg.

ESCOLA PIA CATALUNYA

MA

A  
2

MEJICO

11

**Ast**

**R**

**2238**

**(2)**